

REINO DE SOMBRAS

ALAN
FURST



Lectulandia

París, 1938. En Viena, los nazis han tomado las calles. El conde Janos Polanyi, diplomático del gobierno húngaro, conspira desde su oficina parisina para evitar que su país selle una alianza con la Alemania de Hitler. Hungría es únicamente un pequeño territorio atrapado entre potencias demasiado poderosas como para permitirse pasos en falso. El conde lo sabe, y para jugar las cartas de su política clandestina necesita a los aristócratas exiliados, a los políticos británicos, a los militares alemanes renegados y, también, a Morath.

Lectulandia

Alan Furst

Reino de sombras

ePub r1.0
pepitogrillo 12.07.16

Título original: *Kingdom of Shadows*

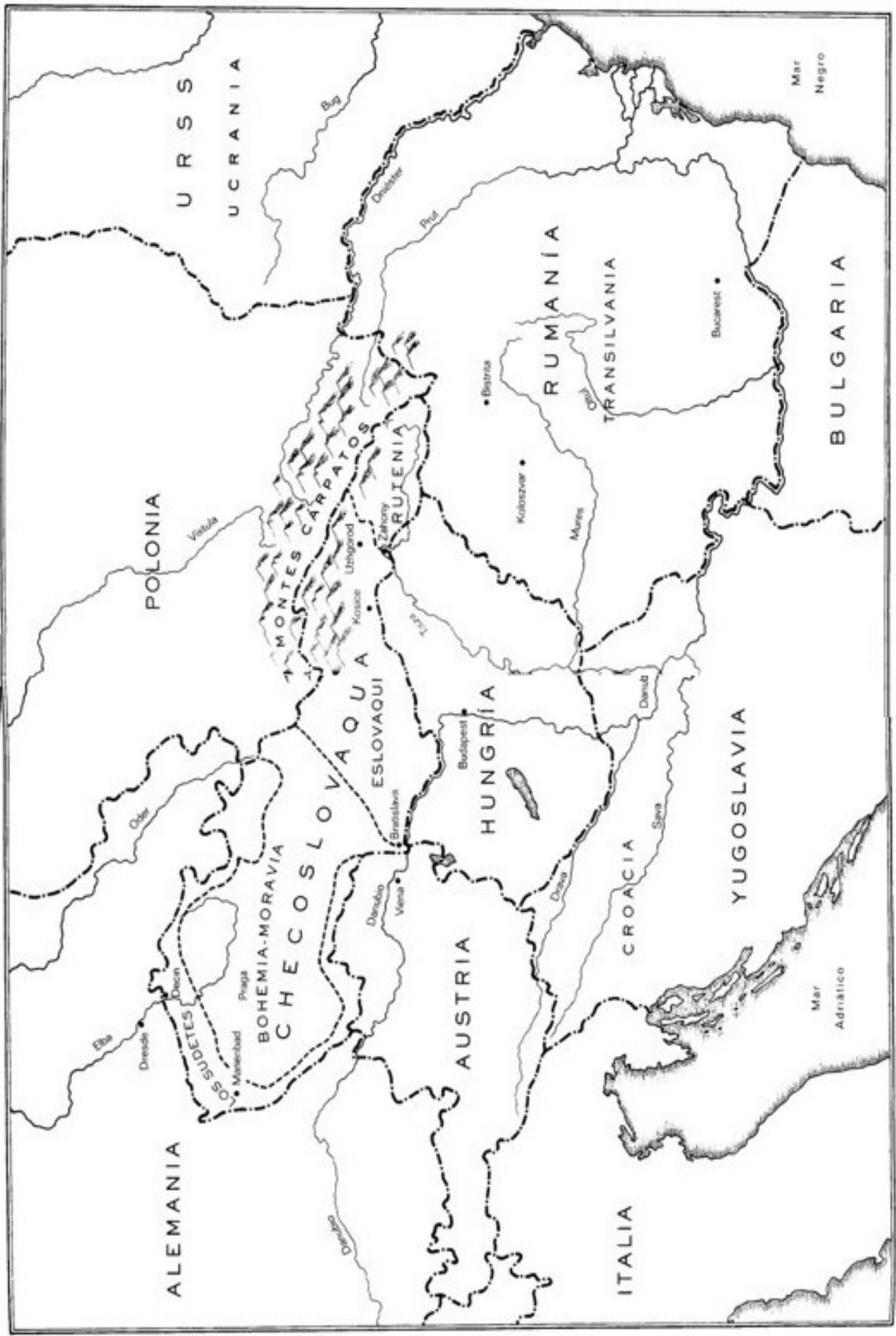
Alan Furst, 2000

Traducción: Mar Guerrero

Editor digital: pepitogrillo

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



*Esta nación ya ha pagado por sus pecados
por los pasados y por los futuros*

Himno nacional húngaro

En el jardín de la baronesa Frei

El 10 de marzo de 1938, el tren nocturno procedente de Budapest llegó a la Gare du Nord poco después de las cuatro de la mañana. Había tormentas en el valle del Ruhr y hacia el sur, en la zona de Picardía; los laterales de los coches litera refulgían con la lluvia. En la estación de Viena, habían lanzado un ladrillo contra la ventana de un compartimento de primera clase; el golpe había dejado una estrella helada en el cristal. Y más tarde, aquel mismo día, algunos pasajeros habían tenido dificultades en las fronteras; por eso al final el tren llegaba tarde a París.

Nicholas Morath, que viajaba con pasaporte diplomático húngaro, se apresuró a bajar al andén y se dirigió a la fila de taxis que había fuera de la estación. El primer conductor de la cola se quedó mirándole un momento, después dobló con rapidez el *Paris-Midi* y se sentó al volante. Morath echó su bolsa al suelo de la parte de atrás y se subió al taxi.

—A la avenida Bourdonnais —dijo—, número 8.

«Extranjero», pensó el taxista. «Aristócrata». Arrancó el vehículo y aceleró por el *quai* hacia el distrito séptimo. Morath bajó un poco el cristal de la ventanilla y dejó que el aire cortante de la ciudad le diera en la cara.

* * *

Avenida Bourdonnais, número 8. Una fría fortaleza *haut bourgeois*, construida en ladrillo marrón y flanqueada por legaciones de pequeños países. Estaba claro que quienes vivían allí eran personas que podían vivir en cualquier parte, razón por la cual vivían allí. Morath abrió la verja con una enorme llave, atravesó el patio y utilizó una segunda llave para la entrada del edificio.

—*Bonsoir, Séléne* —dijo.

La pastora belga pertenecía al conserje y guardaba la puerta por la noche. Como una sombra en la oscuridad, se acercó a la mano de Morath para recibir una caricia, después respiró con fuerza y se echó sobre el suelo de baldosas. «*Séléne* —pensó él—, diosa de la luna».

El apartamento de Cara estaba en el piso de arriba. Morath se encaminó hacia allá; sus pisadas sobre el parqué retumbaban como un eco en el largo vestíbulo. La puerta del dormitorio estaba abierta; por el brillo de una farola del exterior, Morath logró ver una botella de champán y dos vasos encima del tocador; una vela sobre el cofre de palisandro se había consumido hasta formar una amalgama de cera dorada.

—¿Nicky?

—Sí.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y media.

—En tu telegrama decías que llegarías a medianoche.

La joven se sentó, sacando medio cuerpo de debajo de la manta. Se había quedado dormida con el camisón de hacer el amor, al que ella llamaba su *petite chemisette*, sedoso, negro y muy corto, con un adorno de encaje en la parte de arriba. Se inclinó hacia delante y se sacó el camisón por encima de la cabeza; una línea rojiza le atravesaba el pecho justo por la parte de la costura.

Se echó el pelo hacia atrás y le sonrió.

—¿Y bien? —Cuando él no respondió, ella dijo—: Vamos a tomarnos el champán, ¿no?

«Oh, no», pensó él, pero no lo dijo. Ella tenía veintiséis años, y él cuarenta y cuatro. Agarró el champán del tocador, le sacó el corcho y ladeó la botella despacio hasta que se le salió el aire. Llenó un vaso y se lo dio a ella; se sirvió otro para él.

—Por ti y por mí, Nicky —dijo ella.

Estaba malísimo, dulce y aguado, como él se imaginaba que iba a estar. El *caviste* de la calle St. Dominique siempre la engañaba. Morath dejó su vaso sobre la alfombra, fue hasta el armario y empezó a desvestirse.

—¿Fue todo muy mal?

Morath se encogió de hombros. Había ido a una propiedad de la familia en Eslovaquia, donde se estaba muriendo el cochero de su tío. Al cabo de dos días, el hombre había muerto.

—Austria era una pesadilla —dijo.

—Sí, lo han dicho en la radio.

Él colgó su traje en una percha, hizo un fardo con la camisa y la ropa interior y lo echó al cesto de la ropa.

—Nazis por las calles de Viena —dijo—. Camiones cargados de nazis, gritando y ondeando banderas, y golpeando a los judíos.

—Como en Alemania.

—Peor —cogió una toalla limpia de una estantería de dentro del armario.

—Antes eran siempre tan amables...

Él se dirigió al cuarto de baño.

—¿Nicky?

—Sí.

—Ven y siéntate aquí conmigo un ratito, y después te bañas.

Morath se sentó en el borde de la cama. Cara se volvió hacia él, le puso las rodillas en la barbilla, inspiró profundamente y soltó el aire con mucha lentitud, contenta de tenerle otra vez en casa por fin y esperando pacientemente a que tuviera efecto lo que ella iba a enseñarle.

«Estupendo». Caridad Valentina María Westendorf —por su abuela— de Parra —por su madre— y Dionello. Un nombre muy largo para alguien que medía solo un metro y cincuenta y siete centímetros. Perteneía a una de las familias más ricas de

Buenos Aires. En la pared, encima de la cama, había un desnudo de ella, a carboncillo, dibujado por Picasso en 1934 en un taller de Montmartre, con un resplandeciente marco de unos veinte centímetros de pan de oro.

Fuera, la farola de la calle se había apagado. Entre los visillos, Morath vio la extática luz grisácea de una lluviosa mañana parisina.

* * *

Morath se quedó tumbado en el agua templada de la bañera, fumándose un Chesterfield y dando pequeños golpecitos con él de vez en cuando en una jabonera de nácar. «Cara, amor mío». Menuda, perfecta, perversa, escurridiza.

—Ha sido una noche larga, muy larga —le había contado ella.

Entre sueños, se despertaba a veces de repente con el sonido de algún coche.

—Era como en las películas tristes, Nicky. Mis fantasías a veces eran buenas y otras malas, pero en todas estabas tú. «No viene», pensé. «Me daré placer a mí misma y me quedaré profundamente dormida».

Pero no lo hizo; no lo hizo. ¿Fantasías *malas*? ¿Sobre él? Morath se lo había preguntado, pero ella se había limitado a reírse. ¿Un tratante de esclavas? ¿Era eso? ¿O el perverso tío Gaston, mirándola con lascivia desde su extraña silla? Quizás algo de Sade: «Y ahora la llevarán a los aposentos privados del abad».

¿Y al revés? Las «buenas» fantasías eran aún más difíciles de imaginar. ¿El rey melancólico? «Hasta anoche, no tenía ninguna razón para vivir». ¿Errol Flynn? ¿Cary Grant? ¿El húsar húngaro?

Morath se rio al pensar en eso, porque él había sido uno de ellos, pero no en una opereta. Teniente de caballería en el ejército austrohúngaro, había luchado contra los cosacos en los marjales de Polesia en 1915, en el frente oriental, a las afueras de Lutsk, Kovel y Tarnopol. Todavía podía oler los graneros ardiendo.

Apoyó los pies en los dorados grifos, al tiempo que se miraba la arrugada piel rosácea y blanca que iba de los tobillos a las rodillas. La metralla le había hecho eso: un ataque sorpresa de la artillería que hizo saltar por los aires una fuente de barro en una calle de una aldea sin nombre. Antes de desmayarse, se las arregló para pegarle un tiro a su caballo. Después se despertó en un puesto de socorro, con dos cirujanos frente a él, un austríaco y un polaco, que iban vestidos con mandiles de cuero manchados de sangre.

—Las piernas van fuera —decía uno.

—No estoy de acuerdo —decía el otro.

Los dos facultativos estaban situados a ambos lados de una mesa rectangular de una cocina de granja, discutiendo mientras Morath veía cómo la manta gris se volvía marrón.

La tormenta que le había seguido por toda Europa había llegado a París; oía la lluvia golpear contra el tejado. Con paso sigiloso, Cara fue hasta el cuarto de baño, probó el agua con un dedo y frunció el ceño.

—¿Cómo puedes soportarlo? —dijo.

Se metió en la bañera, de frente a él, con la espalda apoyada en la porcelana, y abrió al máximo el grifo del agua caliente. Él le pasó el cigarrillo y ella le dio una calada, aspirando el humo con sofisticación —en realidad, no fumaba— y soltándolo con dramatismo, como si fuera Marlene Dietrich.

—Me desperté —dijo Cara— y no pude volver a dormirme.

—¿Qué te pasa?

Ella negó con la cabeza.

Habían estado fundidos muchas horas en sus lances de amor, desde la noche hasta la mañana; era lo que mejor hacían, y cuando él se había marchado del dormitorio, ella se había quedado profundamente dormida, con la boca abierta, respirando con fuerza, pero sin roncar, porque, según afirmaba, jamás roncaba.

Con la luz blanca del cuarto de baño, Morath notó que a ella le brillaban los ojos y tenía los labios ligeramente apretados: *Retrato de una mujer que no llora*. ¿Qué le pasaba? A veces las mujeres se sentían tristes sin ninguna razón. O tal vez fuera por algo que él había dicho o hecho o dejado de hacer. El mundo iba a romperse en pedazos; quizá fuera eso. Ojalá que no fuera eso. Acarició la piel de las piernas de Cara cuando las entrelazó con las suyas; no había nada que decir, y Morath sabía bien que lo mejor era no decir nada.

Aquella tarde, la lluvia dejó un poco triste París, pero la ciudad estaba acostumbrada a ese tiempo durante la primavera y esperaba ansiosa las aventuras de la noche. El conde Janos Polanyi —su nombre completo era Von Polanyi de Nemeszvar, pero aparte de las tarjetas que ponían en las cenas diplomáticas, casi nunca lo utilizaba— hacía mucho tiempo ya que no esperaba que las noches tuvieran aventuras. Bien entrado en los sesenta, tener un *affaire de cinq-à-sept* se adaptaba perfectamente al ritmo de su deseo. Era un hombre grande y pesado, con un abundante cabello blanco, casi amarillento a la luz de una lámpara, que vestía trajes de color azul, cortados por sastres londinenses, y olía a *bay rhum*, una colonia que utilizaba con generosidad varias veces al día, a humo de cigarro puro y al Burgundy que bebía con las comidas.

Estaba sentado en su despacho de la legación húngara. Arrugó un telegrama y lo tiró a la papelera. «Esta vez —pensó— sí que va a ocurrir. Un salto al infierno. De verdad, muerte y fuego». Miró su reloj de pulsera, se apartó del escritorio y se sentó en una silla de cuero, empujando por los inmensos retratos que colgaban altos de la pared: un par de reyes Arpad, Geza II y Bela IV, el heroico general Hunyadi, junto

al retrato de su hijo, Matías Corvino, con el tradicional cuervo. Todos ellos cargados de pieles y envueltos en hierro bruñido, con largas espadas y colgantes bigotes, acompañados por perros de razas extinguidas hacía ya mucho tiempo. Fuera del despacho, en el vestíbulo, seguía habiendo retratos, y habría habido más si hubiera quedado espacio libre en las paredes. Una larga y sangrienta historia, y un sinfín de pintores.

Las cinco y veinte. Como siempre, ella llegaba un poco tarde, lo suficiente para suscitar expectativas. Con las cortinas echadas, la habitación estaba casi a oscuras, iluminada únicamente por una sola lámpara pequeña y la luz de la lumbre. ¿Hacía falta poner otro tronco en la chimenea? No, estaba bien así, y él no quería esperar a que el portero subiera los tres tramos de escalera.

Justo cuando empezaban a cerrársele los ojos, se oyó un suave golpe en la puerta tras el cual apareció Mimi Moux, la *chanteuse* Mimi Moux, como la llamaban los escritores de cotilleos en la prensa. Sin edad, gorgojeante como un canario, con enormes ojos y carmín en los labios —un rostro teatral—, entró en el despacho como una exhalación, le besó en las mejillas y le tocó, de esa manera que él no acertaba a explicarse, en dieciséis lugares al mismo tiempo. Hablando y riéndose sin parar —uno podía entrar en la conversación o no, daba igual—, colgó en un armario su Chanel vespertino y revoloteó por la habitación vestida solo con su flamante y lujosa ropa interior.

—Pon el disco de Mendelssohn, querida, ¿de acuerdo?

Con los brazos cruzados sobre el pecho, en un gesto de pudor, ella se acercó a un escritorio sobre el que había una gramola y, sin dejar de hablar —«Imagínate, allí estábamos, todos vestidos para ir a la ópera, era sencillamente *insoportable*, no me digas que no. Claro que lo era, porque uno no hace algo así sin darse cuenta, o, al menos, eso pensamos. De todas formas...»—, puso el primer concierto para violines en el plato y dejó caer la aguja sobre él; volvió junto a la silla de cuero y, acurrucándose, se sentó sobre los amplios muslos del conde Polanyi.

Finalmente, en el momento preciso —de entre sus poco valoradas virtudes, pensó el conde, los franceses poseían el más puro sentido de la oportunidad de toda Europa—, ella se puso de rodillas frente a la silla, le desabotonó la bragueta y, por fin, dejó de hablar. Polanyi la miraba, el disco llegó a su fin, la aguja siseaba de atrás adelante en un surco vacío. Se había pasado la vida, pensó, dando placer a las mujeres; ahora había llegado a un punto en el que ellas le darían placer a él.

Más tarde, cuando Mimi Moux se hubo marchado, la cocinera de la legación llamó suavemente a la puerta y entró con una humeante bandeja.

—Un tentempié, excelencia —dijo.

Una sopa hecha de dos pollos, diminutos pasteles de carne y crema de leche y una botella de Echézéaux de 1924. Cuando terminó, se echó hacia atrás en la silla y suspiró de satisfacción. Ahora, advirtió, tenía la bragueta cerrada, pero el cinturón y los botones del pantalón estaban sin abrochar. «Estoy igual de a gusto», pensó. «¿O

mejor?».

El café Le Caprice quedaba oculto en las eternas sombras de la calle Beaujolais, más travesía que calle, escondido entre los jardines del Palais Royal y la Biblioteca Nacional. Su tío, como había caído en la cuenta Morath hacía bastante tiempo, casi nunca le invitaba a la legación; prefería quedar con él en cafés insólitos o, a veces, en casas de amigos.

—Sé indulgente conmigo, Nicholas —solía decirle—; así me libero de mi vida durante una hora.

A Morath le gustaba Le Caprice, que era un café destartalado, mugriento y cálido. En el siglo XIX habían pintado las paredes de amarillo, color que se había convertido en un tono ámbar oscuro por un siglo de humo de cigarrillos.

Después de las tres de la tarde, comenzaba a marcharse la gente que había ido a comer y volvían los habituales a ocupar sus mesas. Los malos eruditos, pensó Morath, que se pasaban las tardes en la Biblioteca. Eran triunfalmente sórdidos. Los antiguos jerseys y las deformes chaquetas habían sustituido a los trajes de lunares y los sombreros cónicos de los alquimistas medievales, pero eran la misma gente. Siempre que iba a aquel café, Morath se acordaba de lo que les había dicho en cierta ocasión el camarero, Hyacinthe, sobre la clientela.

—Quiera Dios que nunca lo encuentren.

Morath se quedó perplejo.

—¿Que no encuentren qué?

Hyacinthe le miró sobresaltado, casi ofendido.

—Pues, ¿qué va a ser? Eso, *monsieur* —contestó el camarero.

Morath se sentó a una mesa que acababan de abandonar unos cuantos corredores que venían del edificio de la Bolsa, encendió un cigarrillo, pidió un *gentiane* y se dispuso a esperar a su tío. De pronto, los hombres de la mesa de al lado dejaron de discutir, se sumieron en un profundo silencio y se quedaron mirando hacia la calle.

Un enorme Opel Admiral se había parado delante de Le Caprice. El conductor mantenía abierta la portezuela de la parte de atrás. Salió un hombre alto, con el uniforme de las SS, seguido por otro vestido con una gabardina y por el tío Janos, que hablaba y gesticulaba mientras los otros le escuchaban ávidamente, con una media sonrisa de expectación en su rostro. El conde Polanyi apuntó con el índice hacia arriba y frunció el ceño con aire teatral mientras les contaba lo que obviamente era un chiste. Los tres estallaron en risotadas, que apenas se oyeron en el interior del café, y el hombre de las SS dio unas palmaditas en la espalda a Polanyi mientras le decía:

—Ese ha estado muy bien.

Se dijeron adiós, se dieron la mano y el civil y el hombre de las SS volvieron a meterse en el Opel. «Esto es algo nuevo», pensó Morath. No era frecuente ver a hombres con el uniforme de las SS por París. En Alemania estaban por todas partes y

aparecían mucho en los noticiarios, desfilando, saludando la bandera y lanzando libros a hogueras.

Su tío entró en el café y tardó unos segundos en localizarle. Alguien de la mesa de al lado hizo un comentario y uno de sus amigos emitió una risita. Morath se levantó, abrazó a su tío y se saludaron; como era habitual entre ellos, hablaron en francés al estar en público. El conde Polanyi se quitó el sombrero, los guantes, la bufanda y el abrigo, y los apiló en la silla que estaba vacía.

—Bueno, bueno, eso acabó bien —dijo—. ¿Conoces el chiste de los dos hombres de negocios rumanos?

—No lo he oído.

—Se encuentran los dos en la calle, en Bucarest. Gheorgiu lleva una maleta. «¿Adónde te vas?», le pregunta Petrescu. «A Cernauti», responde su amigo. «¡Mentiroso!», replica Petrescu. «¡Me dices que te vas a Cernauti para hacerme creer que te vas a Jassy, pero he sobornado al chico de los recados de tu oficina y sé que te vas a Cernauti!».

Morath se rio.

—¿Conoces a Von Schleben?

—¿Cuál era?

—El de la gabardina.

En ese momento apareció Hyacinthe. Polanyi pidió un Ricon.

—No, no creo que le conozca —dijo Morath.

No estaba totalmente seguro. Era un hombre alto, de cabello muy claro que llevaba más largo de lo que debería; tenía algo de pícaro en la cara, la expresión de granuja de quien está siempre haciendo bromas. Era bastante apuesto, podía haber representado el papel de pretendiente —pero no del que gana, sino del que pierde— en una comedia inglesa. Morath estaba seguro de que le había visto en alguna parte.

—¿Quién es?

—Trabaja en el mundo de la diplomacia. No es un mal tipo, al fin y al cabo. Algún día te lo presentaré.

Llegó el Ricon y Morath pidió otro *gentiane*.

—La verdad es que no he almorzado —dijo su tío—. ¿Hyacinthe?

—¿*Monsieur*?

—¿Qué hay de comer hoy?

—*Tête de veau*.

—¿Qué tal está?

—No está mal.

—Creo que voy a pedir un plato. ¿Nicholas?

Morath negó con la cabeza. Colocó un paquete pequeño sobre la mesa. Era del tamaño de una mano y estaba envuelto en una gasa muy antigua, ya amarillenta; tal vez fuera un trozo de cortina de hacía muchos años. Abrió el envoltorio y sacó una cruz plateada que colgaba de un lazo desvaído con los colores del Imperio

Austrohúngaro: negro y oro.

—Él nos pidió que te entregáramos esto.

Polanyi lanzó un suspiro.

—Sandor —dijo, como si el cochero pudiera oírle. Cogió la medalla y se la puso sobre la palma de la mano—. Una Cruz de Plata al Valor. Como puedes imaginarte, Nicholas, me siento muy honrado, pero es demasiado valiosa.

Morath asintió con la cabeza.

—Se la ofrecí a su hija, con todos tus mejores deseos, pero ella no quiso aceptarla bajo ningún concepto.

—No, claro que no.

—¿De qué época es?

Polanyi se quedó pensativo unos instantes.

—Calculo que de finales de los ochenta. Fue en un levantamiento de los serbios, en el Banat. Sandor era sargento del regimiento que se había sublevado en Pozsony, que en aquella época era Pressburg.

—Y ahora es Bratislava.

—Exactamente, el mismo sitio, pero antes de que se lo dieran a los eslovacos. Él hablaba de vez en cuando de aquello. Los serbios se lo hicieron pasar muy mal: tuvieron que quemar algunos pueblos. Tenían francotiradores en las cuevas, en lo alto de las colinas. La compañía de Sandor se pasó allí una semana, arreglando las cosas, y a él le dieron esta cruz.

—Él quería que tú la conservaras.

Polanyi asintió con la cabeza, dando a entender que comprendía la situación.

—¿Queda algo por allí?

—No mucho. Desvalijaron la casa después de que desplazaran las fronteras: los tiradores de las puertas, las ventanas, los suelos de valor, los ladrillos del hogar y hasta la chimenea, todas las cañerías que lograron sacar de las paredes... El ganado, por supuesto, hace ya tiempo que desapareció. Quedan algunos viñedos y los frutales más antiguos.

—*Nem, nem, soha* —dijo Polanyi.

«No, no, nunca», el rechazo húngaro de Trianón, el tratado que les arrebató dos tercios de su tierra y su gente después de la derrota del ejército austrohúngaro en la Primera Guerra Mundial. Había algo más que un toque de ironía en la voz de Polanyi al decir aquello, un encogimiento de hombros («lo único que podemos hacer es gemir»), pero eso no era todo. En algún sentido, complejo, posiblemente oscuro, en verdad lo creía así.

—Quizás algún día nos sea devuelto.

El grupo de la mesa de al lado había estado prestándoles atención. Un hombre de corta estatura con una incipiente calvicie, los orificios nasales inflamados y el hedor de su mohosa habitación flotando sobre los aperitivos, dijo, con actitud agresiva:

—*Revanchiste*.

No se lo decía a ellos claramente, ni tampoco a sus amigos; quizá se refiriera al mundo en general.

Lo miraron. «Revanchistas e irredentistas fascistas húngaros», quería decir, furioso, con la indignación propia del Frente Rojo. Pero ni Morath ni Polanyi eran de esos; ellos eran de la Nación Húngara, como solía llamarse a la nobleza, magiares cuyas familias tenían más de mil años de historia, y estaban muy bien preparados, con la pata de la silla y la botella de vino, para echar a toda la chusma a la calle Beaujolais.

Cuando los de la mesa de al lado volvieron, de manera ostentosa, a ocuparse de sus asuntos, Polanyi guardó cuidadosamente la medalla en su envoltorio y se la metió en el bolsillo de la chaqueta.

—Tardó bastante en morir —dijo Morath—. No tenía dolores ni tampoco estaba triste; simplemente tenía un alma testaruda, y no quería irse.

Polanyi emitió un leve resoplido de placer al saborear la ternera.

—También —continuó Morath— quería que yo te dijera una cosa.

El conde levantó las cejas.

—Tenía que ver con la muerte de su abuelo, que tenía noventa y cinco años, según recordaba él, y murió en la misma cama. La familia sabía que había llegado el momento, y todos se reunieron a su alrededor. De repente, el anciano, muy agitado, empezó a hablar. Sandor tuvo que inclinarse para poder oírle. «Recuerda (le susurró) que la vida es como lamer miel...». Lo dijo tres o cuatro veces, y Sandor sabía que quedaba algo más. Al final, consiguió acabar la frase: «... lamer miel de una espina».

Polanyi se sonrió al reconocer aquella historia.

—Hace veinte años —dijo— que lo vi por última vez. Cuando Hungría ya no era Hungría, yo no quería saber nada, sabía que todo iba a ser destruido —dio un sorbo al vino, luego otro—. ¿Quieres, Nicholas? Pediré que traigan una copa.

—No, gracias.

—No quise ir allí —dijo Polanyi—. Fue una debilidad, y lo sabía —se encogió de hombros, perdonándose a sí mismo.

—Él no te guardaba rencor por eso.

—No, él me entendía. ¿Estaba con él su familia?

—Estaban todos: sus hijas, su hijo, sus sobrinas, sus sobrinos, su hermano...

—Ferenc.

—Sí, Ferenc. Habían puesto del revés todos los espejos. Una señora mayor enorme, que gritaba, se reía y me hizo un huevo frito, no paraba de hablar de eso. Cuando el alma se aleja, no debe permitirse que se vea a sí misma en el espejo, porque, según decía aquella señora, si se veía, podía gustarle el verse a sí misma y entonces volvería una y otra vez.

—No creo que la mía volviera. ¿Pusieron fuera la tina del baño?

—Junto a la puerta. Para que la muerte lavara su guadaña, porque si no, tendría que ir hasta el arroyo y otra persona de la familia moriría en el mismo año.

Con delicadeza, Polanyi se llevó a la boca un pedazo de pan que había mojado en la salsa. Cuando levantó la vista, vio pasar cerca al camarero.

—Hyacinthe, *s'il vous plaît*, traiga una copa para mi sobrino, y también otra botella de vino.

Después de comer, se fueron a pasear por los jardines del Palais Royal. Era una tarde oscura, como un perpetuo crepúsculo, y Polanyi y Morath, envueltos en sus abrigos como dos fantasmas, caminaban lentamente por delante de las grisáceas ramas del parterre invernal.

Polanyi quería saber cosas de Austria. Sabía que las unidades de Wehrmacht estaban apostadas en las fronteras, dispuestas a entrar para reprimir los motines que organizaban los nazis austríacos.

—Si Hitler consigue su *Anschluss*, habrá guerra en Europa —dijo el conde.

—El viaje fue una pesadilla —comentó Morath.

Una pesadilla que comenzó con un absurdo: una pelea a puñetazos, en el pasillo del vagón de primera, entre dos vendedores de armónicas alemanes.

—Imagínate la escena: dos hombres corpulentos, los dos con bigote, insultándose el uno al otro y pegándose con los puños blancos. Para cuando logramos separarlos, estaban los dos rojos de sofoco. Les obligamos a sentarse, les dimos agua. Teníamos miedo de que uno de ellos se desplomara muerto y el maquinista tuviera que parar el tren y llamar a la policía. Nadie, ni una sola persona del vagón, quería que eso ocurriera.

—Todo empezó en Bucarest, no hay duda —dijo Polanyi.

Rumanía, explicó, se había visto obligada a venderle la cosecha de trigo a Alemania, y el Ministerio de Hacienda del Reich se negaba a pagar en marcos. Solo aceptaban los trueques, y exclusivamente de aspirinas, cámaras Leica o armónicas.

—Bueno, pero eso fue solo el comienzo —dijo Morath—. Estábamos aún en el oeste de Hungría.

Cuando el tren se detuvo en la estación de Viena, un hombre pálido y tembloroso, más o menos de la misma edad que Morath, tomó asiento frente a él. Cuando la familia que ocupaba el resto del compartimento se marchó al vagón restaurante, los dos hombres entablaron conversación.

El hombre pálido era un judío vienés, un ginecólogo. Le contó que las comunidades judías de Austria habían sido destruidas en tan solo un día y una noche. Fue todo, le dijo, repentino, caótico, no como en Berlín. Con aquello el hombre quería referirse, Morath lo sabía, a un estilo concreto de persecución, al lento y concienzudo aplastamiento de los funcionarios. *Schreibtischtäter*, los llamaban, «asesinos de despacho».

Guiadas por los cuerpos austríacos de las SS y las SA, las hordas del populacho salieron enloquecidas a la calle, a sacar a los judíos de sus casas, que identificaban

por los guardianes de los edificios, y a obligarles a limpiar de las paredes los eslóganes de Schuschnigg, el canciller electo en el plebiscito que Hitler se negó a admitir. En el acaudalado barrio judío de Währing, obligaron a las mujeres a ponerse sus abrigo de pieles y a limpiar las calles de rodillas, luego se pusieron encima de ellas y les orinaron en la cabeza.

Morath empezó a preocuparse; aquel hombre se estaba derrumbando por momentos frente a él. ¿Quizá quería fumar un cigarrillo? No, no fumaba. ¿Tal vez una copa de coñac? Morath se ofreció para ir al vagón restaurante y traérsela. El hombre negó con la cabeza; ¿para qué?

—Han acabado con nosotros —dijo.

Ochocientos años de vida de los judíos destruidos en una sola noche. En el hospital, una hora antes de que él hubiera conseguido salir huyendo, una mujer con un bebé recién nacido lo había cogido en sus brazos y se había tirado con él por la ventana desde el piso más alto. Otros pacientes salían gateando de la cama y huían hacia la calle. Un joven interno le contó que la noche anterior había visto a un hombre en la barra de un bar que se sacó del bolsillo una cuchilla de afeitar y se rebanó la garganta.

—¿No hubo ninguna señal de alarma? —preguntó Morath.

—Había antisemitas en algunos cargos políticos —contestó el hombre—, pero uno no vende su casa por eso. Hace un mes, más o menos, hubo alguna gente que se marchó del país.

También, por supuesto, añadió, hubo quienes se marcharon en 1933, cuando Hitler llegó al poder. Él mismo lo había dicho, en *Mi lucha*, que su intención era unificar Alemania con Austria. *Ein Volk, ein Reich, ein Führer!* Pero interpretar el futuro de la política era como interpretar a Nostradamus. Dos semanas antes, aquel hombre había enviado a su mujer y a sus hijos a Budapest, en un barco de vapor por el Danubio, ¡gracias a Dios!

—Fue el hermano de mi mujer quien tuvo la idea. Vino a nuestra casa y nos dijo que teníamos que irnos, insistió mucho en ello. Tuvimos una discusión; mi esposa lloraba, tenía malos presentimientos. Al final, yo estaba tan enfadado que dejé que mi cuñado se saliera con la suya.

—Pero usted se quedó —dijo Morath.

—Tenía a mis pacientes.

Se quedaron los dos en silencio un momento. Fuera, en los andenes, había niños que ondeaban banderas con la esvástica, al tiempo que cantaban una especie de himno con las caras desencajadas por la emoción.

Polanyi y Morath se sentaron en un banco de los jardines. Allí todo parecía muy tranquilo. Unos cuantos gorriones acababan con las últimas migajas de una *baguette*; una niña pequeña, vestida con un abrigo que tenía el cuello de terciopelo, jugaba con un aro y un palo bajo la atenta vigilancia de su niñera.

—En la ciudad de Amstetten —dijo Morath—, justo a las afueras de la estación,

estaban esperando en un cruce de caminos, desde donde lanzaban piedras a los trenes. Vimos a la policía, que estaba por allí, de brazos cruzados. Habían ido solo a mirar. Se estaban riendo, era como una especie de broma. La escena entera era, más que nada, terriblemente extraña. Recuerdo que pensé que eso era lo que ellos habían deseado durante mucho tiempo. Bajo todo el sentimentalismo y el *schlag*, estaba aquello.

—Su querida *Wut* —dijo Polanyi—. Conoces esa palabra.

—Rabia.

—De un tipo especial, sí. El brote repentino de ira que surge de la desesperación. Los alemanes creen que es algo que está en lo más profundo de su carácter. Ellos sufren en silencio, y después explotan. Fíjate en los discursos de Hitler; siempre dice algo como: «¿Cuánto tiempo más hemos de soportar...?», y lo que sea. No puede dejar que las cosas se olviden —Polanyi se detuvo un instante—. Y ahora, con el *Anschluss*, tendremos el placer de su compañía en nuestra frontera.

—¿Pasará algo?

—¿Con nosotros?

—Sí.

—Lo dudo. Citarán a Horthy para que se entreviste con Hitler, él se mostrará servil y llegará a algún acuerdo. Ya sabes que es un hombre de excelentes maneras. Por supuesto, lo que hagamos realmente no será exactamente lo que hemos acordado, pero, aun así, cuando todo se acabe, no mantendremos nuestra inocencia. Eso no será posible. Y pagaremos por ello.

Durante un rato, se quedaron mirando a la gente que pasaba por los senderos de grava, y entonces Polanyi dijo:

—Estos jardines estarán preciosos en primavera. La ciudad entera.

—Pronto, espero.

Polanyi asintió con la cabeza.

—¿Sabes? Los franceses participan en guerras, pero su país y su adorado París nunca quedan destrozados. ¿No te has preguntado nunca cómo lo consiguen?

—Son listos.

—Sí, es cierto. Y valientes también, incluso locos. Pero no es así, al final, como consiguen salvar lo que aman. Eso lo logran arrastrándose.

«El 11 de marzo», pensó Morath. Hacía demasiado frío para sentarse en un jardín, con el aire húmedo, cortante, como si lo hubieran enfriado en tierra mojada. Cuando empezó a lloviznar, Morath y Polanyi se levantaron y fueron a refugiarse bajo la arcada cubierta, frente a una famosa sombrerería, una tienda en la que vendían muñecas caras y un comercio de monedas raras.

—¿Y qué pasó con el médico vienés? —preguntó Polanyi.

—Consiguió llegar a París, horas después de la medianoche, pero tuvo problemas en la frontera alemana. Intentaron mandarle otra vez de vuelta a Viena; algo no estaba bien en sus papeles. Una fecha. Estuve a su lado durante todo el desagradable

incidente. Al final no pude desentenderme.

—¿Qué hiciste, Nicholas?

Morath se encogió de hombros.

—Los miré de determinada forma, hablé con ellos de determinada manera.

—Y funcionó.

—Por esta vez.

4 de abril de 1938.

Théâtre des Catacombes, 21:20 horas.

—¿Le conoces? Yo sí le conozco. Su esposa hace el amor con la mía todos los jueves por la tarde.

—¿De verdad? ¿Dónde?

—En la habitación de la criada.

Frases que no se habían dicho en el escenario —«Ojalá las hubiesen dicho en el escenario», pensó Morath—, sino que las habían oído de paso, en el vestíbulo, durante el intermedio. Mientras Morath y Cara se abrían camino entre la multitud, eran observados, con miradas educadas, encubiertas. Una pareja llamativa. El rostro de Cara no era su mejor rasgo; era blando e insulso, difícil de recordar. Sus mejores atributos eran su larga melena color miel, sus hermosos pañuelos y la forma en que sabía hacerse desear. Para aquella velada de teatro de vanguardia, Cara había añadido a su imagen una falda gitana, con los correspondientes pendientes de aro y unas botas de gamuza, con la parte superior de la caña doblada.

Morath parecía más alto de lo que era. Tenía el cabello negro, grueso, espeso, y lo llevaba peinado hacia atrás desde la frente; había cierta tensión en sus ojos, que eran verdes según su pasaporte, pero casi negros en realidad. Y toda aquella oscuridad le empalidecía, le daba el aspecto de un decadente de fin de siglo. En cierta ocasión había conocido a un productor de cine; se lo había presentado un amigo común en Fouquet.

—Yo suelo hacer películas de gánsteres —le dijo el hombre con una sonrisa—, o de intriga, ya sabe.

Pero cuando le conoció estaba a punto de producir una obra épica. Con un enorme reparto; iba a ser una nueva versión de *Taras Bulba*. ¿Se había dedicado Morath alguna vez a actuar? Podría hacerlo, posiblemente le iría muy bien de «jefe de un clan». El amigo del productor, un hombrecillo esquelético que se parecía a Trostky, añadió:

—Un kan, tal vez.

Pero estaban equivocados. Morath había pasado dieciocho años en París, y la vida del *émigré*, con su apetecible intimidad, y la inmersión en la ciudad, todo pasión, placer y mala filosofía, le habían cambiado el aspecto. Ello significaba que ahora gustaba más a las mujeres, y que a la gente no le importaba preguntarle por una

dirección al ir por la calle. Con todo, lo que el productor había visto seguía ahí, en alguna parte, debajo de la superficie. Años antes, hacia el final de una breve historia de amor, una francesa le había dicho:

—Verdaderamente, no eres nada cruel.

Sus palabras le habían sonado, pensó, como si estuviera ligeramente decepcionada.

II Acto. *Una habitación en el purgatorio. El día siguiente.*

Morath cambió de postura, un esfuerzo inútil para intentar encontrarse cómodo en aquel diabólico asiento. Cruzó las piernas, se inclinó hacia el otro lado. Cara le apretó el brazo. «¡Para ya!». La fila de asientos, que quedaban fijos en una estructura de madera, tenía doce plazas. ¿Dónde los conseguía Montrouchet?, se preguntó. Seguramente de alguna institución desaparecida hacía tiempo. ¿De una prisión? ¿De algún colegio para niños horribles?

Sobre el escenario, los Siete Pecados Capitales acosaban a un ser humano, un pobre hombre que estaba sentado en un taburete e iba vestido con un sudario gris.

—¡Ah!, pero te quedaste dormido en su funeral.

Aquella bienintencionada mujer, que no era ya joven, sería probablemente la Pereza, aunque Morath se había confundido dos o tres veces al proponerse atender realmente a la función. Tenían perfiles suaves, los Pecados, bien fuera por error del dramaturgo o por culpa de Satán, Morath no estaba seguro. La Soberbia estaba enfadada, le parecía a él, y la Codicia eclipsaba a la Envidia cada vez que tenía la oportunidad. Pero, claro, era la Codicia.

Por otra parte, la Gula no estaba tan mal: un joven rechoncho, llegado a París de alguna provincia, que intentaba hacer carrera en el teatro o en el cine. El problema era que el dramaturgo no le había dado mucho que hacer. ¿Qué iba a decirle a ese pobre hombre muerto? ¡Comiste demasiado! Bueno, el actor interpretó lo mejor que pudo la parte que le habían dado; quizás acudiera a ver aquella función algún director o productor importante; uno nunca sabía lo que podía pasar.

Pero uno sí que lo sabía. Morath bajó la vista hacia el programa que tenía sobre las rodillas, la única distracción posible ante el aburrimiento que, como una niebla blanca, se desprendía del escenario. La contracubierta estaba dedicada a la publicidad de la obra de teatro. Para Red Torch, el crítico de la revista *Flambeau Rouge*, era una obra «¡Provocativa!». Debajo, había una cita de Lamont Higson, del *Paris Herald*: «El Teatro de las Catacumbas es la única sala parisina de los últimos tiempos que se atreve a presentar obras de Racine y Corneille al desnudo». A continuación venía una lista de patrocinadores, entre los cuales figuraba una tal *mademoiselle* Cara Dionello. Bueno, pensó Morath, ¿por qué no? Al menos unas cuantas pobres bestias de Argentina, de las que subían con dificultad la rampa hacia el matadero, servirían para añadir a la vida algo más que el rosbif.

El Teatro se encontraba en el corazón del distrito quinto. En un principio, Montrouchet había previsto que las funciones se representaran en las catacumbas mismas, pero las autoridades municipales se habían mostrado misteriosamente frías ante la posibilidad de que los actores estuvieran dando brincos y piruetas en los fríos y húmedos osarios que había debajo de la parada de metro de Denfert/Rochereau. Al final, se había tenido que conformar con un mural pintado en la pared que representaba pilas de blancas calaveras de payaso y fémures perfilados sobre un fondo negro.

—¿Cómo? ¿Se te ha olvidado? ¿Aquella noche junto al río?

Morath volvió de sus ensoñaciones para encontrarse a la Lujuria, en su imagen típica, tal vez de unos diecisiete años, susurrando su frase al tiempo que se deslizaba sobre el vientre por el suelo del escenario. Cara volvió a apretarle el brazo, con suavidad esta vez.

Morath no durmió en la avenida Bourdonnais aquella noche. Volvió a su apartamento de la calle Artois y se levantó pronto por la mañana para tomar el expreso a Amberes. Aquel era un tren serio y formal, con maquinistas enérgicos y sensatos, los asientos llenos de soldados que hacían negocios recorriendo la antigua ruta de los mercados. Aparte del ritmo de las ruedas sobre las vías, el único sonido en el compartimento de Morath era el pasar de las hojas del diario *Figaro* que leía el viajero que iba sentado frente a él.

En Viena, leyó Morath, el *Anschluss* iba a quedar formalizado por un plebiscito. Los votantes austríacos habían comprendido que la alternativa a decir *Ja* era que les partieran los dientes. El *Anschluss* era, según explicaba Hitler en un discurso del 9 de abril, la obra de Dios.

Hay una ordenación de rango superior, y nosotros no somos más que sus agentes. Cuando el 9 de marzo, *Herr Schuschnigg* rompió su acuerdo, en ese preciso instante sentí que la llamada de la Providencia había venido a mí.

Y lo que entonces tuvo lugar en tres días solo era concebible como el cumplimiento del deseo y la voluntad de la Providencia. Ahora debo darle gracias a Él, que me dejó volver a mi tierra natal para que yo pudiera llevar a Alemania al Reich. Mañana, que todos los alemanes reconozcan este momento y valoren su importancia y se inclinen con humildad ante el Todopoderoso, que en unas cuantas semanas ha obrado este milagro en nosotros.

Así pues, Austria dejaba de existir.

Y el Todopoderoso, no plenamente satisfecho con su obra, había decidido que el confuso *Doktor Schuschnigg* debía ser encerrado y custodiado por la Gestapo en una

pequeña habitación de la quinta planta del hotel Metropole.

En aquel momento, Morath no podía soportar nada más. Apartó la vista del periódico y se quedó mirando por la ventanilla los campos flamencos cultivados. Su reflejo en el cristal era el de Morath el ejecutivo, con su oscuro traje de calidad, una sobria corbata y una camisa impecable. Viajaba hacia el norte para entrevistarse con Antoine Hooryckx, más conocido en los círculos comerciales como «el rey del jabón de Amberes».

En 1928, Nicholas Morath se convirtió en copropietario de la agencia Courtmain, una pequeña y próspera agencia de publicidad. Fue un regalo repentino y extraordinario del tío Janos. Morath había quedado con él para comer en uno de los barcos-restaurante y, mientras realizaban una lenta travesía bajo los puentes del Sena, el tío Janos le informó de su elevado estatus.

—Tú serás quien lo posea todo al final —le dijo—; por lo tanto, está bien que empieces ahora a hacer uso de ello.

La esposa y los hijos de Polanyi se quedarían en buena situación, Morath lo sabía, pero la verdadera fortuna, los miles de kilómetros de campos de trigo en la Puszta, con sus aldeas y campesinos, la pequeña mina de bauxita y la amplia cartera de acciones del ferrocarril canadiense serían para él, junto con el título, cuando su tío muriera.

Pero Morath no tenía prisa; con él no iban las apuestas del tipo: «A ver quién sube antes las escaleras, abuelo». Polanyi podría vivir muchos años más, y a su sobrino le parecía estupendo que fuera así. La parte cómoda era que, con unos fuertes ingresos asegurados, si el conde Polanyi necesitaba que Nicholas le echara una mano, él estaba disponible. Entre tanto, la participación de Morath en los beneficios le permitía gastarse el dinero en aperitivos y amantes, y en un apartamento ligeramente desgastado, situado en una razonable *bonne adresse*.

La agencia Courtmain tenía sin duda una *bonne adresse*, pero, como agencia de publicidad, lo primero que tenía que hacer era publicitar su propio éxito. Y así se hizo, con la ayuda de diversos abogados, corredores de Bolsa y banqueros libaneses, al alquilar una oficina absurdamente cara en un edificio de la avenida Matignon. Poseído de una absoluta seguridad, Courtmain teorizaba, si bien el título de propiedad de la *société anonyme* no daba ninguna pista al respecto: «de un palurdo de Auvergnat con mierda de cabra en el sombrero».

Sentado frente a Morath, Courtmain bajó el periódico y se miró el reloj.

—¿Es la hora? —preguntó Morath.

Courtmain asintió con la cabeza. Al igual que Morath, iba muy bien vestido. Emile Courtmain no era mucho mayor de cuarenta años. Tenía el pelo blanco, los labios finos, los ojos grises y una personalidad fría y distante que prácticamente todo el mundo encontraba atractiva. Rara vez sonreía, miraba de frente y hablaba poco. Era brillante o estúpido, nadie lo sabía, y eso no parecía demasiado importante. El tipo de vida que pudiera llevar después de las siete de la tarde era un absoluto

misterio. Uno de los redactores solía decir que cuando todo el mundo se había marchado de la oficina, Courtmain se colgaba a sí mismo de una percha dentro del armario y esperaba a que llegara el día siguiente.

—No vamos a ir a la fábrica, ¿no? —dijo Morath.

—No.

Morath lo agradeció. El rey del jabón les había llevado a su fábrica el año anterior solo para asegurarse de que no se olvidaran de quiénes eran ellos y quién era él ni de lo que movía el mundo. No lo olvidaron. Enormes y burbujeantes vasijas de grasa animal, pilas de huesos enmohecidos, calderas de lejía hirviendo suavemente sobre una tenue llama. Aquel lugar era el destino último de la mayor parte de los caballos de carros y carruajes del norte de Bélgica.

—¡Dele a su trasero un buen lavado con esto! —gritaba Hooryckx, al tiempo que salía como un demonio industrial de una nube de vapor amarillo.

Llegaron a tiempo a Amberes y se subieron a un taxi que estaba parado fuera de la estación. Courtmain dio complicadas instrucciones al conductor. La oficina de Hooryckx estaba al final de una sinuosa calle situada en uno de los extremos del barrio del puerto y no ocupaba más que unas cuantas habitaciones de un edificio elegante, aunque destartalado.

—El mundo me dice que soy un hombre rico —solía decir Hooryckx—, y después me arrebató todo lo que tengo.

Mientras iban sentados en la parte de atrás del taxi, Courtmain buscó en su maletín y sacó un frasco de agua de colonia que se llamaba Zouave; en la etiqueta, un soldado de imponentes bigotes miraba fijamente, con arrogancia. Aquel era también un producto de Hooryckx, aunque no tan conocido como el jabón. Courtmain desenroscó el tapón, se puso un poco de colonia en la cara y le pasó el frasco a Morath.

—¡Ah! —dijo, cuando la densa fragancia inundó el aire—, la más elegante casa de juegos de Estambul.

Hooryckx se mostró encantado de verlos.

—¡Los chicos de París!

Tenía un abultado vientre y el pelo cortado de tal modo que parecía un personaje de historieta que hubiera metido los dedos en un enchufe de la luz. Courtmain sacó de su maletín un dibujo de colores. Con un guiño, Hooryckx indicó a su secretaria que fuera a buscar al jefe de publicidad.

—Es el marido de mi hija —dijo.

Al cabo de unos minutos apareció el hombre. Courtmain extendió el dibujo sobre la mesa y todos se situaron alrededor.

En un cielo de color azul intenso, se veía a dos cisnes volando por encima de las palabras *Deux Cygnes...* Aquello era algo nuevo. En 1937, su publicidad había

mostrado a una atractiva madre, vestida con un delantal, que enseñaba una pastilla de *Deux Cygnes* a su hijita.

—Bueno —dijo Hooryckx—. ¿Qué significan los puntos suspensivos?

—Dos cisnes... —contestó Courtmain, dejando que su voz se fuera desvaneciendo—. No hay palabras para describir la delicadeza, la calidez del momento.

—¿No deberían ir nadando? —dijo Hooryckx.

Courtmain metió la mano en su maletín y sacó la versión de los cisnes nadando. Su redactor jefe le había advertido de que iba a pasar eso. En la segunda versión, los cisnes formaban ondas en un estanque sobre el que flotaban más allá de un macizo de juncos.

Hooryckx apretó los labios.

—Me gusta que vuelen —dijo el yerno—. Es más chic, ¿no?

—¿Qué le parece? —preguntó Hooryckx a Morath.

—El jabón se vende a mujeres —contestó Morath.

—¿Y?

—Es lo que sienten cuando lo utilizan.

Hooryckx se quedó mirando a uno y otro dibujo.

—Desde luego hay veces que los cisnes vuelan.

Al cabo de un momento, Morath asintió. «Desde luego».

Courtmain sacó otra versión. Esta vez los cisnes volaban en un cielo de color aguamarina.

—¡Uf! —exclamó Hooryckx.

Courtmain lo retiró.

El yerno sugirió que pusieran una nube, una muy sutil, apenas un trazo blanco sobre el fondo azul. Courtmain consideró un momento la propuesta.

—Saldría muy caro —dijo.

—Pero es una idea excelente, Louis —dijo Hooryckx—. Lo estoy viendo.

Hooryckx golpeó la mesa con los dedos.

—Me gusta cuando van volando, pero encuentro a faltar la curva del cuello.

—Podemos intentarlo —dijo Courtmain.

Hooryckx se quedó mirando el dibujo un momento.

—No, mejor así.

Después de comer, se separaron. Courtmain fue a visitar a un posible cliente y Morath se dirigió hacia el barrio comercial de la zona centro, a una tienda que se llamaba *Homme du Monde*, cuyo escaparate estaba ocupado por finos maniqués de esmoquin. En el interior, donde hacía un calor sofocante, había un dependiente de rodillas, con la boca llena de alfileres, ajustándole un pantalón de vestir a un cliente.

—¿*Madame Golsztahn*? —preguntó Morath.

—Un momento, *monsieur*.

Una cortina que estaba al fondo de la tienda se descorrió y apareció la señora Golsztahn.

—¿Sí?

—He llegado de París esta mañana.

—¡Oh! Pero si es usted —dijo la dama—. Pase.

Tras las cortinas había un hombre planchando unos pantalones, que pisaba un pedal del que salía un fuerte sonido silbante y una nube de vapor. La señora Golsztahn llevó a Morath por una larga fila de esmóquines y fracs hasta un desvencijado escritorio abarrotado de recibos. No se habían visto antes, pero Morath sabía quién era aquella mujer. Había sido famosa por sus aventuras amorosas en sus años jóvenes en Budapest, motivo de poemas en periódicos de poca importancia, causa de dos o tres escándalos y de un legendario suicidio desde el puente Elizabeth. Morath podía sentirlo al estar de pie junto a ella. Un rostro ajado y una llamativa melena cobriza sobre un cuerpo de bailarina cubierto por un ceñido jersey negro y una falda. «Como la corriente de un río». Ella le dirigió una cortante sonrisa, quizá leyera en él como en un libro, y a Morath no le habría importado; después, se retiró el pelo de la frente. Se oía una radio, tal vez fuera Schumann, violines, algo especialmente empalagoso, y cada pocos segundos, el sonido silbante de la plancha de vapor.

—¿Y bien? —dijo ella antes de que pasara nada.

—¿Vamos a una cafetería?

—Este es el mejor sitio.

Se sentaron uno junto al otro frente al escritorio. Ella encendió un cigarrillo, que sujetaba entre los labios mientras cerraba un ojo para evitar el humo. Localizó uno de los recibos, le dio la vuelta y lo extendió sobre la mesa con las manos. Morath vio unas cuantas letras y unos números, algunos estaban rodeados por círculos.

—Son reglas mnemotécnicas —dijo ella—. Ahora solo tengo que descifrarlas.

Al cabo de un rato, continuó:

—Muy bien, aquí está el amigo de su tío en Budapest, al que se conoce como «un oficial superior de policía». Declara que el 10 de marzo había pruebas de una intensa actividad en todos los sectores de la comunidad de los *nyilas*.

Neelosh. La voz de aquella mujer era premeditadamente neutral. Significaba la Cruz de Flecha, puros fascistas hitlerianos: los EME, que estaban especializados en ataques bomba contra mujeres judías; los del *Kereszteny Kurzus*, o Curso Cristiano, que significaba bastante más que eso, y otros, más y menos importantes.

—El 5 de marzo —prosiguió ella— quemaron un cobertizo en el distrito ocho, *Csikago* (Chicago, como de fábricas y gánsteres). Llamaron a los inspectores de policía cuando descubrieron que había allí almacenados rifles y pistolas.

La señora Golsztahn tosió, se tapó la boca con el dorso de la mano y dejó el cigarrillo junto a una fila de quemaduras marrones en el borde del escritorio.

—Un miembro de la Cruz de Flecha, ebanista de profesión, detenido por hacer pintadas en bienes de propiedad estatal, era el abonado del número de teléfono del agregado económico alemán. Un informador de la policía en Szeged fue asesinado el 6 de marzo. Se vio a ocho hombres jóvenes, miembros de la asociación estudiantil Turul, vigilando los barracones del Ejército en Arad. Un camión de mudanzas, aparcado en un callejón próximo a la estación sur, fue registrado por la policía a partir de la información recibida de la ex esposa del conductor. Se encontró una ametralladora Berthier, con ochenta y cinco cananas de municiones.

—Voy a tener que tomar notas —dijo Morath.

La señora Golsztahn le miró a los ojos.

—Usted no va a ninguna parte, ¿verdad?, —se detuvo—. ¿Al este?

Morath negó con la cabeza.

—Solo a París. Esta misma noche.

La mujer le entregó un recibo de alquiler sin usar.

—Utilice la parte de atrás. El oficial superior de policía señala que se ha remitido un informe de estos incidentes, de la forma habitual, a la oficina del coronel Sombor en la legación húngara de París.

—Un minuto —dijo Morath.

Lo había apuntado casi todo. Sombor tenía algo que ver con la seguridad en la legación. Era el mismo nombre que el del jefe de la policía secreta, tomado de una ciudad del sur de Hungría. Eso solía indicar que se trataba de húngaros de origen alemán, sajón.

Cuando levantó la vista, ella siguió hablando:

—Un informador de la Cruz de Flecha dice que varios colegas suyos se están preparando para enviar a sus familias fuera de la ciudad durante la primera semana de mayo. Y... —Acercó más los ojos a la parte superior del recibo—. ¿Cómo? —dijo, y después—: ¡Oh! Dos conocidos agentes del servicio de inteligencia alemán, el SD, tenían en su habitación del hotel Gellert fotografías de los planos arquitectónicos de la comisaría de policía del distrito Water y del Palacio de Justicia. El oficial superior de policía concluye diciendo que hay más ejemplos de esta clase de actividad, casi una treintena de ellos, que sugieren que se va a llevar a cabo una acción política en un futuro próximo.

* * *

El tren nocturno a París estaba silencioso. Courtmain trabajaba, tomando apuntes en un bloc, y Morath leía el periódico. Las principales noticias seguían centrándose en Austria y el *Anschluss*. En el editorial, se citaban unas palabras del político británico Churchill, miembro de la oposición Tory, de un discurso que había dado en el Parlamento a finales de febrero: «Austria se ha sometido, y no sabemos si Checoslovaquia correrá la misma suerte».

«Desde luego, alguien correrá la misma suerte», pensó Morath.

Tocó el recibo que llevaba en el bolsillo. La señora Golsztahn había quemado los suyos en una taza de café y después había separado las cenizas con la punta de un lápiz.

De todos ellos, quizás Otto Adler era el que más amaba París. Había llegado en el invierno de 1937, había instalado su vida —una mujer, cuatro hijos, dos gatos y una editorial— en una casa grande, vieja y llena de corrientes de aire, en St Germain-en-Laye, donde, desde una ventana de su estudio, podía ver kilómetros de tejados parisinos. «París: la mejor idea que tuvo nunca la humanidad».

—¡Tres veces afortunado! —Esa era la manera en que lo expresaba su esposa.

Otto Adler había crecido en Koenigsberg, capital de la Prusia oriental, en la comunidad báltico-germana. Después de la universidad, en Berlín, volvió a casa convertido en un marxista y luego se pasó la treintena convirtiéndose en demócrata, periodista e indigente.

—Cuando eres ya tan pobre —solía decir—, lo único que te queda es fundar una revista.

Así fue como nació *Die Aussicht* (La perspectiva). Con no demasiados adeptos, la revista soliviantó al estrecho *Volksdeutsch* de Koenigsberg.

—Este pintor de postales fracasado, nacido en Linz, destruirá la cultura alemana —dijo de Hitler en 1933.

Las consecuencias de aquello fueron dos ventanas rotas, su mujer lanzando insultos en la carnicería y, al poco tiempo, un apartamento grande, viejo y destartado en Viena. Otto Adler encajó mucho mejor allí.

—Otto, querido, yo creo que naciste para ser vienés —solía decirle su mujer.

Él tenía una cara redonda, imberbe y sonrosada, y una sonrisa radiante. Deseaba lo mejor para todo el mundo; era una de esas personas de buen corazón que pueden ser benévolas y estar enfadadas al mismo tiempo, sin dejar además de reírse de sí mismas. Como pudo, siguió publicando la revista.

—Probablemente, deberíamos llamarla *El Buey*, ya que resiste cualquier condición meteorológica.

Con el tiempo, le fue llegando algo del dinero vienés, procedente de incipientes banqueros, hombres de negocios judíos y sindicalistas. Cuando *Die Aussicht* se ganó la suficiente credibilidad, Otto se las arregló para conseguir un artículo de uno de los dioses de la cultura literaria alemana, Karl Krause, el feroz, brillante escritor satírico cuyos discípulos —lectores y estudiantes— eran conocidos como «krausianos».

En 1937, *Die Aussicht* publicó un breve reportaje de una periodista italiana, la esposa de un diplomático, que había estado presente en una de las infames cenas de Hermann Goering en Schorfheide, su pabellón de caza. La típica celebración nazi, con la sopa y el pescado, pero antes de que llegara el plato principal, Goering se levantó de la mesa y volvió vestido con una camisa de cuero y una piel de oso sobre los hombros, una vestimenta de guerrero de las antiguas tribus teutonas. Pero eso no

era suficiente. Goering iba armado con una lanza y se paseaba por la habitación tirando de dos peludos bisontes atados a sendas cadenas, mientras los invitados gritaban despavoridos. Pero tampoco eso era suficiente. El entretenimiento concluyó con el apareamiento de los dos bisontes. «Una fiesta inolvidable», decía en *Die Aussicht*. Los hijos de Adler fueron expulsados del colegio, una cruz gamada apareció pintada en la puerta de su casa, la criada se despidió y los vecinos dejaron de decirles «*Gruss Gött*».

Entonces encontraron una casa vieja y destartalada en Ginebra, pero no fueron muy felices allí. Lo mismo que hacían el *Volksdeutsch* y los austríacos por medio de los agentes del partido, lo hacían los suizos por medio de los oficinistas. De hecho, nadie dijo nada sobre la revista; aparentemente, Otto podía publicar lo que quisiera en la democrática Suiza, pero la vida era una tela de araña de normas y regulaciones que controlaban las licencias de correo, la residencia de los extranjeros y, según le parecía a Adler, el propio aire que respiraban.

Estaban un poco silenciosos alrededor de la mesa durante la cena cuando Adler informó a su familia de que tenían que marcharse.

—Una aventura necesaria —explicó, sonriente, al tiempo que su mujer le ponía la mano en la rodilla por debajo de la mesa.

Así pues, en diciembre de 1937: París. St-Germain en Laye era un clásico de la geografía del exilio y acabó convirtiéndose en un tradicional refugio de princesas desterradas de muchas partes. Había una gran *Promenade Anglais* donde uno podía pasear durante horas para meditar sobre el castillo, la corona o la tierra natal perdidos. Adler conoció a un comprensivo editor, entabló relaciones en la comunidad de emigrados alemanes liberales y volvió a su trabajo de lucha contra los fascistas y los bolcheviques. Ese fue el destino del socialdemócrata, que era el hombre vestido con un impermeable que estaba junto al quiosco.

Entretanto, Adler se enamoró de los jardines públicos de París.

—¿Qué clase de lunático toma un tren para ir al parque?

La clase de lunático que llenaba su maletín con libros (Schnitzler, Weininger, Mann, tal vez Von Hoffmannsthal), dos plumas estilográficas y un bocadillo de queso, después se sentaba en el Jardin du Luxembourg y se quedaba allí contemplando la luz veteada de los Plátanos jugueteando con el sendero de grava. Unos cuantos céntimos para el viejo dragón que vigilaba las sillas, y uno podía pasarse la tarde en una pintura.

Al principio iba cuando hacía buen tiempo, después también cuando llovía un poco. Llegó a convertirse en un hábito. A medida que pasó el tiempo, cuando la primavera de 1938 avanzaba hacia el verano que tuviese reservado, casi siempre se podía encontrar en el parque a Otto Adler, escribiendo con su pluma el borrador de un nuevo editorial o, por unos momentos, sencillamente dormitando.

La nota de la baronesa Frei invitaba a «Mi querido Nicholas» a que fuera a visitarla a su casa a las cinco de la tarde del 16 de abril. Morath cogió un taxi hasta la

parada de metro de Sèvres-Babylone y fue caminando desde allí hasta la *rue* de Villon.

Bien escondida en un laberinto de travesías que cruzaban los límites entre los distritos sexto y séptimo, la *rue* de Villon era, como cualquier otro paraíso, terriblemente difícil de encontrar. Los taxistas consultaban nerviosos la guía de calles y se dirigían después hacia la *rue* François Villon, que debía su nombre a un poeta-ladrón medieval, en una barriada alejada donde, nada más llegar, quedaba meridianamente claro tanto para el conductor como para el cliente que en absoluto era la calle que estaban buscando.

A la verdadera *rue* de Villon solo se podía entrar desde una callejuela abovedada—el callejón Villon—, un túnel en perpetuo crepúsculo que retaba al intrépido automovilista a que tentara su suerte. A veces era posible hacerlo, según fueran el modelo y el año de fabricación del vehículo, y siempre era una cuestión de centímetros, pero no daba la impresión de que se pudiera pasar por allí realmente. En el callejón no había indicación ninguna de lo que había más adelante. El transeúnte casual se limitaba a pasar por allí, mientras que el verdadero turista seguro de sí mismo, tras lanzar una mirada desafiante al túnel, se alejaba.

Al atravesar el callejón, sin embargo, la luz del cielo caía sobre una fila de casas del siglo XVII, protegidas por una empalizada de hierro forjado, que acababa en el muro de un jardín: la *rue* de Villon, del 3 al 9, en una secuencia cuya lógica solo entendían Dios y el cartero. Por la noche, la pequeña calle estaba iluminada por farolas victorianas de gas que creaban suaves sombras con una parra que crecía retorciéndose por la parte de arriba del muro del jardín, que pertenecía a la casa número tres; en la herrumbrosa puerta de metal de la entrada, del tamaño de un carruaje, podía verse una tenue impresión del número. La casa pertenecía a la baronesa Lillian Frei. Ella no conocía a sus vecinos, que tampoco la conocían a ella.

Salió a abrir una criada que llevó a Morath hasta el jardín. Sentada ante una mesa, la baronesa sacó la mejilla hacia delante para recibir un beso.

—Querido mío —dijo—. Estoy encantada de verte.

Morath sintió que el corazón se le enternecía, sonrió como un niño de cinco años y la besó con placer.

La baronesa Frei debía de tener ya los sesenta. Era tullida; toda la vida había sufrido una afección que consistía en una joroba que le ocupaba la mitad de la espalda y le sobresalía por encima del hombro. Tenía unos resplandecientes ojos azules, el cabello blanco como la nieve y toda ella resultaba radiante como el sol. Estaba, en aquel momento, como siempre, rodeada de una manada de perros Vizsla, entre los que Morath no lograba distinguir a ninguno, pero que, como le gustaba a la baronesa decir ante sus invitados, pertenecían a una vasta, caprichosa y engreída familia que vivía una inacabable epopeya romántica en la casa y en el jardín. Korto, emparentado con Fina, amaba a Malya, la hija que había tenido con la valiente Moselda, desaparecida hacía ya largo tiempo. Por supuesto, por la integridad de la

raza, nunca podían estar juntos, así que, durante el celo, mandaban a la exquisita Malya a dormir a la cocina mientras que el pobre Korto yacía en la grava del jardín con la barbilla hundida en la patas delanteras o se quedaba sentado sobre las patas traseras, mirando fijamente con ojos de miope por la ventana y ladrando hasta que la criada le tiraba un trapo.

En aquel momento, los perros se arremolinaban junto a las piernas de Morath y él se inclinaba para pasarles la mano por los suaves lomos de seda.

—Sí —dijo la baronesa—, aquí está vuestro amigo Nicholas.

Los Vizlas eran rápidos. Sin ver de dónde venía, Morath recibió un lengüetazo en el ojo.

—¡Korto!

—No, no, si me halaga.

El perro pateó el suelo con las patas delanteras.

—¿Qué pasa, Korto? ¿Quieres cazar?

Morath jugó con él un poco y el animal lloriqueó de placer.

—¿Nos vamos al bosque?

Korto se movió a un lado y a otro. «Cázame».

—¿Un oso? ¿Eso es lo que más te gustaría?

—No saldría corriendo —dijo la baronesa. Y luego, dirigiéndose al perro—: ¿A que no?

Korto movió el rabo. Morath se puso de pie y se reunió con la baronesa junto a la mesa.

—Es pura valentía —dijo ella—. Y hasta los últimos cinco minutos de su vida, será el mejor.

En ese momento se acercó la criada empujando un carrito cargado de vasos que se deslizaba sobre unas chirriantes ruedas. Puso una bandeja de pasteles en la mesa, sirvió una taza de té y la dejó junto a Morath. Con las pinzas de plata en la mano, la baronesa se quedó contemplando los pasteles.

—Vamos a ver...

Un rollito de masa, relleno de nueces y pasas. La corteza ligeramente azucarada estaba aún caliente del horno.

—¿Y bien?

—Como Ruszwurm. Mejor.

Por aquella mentira, recibió un gracioso gesto de asentimiento de la baronesa. Bajo la mesa, muchos perros.

—Tenéis que esperar, pequeños —dijo la baronesa.

Tenía una tolerante sonrisa, amable hasta lo infinito. Una vez que Morath la visitó a media mañana, llegó a contar veinte tostadas con mantequilla sobre la bandeja del desayuno de la baronesa.

—Estuve en Budapest la semana pasada —dijo ella.

—¿Cómo estaban las cosas por allí?

—Tensas, esa es la palabra, por debajo del alboroto habitual. Vi a tu madre y a tu hermana.

—¿Qué tal están?

—Bien. La hija mayor de Teresa puede que vaya al colegio a Suiza.

—Seguramente será lo mejor.

—Seguramente. Te mandan todo su cariño. Tienes que escribirles.

—Lo haré.

—Tu madre me contó que Eva Zameny ha dejado a su marido.

Morath y ella estuvieron comprometidos en matrimonio hacía ya mucho tiempo.

—Lo lamento.

La expresión que puso la baronesa daba a entender que ella no.

—Es lo mejor que podía hacer. Su marido era un sinvergüenza y un jugador empedernido.

Sonó entonces una campana, de las que se accionan tirando de un cordón, en el interior de la casa.

—Ese debe de ser tu tío.

* * *

Había otros invitados. Las mujeres iban vestidas con velos, toreras y los vestidos de puntos en blanco y negro que se ponen de moda en primavera. Antiguos ciudadanos de la monarquía dual, los invitados hablaban el dialecto austríaco con elevadas florituras alemanas, cambiando sin esfuerzo alguno al húngaro y al francés cuando solo era posible manifestar lo que querían decir con una expresión muy particular. Los hombres iban todos afeitados y usaban buenas colonias. Dos de ellos llevaban condecoraciones; uno, un lazo negro y oro del que colgaba una medalla en la que ponía KUK —*Kaiser und Königlich*, que significa «Imperial y Real», la monarquía dual—, y el otro, un mérito al servicio en la guerra ruso-polaca de 1920. Un grupo refinado, educado y atento, entre cuyos miembros era difícil distinguir quién era rico y quién no.

Morath y Polanyi estaban de pie junto a un enorme boj en la esquina del muro del jardín, sujetando en la mano las tazas y los platos.

—Tengo verdaderas ganas de beber algo —dijo Polanyi.

—Vámonos a algún sitio después de esto.

—Me temo que yo no puedo. Tengo un cóctel con los fineses y ceno con el ministro de Asuntos Exteriores venezolano, Flores, arriba, en el distrito dieciséis.

Morath asintió en un gesto de comprensión.

—No, no es Flores —Polanyi apretó los labios, enfadado por haber tenido ese lapsus—. Montemayor, quería decir. Flores está... desapareció.

—¿Tienes alguna noticia de casa?

—Nada bueno. Es como tú lo describiste en el cuadro que pintaste de Amberes. O

peor.

—¿Otra Austria?

—No exactamente. Nosotros no somos *Ein Volk*, un solo pueblo, pero la presión es cada vez mayor. «O son nuestros aliados o aténganse a las consecuencias». — Suspiró y sacudió la cabeza—. Ahora empieza la verdadera pesadilla, Nicholas, esa en la que el monstruo viene hacia ti y tú no puedes escapar, estás paralizado. Creo, cada vez más, que esta gente, esta agresión de los alemanes, va a acabar con nosotros tarde o temprano. Los austríacos nos llevaron a la guerra en 1914; tal vez algún día alguien sea capaz de explicarme por qué tuvimos que hacer todo aquello. Y ahora vuelve a empezar. Dentro de uno o dos días, los periódicos sacarán la noticia de que Hungría se ha puesto a favor del *Anschluss*. En respuesta, Hitler asegurará nuestras fronteras. Un *quid pro quo* muy cabal.

—¿Realmente crees que las cosas irán así?

—No —Polanyi dio un sorbo a su taza de té—. Digamos mejor que es probable. Hitler está intimidado por Horthy porque él es todo lo que a Hitler le hubiera gustado ser. Pertenece a la antigua nobleza, fue ayuda de cámara de Francisco José, un héroe de guerra, jugador de polo, está casado con una mujer que pertenece a la flor y nata de la sociedad... Y los dos pintan. De hecho, Horthy ha durado más que ningún otro líder político en Europa. Eso importa algo, ¿no te parece, Nicholas?

La cara de Polanyi reflejaba lo que eso importaba exactamente.

—¿Entonces tú crees que los disturbios que hay ahora podrían resolverse?

—No será fácil, puede que incluso sea imposible. Nos enfrentamos a una verdadera insurrección. Los conservadores fuera, los fascistas dentro y los liberales *au poteau* —la expresión era de 1789 y significaba: a la guillotina.

Morath estaba sorprendido. En Budapest, cuando los hombres de la Cruz de Flecha, vestidos con sus uniformes negros, se paseaban ufanos por la ciudad, la policía les obligaba a desvestirse y los mandaban a casa en ropa interior.

—¿Y la policía? ¿Y el ejército?

—Están indecisos.

—¿Entonces qué?

—Si Daranyi tiene intención de seguir siendo el primer ministro, tendrá que concederles algo. O correrá la sangre en las calles. Así pues, de momento, estamos en fase de negociación. Y nos veremos obligados, entre otras cosas, a hacer favores.

—¿A quién?

—A gente importante.

Morath sintió lo que se avecinaba. Sin duda Polanyi quiso que lo sintiera. Puso la taza y el plato en la mesa, se llevó la mano al bolsillo, sacó un cigarrillo de una pitillera de carey y lo encendió con un mechero de plata.

Eran las últimas noches de abril y aún no había signo alguno de la primavera. El mal

tiempo se acentuaba en las escaleras del metro: viento, lluvia y niebla con sabor a humo de fábrica. Morath se ciñó el abrigo y caminó junto a los edificios, hacia abajo por una calle oscura, después por otra, luego un giro a la izquierda y de repente apareció un letrero de neón azul: *Balalaika*. El portero, de agresivos bigotes y vestido de cosaco con una guerrera de piel de carnero, lo miró desde la marquesina de la entrada, sujetando en la mano un paraguas en sus últimas horas de existencia en una noche de viento.

El hombre mascullo entre dientes un saludo de buenas noches. Tenía un fuerte y melodramático acento ruso.

—Bienvenido a Balalaika, señor. El espectáculo acaba de empezar.

Dentro, la atmósfera estaba cargada. Los cigarrillos brillaban en la oscuridad. Paredes cubiertas de felpa roja; en el guardarropa, una chica espléndida. Morath le entregó su abrigo junto con una generosa propina. También en aquel lugar había condecoraciones. El encargado del local, de un metro noventa de estatura y vestido con un fajín ancho y botas altas, llevaba en la camisa una medalla de bronce de reconocimiento al mérito por los servicios prestados como mercenario y guardia de palacio al rey Zog de Albania.

Morath fue hasta la barra y se sentó en un extremo. Desde allí, podía ver parte del escenario. Un trío de cíngaros rascaba los violines con agónica emoción, una bailarina vestida con unos pantalones transparentes y una blusa sin espalda mostraba al público, bajo la intensa luz azul, justo lo que su infiel amante desdeñaba, al tiempo que su pareja, de pie en un lateral, sujetaba con inútil deseo una bombilla roja entre sus pantalones, moviéndola hacia dentro y hacia fuera al ritmo de la música.

Morath pidió que le sirvieran un vodka polaco y, cuando el camarero se acercó con la copa, le ofreció un cigarrillo y se lo encendió. Era un hombre de corta estatura, robusto, de ojos estrechos y con profundas patas de gallo, de reírse tal vez o de entornarlos para mirar a lo lejos. Bajo la chaqueta roja llevaba una camisa lavada tantas veces que tenía ya un color desconocido.

—¿Es usted Boris? —le preguntó Morath.

—De vez en cuando.

—Ah, bien. Boris, tengo un amigo... —El leve tono irónico de la frase hizo que el camarero esbozara una sonrisa—. Se encontraba en una situación difícil y acudió a usted en busca de ayuda.

—¿Cuándo fue eso?

—El año pasado, más o menos por esta época. Su novia necesitaba un médico.

El camarero se encogió de hombros. Eran miles los clientes que pasaban por allí, y miles las historias.

—No voy a decirle que me acuerdo.

Morath se hizo cargo; tener mala memoria era siempre una buena excusa.

—Ahora se trata de otro amigo. Un problema distinto.

—¿Sí?

—Un problema con el pasaporte.

El camarero pasó un trapo por la superficie de zinc, se detuvo un instante y miró fijamente a Morath.

—¿Usted de dónde es? Si no le importa que se lo pregunte.

—De Budapest.

—¿Un emigrado?

—No exactamente. Vine aquí después de la guerra. Estoy aquí por asuntos de negocios.

—¿Estuvo usted en la guerra?

—Sí.

—¿Dónde?

—En Galitzia. Me mandaron un tiempo a Volhynia y luego...

—Otra vez a Galitzia —el camarero se rio al acabar la frase de Morath—. Sí, ya conozco esa mierda de sitio.

—¿Estuvo usted allí?

—Sí. Es probable que nos disparáramos el uno al otro. Después, en el otoño del diecisiete, mi regimiento se fue de paseo. ¿Otra?

—Sí, por favor.

El transparente licor llegó justo hasta el borde la copa.

—¿Querría usted acompañarme?

El camarero se sirvió un vodka y levantó la copa.

—Por los disparos fallidos —se bebió la copa al estilo ruso, con gracia pero todo de una vez.

De las mesas de la sala de fiestas llegaba el sonido fuerte de los aplausos, al tiempo que los clientes se ponían cada vez más entusiastas; algunos jaleaban con estruendo. El bailarín, en cuclillas sobre el escenario y con los brazos cruzados, bailaba sacando las piernas hacia fuera.

—Pasaportes —dijo el camarero, de repente con un tono sombrío—. Se puede usted meter en un buen lío con ese tipo de engaños. Aquí le meten a uno en la cárcel si le pillan. Pero hay casos, por supuesto, sobre todo entre los refugiados, los judíos y los exiliados políticos. Cuando sales de Alemania, no eres legal en ningún sitio si no consigues un visado. Eso lleva tiempo, y cuesta dinero; no valen las prisas. Pero en una situación límite, con la Gestapo pisándote los talones, haces lo que sea. Así que una vez consigues fugarte, te conviertes en un apátrida. Con suerte, logras entrar en Checoslovaquia o en Suiza, te ocultas durante una semana si conoces el hostel indicado, pero luego te cogen y te obligan a cruzar la frontera con Austria. Después de una o dos semanas en prisión, los funcionarios de aduanas te llevan otra vez a la frontera, de noche, por el bosque, y todo vuelve a empezar. Aquí la cosa está un poco mejor. Si no causas problemas, los *flics* no te molestan mucho, a menos que intentes trabajar —el camarero movió la cabeza lentamente, con tristeza.

—¿Usted cómo se las arregló?

—La organización Nansen. Tuvimos suerte. Como fuimos la primera oleada, conseguimos pasaportes de la Liga de Naciones, permisos de trabajo y los trabajos que los franceses no querían hacer. Eso fue en 1920 o por ahí. La revolución se había terminado, la guerra civil empezaba a mitigarse; luego la Cheka empezó a merodear: «Nos han dicho que eras amigo de Ivanov». Así que llegó el momento de largarse. Después, cuando los chicos de Mussolini se metieron en faena, llegaron los italianos. Más o menos corrieron la misma suerte que nosotros. Si habías sido profesor de Física Teórica, aquí te convertías en todo un camarero. Y eso con suerte. Porque desde el treinta y tres han empezado a llegar los alemanes. Tienen pasaporte, pero no permiso de trabajo. Se dedican a la venta de puerta en puerta, o en los bulevares; venden agujas y carretes de hilo en pequeños maletines, abordan a los turistas, se mueren de hambre, piden limosna, se sientan a la entrada de las organizaciones de refugiados. Lo mismo les pasa a los españoles que vienen huyendo de Franco, y ahora a los austríacos. Sin papeles, sin permiso de trabajo, sin dinero.

—Este amigo del que le he hablado, Boris, tiene dinero.

El camarero no había tenido ninguna duda al respecto en todo el rato que llevaban hablando. Al cabo de un minuto, dijo:

—Usted es detective, ¿verdad?

—¿Con este acento?

—Bueno, puede que lo sea y puede que no. En todo caso, yo no soy el hombre que usted necesita. Debe ir adonde están los refugiados, al café Madine, al Grosse Marie, sitios así.

—¿Puedo hacerle una pregunta? Una pregunta personal.

—Soy un libro abierto.

—¿Por qué huyó?

—Porque me andaban buscando —contestó, riéndose. Morath esperó.

—Yo era poeta. Y también, para ser sincero, un delincuente. Cuando iban a por mí, nunca supe con certeza cuál de las dos cosas era el motivo.

El café Madine estaba en el distrito once, justo al lado de la *place* de la République, entre una carnicería en la que vendían carne *halal* a los árabes y *kosher* a los judíos, y un taller de instrumentos musicales que se llamaba *Szczwerna*. Era fácil, tal vez demasiado fácil, hacer relaciones en el café Madine. Morath apareció por allí a última hora de la tarde, se quedó de pie junto a la barra, pidió una cerveza y contempló la trepidante vida del barrio. Un hombre intentó venderle un anillo. Morath le echó un vistazo; él había ido allí a comprar, así que no le venía mal que vieran que era un comprador. Una piedra roja, pequeña, engastada en oro, Universidad de Heidelberg, 1922.

—¿Cuánto quiere?

—Vale unos trescientos más o menos.

—Lo pensaré. En verdad he venido aquí porque un amigo mío que está en París ha perdido su pasaporte.

—Que vaya a la Préfecture.

Morath le dirigió una capciosa mirada. «Si fuera posible solo con una mirada...».

—¿Y si no?

—Si no, nada.

Volvió al día siguiente. Eran las diez de la mañana, el local estaba desierto, en silencio. Entraba un haz de luz; un gato dormitaba; el dueño tenía las gafas bajas, casi en la punta de la nariz. Se tomó su tiempo en servir a Morath el *café au lait*; no había nata en la leche hervida, el café estaba fuerte y recién hecho. Mandó al chico a la panadería a buscar pan del día para hacer una *tartine*.

El contacto era un tipo rudo, ya viejo, que en otro tiempo debió de ser un tratante de maderas en Ucrania, aunque Morath no tenía modo alguno de saberlo. Saludó a Morath levantándose levemente el sombrero y le pidió que se sentara a su mesa.

—¿Es usted el que tiene problemas con el pasaporte?

—Un amigo mío.

—Naturalmente.

—¿Cómo está el mercado estos días?

—El mercado de los vendedores, obviamente.

—Mi amigo necesita algo de verdad.

—Algo de verdad.

Quizás en otra época aquella expresión le habría parecido lo suficientemente graciosa como para reírse. Pensó que Morath había captado el segundo sentido. Fronteras, papeles, naciones. Engaños, mentiras de los políticos.

—En la medida de lo posible.

—Su amigo es un hombre que compra lo mejor.

Morath asintió con la cabeza.

—Dos mil quinientos francos. Quizá le asuste una cifra de semejante magnitud.

—No. Cuando algo lo vale, uno lo paga.

—Muy razonable este caballero.

El hombre habló dirigiéndose a un amigo invisible. Después, le explicó a Morath adónde tenía que ir y cuándo.

Dos días después, la tarde de un viernes, en el Louvre. A Morath le costó trabajo encontrar la sala concreta: subiendo las escaleras por aquí para bajarlas luego por allá, pasando la guirnalda que Napoleón trajo de Egipto y las salas de pequeños y desconcertantes objetos romanos, dando la vuelta a una esquina y recorriendo una interminable galería llena de escolares británicos. Por fin, llegó a la sala en la que estaba el retrato de Ingres: un luminoso desnudo de una mujer, sentada a una mesa, con la espalda curvada y suave.

De un banco que había contra la pared se levantó un hombre, que sonrió y extendió los brazos en gesto de bienvenida. Sabía quién era Morath, probablemente le habría visto en el café, de lejos. Era un hombre apuesto, corpulento, con una barba al estilo Vandyke y vestido con un traje de *tweed*. Algo parecido, pensó Morath, al dueño de una próspera galería de arte. Daba la impresión de que le acompañaba un colega, que estaba de pie al otro lado de la sala delante de un cuadro, con las manos juntas a la espalda. Morath vio cómo intercambiaban una mirada. El otro hombre tenía la tez sumamente blanca, como si hubiera dejado de llevar la barba de toda una vida. Le cubría la cabeza afeitada un sombrero de fieltro.

El hombre que parecía un marchante de arte se sentó junto a Morath en el banco de madera.

—Me han dicho que está usted buscando un documento de primera calidad — dijo.

Hablaba en francés como un alemán culto.

—Así es.

—Sería el de un cadáver.

—Me parece bien.

—Se lo va usted a comprar a la familia del fallecido, naturalmente, y ellos quieren dos mil quinientos francos. Por nuestro trabajo, por el cambio de identidad, serán otros mil francos. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí.

El marchante abrió un periódico en cuyo interior se podía ver un reportaje sobre un partido de polo en el Bois de Boulogne y un pasaporte metido en una funda de cartón.

—La familia desea que la operación de la venta se realice rápidamente. El pasaporte es de nacionalidad rumana y le quedan diecisiete meses de vigencia.

El rostro de la fotografía identificativa era el de un hombre de mediana edad, formal, satisfecho de sí mismo, con un bigote oscuro bien cortado y cuidado. Debajo, figuraba el nombre: Andreas Panea.

—Puedo pagárselo ahora si quiere.

—La mitad ahora y la otra mitad cuando esté acabado el producto. Pondremos su fotografía en lugar de la del finado y un técnico se encargará del trabajo de rotulación sobre la foto. Se eliminará la descripción física e irá la suya encima. Lo único que no se puede cambiar es el lugar de nacimiento, porque va en el sello. El portador del pasaporte tendrá que adoptar este nombre, el de un hombre de nacionalidad rumana que nació en Cluj.

—¿Qué le ocurrió?

El marchante de arte se le quedó mirando fijamente unos instantes. «¿Por qué se preocupa usted de eso?».

—No fue nada especialmente dramático —y, al momento, añadió—: Dejó de cuidarse. Es bastante común.

—Tenga la fotografía —dijo Morath.

El marchante se quedó ligeramente sorprendido. No era Morath. Era un hombre de unos veintitantos años, con un rostro de facciones duras, angulosas, que resultaba aún más grave por las gafas de montura metálica y el pelo, tan corto que parecía incoloro y aplanado. Un estudiante, tal vez. Eso, en el mejor de los casos. Uno al que los profesores siempre aprobaban tanto si iba a las clases como si no. El marchante le dio la vuelta a la fotografía. En el dorso se veía estampado el sello del estudio fotográfico en serbocroata y la palabra «Zagreb».

El marchante hizo una seña a su amigo, que se reunió con ellos en el banco, cogió la fotografía y se quedó largo rato estudiándola, tras lo cual dijo algo en yiddish. Morath, que hablaba alemán con fluidez, normalmente hubiera captado el sentido, pero aquello era argot de algún tipo, hablado con mucha rapidez y en un tono sarcástico.

El marchante asintió con la cabeza, casi sonriendo.

—¿Podrá trabajar el portador del pasaporte?

—En Rumanía, aquí no. Aquí podría solicitar un empleo, pero...

—¿Y si lo comprobaran las autoridades rumanas?

—¿Por qué habrían de comprobarlo?

Morath no respondió.

El hombre que llevaba el sombrero de fieltro se sacó un lapicero del bolsillo e hizo una pregunta, otra vez en yiddish.

—Quiere saber cuánto mide y cuánto pesa.

Morath le dio las medidas; era delgado y más bajo que la media.

—¿Ojos?

—Grisos, y tiene el pelo rubio.

—¿Alguna marca identificativa?

—No.

—¿Profesión?

—Estudiante.

Guardaron la fotografía. El marchante volvió una página del periódico, de donde sacó un sobre.

—Llévese esto a los lavabos de la planta de abajo, ponga aquí mil setecientos francos y póngase el periódico bajo el brazo, después salga del museo. Utilice la salida de la *rue Coligny*. Quédese parado en los escalones de la entrada y espere allí unos minutos. Mañana al mediodía vuelva aquí. Verá usted a alguien a quien reconocerá, siga a esa persona y el intercambio se hará en algún lugar donde usted pueda mirar detenidamente lo que ha comprado.

Morath hizo lo que le habían indicado. Introdujo el dinero en el sobre en billetes de cien francos y se quedó esperando a la entrada. Al cabo de diez minutos, una mujer le saludó y se acercó a él sonriente, subiendo ágilmente los escalones. Iba bien vestida, llevaba pendientes de perlas y guantes blancos. Le dio un beso suave en la

mejilla, le retiró el periódico de debajo del brazo y se marchó en un taxi.

La noche antes del tren.

Se había convertido en una especie de tradición para Nicky y Cara, una velada Kama Sutra, una despedida amorosa, algo para ser recordado. Se sentaban en la habitación iluminada por velas y se bebían una botella de vino. Cara llevaba ropa interior negra, Morath un traje de vestir. A veces ponían discos. Morath los tenía de dos tipos: Ellington y Lee Wiley, o escuchaban *les beeg bands* en la radio. Una noche se fueron hasta Pigalle, donde Cara se quedó dentro del taxi mientras Morath compraba algunos libros de fotografías. Después, se fueron corriendo a la avenida Bourdonnais y se pusieron a mirar las fotografías juntos. Parejas en sepia, tríos, cuartetos, mujeres gordas con anchas caderas y sonrisas suaves, el libro estaba impreso en Sofía.

A veces Cara le excitaba con «Cuentos del convento». Ella había pasado tres años en un lugar parecido, en una gran hacienda, fuera de Buenos Aires.

—Era exactamente como tú lo supones, Nicky —decía Cara, con voz entrecortada y los ojos muy abiertos—. Todas aquellas niñas, bellezas de todos los tipos. Morenas, rubias, apasionadas, tímidas, algunas tan inocentes que no sabían nada, ni siquiera qué tocar. Y todas encerradas juntas por las noches. ¡Imagínate!

Morath se lo imaginaba.

Pero, más cercanos a la realidad, sospechaba él, estaban todos aquellos recuerdos de «manos frías y pies malolientes» y las diabólicas monjas que las obligaban a aprender, entre otras cosas, francés. Era la única lengua que él y Cara tenían en común, pero ella no lo perdonaba.

—¡Qué horror! ¡Cómo nos aterrorizaban! —Juntaba las manos como, al parecer, hacía la monja, y gritaba cambiando la voz—: *Traduction, les jeunes filles!*

Después las sometían a un horror inconmensurable, el monstruo de la gramática, y les daban solo cinco minutos para la traducción.

—Me acuerdo una vez —contaba Cara—... ¿Quién era? La hermana Modesta. Escribió en el encerado: «¿Y si ellos no se hubieran unido nunca en eso, allí?». —Cara empezó a reírse recordando la situación—. ¡Qué terror! *Se joindre*, un verbo asesino. Es mucho más sencillo en español. Y entonces mi amiga Elena, después de que la hermana escribiera la respuesta, se inclinó sobre el banco y me susurró: «No te imaginas lo contenta que estoy de saber decir eso».

Morath se sirvió el final de la botella de vino. Cara se acabó su copa, la dejó en el suelo y se hizo un ovillo alrededor de él. Morath la besó, empezó a acariciarla, le desabrochó el sujetador, ella se estremecía moviendo los hombros, él se lo sacó y lo

dejó en la silla. Al rato, empezó a pasarle un dedo por la cinturilla de las medias y a deslizárselas por las piernas, lentamente, con suavidad, hasta que ella puso los pies de punta para que él pudiera acabar de quitárselas.

Durante un tiempo, estuvieron los dos tumbados, quietos. Cara le cogió una mano y empezó a tocarse el pecho con ella, no le dejaba moverse, como si con aquella caricia fuera suficiente, como si no hiciera falta llegar más lejos. Él se preguntaba qué estaría bien hacerle, con la mente recorriendo con pereza el repertorio. ¿Estaría ella pensando en eso, o en otra cosa? «¿Este hombre me ama?». Morath abrió los ojos y vio que ella estaba sonriendo.

Todo lo bueno en que se pudiera pensar, por la mañana, se desvanecía en el frío mundo. Cara no se despertó cuando él se marchó. Dormía con la boca abierta, con una mano atrapada bajo la almohada. De alguna manera, al mirarla, se podía saber que había hecho el amor la noche anterior. Morath iba casi cabeceando cuando el tren fue dejando atrás las calles vacías para adentrarse en el campo. Sus pezones, sus redondas nalgas, la imagen de ella sobre él, debajo de él, follando. A veces ella musitaba cosas como hablando consigo misma. Jamás llegaba a entender lo que estaba diciendo.

Era un tren muy lento el que salía al amanecer. En dirección al este, chirriaba, como si no quisiera realmente llegar allí. Pasaba por Metz y Saarbrücken, y después por Würzburg, donde los pasajeros hacían el transbordo para tomar el tren que iba a Praga, con enlaces a Brno, Kosice y Uzhgorod.

El este de Francia en una estación perdida, ni invierno ni primavera. El cielo estaba cargado y pesaba, el aire era más frío de lo que debería, el tren chirriaba interminablemente a través de campos muertos, cubiertos de maleza.

Un hermoso paisaje, en otra época, lleno de pequeñas granjas y aldeas. Después llegó 1914 y la guerra lo convirtió en un lodo gris. No llegaría nunca a recuperarse, decía la gente. Unos cuantos años antes, cuando se derritió la nieve, un hombre encontró lo que evidentemente había sido una trinchera, en la que un escuadrón de soldados franceses, en la vanguardia de la batalla, había sido alcanzado por la explosión de una carga de artillería que los enterró a todos. Luego, años después, con el deshielo de la primavera, el granjero encontró las puntas de una docena de bayonetas saliendo de la tierra, que aún guardaban el orden de marcha.

Morath encendió un cigarrillo y volvió a hundirse en su lectura, *La tierra de los kazares*, de Nicholas Bartha, publicado en húngaro en 1901.

El ciervo soberano no debe ser perturbado en sus asuntos familiares. ¿Qué es un ruteno en comparación con él? Solo un campesino. El período de caza

dura dos semanas. Para este pasatiempo, 70 000 rutenos deben ser condenados a la inanición por el ejército de los oficiales. El venado y el jabalí destrozan el maíz, las patatas y el trébol de los rutenos (la cosecha entera de su escaso terreno de medio acre). Todo el trabajo de un año, destrozado. La gente siembra y el ciervo cosecha. Es fácil decir que los campesinos deberían quejarse. Pero ¿dónde y a quién? Ellos ven siempre juntos a los que tienen el poder. El jefe del pueblo, el ayudante del jefe, el juez del distrito, el ayudante del juez del distrito, el inspector de hacienda, el guardabosques, el administrador y el gerente; todos son hombres de la misma educación, los mismos gustos sociales, el mismo nivel. ¿De quién pueden los campesinos esperar justicia?

Cuando Morath supo que tenía que ir a Rutenia, tomó el libro prestado de la enorme biblioteca de la baronesa Frei. Lo había adquirido el barón, después de 1918, en alguna de las instituciones húngaras que estaban situadas en las zonas que cayeron en manos de otras naciones al cambiar las fronteras.

—Lo salvé de la hoguera —solía decir el barón. Morath esbozó una sonrisa al acordarse de él, un hombre de corta estatura, grueso, con patillas de boca ancha, que nunca sabía cuánto dinero había hecho con sus «proyectos».

Cuando Morath cumplió dieciséis años, el barón lo llevó en una «juerga educativa» al Casino de Montecarlo. Le pagó unos gemelos de diamantes y una rubia cadavérica.

Morath se quedó sentado junto al barón, ante la mesa de *chemin de fer*, y le vio rellenar un cheque, a las cuatro de la mañana, con una alarmante cantidad de ceros. Pálido, pero sonriente, el barón se puso de pie, encendió un cigarrillo, le guiño un ojo a Morath y se encaminó hacia la escalinata de mármol. Diez minutos después, un funcionario uniformado de negro se puso a su lado, se aclaró la garganta y le dijo:

—El barón Frei se ha ido al jardín.

Morath vaciló, después se puso de pie y fue rápidamente al jardín del casino, donde habían descubierto al barón orinando en un arbusto. El hombre murió diez años más tarde de una enfermedad tropical que había contraído en las selvas de Brasil a las que iba a comprar diamantes a escala industrial.

Morath levantó la vista hacia su equipaje, que estaba en la repisa que había sobre el asiento, para asegurarse de que estaba allí su maletín de cuero. Dentro iba el pasaporte que le habían dado en el Louvre, cosido en el forro de una chaqueta de lana. Pavlo, así llamó Polanyi al hombre, al que, según dijo, jamás había visto. El estudiante. El que había ido a dar a la ciudad de Uzhgorod y no podía salir. Un favor a un amigo, había dicho Polanyi.

A media tarde, el tren aminoraba la marcha al cruzar los puentes del Mosel y paraba en la estación de Metz, rodeada de la oscuridad de los edificios con hollín de las fábricas. La mayoría de los pasajeros que viajaban con Morath se bajaron; no

mucha gente iba a Alemania justo en aquellos días.

Morath dio un paseo por el andén y compró el periódico. Al anoecer, el tren paró en el control fronterizo francés. Morath no tuvo ningún problema; era, oficialmente, un *résident* en Francia.

Dos horas más tarde, el tren cruzó la frontera en Saarbrücken. Tampoco allí tuvo problemas. El oficial que llamó a la puerta del compartimento de Morath estuvo encantado de ver un pasaporte húngaro.

—Bienvenido al Reich —dijo—. Sé que disfrutará usted de su estancia.

Morath le dio las gracias con amabilidad e intentó acomodarse para la noche. La estación de la frontera estaba inundada de luz artificial, de un blanco brillante. Alambradas en los postes, oficiales, centinelas, ametralladoras, perros. «Esto es por usted», parecía decir todo, y a Morath no le gustó. Le hizo pensar en un dicho húngaro: «Uno no debería nunca entrar voluntariamente a una habitación o a un país cuya puerta no se pueda abrir desde dentro».

Más adelante en el trayecto, se le unieron dos oficiales de las SS y pasó la noche con ellos bebiendo coñac y hablando sobre la vieja Europa y la nueva Alemania y sobre cómo llevarse a la cama a las húngaras. Los dos jóvenes oficiales — intelectuales políticos que habían ido juntos a la universidad de Ulm— solo querían divertirse. Hablaban, se reían, se limpiaban los cristales de las gafas, se emborracharon y se quedaron dormidos. Morath pudo descansar hasta Würzburg, donde pasó la noche en un hotel de la estación y se marchó a la mañana siguiente en el tren que iba a Praga.

* * *

La policía fronteriza checa no estuvo tan encantada de ver a un húngaro. Había redes húngaras de espionaje que operaban en varias ciudades, y los checos lo sabían.

—¿Cuánto tiempo piensa usted quedarse en Checoslovaquia? —le preguntó el guardia de frontera.

—Unos días.

—¿Tiene negocios aquí, señor?

—Vengo a adquirir terrenos madereros, si es posible, como representante de un grupo de inversores de París.

—¿Terrenos madereros?

—En Rutenia, señor.

—Ah, claro. Usted va a...

—A Uzhgorod.

El guardia asintió con la cabeza mientras daba unos golpecitos con la punta de un lápiz sobre el pasaporte de Morath.

—Le voy a sellar el pasaporte con un visado que le durará una semana. Acuda a la prefectura de Uzhgorod si necesita prolongar su estancia.

Comió un horrible *blutwurst* en el coche restaurante, dejó de leer a Bartha y se las arregló para comprar un ejemplar del *EST*, el periódico vespertino que venía de Budapest, en un café de la estación de Brno. Era evidente que la vida política iba subiendo de temperatura. Dos diputados habían llegado a las manos. En un desfile de trabajadores en el distrito diez, se habían lanzado ladrillos, y se había detenido a gente. Una de las cartas al director decía: «Estimado señor: ¿Cómo podemos permitir que estos mariquitas liberales dirijan nuestra vida?». En el editorial se llamaba a «la fortaleza, la firmeza, la unidad de propósito. El mundo está cambiando, Hungría debe cambiar también». Habían quemado un café que estaba junto a la universidad. Miles y miles de personas aplauden ENFERVORECIDAS EL DISCURSO DE HITLER EN REGENSBURG. Una fotografía en portada. «Ya están aquí», pensó Morath.

El paisaje que se veía por la ventanilla era extraño. Pequeñas colinas, bosques de pinos. De repente, algún río formado por el deshielo de la primavera; el sonido cortante de la locomotora se agudizaba al pasar por una garganta abierta. En la estación de la ciudad eslovena de Zvolen, el tren se encontraba a mitad de camino, entre Varsovia al norte y Budapest al sur. La siguiente parada, Kosice, había sido ciudad fronteriza hasta 1918. En el andén, había mujeres cargadas con sacos de paja y las cabezas cubiertas con pañuelos negros. El tren avanzaba por praderas nevadas; pasó por un pueblo que tenía iglesias abovedadas pintadas de color verdelima. En la luz amortiguada de las últimas horas de la tarde, Morath vio los montes Cárpatos en el horizonte. Una hora después, llegó a Uzhgorod.

El jefe de la estación le dijo que había un lugar donde podría pasar la noche, en la calle Krolevska. Resultó ser un edificio de ladrillos amarillos con un letrero que decía: «Hotel». El propietario tenía un ojo blanco, llevaba un grasiento chaleco de seda y un gorro de lana.

—Nuestra mejor habitación —dijo—. La mejor.

Morath se sentó en el colchón de paja, descosió el forro de la chaqueta y sacó el pasaporte. *Andreas Panea*.

Por la tarde fue a Correos. Los empleados del servicio postal checo llevaban uniformes azules. Él mismo había escrito en el sobre: *Malko, Poste Restante, Uzhgorod*. En el interior, una nota sin importancia: una hermana había estado enferma, ahora ya estaba mejor. El verdadero mensaje era el remite: la misma dirección que la de Malko, pero con otro nombre.

Ahora solo quedaba esperar.

Morath se tumbó en la cama y se quedó mirando por la empañada ventana. La mejor habitación estaba inclinada en un extraño ángulo: un techo bajo de vigas de madera, blanqueadas hacía tiempo, iba en una dirección y luego en otra. Cuando se

puso de pie, se dio cuenta de que apenas le quedaba a unos centímetros de la cabeza. En la calle, el sonido constante de los cascos de caballo por los adoquines. Rutenia. O, más afectuosamente, la Pequeña Rusia. O, técnicamente, la Ucrania subcárpata. Un pellizco eslavo arrebatado por los reyes de Hungría, y desde entonces una tierra perdida en la esquina noreste del país. Después, cuando acabó la Primera Guerra Mundial, en una inusual jornada en la que el idealismo norteamericano se dio la mano con la diplomacia francesa, lo que el conde Polanyi denominaba una «amenazadora convergencia», la pegaron a Eslovaquia y se la pasaron a Checoslovaquia. En alguna parte, especulaba Morath, en un pequeño despacho de un Ministerio de Cultura, un burócrata moravio se entregaría ufano a su labor con una canción: «Feliz y vieja Rutenia, tierra que amamos tanto».

En la cena, el propietario del hotel y su esposa le sirvieron pata de ternera en gelatina, avena a medio moler con champiñones, queso blanco con cebolletas y tortitas de mermelada de frambuesa. Sobre la mesa, una botella de aguardiente de cerezas. El propietario se frotaba las manos con nerviosismo.

—Muy bien —dijo Morath simulando que se limpiaba la boca con la servilleta.

Ciertamente, pensó, eso debía de haber sido alguna vez una servilleta. Luego retiró la silla de la mesa.

—¿Otra tortita, señor? *Pannküchen? Crêpe? Blintz?*

—Gracias, pero no.

Morath pagó la cena y se volvió a su habitación. Tumbado en la oscuridad, podía sentir el campo. Había un establo cerca del hotel, y a veces los caballos relinchaban y se movían. El aroma, a estiércol y paja podrida llegaba hasta la habitación de Morath. Todavía hacía frío, a finales de abril. Se envolvió con la manta e intentó dormir. Fuera, en la calle Krolevska, alguien se había emborrachado en la taberna. Primero fueron las canciones, luego una discusión y al final una pelea. Después llegó la policía, y una mujer gritaba y suplicaba porque se llevaran a su hombre.

Dos días después, una carta en la oficina de Correos, una dirección a las afueras de Uzhgorod, tenía que coger un *droshky*. Pasó por calles con cubos de basura junto a las filas de casas bajas de madera, cada una con una sola ventana y un tejado de paja. Una mujer salió a abrirle cuando llamó a la puerta. Era morena, con el cabello negro y rizado, carmín rojo en los labios y un vestido apretado y fino. Tal vez fuera rumana, pensó, o cingara. Le hizo una pregunta en una lengua que él no reconoció.

Morath probó con el alemán.

—¿Está Pavlo?

Ella le estaba esperando, Morath lo notó; ahora, él había llegado y ella, con curiosidad, le miraba detenidamente. Morath oyó un portazo en el interior de la casa, después una voz de hombre. La mujer se apartó a un lado y entonces Pavlo se acercó a la puerta. Era una de esas personas que se parece mucho a su fotografía.

—¿Es usted el hombre de París? —Le hizo la pregunta en alemán; no muy correcto, pero se entendía.

—Sí.

—Han tardado su tiempo en mandarle.

—¿Sí? Bueno, pues ya he llegado.

Pavlo recorrió la calle con los ojos.

—Probablemente prefiera usted entrar.

La habitación estaba abarrotada de muebles. Había pesadas sillas y sofás de diversos diseños y tejidos, la mayoría rojos; algunas telas eran de alta calidad, otras no. Morath llegó a contar hasta cinco espejos en las paredes. La mujer habló con Pavlo en voz baja, lanzó una mirada a Morath y después se marchó de la habitación y cerró la puerta.

—Va a acabar de hacer su maleta —dijo Pavlo.

—¿Viene con nosotros?

—Ella cree que sí.

Morath no mostró ninguna reacción.

Pavlo interpretó su actitud como de desaprobación.

—Pruébelo durante un tiempo —dijo, con voz cortante—; vivir sin pasaporte —se detuvo un instante y después añadió—: ¿Tiene dinero para mí?

Morath se quedó desconcertado. Tal vez se daba por sentado que alguien debería darle a Pavlo algo de dinero, pero no él.

—Le puedo prestar un poco —dijo— hasta que llegemos a París.

Esa no era la respuesta que Pavlo esperaba, pero no estaba en posición de discutir. Quizás era algo mayor de lo que Morath había pensado en un principio, estaría a punto de cumplir los treinta. Iba vestido con un traje azul manchado, una colorida corbata y unos zapatos duros ya muy desgastados.

Morath contó mil francos.

—Con esto tendrá suficiente para sus gastos —dijo.

Tendría para bastante más, pero Pavlo no dio muestras de darse cuenta de ello. Se guardó ochocientos francos en el bolsillo y echó un vistazo por la habitación. Bajo un reluciente jarrón con un ramo de tulipanes de raso había un tapete de papel. Pavlo metió los doscientos francos restantes bajo el tapete de forma que los bordes del dinero quedaban visibles.

—Aquí tiene el pasaporte —dijo Morath.

Pavlo lo miró con detenimiento, lo levantó a la luz, miró la fotografía con un ojo guiñado y pasó el dedo por las letras en relieve del borde.

—¿Por qué rumano? —dijo.

—Es lo que pude conseguir.

—Ah, muy bien, pero yo no hablo rumano. Soy croata.

—Eso no será ningún problema. Vamos a cruzar por la frontera húngara. En Michal'an. ¿Lleva usted otro pasaporte? No creo que haya que preocuparse, pero aun

así...

—No, me tuve que deshacer de él.

Pavlo salió de la habitación. Morath pudo oír cómo hablaba con la mujer. Cuando volvió a aparecer, llevaba un maletín. Tras él, la mujer llevaba una maleta de las baratas agarrando el asa con las dos manos. Se había puesto un sombrero y un abrigo con un cuello de piel raída. La mujer miró a Morath con sospecha en los ojos pero esperanzada, se sentó en uno de los sofás y se puso la maleta entre los pies.

—Vamos a salir durante una hora o así —dijo Pavlo mirando a Morath—. Luego volveremos.

Morath no quería tener nada que ver con aquello. Pavlo cerró la puerta. Fuera en la calle, sonrió y alzó la mirada al cielo.

Caminaron durante bastante rato hasta que encontraron un *droshky*. Morath pidió al conductor que les llevara de vuelta al hotel. Cuando llegaron, Pavlo se quedó esperando en la habitación mientras Morath iba a ver al propietario en su diminuto despacho situado detrás de la cocina, donde el hombre estaba trabajando en los libros de contabilidad. Mientras Morath contaba la cantidad de coronas checas para pagar la cuenta, le preguntó:

—¿Conoce usted a alguien con coche? Tendría que ser lo antes posible. Le pagaré bien.

El propietario del hotel se quedó pensando un rato.

—¿Van ustedes —dijo con delicadeza— a cierta distancia de aquí?

Se refería a las fronteras.

—A cierta distancia, sí.

—Como ya sabe, tenemos muchos vecinos.

Morath asintió con la cabeza. Hungría, Polonia y la Transilvania rumana.

—Vamos a Hungría.

El propietario se quedó pensando.

—La verdad es que conozco a una persona. Un polaco, un tipo tranquilo. Lo que usted necesita, ¿eh?

—Lo antes posible —repitió Morath—. Si le parece bien, esperaremos en la habitación.

No sabía quién perseguía a Pavlo ni por qué, pero las estaciones de tren siempre estaban vigiladas. Mejor una salida discreta de Uzhgorod.

El chófer apareció a última hora de la tarde, se presentó como Mierczak y cuando extendió la mano para estrechar la de Morath, este sintió que la tenía fría como el acero y percibió que era un hombre de un marcado servilismo.

—Soy mecánico en el molino de harina —dijo—, pero hago también esto y

aquello, ya sabe usted cómo son estas cosas.

Era un hombre de edad indefinida, con entradas y una sonrisa simpática. Iba vestido con un chaquetón británico que habría ido a parar de alguna forma a aquella zona en una etapa anterior de su vida.

Morath estaba asombrado por el coche. Si cerrabas un ojo, no parecía muy distinto de los Fords europeos de los años treinta, pero si le echabas un segundo vistazo te dabas cuenta de que no era nada parecido a un Ford, y en un tercer vistazo confirmabas que no era nada. Por ejemplo, había perdido todo el color. Lo que le quedaba era un tono sombrío de hierro, quizá, que había empaldecido o se había oscurecido, según la parte del vehículo que miraras.

Mierczak se rio, al tiempo que tiraba de la puerta del pasajero hasta que se abrió.

—Digamos que no llega a ser un coche del todo —dijo—. No le importa, ¿verdad?

—No —respondió Morath, que se sentó en la silla de montar que, hacía mucho tiempo, había sustituido a la tapicería.

Pavlo se sentó en la parte de atrás. El coche arrancó con facilidad y se alejó del hotel.

—La verdad es que —dijo Mierczak— no es mío. Bueno, es mío en parte. La mayor parte del tiempo lo tiene un primo de mi mujer. Es el taxi de Mukachevo y lo conduce cuando no está trabajando en la tienda.

—¿Qué tipo de coche es?

—¿Que qué tipo de coche es? —dijo Mierczak—. Bueno, parte de él es un Tatra, fabricado en Nesseldorf. Después de la guerra, cuando se convirtió en Checoslovaquia. El Tipo Dos, lo llamaban. Vaya nombre, ¿eh? Pero era cosa de la empresa. Luego se quemó. El coche, quiero decir. Aunque, ahora que lo pienso, la fábrica también se quemó, pero eso fue más tarde. Después se convirtió en un Wartburg. Teníamos una tienda de recambios de coche en Mukachevo en aquella época, y alguien había abandonado un Wartburg en una zanja, durante la guerra, y volvió a la vida en el Tatra. Pero, y nosotros no pensamos en eso en aquel entonces, era un Wartburg viejo. No podíamos conseguir las piezas de repuesto. No las hacían ya o era difícil que nos las enviaran; algo de eso. Entonces se convirtió en un Skoda —dejó de hablar, pisó el embrague hasta el fondo y revolucionó el motor—. ¿Lo ve? ¡Skoda! Como la ametralladora.

El coche había atravesado toda la zona adoquinada de Uzhgorod y acababa de entrar en una pista de tierra.

—Caballeros —dijo Mierczak—, según me dijo el dueño del hotel, vamos a Hungría. Pero debo preguntarles si tienen en mente algún sitio concreto, o quizá sea solo así, a Hungría. En tal caso, lo comprendo perfectamente, créanme.

—¿Podríamos ir a Michal'an?

—Sí. Esa es una bonita zona, y tranquila, por lo general.

Morath esperó.

—Pero...

—Pero es más tranquila Zahony.

—Entonces a Zahony.

Mierczak asintió con la cabeza. Minutos después, giró en el camino de una granja y metió segunda. Sonó como si hubiera golpeado una bañera con un barrote de hierro. Durante un tiempo fueron dando botes sobre el camino, a unos treinta kilómetros por hora tal vez, hasta que el chófer tuvo que aminorar la marcha para adelantar a un carro tirado por caballos.

—¿Cómo están las cosas por aquella zona?

—¿Por Zahony?

—Sí.

—Lo normal. Tiene un pequeño puesto fronterizo, con un guardia, si es que está despierto. No suele haber tráfico. Estos días la mayoría de la gente se queda donde esté.

—Supongo que allí podremos tomar un tren. En dirección a Debrecen, y allí, el expreso.

Pavlo dio una patada en la parte trasera del asiento de Morath. En un primer momento, este no daba crédito a que su compañero de viaje hubiera hecho eso. Estuvo a punto devolverse y decirle algo, pero no lo hizo.

—Estoy seguro de que hay un tren que sale de Zahony —dijo Mierczak.

Condujeron hacia el sur durante las últimas horas de día, mientras la tarde se iba desvaneciendo en un lánguido crepúsculo. Al mirar por la ventanilla, Morath tuvo una sensación repentina de estar en casa, de saber dónde estaba. El cielo estaba lleno de nubes deshilachadas y se tiñó de rojo con la puesta de sol sobre las estribaciones de los Cárpatos. A ambos lados del camino, se extendían los campos vacíos; las lindes estaban marcadas por bosquecillos de abedules y chopos. La tierra se convertía después en una pradera sin cultivar, en la que la hierba del invierno se agitaba con el viento de la noche. Era muy hermoso, muy remoto. «Estos gozosos valles, bañados en sangre», pensó.

Una pequeña aldea, luego otra. Ya había caído la noche y estaba oscuro, una nube tapaba la luna y la neblina de la primavera subía de los ríos. A mitad de una larga y lenta curva, divisaron el puente sobre el Tisza y el puesto fronterizo de Zahony. Pavlo gritó:

—¡Pare!

Mierczak pisó con fuerza el freno, al tiempo que Pavlo se abalanzaba desde el asiento de atrás y apretaba el botón que apagaba las luces.

—La muy zorra —dijo, con la voz cargada de rabia. Respiraba con dificultad, Morath podía oírle.

En la distancia vieron dos camiones de color caqui, con la niebla del río visible entre los rayos de sus faros, y una serie de siluetas, posiblemente soldados, moviéndose alrededor. En el interior del coche todo estaba en silencio, el acelerado

motor seguía en marcha con su traqueteo y había un fuerte olor a gasolina.

—¿Cómo puede estar seguro de que ha sido ella? —preguntó Morath.

Pavlo no contestó.

—Tal vez estén ahí por casualidad —dijo Mierczak.

—No —respondió Pavlo. Se quedaron un instante mirando a los camiones y los soldados—. Ha sido culpa mía. Sabía lo que tenía que hacer, pero no lo hice.

Morath pensó que lo mejor iba a ser dirigirse hacia el sur, a Berezhevo, buscar un hostel para uno o dos días y después coger un tren para Hungría. O tal vez fuese mejor ir hacia el oeste, a la parte eslovaca del país, lejos de Rutenia, que era una tierra de muchas fronteras, y luego coger el tren.

—¿Creen que habrán visto nuestros faros? —preguntó Mierczak, que después tragó saliva dos veces.

—Dé la vuelta en alguna parte y sáquenlos de aquí —dijo Pavlo.

Mierczak vaciló. Él no había hecho nada malo, pero si huía, la cosa cambiaba.

—Hágalo ya —dijo Pavlo.

A regañadientes, Mierczak metió la marcha atrás y giró el vehículo. Condujo durante un rato sin luces, después las encendió. Pavlo miró por el cristal trasero hasta que el puesto fronterizo desapareció detrás de una curva.

—Están ahí aposta —dijo Pavlo.

—¿A qué distancia queda Berezhevo? —preguntó Morath—. Tal vez lo mejor sea tomar ahora el tren.

—A una hora. De noche un poco más.

—Yo no pienso subirme a ningún tren —dijo Pavlo—. Si sus papeles no sirven, estamos atrapados.

«Pues quédate aquí entonces».

—¿Hay algún otro paso? —preguntó Pavlo.

Mierczak se quedó pensando.

—Hay un cruce por un puente que se puede atravesar a pie a las afueras de Vezlovo. A veces lo usan de noche.

—¿Quiénes?

—Algunas familias... Lo hacen para evitarse los aranceles. Comercian con cigarrillos por lo general, o con vodka.

Pavlo le miró con perplejidad. No daba crédito a lo que acababa de oír.

—Entonces, ¿por qué no nos llevó allí desde un principio?

—Nosotros no le dijimos que nos llevara allí —dijo Morath.

Aun con el frío de la noche, Pavlo estaba sudando. Morath podía olerlo.

—Tienen que atravesar un bosque —dijo Mierczak. Morath lanzó un suspiro; no estaba muy seguro de si quería hacer eso.

—Al menos podríamos echar un vistazo —dijo.

«Es posible que los camiones estuvieran ahí solo por casualidad».

Morath iba vestido con un jersey, una chaqueta de *tweed* y unos pantalones de

franela; iba vestido, en definitiva, para estar en un hotel de campo y viajar en tren, pero ahora resultaba que iba a tener que arrastrarse por en medio de un bosque.

Siguieron avanzando en el coche durante una hora. Por la carretera no había más vehículos. La tierra, los campos y las praderas estaban vacíos. Al final llegaron a una aldea, unas cuantas casas al borde del camino, con lámparas de aceite tras las ventanas. Algunos cobertizos y graneros. Los perros les ladraban al pasar.

—No está lejos de aquí —dijo Mierczak, que entornaba los ojos para ver en la oscuridad.

Los faros del coche emitían una pálida luz de tono ámbar. Allí donde el campo se convertía en un bosque, Mierczak paró el coche, se bajó y caminó por la carretera. Al cabo de un minuto, volvió. Sonreía otra vez.

—Hemos de creer en los milagros —dijo—. Lo he encontrado.

Se bajaron del coche, Morath con su maletín y Pavlo con una maleta pequeña, y los tres empezaron a caminar. El silencio era inmenso, solo se oía el viento y el sonido de las pisadas de los tres hombres sobre la carretera.

—Está justo ahí —dijo Mierczak.

Morath miró hacia donde decía, y vio un sendero que se adentraba en la maleza entre dos imponentes hayas.

—Habrá más o menos un kilómetro —dijo Mierczak—. Oirán el río.

Morath abrió su cartera y empezó a contar billetes de cien coronas.

—Es muy generoso por su parte —dijo Mierczak.

—¿Le importaría esperar aquí —le preguntó Morath— unos cuarenta minutos? Por si acaso.

Mierczak asintió con la cabeza.

—Buena suerte, caballeros —dijo, sintiéndose claramente aliviado.

El conductor no había sopesado en dónde se estaba metiendo. El dinero que guardó en su bolsillo demostraba que había razones para tener miedo. Les despidió mientras ellos se adentraban en el bosque, contento de verles marcharse.

«Mierczak tenía razón», pensó Morath. Casi desde el momento en que se metieron en el bosque, empezaron a oír el río, oculto aún, pero no muy alejado. Caían gotas de agua de las ramas de los árboles; la tierra estaba blanda y se hundía al pisarla. Caminaron durante lo que pareció un largo rato, y después vieron por primera vez el Tisza, de unos noventa metros de anchura y con la corriente propia del deshielo de la primavera, profunda y gris en la oscuridad, con penachos de espuma en las zonas en que el agua se arremolinaba junto a rocas o algún obstáculo.

—¿Y dónde está el puente ese? —dijo Pavlo.

«El supuesto puente».

Morath asintió con la cabeza dando a entender que estaba más adelante, siguiendo el sendero. Caminaron durante otros diez minutos; entonces Morath vio una raíz seca al pie de un árbol, se sentó, le dio un cigarrillo a Pavlo y encendió uno para él. Eran de la marca Balto. Los había comprado en Uzhgorod.

—¿Lleva mucho tiempo viviendo en París?

—Bastante tiempo.

—Se le nota.

Morath dio una calada al cigarrillo.

—Da la impresión de que se le ha olvidado cómo es la vida por aquí.

—Mantenga la calma —dijo Morath—. No tardaremos en llegar a Hungría. Allí buscaremos una taberna donde comer algo.

Pavlo se rio.

—No se habrá creído usted que el polaco nos va a esperar, ¿verdad?

Morath se miró el reloj.

—Seguro que está ahí todavía.

Pavlo le miró con expresión de pena.

—Pero no tardará en irse. Se irá a casa, con su mujer, de un momento a otro. Y en el camino de vuelta se detendrá y hablará con la policía.

—Tranquilícese —dijo Morath.

—Por aquí solo funciona una cosa y es el dinero. Morath se encogió de hombros.

Pavlo se puso de pie.

—Ahora vuelvo.

—¿Qué va a hacer?

—Tardaré solo unos minutos —dijo, girando la cabeza mientras caminaba a paso rápido.

«¡Dios mío!». Morath le oyó volver sobre sus pasos el trayecto que los dos habían recorrido, y luego todo se quedó en silencio. Tal vez se había marchado, definitivamente. O había ido a comprobar si seguía ahí Mierczak, lo cual no tenía el menor sentido. «Bueno, este hombre debe de ser valioso para alguien». Cuando Morath era un muchacho, su madre solía ir a misa todos los días. Ella le decía a menudo que toda la gente era buena, lo único que pasaba era que había personas que habían perdido su camino.

Morath levantó la vista hacia las copas de los árboles. La luna, una pálida rodaja entre las nubes, se asomaba y se ocultaba. Hacía mucho tiempo que Morath no estaba en un bosque. Aquel era uno antiguo, probablemente formaría parte de una enorme propiedad. El príncipe Esterhazy poseía ciento veinte mil hectáreas en Hungría, con once mil personas y diecisiete aldeas. Eso no era raro en aquella parte del mundo. Los nobles que poseyeran aquel terreno tenían sin duda la intención de que sus nietos talaran la dura madera de aquellos árboles, en su mayoría robles y hayas.

Se le pasó entonces por la mente que en realidad no había mentido al oficial de la aduana checa. Le había dicho que iba a mirar terrenos madereros; bueno, pues allí estaba, mirándolos.

En la distancia se oyeron dos estallidos y, un momento después, un tercero.

Cuando Pavlo regresó, dijo únicamente:

—Bueno, más vale que reanudemos nuestro camino.

Lo que había que hacer ya estaba hecho. ¿Para qué hablar de ello? Los dos caminaron en silencio y, al cabo de unos minutos, vieron el puente. Era una construcción estrecha, vieja y desvencijada; el agua se arremolinaba alrededor de los postes de madera que lo sujetaban, la superficie quedaba a unos tres metros de la pasarela. Mientras Morath miraba el puente, vio que se movía. El extremo opuesto se distinguía bien sobre el fondo del cielo: un fragmento roto de la barandilla se adentraba en la margen húngara del río y, a la luz de la luna, consiguió ver la parte carbonizada de la madera que había estado expuesta al fuego (o la habían dinamitado o lo que fuese) y había caído al agua.

Morath se sentía tan asqueado por lo que Pavlo acababa de hacer que todo le daba igual. Lo había visto en la guerra, diez o doce veces, quizá más, y siempre brotaban las mismas palabras que nunca llegaban a pronunciarse. «Sin sentido», esas eran las palabras fundamentales. «Sin sentido, sin sentido». Como si pudiera pasar cualquier cosa en el mundo siempre que alguien pudiera encontrarle un sentido. «Un poco de humor negro», pensó Morath entonces. Mientras las columnas de soldados atravesaban las aldeas quemadas de Galitzia, siempre habría un oficial de caballería diciéndose a sí mismo: «Sin sentido».

—Tendrán alguna manera de cruzar —dijo Pavlo.

—¿Qué?

—La gente que va y viene del pueblo y cruza la frontera de noche. Habrá un camino para hacerlo.

Probablemente tendría razón. Una barca, otro puente, algo. Buscaron recorriendo la margen del río y cuando se encontraban a pocos metros de él oyeron la voz. Era una orden. En ruso, o quizá fuese ucraniano. Morath no conocía el idioma, pero aun así, el tono era claro, y comenzó a ponerse de pie. Pavlo le agarró por el hombro y le obligó a quedarse agachado, entre los altos juncos que había junto al río.

—No se mueva —susurró.

Volvió a oírse la misma voz, con un tono falsamente educado, engañoso. «Somos incapaces de matar una mosca».

Pavlo puso el dedo índice sobre sus labios.

Morath señaló por detrás de ellos, hacia la relativa seguridad del bosque. Pavlo lo pensó un instante y asintió con la cabeza. Cuando empezaron a retroceder arrastrándose por el suelo, alguien les disparó. Una chispa amarilla entre los árboles, una detonación que retumbó en el agua. Luego se oyó un grito en ruso, seguido amablemente por la versión de la misma expresión en húngaro. «Cabrón, ponte de pie», era la idea general, y después una risilla.

Pavlo cogió una piedra y la lanzó contra quienes les disparaban. Al menos

respondieron dos armas. Luego se hizo el silencio; después se oyó el ruido que hacía alguien abriéndose paso entre la maleza, un golpe, un juramento, y un estridente grito que acabó pareciéndose a una risotada.

Morath no logró ver de dónde venía. ¿El maletín? Pero en la mano de Pavlo apareció un pesado revólver del color del acero; lanzó un disparo hacia donde se había oído el ruido.

Eso no tenía la más mínima gracia. Pavlo era violento y muy inconsciente. Alguien les lanzó un grito, y ellos se tumbaron en el suelo al tiempo que una ráfaga de balas pasaba volando sobre los juncos. Morath hizo un gesto con la mano: «Estese quieto». Pavlo asintió con la cabeza. De la oscuridad, surgió un desafío: «Salid de ahí y luchad, cobardes». Después se oyó un diálogo a gritos entre dos, tal vez eran tres. Todos estaban borrachos y muy enfadados.

Pero eso fue todo. Ese único disparo de Pavlo había sido un elocuente discurso, había alterado el contrato social: «Lo sentimos, pero esta noche no hay libertad para matar». Pasó un largo rato, una media hora quizá, de chillidos, disparos y lo que Morath podía interpretar como intolerables insultos. Aun así, se las arreglaron para tolerarlos, y cuando la pandilla se hubo marchado, fueron lo suficientemente prudentes como para esperar otros quince minutos hasta que se oyó el último disparo, cuando enviaron de vuelta a alguien para echar a perder la posible celebración de una victoria.

4:40 horas. La luz tenía un tono gris perla. El mejor momento para ver y no ser visto. Morath, frío y mojado, alcanzaba a oír los cantos de los pájaros en la margen húngara del río. Él y Pavlo habían andado río arriba durante una hora, calados hasta los huesos por la neblina, en busca de alguna barca o de otro puente; como no encontraron ninguna forma de cruzar, volvieron al puente.

—Sea lo que sea lo que utilizan para cruzar el río, lo han escondido —dijo Pavlo.

Morath estuvo de acuerdo, y no estaba la mañana como para que dos extranjeros se adentraran en un pueblo aislado. La policía checa estaría sumamente interesada por el asesinato de un taxista polaco y la pandilla de ucranianos tendrían más que curiosidad por saber quién les había estado disparando la noche anterior.

—¿Sabe nadar? —preguntó Morath.

Lentamente, Pavlo negó con la cabeza.

Morath era un buen nadador, y esa no sería la primera vez que se las veía con un río rápido. Lo había hecho durante la adolescencia, con amigos temerarios. Saltar a la fuerte corriente de un río, agarrado a un madero, y flotar río abajo hasta que se encontraba la manera de llegar a la otra margen. Pero en la época del año en que se encontraban, tendrían que hacerlo en un máximo de quince minutos. Eso también lo había visto antes, durante la guerra, en el Bzura y en el Dniéster. Primero, la mueca de agonía por el frío; luego, una sonrisa de tonto, y finalmente, la muerte.

Morath podía probar suerte, el problema era qué hacer con Pavlo. Daba igual cómo se sintiera, tenía que llevarle de algún modo hasta la otra orilla. Por raro que fuera, pensó, había mucho de folklore en aquel asunto. Un interminable desfile de zorros y gallos y ranas y tigres y sacerdotes y rabinos. Un río que cruzar. ¿Por qué era siempre el más taimado el que no sabía nadar?

Y no había ningún madero al que aferrarse. Tal vez podrían romper un trozo de la barandilla quemada, pero eso solo podían saberlo una vez hubieran llegado al otro extremo del puente. Morath decidió deshacerse de su maletín. Le dio pena perder el ejemplar de Bartha, pero ya encontraría algún modo de reemplazarlo. En cuanto al resto, las cuchillas de afeitar, los calcetines y la camisa, adiós para siempre. Los ucranianos los utilizarían. Pavlo se desabrochó el cinturón y lo ató al mango de su maleta.

—Póngase el pasaporte en la boca —dijo Morath.

—¿Y el dinero?

—El dinero se seca.

Tumbado sobre el vientre, Morath atravesó el puente. Podía oír el agua que pasaba debajo con fuerza, a unos tres metros, podía sentir el frío húmedo que subía de la fuerte corriente. No miró para atrás. O Pavlo tenía el suficiente coraje para hacer aquello o no lo tenía. Según se arrastraba por los desgastados tablones, se dio cuenta de que estaban quemados muchos más de los que le había parecido desde la orilla. Olía a hoguera vieja, y su jersey de lana comprado en una tienda de la *rue* de la Paix —«No ese verde, Nicky, sino este verde»—, que ya estaba manchado de barro, se llenó ahora de carbonilla.

Bastante antes de llegar al otro lado, se detuvo. Los postes que servían de soporte estaban parcialmente quemados, de modo que solo unos palos negros sujetaban el puente. Morath se dio cuenta de que iba a acabar en el río un poco antes de lo que había pensado. El puente se bamboleaba cada vez que se movía, así que indicó a Pavlo que se quedara donde estaba y siguió adelante él solo.

Llegó a una zona que estaba en muy mal estado, se agarró, notó cómo empezaba a sudar pese al frío ambiente. ¿Sería mejor tirarse ya al agua? No, quedaba mucho aún hasta la otra orilla. Esperó a que el puente dejara de bambolearse, luego curvó los dedos en el borde del siguiente tablón y se deslizó hacia delante. Esperó, alcanzó el siguiente tablón y continuó avanzando. Mientras tenía la cara contra la madera, vio a un par de blancas garcetas que revoloteaban sobre la superficie del agua, batiendo las alas al pasar junto a él.

Para cuando llegó al otro lado —o al menos todo lo cerca que pudo llegar— comprobó que, a partir de un punto determinado, la madera estaba tan quemada que no sujetaría ni a un gato; se detuvo un momento a recobrar el aliento.

Con un movimiento del brazo, indicó a Pavlo que avanzara. Mientras esperaba, oyó voces. Se dio la vuelta y vio a dos mujeres con faldas y pañuelos negros que estaban de pie, mirándole, al borde del río.

Cuando Pavlo llegó adonde estaba Morath, los dos contemplaron la otra orilla, que estaba aún a unos treinta y cinco metros de distancia. A la luz del día que iba abriéndose, el agua tenía un color marrón debido a la tierra que arrastraba de la montaña. Junto a él, Pavlo estaba del color de la tiza.

—Quítese la corbata —dijo Morath.

Pavlo vaciló, y después, a regañadientes, deshizo el nudo.

—Nos vamos a tirar al agua: Agárrese a un extremo de la corbata, yo iré nadando y tiraré de usted. Haga lo que pueda para no hundirse. Mueva los pies, dé manotazos en el agua con la mano que le queda libre. Lo conseguiremos.

Pavlo asintió con la cabeza.

Morath bajó la vista hacia el agua, a unos tres metros debajo de él, oscura y llena de remolinos. Daba la impresión de que la otra margen quedaba bastante lejos, pero al menos era baja.

—Espere un minuto —dijo Pavlo.

—¿Sí?

Pero no tenía nada que decirle, lo único que le pasaba era que no quería tirarse al agua.

—Saldremos bien de esta —dijo Morath.

Intentó alcanzar el siguiente poste, algo a lo que agarrarse mientras convencía a Pavlo de que saltara detrás de él. Se arrastró, notó que los tablones que tenía debajo temblaban y luego se corrieron. Soltó un juramento, oyó el crujir de una de las maderas, se dio la vuelta sobre sí mismo y cayó al agua. Se resistió con brazos y piernas mientras caía por el aire y notó una fuerte impresión al entrar en el agua que casi le dejó sin sentido. No había sido el sobresalto helado del agua, eso se lo esperaba. Había sido una roca, lisa y oscura, que quedaba a unos sesenta centímetros por debajo de la superficie. Morath se encontró a sí mismo apoyado sobre las manos y las rodillas, no sentía dolor aún, pero notaba que le iba a doler, mientras el río formaba remolinos a su alrededor. «Un paso elevado oculto». El truco más viejo del mundo.

Pavlo llegó gateando hasta él, sin dejar de sujetar la corbata en la mano con fuerza, con el pasaporte encajado entre los dientes, las gafas metálicas torcidas y riéndose.

Fueron caminando hasta Zahony, siguiendo primero el curso del río y luego un camino de carros que atravesaba el bosque y acababa convirtiéndose en una carretera. Tardaron toda la mañana, pero no les importó. Pavlo estaba satisfecho de no haberse ahogado y su dinero no se le había mojado demasiado. Fue separando los billetes, los austríacos, los checos y los franceses, sopló sobre los diversos reyes y santos y los guardó en su maleta.

Morath se había lesionado la muñeca y la rodilla, pero no con la gravedad que se

había temido en un primer momento. Tenía también un moratón en el ojo izquierdo, el golpe de algún tablón probablemente; no se había dado ni cuenta. Con el tiempo, salió el sol y la luz se desplegó brillante sobre el río. Se cruzaron con un leñador, un vagabundo y dos muchachos que pescaban el pequeño esturión que vivía en las aguas del Tisza. Morath habló con ellos en húngaro.

—¿Ha habido suerte?

La respuesta fue un tímido:

—Sí, no está mal.

No parecían muy sorprendidos de ver a dos hombres con las ropas manchadas de barro caminando por el bosque. «Eso es lo que ocurre cuando vives en una frontera», pensó Morath.

Encontraron un restaurante en Zahony, comieron col rellena de salchicha y un plato de huevos fritos, y cogieron el tren aquella misma tarde. Pavlo se durmió. Morath contempló la llanura húngara por la ventanilla.

Bueno, había cumplido su palabra. Le había prometido a Polanyi que llevaría a aquel... a aquel lo que fuese a París. Pavlo. Seguramente era un alias, un *nom de guerre*, un nombre en clave, para ocultar su verdadera identidad. Le había dicho que era croata, y eso, pensó Morath, tal vez fuera cierto. Quizás era un *ustachi* croata, lo cual significaba «terrorista» en algunos sitios y «patriota» en otros.

Croacia, que había sido durante siglos una provincia de Hungría y su salida al mar —así fue como Miklos Horthy llegó a ser el almirante Horthy—, había fraguado una buena parte de la historia política desde que pasó a formar parte de un reino «fabricado», Yugoslavia, en 1918. El fundador de los *ustachi*, Ante Pavelic, se había hecho célebre por enfrentarse con un oponente político en el Parlamento croata y dispararle un tiro en el corazón. Seis meses después, Pavelic regresó de donde se había mantenido oculto, entró en el vestíbulo del Parlamento y mató a dos hombres más.

Protegido por Mussolini, Pavelic se trasladó a una villa en Turín, desde donde dirigió la filosofía política de su organización: más de cuarenta descarrilamientos de trenes en diez años, innumerables bombas en edificios, granadas de mano lanzadas contra cafés de soldados y cinco mil oficiales croatas y serbios asesinados. El dinero procedía de Mussolini, los asesinos de la ORMI la Organización Revolucionaria Macedonia Interna, cuyo cuartel general estaba en Budapest. Habían sido agentes de la ORMI quienes asesinaron al rey Alejandro de Yugoslavia en 1934, en Marsella. Se les había formado en campos de entrenamiento de Hungría, de donde salieron también, al servicio de una alianza con Italia, instructores militares y documentos falsos, documentos emitidos, con bastante frecuencia, en nombre de Edouard Benes, el odiado presidente de Checoslovaquia. Había un cierto humor en eso, pensó Morath.

—Balcánico —se decía en francés de un proxeneta que golpeará a una puta o de un grupo de tres niños que se aliara para pegar a un cuarto. De cualquier hecho

bárbaro o brutal.

Sentado frente a Morath, Pavlo dormía profundamente, con los brazos cruzados a modo de protección encima de su maleta.

Felizmente, las formalidades con los pasaportes en la frontera austríaca no fueron demasiado interminables. Para *Andreas Panea*, el rumano, esa particular grosería disfrazada, típica de Centroeuropa (tenías que ser prácticamente austríaco para saber que te habían insultado). Si no lo eras, tardabas uno o dos días en descubrirlo, y para entonces ya te habías marchado del país.

Mucho tiempo en el tren, pensó Morath, que estaba ansioso de volver a su vida en París. La llanura húngara, el valle austríaco, el bosque alemán y, por fin, los campos franceses, y el sol brilló en el corazón de Morath. Al anochecer, el tren atravesó entre resoplidos la Île de France, campos de trigo y poco más; después, el maquinista — que, como todos los maquinistas franceses, era ancho y fornido y llevaba un bigote negro—, anunció la última parada con un toque cantarín en la voz. Pavlo estaba ahora atento, mirando por la ventanilla a medida que el tren iba aminorando la marcha al pasar por los pueblos que había a las afueras de la ciudad.

—¿Has estado alguna vez en París?

—No.

El 4 de mayo de 1938 el tren nocturno de Budapest llegó a la Gare du Nord poco después de medianoche. Era, en conjunto, una noche tranquila en Europa, cubierta de nubes y con buena temperatura para la estación, con lluvias previstas para el amanecer. Nicholas Morath, que viajaba con pasaporte diplomático húngaro, se bajó parsimoniosamente del vagón de primera clase y se dirigió a la fila de taxis que esperaban a la entrada de la estación. Cuando salía del andén, se dio la vuelta como si fuera a decirle algo a un acompañante, pero, al mirar para atrás, descubrió que quienquiera que fuese la persona con la que había estado, había desaparecido entre la multitud.

La puta de Von Schleben

Bar Balalaika, 15:30 horas, el ambiente cansado y polvoriento de un club nocturno en una tarde de primavera. En el escenario, dos mujeres y un hombre, bailarines, vestidos con estrechas ropas negras, recibían la reprimenda de un ruso de corta estatura, con quevedos y los brazos en jarra, que parecía aquejado de toda la desesperanza del mundo. Cerraba los ojos y fruncía los labios. Era un hombre que había tenido razón siempre desde el día en que vino al mundo.

—Saltar como un cingaro —explicaba— es saltar como un cingaro.

Silencio. Todos se quedaron mirándole. Les enseñaba lo que quería decir, al tiempo que gritaba: «¡Ja!» y golpeaba el aire con los brazos. Les miraba sacando la barbilla.

—Venga, ahora vosotros, encantos. ¡Con vida!

Boris Balki se apoyaba sobre los codos, con un lápiz gastado detrás de la oreja y un crucigrama a medio terminar en el periódico francés que estaba extendido sobre la barra. Miró a Morath y le dijo:

—*Ça va?*

—Bien, más o menos.

—¿Qué le pongo?

—Una cerveza.

—¿Una Pelforth está bien?

Morath le dijo que sí.

—Tómese usted otra conmigo.

Balki sacó las botellas de debajo del mostrador, abrió una y sirvió la cerveza en un vaso que mantuvo inclinado.

Morath bebió. Balki se llenó su vaso, miró el crucigrama, dio la vuelta a la página del periódico y echó un vistazo a los titulares.

—No sé por qué sigo comprándome este periodicucho.

Era uno de los semanarios parisinos más frívolos: cotilleos sexuales, historietas subidas de tono, fotos de coristas chabacanas, páginas de noticias sobre las carreras de caballos de Auteuil y Longchamps... El nombre de Morath, para su horror y vergüenza, había aparecido una vez en esa publicación. El año antes de conocer a Carla había estado saliendo con una estrella del cine de segunda categoría y le habían llamado «el mujeriego húngaro, Nicky Morath». No hubo ni duelo ni litigio, pero pensó en ambas posibilidades.

Balki se rio.

—¿De dónde sacan toda esta basura? Ahora mismo hay veintisiete Hitlers metidos en psiquiátricos en Alemania.

—Y uno en camino.

Balki pasó la página, bebió un sorbo de su cerveza y estuvo leyendo unos instantes.

—Dígame, usted es húngaro, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué pasa con la nueva ley esa? Los húngaros se mueren de ganas de ser como Alemania, ¿es eso?

La última semana de mayo, el Parlamento húngaro había aprobado una ley por la que restringía el empleo de judíos, en empresas privadas, al veinte por ciento de la mano de obra.

—Es lamentable —dijo Balki.

Morath asintió con la cabeza.

—El Gobierno tenía que hacer algo, algo simbólico, o los nazis húngaros habrían dado un *coup d'état*.

Balki siguió leyendo.

—¿Quién es el conde Bethlen?

—Un conservador, pero está en contra de la derecha radical.

Morath no hizo mención de la famosa definición de Bethlen de lo que era un antisemita: «Alguien que odia a los judíos más de lo necesario».

—Su partido se opuso a la ley, junto con los conservadores liberales y los socialdemócratas. El «Frente Sombrío», los llaman aquí.

—Esa ley es solo un signo. Nada más. Horthy nombró a un nuevo primer ministro, Imredy, para que se aprobara esa legislación con el fin de mantener tranquilos a los lunáticos, de lo contrario...

El sonido de un disco de violines cingáros llegó del escenario. Una de las bailarinas, una pelirroja, puso la cabeza en un ángulo altivo, subió una mano y chasqueó los dedos.

—Sí —gritó el ruso diminuto—. Muy bien, Rivka. ¡Eso es *Tzigane*! —El hombre puso una voz ronca y engolada—. «A ver qué hombre se atreve a cogerme».

Al mirar a la bailarina, Morath vio el gran empeño que ponía en su arte.

—¿Y los judíos? —dijo Balki, alzando la voz por encima del nivel de la música—. ¿Qué piensan ellos de esto?

—No les gusta, pero ven lo que está pasando en Europa y saben interpretar un mapa. El país tiene que encontrar alguna forma de sobrevivir.

Disgustado, Balki fue pasando páginas hasta que llegó de nuevo al crucigrama y se quitó el lápiz de la oreja.

—Política... —dijo, y después—: ¿Un fruto silvestre?

Morath se quedó pensando un instante.

—¿Podría ser *fraise de bois*?

—Balki contó los espacios.

—Demasiado largo —dijo.

Morath se encogió de hombros.

—¿Y usted? ¿A usted qué le parece? —dijo Balki. Volvía al tema de la nueva ley.

—Por supuesto, yo estoy en contra. Pero algo que todos sabemos es que si la

Cruz de Flecha llega alguna vez al poder, entonces sí que será como en Alemania. Habrá otro Terror Blanco, como en 1919. Colgarán a los liberales, a la derecha tradicional y a los judíos. Créame, será como lo que ocurrió en Viena, solo que peor —se detuvo un momento—. ¿Es usted judío, Boris?

—Me lo pregunto a veces —dijo Balki.

No era una respuesta que Morath hubiera previsto.

—Crecí en un orfanato, en Odessa. Me encontraron con el nombre de «Boris» prendido a una manta con un alfiler. «Balki» significa «zanja», ese es el apellido que me pusieron. Claro que en Odessa, prácticamente todo el mundo es *algo*. Judío o griego o tártaro. Los ucranianos creen que está en Ucrania, pero la gente de Odessa lo sabe mejor.

Morath se sonrió. La ciudad era famosa por sus excentricidades. Recordó haber leído, en 1920, que cuando varios elementos de ejércitos europeos intentaron intervenir en la guerra civil, la frontera entre los sectores griego y francés de la ciudad estaba marcada con una fila de sillas de cocina.

—Me crie entre bandas —dijo Balki—. Yo era un zakovista. A los once años, era miembro de la banda de los zakovistas. Controlábamos los mercados de pollo en la Moldavanka. Casi todos los miembros de la banda eran judíos. Todos llevábamos navaja y hacíamos lo que tuviéramos que hacer. Pero, por primera vez en mi vida, en aquella época tenía suficiente para comer.

—¿Y luego?

—Bueno, al final apareció la checa. Entonces ellos se convirtieron en la única banda de la ciudad. Intenté no buscarme problemas, pero ya sabe usted cómo son las cosas. Los zakovistas me salvaron la vida. Una noche me sacaron de la cama, me llevaron al muelle y me metieron en un carguero del mar Negro —suspiró—. A veces siento nostalgia de aquellos tiempos, aunque fueran malos.

Los dos bebieron su cerveza, Balki mientras acababa el crucigrama y Morath viendo el ensayo del baile.

—Vivimos en un mundo muy duro —dijo Morath—. Mire, por ejemplo, el caso de un amigo mío.

Balki levantó la vista.

—Siempre tienen problemas sus amigos.

—Sí, es cierto. Pero uno tiene que ayudarles si puede.

Balki esperó.

—Este amigo mío tiene que hacer negocios con los alemanes.

—Olvídelo.

—Si supiera usted la historia entera, sentiría compasión por él, créame —se detuvo un momento, pero Balki permaneció en silencio—. Usted ha perdido su país, Boris. Sabe lo que se siente. Nosotros intentamos no perder el nuestro. Es como lo que acaba de decir. Estamos haciendo lo que tenemos que hacer. No me voy a comportar como un *conard* y ofrecerle dinero, pero hay dinero en esto, para alguien.

No me puedo creer que no vaya usted a encaminarnos hacia una solución. Al menos, déjeme que le cuente la oferta.

Balki se ablandó. Todo el mundo que él conocía necesitaba dinero. Había mujeres en Boulogne, donde vivían los emigrados rusos, que se quedaban ciegas de hacer bordados por encargo para las casas de moda. Hizo un gesto con las manos, dando a entender su impotencia. *Je m'en fous. Yo estoy jodido pase lo que pase.*

—Es la vieja historia de siempre —dijo Morath—. Oficial alemán destacado en París busca novia.

Balki se ofendió.

—¿Alguien le ha dicho que yo sea un chulo?

Morath negó con la cabeza.

—Dígame —dijo Balki—, ¿quién es usted? —Quería decir: «¿Qué es usted?».

—Nicholas Morath. Estoy en el negocio de la publicidad, en París. Puede encontrar mi nombre en la guía telefónica.

Balki se acabó la cerveza.

—Ah, muy bien. —Se rindió, más a una especie de destino que pensaba que tenía que a Morath—. ¿Y cuál es el resto?

—Más o menos lo que le he dicho.

—*Monsieur* Morath «Nicholas, sino le importa», —estamos en París. Si quiere follarse a un camello, todo lo más que le va a costar va a ser un pequeño soborno al guardia del zoo. Cualquier cosa que usted quiera hacer, cualquier agujero que se le ocurra y alguno en el que jamás haya pensado, lo puede conseguir en Pigalle, en Clichy. Por dinero, cualquier cosa.

—Sí, eso ya lo sé, pero acuérdesse de lo que les pasó a Blomberg y a Fritsch —dos generales de los que Hitler se había deshecho; uno fue acusado de un *affaire* homosexual y otro estaba casado con una mujer de la que se rumoreaba que había sido prostituta—. Este oficial no puede permitirse que le vean con una amante. Boris, yo no conozco al hombre en cuestión, pero mi amigo me ha dicho que tiene una mujer muy celosa. Los dos pertenecen a aburridas familias antiguas católicas de Bavaria. Le arruinaría la vida. Pero aquí está el hombre, en París, donde todo está en la calle, todo, a su alrededor, en cualquier calle, en cualquier café. Está desesperado por formalizar algún arreglo, una *liaison*. Pero ha de ser algo discreto. Para la mujer, que en ningún caso podrá decírselo a nadie y deberá hacerse cargo de lo que está en juego sin que se le den demasiadas explicaciones, y además tendrá que hacerle feliz, habrá un arreglo mensual. Cinco mil francos al mes. Y, si todos están satisfechos, habrá más con el tiempo.

Era una buena suma de dinero. Un maestro de escuela ganaba veinticinco mil francos al mes. Balki cambió de cara, Morath lo notó. Dejó de ser Boris el camarero de barra para volver a ser Balki el *zakovista*.

—Yo no tendré que ocuparme del dinero.

—No.

—Entonces, tal vez —dijo Balki—. Déjeme pensarlo unos días.

Juan-les-Pins, 11 de junio.

«Sus pechos, pálidos a la luz de la luna».

Tarde por la noche, Cara y su amiga Francesca, agarradas de la mano, salían desnudas del mar, relucientes con el agua. Morath estaba sentado en la arena, con los pantalones arremangados hasta las pantorrillas y los pies descalzos. Junto a él, Simon nosequé, un abogado británico, dijo:

—Dios santo —sorprendido de la obra del Señor que corría por la playa hacia ellos.

Iban a ese lugar todos los años, en esa época, antes de que llegara a haber mucha gente, a ese lugar que ellos llamaban simplemente «Juan». Allí vivían junto al mar en una casa alta, de ladrillos color albaricoque, con enormes contraventanas verdes. En aquel pueblecito donde uno podía comprar un gallo (también llamado pez de San Pedro) a los pescadores cuando regresaban en sus barcas al mediodía.

Estaban con la gente de Cara. Montrouchet, del Théâtre des Catacombes, acompañado de Sloth, una hermosa mujer, ingeniosamente deseable. Montrouchet la llamaba por su verdadero nombre, pero para Morath ella era Sloth y siempre lo sería. Se alojaban en la pensión Trudi, en el bosque de pinos que había por encima del pueblo. Francesca era de Buenos Aires, de la comunidad italiana de Argentina, lo mismo que Cara, y vivía en Londres. Estaba también Mona, conocida como Moni, una escultora canadiense, y la mujer con la que vivía, Marlene, que hacía joyas. Y Shublin, un judío polaco que pintaba incendios, Frieda, que escribía novelitas, y Bernhard, que escribía poemas sobre España. Y otros, una multitud cambiante, amigos de amigos, o misteriosos extraños, que alquilaban cabañas entre los pinos, pagaban habitaciones baratas en el Hôtel du Mer o dormían al raso bajo las estrellas.

A Morath le encantaba la Cara de Juan-les-Pins, donde el aire caliente la calentaba en exceso.

—Hoy nos quedaremos despiertos hasta muy tarde —solía decir—, así que tenemos que descansar esta tarde.

Un baño en la azufrosa agua tibia que salía en un chorro delgado del grifo de la bañera, y después, sudorosos, hacían el amor apasionadamente sobre las ásperas sábanas. Medio dormidos, se quedaban tumbados bajo la ventana, respirando la resina de los pinos en la brisa de la tarde. Al anochecer, las cigarras comenzaban a cantar y no paraban hasta el amanecer. A veces, cogían un taxi para ir al restaurante que estaba en la cornisa *moyenne*, por encima de Villefranche, donde te servían unos cuencos de *tapenade* al ajo y tortitas de harina de garbanzo, y luego, cuando ya estabas en paz con el mundo y te sentías incapaz de comer ni un bocado más, la cena.

Demasiado digno y magiar como para llevar sandalias a la playa, Morath corría hasta el mar al mediodía, quemándose los pies con los guijarros hasta que pisaba el

agua y se ponía a mirar al horizonte. Podía quedarse mucho tiempo allí, inmóvil como una roca y en la mayor de las felicidades, mientras Cara y Francesca y sus amigos se estiraban brillantes sobre las toallas, embadurnados de aceite de coco, y hablaban.

«Las ocho y media en Juan-les-Pins, las nueve y media en Praga».

Se sabía que había que ir al bar vasco, adonde la gente iba a la caída de la tarde a beber ron blanco. Y la sombra estaba allí, más oscura algunos días, más clara otros, y si tú no te preocupabas de tomar medidas por tu cuenta, los periódicos se encargaban de hacerlo por ti. De camino a una tienda del pueblo para pasar una bonita mañana y comprar *Le Figaro*, Morath se reunió con los demás adictos y fueron al café. El sol brillaba con fuerza a las nueve de la mañana y bajo el toldo del café se estaba fresco y a salvo. «Según Hitler —leyó—, los checos son como los ciclistas: se inclinan por la cintura, pero por la parte de abajo no dejan de pedalear». En junio, Checoslovaquia era el nuevo lugar de moda para que empezara allí la guerra. El *Volksdeutsch* de las antiguas provincias austríacas, Bohemia y Moravia —los Sudetes—, exigía la unificación con el Reich. Y los «incidentes», los incendios, los asesinatos, los desfiles, se producían a toda hora.

Morath volvió la página.

En España las cosas estaban a punto de terminar; había que ir a la página 3. La Falange iba a ganar, era solo cuestión de tiempo. En la costa, los cargueros británicos que servían de puertos a los republicanos habían sido hundidos por los aviones italianos de combate que salieron de Mallorca. *Le Figaro* reproducía un chiste de un periódico británico que mostraba al coronel Blimp diciendo: «Dios santo, señor, habrá que decirle a Franco que si hunde otros cien barcos ingleses, nos retiraremos por completo del Mediterráneo».

Morath miró hacia el mar; se veía una vela en la lontananza. A unos setenta kilómetros al norte de Valencia, se estaba manteniendo un arduo combate, a menos de un día en coche desde el lugar donde se estaba tomando un café.

Shublin fue a España a combatir, pero la NKVD lo echó a patadas.

—Vaya tiempos que vivimos —le dijo una noche en el bar vasco—. El dominio de los invertebrados. —Era un hombre de menos de cuarenta años, de cabello rubio y rizado, con la nariz rota, los dedos manchados de tabaco y restos de óleo entre las uñas—. Y el rey Adolfo se sentará en el trono de Europa.

—Los franceses le aplastarán —afirmó Bernhard, que era alemán, había participado en una manifestación comunista en París y no podía volver a casa.

—Verdaderamente —dijo Simon, el abogado.

Todos le miraron, pero no iba a empezar ningún discurso. Una triste sonrisa, eso

fue todo.

La mesa estaba junto a la pista de baile, cubierta en abundancia de polvo, arena y agujas de pino que arrastraba el viento hasta allí. Soplaban con fuerza la brisa del mar, olía a malecón en marea baja, y los manteles se levantaban. La pequeña banda terminó de tocar «Le Tango du Chat» y empezó con «Begin the Beguine».

Bernhard se volvió hacia Moni.

—¿Tú has bailado este «Beguine»?

—Ah, claro que sí.

—¿Lo has bailado de verdad? —preguntó Marlene.

—Sí.

—¿Cuándo fue eso?

—Ah, cuando no estabas tú para verlo.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo fue eso?

—Baila conmigo, Nicky —dijo Sloth, tirándole del brazo.

Se marcaron algo muy parecido a un foxtrot, y la banda —«Los Hermanos» ponía en la esfera de la batería— ralentizó el ritmo para seguirles. Ella se inclinó contra él, pesada y blanda.

—¿Sueles acostarte tarde cuando estás aquí?

—A veces.

—Yo siempre. Montrouchet bebe por las noches y luego se queda dormido como un muerto.

Estuvieron bailando algún tiempo.

—Eres afortunado de tener a Cara —dijo Sloth.

—Pues...

—Debe de resultarte muy excitante. Quiero decir que ella es así, lo noto.

—¿Sí?

—A veces os imagino a los dos, en vuestra habitación —se rio—. Soy terrible, ¿verdad?

—Tampoco tanto.

—Bueno, me da igual. Puedes contárselo cuando quieras.

Después, en la cama, Cara estaba sentada con la espalda contra la pared; el sudor le brillaba entre los pechos y en el vientre. Dio una calada del Chesterfield de Morath y exhaló una larga estela de humo.

—¿Eres feliz, Nicky?

—¿No lo ves?

—¿Pero de verdad?

—De verdad.

Fuera, se sucedía el romper de las olas. Primero la acometida, un silencio, y luego el estrépito.

La luna estaba baja, brumosa y dorada, pálida, en la esquina inferior de la ventana, pero no por mucho tiempo. Cauteloso, vigilando de no despertar a Cara, alcanzó a ver el reloj que estaba en la silla junto a la cama: las cuatro menos diez. «Vete a dormir». Eso requería una buena dosis de relajación, iba a tener que echarle paciencia.

Cara estaba por él, pero él se sentía mal. Estaba condenado a vivir con cierta pesadumbre en el alma; no era desesperación, sino el peso del cansancio de tener que apartárselo de la mente. Le había costado una esposa, hacía tiempo ya, un compromiso que jamás llegó al matrimonio, y había terminado con más de un asunto desde entonces. Si le haces el amor a una mujer, más vale que te haga feliz, o de lo contrario...

Tal vez fue la guerra. No era el mismo desde que volvió. Sabía lo que las personas eran capaces de hacerse unas a otras. Habría sido mejor no saberlo; la vida es distinta cuando no lo sabes. Había leído el libro de Remake *All Quiet on the Western Front* tres o cuatro veces. Y algunos pasajes, una y otra vez.

Ahora si volvemos, estaremos cansados, rotos, quemados, sin raíces y sin esperanza. No seremos capaces de encontrar otra vez nuestro camino. [...] Qué más da que pasen los meses y los años, no me traerán nada, no pueden traerme nada. Estoy tan solo y tan desesperanzado que puedo afrontarlos sin miedo.

Un libro alemán. Morath podía hacerse plenamente a la idea de lo que Hitler estaba removiendo en los corazones de los veteranos alemanes. Pero no era solo en Alemania. Todos ellos, británicos, franceses, rusos, alemanes, húngaros y el resto, se habían metido en la máquina de triturar. Aquella en la que algunos murieron, y otros murieron dentro de sí mismos. Se preguntaba quién había sobrevivido realmente.

¿Pero quién sobrevivía alguna vez? No lo sabía. El secreto estaba en levantarse cada mañana. Ver lo que podía pasar, bueno o malo, rojo o negro. Pero, aun así, un amigo suyo solía decirle que era probablemente una buena idea que no se acabara uno suicidando al contar hasta diez y decir: «Ahora».

Con sumo cuidado, salió de la cama, se puso unos pantalones de algodón, bajó a la planta inferior, abrió la puerta y se quedó en la entrada. La línea plateada de una ola se hinchaba, luego se desplegaba y se desvanecía. Alguien se reía a carcajadas en la playa, alguien borracho y despreocupado. Logró ver, guiñando los ojos, el brillo de una hoguera medio apagada y unas cuantas siluetas entre la luz. Un grito jadeante, luego una carcajada.

París, 15 de junio.

Otto Adler estaba sentado en una silla en el Jardin du Luxembourg, frente al estanque redondo al que iban los niños con sus barcos de vela. Tenía los brazos cruzados por detrás de la cabeza y miraba las nubes, blancas y elevadas, nítidas sobre el cielo perfecto. Quizá hubiera tormenta a última hora de la tarde, pensó. Hacía mucho calor, extraño para la época, y realmente la perspectiva de la lluvia le hubiera alegrado si no fuera por los céntimos que le costaría refugiarse en el café de la *rue de Médicis*. No se podía gastar esos pocos céntimos.

Aquel iba a ser su primer verano entero en Francia, y lo iba a encontrar pobre y soñador, con una querencia por las esquinas oscuras y adorables, por los callejones y las iglesias, lleno de proyectos y opiniones, enamorándose de la mitad de las mujeres que veía, deprimido, divertido e impaciente porque llegara la hora de la comida. En resumen: parisino.

Die Aussicht, como todas las revistas políticas, no acababa de morir ni de salir adelante. En el número de enero, que acabó saliendo en marzo, había habido un artículo del profesor Bordeleone, de la Universidad de Turín: «Algunas anotaciones sobre la tradición de la estética fascista». No tenía la profundidad que sus lectores habían esperado, pero sí el toque épico, remontándose a la Roma imperial y avanzando, sin pasar por alto la arquitectura del siglo XIX, hasta D'Annunzio. Un ser amable y en cierto modo rutilante, el profesor Bordeleone, ahora profesor emérito de la Universidad de Turín, después de una noche de interrogatorios y aceites de ricino en la comisaría local. Pero, gracias a Dios, al menos la señora Bordeleone era rica y conseguirían sobrevivir.

Para el número de invierno, Adler tenía grandes ambiciones. Había recibido una carta de un viejo amigo de Koenigsberg, el doctor Pfeffer, emigrado ahora en Suiza. El doctor Pfeffer había asistido a una conferencia en Basilea, y después, mientras tomaban café, el conferenciante mencionó que Thomas Mann, emigrado también desde 1936, estaba pensando en publicar un ensayo breve. Para Mann, eso podía significar ochenta páginas, pero a Adler no le importaba. Su impresor, allí en Saclay, era un idealista en cuanto a los créditos y las facturas vencidas, o al menos lo había sido hasta la fecha, y, bueno, se trataba de Thomas Mann. «Le pregunté claramente —decía Pfeffer en su carta—, aunque con mucha educación, si había hecho alguna referencia al tema de que iba a tratar el ensayo, pero el tipo me respondió: “¿Le preguntarías a Zeus qué toma para desayunar?”». Adler sonrió al acordarse de la carta. No había ninguna duda de que el tema en realidad no importaba. Con tener ese nombre en *Die Aussicht*, habría sido capaz de publicar su factura de la lavandería.

Abrió su maletín y miró el interior: un ejemplar de las obras completas de Schnitzler, un paquete de papel de escribir barato —el bueno se había quedado en su escritorio en St Germain-en-Laye—, *Le Figaro* de ayer, todo reunido, a él le gustaba pensar que salvado, en el tren que le traía a París, y un bocadillo de queso envuelto en papel marrón. «Ah, mais oui, monsieur, le fromage de campagne!». La dueña de la *crémérie* se había percatado rápidamente de que él no tenía dinero, pero, francesa

hasta la médula, tenía una inevitable pasión por los intelectuales harapientos y le vendió lo que ella llamó, con una curiosa mezcla de orgullo y crueldad, queso de campo. Sin nombre, rubia, sosa y vulgar. «Pero —pensó Adler— bendita sea de alguna manera por mantenernos vivos».

Sacó el paquete de papel del maletín, rebuscó hasta encontrar un lápiz y empezó a escribir: «*Mein Herr Doktor Mann*», ¿debería utilizar más bien el tratamiento honorífico? ¿Lo probaba? Lo dejó estar y siguió con su estrategia: «*Mein Herr Doktor Mann*: Como tengo mujer y cuatro hijos, y agujeros en la ropa interior, sé que querrá usted publicar un importante ensayo en mi pequeña revista». ¿Cómo decir eso sin decirlo? «¿Tal vez no muy conocida pero leída en importantes círculos?» ¡Bobadas! «La revista de emigrados políticos más sustancial y reflexiva». Flojo. «¡Mandemos a Hitler a la mierda!». Ahí, pensó, estaba a punto de llegar a algo. ¿Y si, por un segundo de euforia, se dejaba llevar y le decía eso?

Dejó vagar la mirada, del blanco del papel al intenso verde de los castaños que estaban al otro lado del estanque. No había niños aquella mañana, claro, estarían padeciendo un día escolar del mes de junio.

Un paseante llegó hasta Otto. Era un hombre joven, que claramente no estaba trabajando, tal vez estuviera, por desgracia, desempleado. Adler bajó la vista hacia el papel hasta que el hombre se quedó de pie junto a su silla.

—*Pardon, monsieur* —dijo—, ¿me puede decir la hora?

Adler se llevó la mano al interior de su chaqueta y sacó un reloj de bolsillo de plata que pendía de una cadena. Las agujas señalaban con precisión las cuatro.

—Son exactamente... —dijo.

Monsieur Coupin era un anciano que vivía en una pensión situada junto a la estación de ferrocarril y se iba al parque a leer el periódico y mirar a las niñas. Contó su historia a los *flics* que estaban de guardia a la entrada del Jardin du Luxembourg, luego a los detectives de la Préfecture, después a un periodista del *Paris Soir*, luego a dos hombres del Ministerio del Interior y por último a otro periodista al que conoció en el café del barrio, que le pidió un *pastis*, después otro, parecía saber más acerca del suceso que los demás y le hizo una serie de preguntas que él no supo responder.

Les había contado a todos la misma historia, más o menos. Había visto a un hombre sentado al otro lado del estanque, y a otro con un traje azul y unas gafas de montura metálica que se acercaba a él, y había oído los disparos. Primero un solo disparo y después un *coup de grâce*.

Él no estaba mirando cuando sonó el primer disparo.

—Fue una detonación aguda, como de un cohete de fuegos artificiales. —Eso le había llamado la atención—. El hombre que se estaba mirando el reloj lo dejó caer y se puso de pie de repente, airado, como si le hubieran insultado. Se balanceó un momento y luego se cayó llevándose la silla por delante. Movié un pie una vez,

después se quedó inmóvil. El hombre del traje azul se acercó hasta él, le apuntó con la pistola y le disparó otra vez. Después, se marchó andando.

Monsieur Coupin no gritó, ni corrió tras él ni nada. Se quedó donde estaba, petrificado, porque, según explicaba:

—No podía creer lo que acababan de ver mis ojos —y lo dudó aún más al ver que el asesino se marchaba caminando—. No salió corriendo. No mostró ninguna prisa. Era, era como si no hubiera hecho nada de nada.

Había más testigos. Uno había visto a un hombre con un abrigo, otro decía que habían sido dos hombres, un tercero describió una acalorada discusión entre el asesino y la víctima. Pero casi todos estaban más lejos que *monsieur Coupin* de la escena. A excepción de una pareja, un hombre y una mujer, que iban del brazo por el sendero de gravilla. Los detectives vigilaron el parque varios días, pero la pareja no volvió a aparecer y, pese a que se publicó un llamamiento en la prensa, nadie se puso en contacto con la Préfecture.

—Extraordinario —dijo el conde Polanyi, refiriéndose a un cucurucho de helado con una bola de vainilla encima—. Se puede comer y caminar al mismo tiempo.

Morath se había encontrado con su tío en el parque zoológico, y habían comprado el cucurucho en una heladería que había junto al restaurante. Hacía mucho calor. Polanyi iba vestido con un traje de seda y un sombrero de paja. Según caminaban, vieron una llama y un camello. El zoo tenía un olor fuerte con el calor de la tarde.

—¿Leías los periódicos allí?

Morath le dijo que sí.

—¿Los periódicos de París?

—A veces *Le Figaro*, cuando lo tenían.

Polanyi se detuvo un instante y lamió con prudencia el helado, al tiempo que sujetaba el pañuelo de bolsillo debajo del cucurucho para que no se le fueran a manchar los zapatos.

—Mucha política en este tiempo que has estado fuera —dijo—. Sobre todo en Checoslovaquia.

—He leído algo.

—Parecía 1914, los sucesos superando a los políticos. Lo que ocurrió fue lo siguiente: Hitler desplazó diez divisiones a la frontera checa. Por la noche. Pero lo descubrieron. Los checos se movilaron, no como los austríacos, que se quedaron ahí parados esperando a que pasase, y los diplomáticos franceses e ingleses que estaban en Berlín se pusieron furiosos. «¡Esto es la guerra!». Al final, retrocedió.

—Por el momento.

—Exactamente, no se rendirá, odia a los checos. Les llama: «Esa raza miserable de pigmeos sin cultura». Así que ya encontrará la forma. Y nos arrastrará con él si puede. Y a los polacos. Tal como él lo va a vender, no somos más que tres naciones

que disputan territorios a una cuarta.

—Los negocios como siempre.

—Sí.

—Bueno, allí donde he estado, nadie tenía ninguna duda respecto al futuro. Habrá guerra, todos vamos a morir, solo queda esta noche...

Polanyi frunció el ceño.

—Eso me parece a mí un gran abandono —se detuvo un momento para comer un poco de helado—. Por cierto, ¿has tenido algún éxito en lo de encontrarle compañía a mi amigo?

—De momento, no.

—Pues ya que estás en esto, se me ocurre que los gorrioncitos necesitarán su nidito de amor. Algo muy íntimo, por supuesto, discreto.

Morath lo pensó un momento.

—Tendrá que estar a nombre de alguien —dijo Polanyi.

—¿Al mío?

—No. ¿Por qué no se lo preguntas a nuestro amigo Szubl?

—Szubl y Mitten.

Polanyi se rio.

—Sí.

Aquellos dos hombres compartían habitación y las durezas de la vida del emigrado desde hacía más tiempo del que nadie pudiera recordar.

—Les preguntaré a los dos, —dijo Morath.

Siguieron caminando un tiempo por donde estaban los animales hasta que llegaron a los jardines. Desde allí podían oírse los silbatos de tren de la Gare d'Austerlitz. Polanyi se acabó el helado.

—Me he estado preguntando —dijo Morath— qué pasó con aquel hombre que traje a París.

Polanyi se encogió de hombros.

—Lo que es yo lo considero un asunto del que prefiero no saber nada.

* * *

Morath escribió una nota a Szubl y Mitten invitándoles a comer. Decidió llevarles a un restaurante lionés donde daban un almuerzo que te mantenía vivo durante semanas. Los dos eran famosos por su pobreza. Unos años antes había habido un rumor según el cual solo uno de los dos salía por la noche, ya que compartían un único traje negro.

Morath se levantó temprano. Wolfi Szubl le estaba esperando. Era un hombre grueso, de unos cincuenta años, con una cara larga y lúgubre, los ojos enrojecidos y la espalda doblada de años de cargar con maletas de muestras de corsetería femenina por todas las ciudades de *Mitteleuropa*. Szubl era una mezcla de nacionalidades;

nunca llegaba a decir cuáles eran exactamente. Herbert Mitten era un judío de Transilvania, nacido en Cluj mientras todavía pertenecía a Hungría. Los papeles y las vidas de aquellos dos hombres eran como hojas caídas del viejo imperio, yendo de acá para allá durante años por muchas ciudades, hasta que, en 1930, alguna alma caritativa se apiadó de ellos y les concedió los permisos de residencia en Francia.

Morath pidió los aperitivos, después estuvo charlando con Szubl hasta que Mitten volvió, con la cara brillante y enrojecida, de los lavabos. «Vaya, vaya —pensó Morath—, nunca admitiré que se ha afeitado ahí dentro».

—Hombre, Morath —dijo, al tiempo que le tendía la mano con blandura y una teatral y radiante sonrisa.

Actor profesional, Mitten había actuado en ocho idiomas en películas de cinco naciones y siempre hacía el mismo personaje, cuya mejor descripción era la de su reciente aparición como el señor Pickwick en una versión húngara de *Los papeles del señor Pickwick*. Mitten tenía el aspecto de un personaje de historieta del siglo XIX: ancho por el medio y afilado por ambos extremos, con el pelo que le salía de la cabeza como una peluca de payaso.

Pidieron la comida. En abundancia. Era un restaurante familiar: hondos cuencos de arroz y profusas fuentes de salchichas, algunas en aceite, patatas fritas con mantequilla, pollos asados, ensaladas de judías blancas y ensaladas con trozos de panceta. Queso *Mont d'or*. Y fresas. Morath apenas veía el mantel. Se gastó dinero en el vino, un Borgoña del 26, lo cual impulsó al dueño del restaurante a prodigarse en sonrisas y reverencias.

Después de comer estuvieron dando un paseo por las estrechas y oscuras calles que van desde la parte de atrás del distrito quinto hasta el río.

—Un apartamento —dijo Morath— para una historia de amor clandestina.

Szubl se quedó pensativo.

—Un amante que no va a alquilar su propio apartamento.

—Muy romántico —dijo Mitten.

—Muy clandestino, en cierto modo —dijo Szubl.

Mitten preguntó:

—¿Son gente importante?

—Prudente —dijo Morath— y rica.

—¡Ah!

Esperaron. Morath dijo:

—Dos mil francos al mes por el nido de amor. Quinientos para vosotros. Uno de los dos tiene que firmar el contrato de alquiler. Si necesitan una criada, la contrataréis vosotros. El conserje conocerá a uno de vosotros, solo a él, el amigo de los amantes.

Szubl soltó una carcajada.

—Por los quinientos, ¿nos tenemos que creer eso?

—Por los quinientos, más os vale.

—Nicholas —dijo Mitten—, gente como nosotros no pasa desapercibida

espiando.

—Eso no es espiar.

—Nos puede llevar al paredón.

Morath negó con la cabeza.

—Así que más valdría que fuera por robar un banco.

—Es una aventura amorosa —dijo Morath.

—Seiscientos —dijo Mitten.

—De acuerdo, seiscientos. Os daré dinero para los muebles.

—¡Muebles!

—¿Qué clase de aventura amorosa es esta?

Para sorpresa de Morath, hicieron bastante bien el trabajo. Muy bien. Se las arreglaron de algún modo para, al cabo de una semana, desenterrar una selección de niditos de amor. Para empezar, le llevaron a la zona de prostitución, cerca de la avenida Foch, donde había espléndidas mujeres sentadas en blandos sofás, exhibiéndose tras los escaparates de ventanas cubiertas de rosa y oro. En el apartamento al que lo llevaron, no había duda de que el último asunto amoroso acabó de manera abrupta. En la pequeña nevera habían dejado una lata de caviar abierta y un limón mohoso.

Después le enseñaron una habitación grande, las antiguas dependencias de los criados, en las buhardillas de un *hôtel particulier* del cuarto distrito al que nunca iba nadie.

—Seis tramos de escalera —dijo Mitten.

—Pero muy íntimo.

Y para una verdadera aventura amorosa, pensó Morath, no era el peor sitio. Un barrio tranquilo, de moda por última vez en 1788 y con calles desiertas. Después, un taxi a Saint-Germain-des-Prés, al estudio de un pintor en la *rue Guénégaud*, con una bonita franja del Sena en uno de los escaparates.

—Él pinta, ella posa —dijo Szubl.

—Y una tarde, ¡Fragonard!

Morath estaba impresionado.

—Es perfecto.

—Para un parisino, no sé, pero si los amantes son, quizá, extranjeros, bueno, verás que es de cine.

—*Très chic* —dijo Szubl.

—Y el casero está en la cárcel.

La elección final que hicieron Szubl y Mitten era, obviamente, un desecho. Tal vez se trataba de un favor a un amigo, otro Szubl, otro Mitten, sin blanca y a la deriva en un

mar galo. Dos habitaciones, escasamente, a los pies del distrito noveno, cerca de la parada de metro Chaussée-d'Antin, a mitad de camino desde la calle lateral, la *rue Mogador*, por detrás de las *Galeries Lafayette*. Las calles estaban abarrotadas de gente que iba de compras a los almacenes o trabajaba allí. Eran las Navidades, y llevaban a los niños a que vieran el Papá Noel mecánico que ponían en el escaparate.

El apartamento estaba en el tercer piso de un edificio del siglo XIX, de fachada oscura por el hollín y la mugre. En el interior, paredes marrones, una cocina de dos quemadores, el lavabo en la entrada, cortinas caladas medio rotas y amarillentas, una mesa con un mantel de hule verde, un sofá y una cama estrecha con una página de un afamado calendario húngaro pegado a la pared por encima de la almohada: «Cosecha en Esztergom».

—Bueno, Morath, pues esto es.

—Se le pone a uno dura solo de ver esa cama, ¿eh?

—*Ma biche, ma douce*. ¡Y esa manta del ejército, ese abrigo enrollado como funda de almohada! Ahora es nuestro momento. Desvístete... si te atreves.

—¿Cómo se llama vuestro amigo?

—Laszlo.

—Bonito nombre húngaro.

—Lo lleva un buen húngaro.

—Dadle las gracias de mi parte. Luego os doy dinero para que le invitéis a cenar.

—Entonces, ¿cuál? ¿El *boudoir* rosa?

—O el estudio. Tengo que pensarlo.

Salieron del apartamento y bajaron las escaleras. Morath se dirigía hacia la puerta de la calle, pero Mitten lo sujetó por el codo.

—Salgamos por el otro lado.

Morath lo siguió por una puerta que estaba al otro lado del vestíbulo, atravesaron un estrecho patio en perpetua sombra, pasaron después otra puerta y recorrieron luego un pasillo en el que había hombres y mujeres fumando cigarrillos.

—¿Dónde demonios estamos?

—En los almacenes, pero no en la parte que ve el público. Aquí es donde vienen los dependientes a fumar. A veces también lo utilizan para las entregas de mercancía.

Llegaron a otra puerta, Szubl la abrió y se encontraron en la calle de los almacenes, en medio de una multitud de gente bien vestida, cargada de paquetes.

—¿Necesitáis algo?

—¿Tal vez una corbata?

—*Salops!* —Morath estaba sonriendo.

—Laszlo quiere dos mil quinientos francos.

Balki le llamó a la semana siguiente.

—Quizá quiera conocer a una amiga mía.

Morath dijo que sí.

—Entonces, mañana. En el café grande que hay en la *rue* de Rivoli, junto a la parada de metro Palais Royal. Hacia las cuatro. Ella llevará flores. La reconocerá.

—A las cuatro.

—Se llama Silvana.

—Gracias, Boris —dijo Morath.

—De nada, hombre —respondió Boris, endureciendo la voz—. Lo que usted me pida.

El café era un sitio absolutamente neutro: turistas, poetas, ladrones, cualquiera podía ir allí. En un sofocante día de julio, Silvana iba vestida con un traje de chaqueta oscuro, con un pequeño ramillete de flores prendido en la solapa. La espalda recta, las rodillas juntas, con las piernas en ángulo hacia un lado, el rostro inexpresivo.

Morath tenía muy buenos modales; jamás en su vida había permanecido sentado cuando una mujer se acercaba a su mesa. Y también tenía buen corazón. La gente solía darse cuenta de eso de inmediato. Aun así, la cosa no funcionó bien entre ellos. Él se mostró encantado de conocerla, según dijo, y siguió hablando un poco en voz baja y serena, bastante más comunicativa que cualquiera de las palabras que se le ocurría decir: «Sé lo dura que puede ser la vida. Todos hacemos lo mejor que podemos. No hay nada que temer».

No era una mujer carente de atractivo, esa fue la frase que le vino a la mente al verla por primera vez. Treinta y cinco años más o menos, el cabello teñido de rubio dorado, que le colgaba a mechones alrededor de la cara, una nariz chata, labios gruesos y una piel ligeramente aceitunada. No era especialmente llamativa, pero sí intrigante, tenía ese tipo de mirada. Sus pechos eran prominentes y los tenía muy erguidos bajo su ceñido jersey, su cintura era estrecha, y sus caderas no demasiado anchas. Sería de alguna parte del Mediterráneo, pensó Morath. ¿Sería marsellesa? Tal vez fuera griega o italiana. Pero era fría, pensó. ¿Llegaría Von Schleben a hacerle el amor? Él no lo haría, pero era imposible saber lo que les gustaba a otros en la cama.

—¿Y bien...? —dijo él—. ¿Le apetece algo de beber? ¿Un Cinzano le parece bien? Con *glaçons*, como los norteamericanos.

Ella sacó un corto cigarrillo Gauloise rubio que le quedaba en el paquete y golpeó el extremo contra la uña del pulgar. Él encendió una cerilla para darle fuego, ella arqueó la mano para formar una bóveda con la de él y después de encender el cigarrillo sopló la llama.

—Gracias —dijo, dio una calada al cigarrillo con ansia y luego tosió.

Llegaron las bebidas, sin hielo. Al mirar por encima del hombro de Silvana, Morath vio cómo la miraba un hombre aseado de corta estatura que estaba sentado en la mesa de una esquina. Tenía el cabello fino peinado hacia atrás y llevaba pajarita, lo cual le daba un aspecto como... —Morath tuvo que pensar para encontrar lo que

buscaba—, como el del cómico norteamericano Buster Keaton. Los ojos de aquel hombre coincidieron con los de Morath un instante, y después volvió a leer su revista.

—Mi amigo es alemán —dijo Morath—. Un caballero, de la nobleza.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, Balki me lo dijo.

—Le gustaría que se reuniera usted con él mañana por la noche para ir a cenar al Pré Catalan. A las ocho y media. Por supuesto, él mandara su coche a recogerla.

—Muy bien. Yo estoy en un hotel de la *rue* Georgette, en Montparnasse —ella se detuvo—. ¿Seremos solo nosotros dos?

—No, creo que la cena es en realidad una fiesta, con muchos invitados.

—¿Y dónde ha dicho que era?

—En el Pré Catalan, en el Bois de Boulogne. Es un sitio muy *fin de siècle*. Champán, baile hasta el amanecer...

Silvana se mostró interesada.

—¡Oh! —dijo.

Morath se lo explicó todo acerca de Szubl y Mitten, el apartamento, el dinero... Silvana parecía distante, mirando el humo según salía del extremo de su cigarrillo. Tomaron otro Cinzano. Ella le contó que era rumana, de Sinaia. Había llegado a París el invierno del 36, con un hombre que vivía de jugar a las cartas. Se metió en problemas y desapareció.

—Espero que se haya muerto —dijo ella, y sonrió—. Aunque con él, nunca se sabe.

Una amiga le había encontrado trabajo en una tienda, en una *confiserie*, pero no le duró. Luego probó suerte trabajando como chica del guardarropa en el Balalaika. La mujer movió la cabeza con arrepentimiento.

—*Quelle catastrophe* —se rio y echó por la boca el humo del Gauloise—. Fui incapaz de hacerlo, y el pobre Boris cargó con las culpas.

Era la última hora de la tarde, hacía fresco y estaba oscuro tras los soportales que cubrían la *rue* de Rivoli. El café estaba lleno de gente, y había mucho ruido. Apareció de pronto un músico callejero y empezó a tocar la concertina.

—Me parece que yo ya me voy a ir a casa —dijo Silvana.

Se pusieron los dos de pie y se estrecharon las manos; luego ella desencadenó una bicicleta del poste de la farola que había en la esquina, se subió a ella, se despidió de Morath con la mano y pedaleó hasta sumergirse en el tráfico.

Morath pidió un *whisky* escocés.

Pasó por las mesas una mujer que vendía el periódico. Morath le compró el *Paris Soir* para ver qué películas ponían. Se iba a tomar la tarde libre. Los titulares estaban en letras grandes y en negrita: el GOBIERNO DECLARA INDISCUTIBLE Y SAGRADO EL COMPROMISO DE DEFENDER CHECOSLOVAQUIA.

El hombre que se parecía a Buster Keaton se marchó del café y miró a Morath al salir. Morath pensó, por un momento, que había asentido con la cabeza, pero si en

verdad lo había hecho, había sido muy sutil; lo más probable era que hubiese sido su imaginación.

Juillet, Juillet. El sol azotaba la ciudad y el olor de las carnicerías flotaba como el humo en el aire estancado.

Morath se fue a la agencia Courtmain; no era la primera vez que buscaba refugio allí, huyendo del verano, huyendo del tío Janos y su política, huyendo de Cara, consumida últimamente por manías vacacionales. Se acercaba el sagrado *mois d'Août* y uno se iba al campo o se escondía en casa y no contestaba el teléfono. Los problemas de Cara eran si debían ir a visitar a la baronesa Frey a Normandía o a su amiga Francesca y su novio a Sussex. No era lo mismo, desde luego, y había que ir de compras.

En la agencia Courtmain había enormes ventiladores que echaban fuera el calor y a veces una brisa del río subía desde la avenida Matignon y humedecía la ventana. Morath estaba sentado con Courtmain y su redactora jefe en su despacho, mirando una lata de cacao.

—Tienen plantaciones en África, cerca de la Costa del Oro —decía la redactora jefe, que se llamaba Mary Day, hija de madre francesa y padre irlandés. Debía de tener la misma edad que Morath y no se había casado. Unos rumores decían que era religiosa, que incluso se había salido de monja, mientras que otros especulaban con que ella obtenía unos ingresos extra de escribir novelas eróticas con seudónimo.

Morath preguntó acerca del dueño.

—Son de una gran familia de los alrededores de Burdeos. Nosotros tratamos con el director general.

—¿Un parisino?

—Colonial —dijo Courtmain—. Un *piéd-noir* de acicalados bigotes.

La lata tenía una etiqueta roja con el nombre «CASTIGNAC» impreso en negro en la parte de arriba. Debajo ponía: «Cacao fino». Morath levantó la tapa metálica, tocó el polvo con un dedo y se lo chupó. Amargo, pero no era desagradable. Lo hizo otra vez.

—Se supone que es muy puro —dijo Mary Day—. Se vende a los *chocolatiers*, aquí, en Turín y en Viena.

—¿Qué es lo que quieren que hagamos nosotros?

—Vender más cacao —contestó Courtmain.

—Bueno, un nuevo lanzamiento —dijo Mary Day—. Carteles para las panaderías y las tiendas de ultramarinos. Nos dijo también que ahora que parece que la guerra se termina quieren venderlo en España.

—¿Les gusta el chocolate a los españoles?

Ella se inclinó hacia delante para decir: «Por supuesto», pero luego cayó en la cuenta de que no lo sabía.

—No se cansarán de tomarlo —dijo Courtmain—. «Con esta agencia, tendrán éxito».

Morath acercó la lata a la ventana. Fuera, el cielo estaba blanco, y había palomas arrullándose en una cornisa.

—La etiqueta no está mal. —Había una cenefa de hojas de hiedra entrelazadas que recorría el borde, nada más. Courtmain se rio.

—El diseño es perfecto —dijo—. Dentro de diez años se lo venderemos a ellos.

Mary Day sacó de una carpeta varios papeles con diseños y los puso en la pared.

—Les gusta Cassandre, pues se lo vamos a dar —dijo—. A. M. Cassandre era el que había hecho el diseño de la conocida imagen de Dubo/Dubon/Dubonnet en tres paneles.

—Un Cassandre doméstico.

El diseño era suntuoso, alusivo a los trópicos. Fondos de ocre renacentistas y amarillos cromados, con figuras —sobretudo tigres y palmeras— en una gama de rojos venecianos.

—Es bonito —dijo Morath, impresionado.

Courtmain estuvo de acuerdo.

—Lo que no está bien es el nombre —dijo. Hizo una etiqueta en el aire con el pulgar y el índice—. Palmier —sugirió, refiriéndose al árbol—, cacao fino.

—¿Tigre? —propuso Morath.

Mary Day puso una sonrisa impía.

—Tigresa —dijo.

Courtmain asintió con la cabeza. Cogió una tiza de diseño de una taza que estaba sobre el escritorio y se puso de pie junto a uno de los dibujos.

—Ese es el nombre —dijo—, con este árbol —el árbol se curvaba suavemente hacia delante con tres enormes hojas en primer plano— este tigre —el animal estaba en una vista frontal, sentado sobre las patas delanteras y mostrando así un amplio pecho blanco.

Morath estaba entusiasmado.

—¿Usted cree que lo harán?

—Ni por asomo.

Estaba en casa de Cara cuando sonó el teléfono a las tres y media de la madrugada. Salió de la cama y, a tientas, levantó el auricular.

—¿Sí, dígame?

—Soy Wolfi —Szubl hablaba casi entre susurros.

—¿Qué pasa?

—Más vale que vengas al apartamento. Hay un problema grave.

—Ahora mismo voy —dijo Morath, y colgó.

¿Qué podía ponerse?

—¿Nicky?

Ya se había puesto la camisa y estaba intentando hacerse el nudo de la corbata.

—Tengo que salir.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Qué pasa?

—Un amigo que tiene problemas.

Después de un silencio, Cara exclamó:

—¡Oh!

Él se abotonó los pantalones, se puso la chaqueta, obligó a sus pies a meterse en los zapatos al tiempo que se alisaba el pelo con la mano.

—¿Qué amigo? —Había un toque de interés en su voz.

—Un húngaro, Cara, nadie que tú conozcas.

Después, salió por la puerta.

Las calles estaban desiertas. Caminó con rapidez hasta la boca de metro de Pont d'Alma. No circulaban trenes desde hacía tres horas, pero había un taxi aparcado a la entrada.

—A la *rue* de Mogador —dijo Morath al taxista—, en la esquina con los almacenes Lafayette.

El portal estaba abierto. Morath se quedó al pie de la escalera y miró en la penumbra. Esperó treinta segundos, no pasó nada, entonces comenzó a subir la escalera, y oyó una puerta que se cerraba en alguna parte, por arriba. «No hay que hacer ruido». Esperó otra vez y luego siguió subiendo.

En el descansillo del primer piso, volvió a pararse.

—¿Szubl? —lo dijo en voz baja, pero no en un susurro, justo lo suficientemente alto como para que pudieran oírle en el piso de arriba.

No hubo respuesta.

Morath contuvo la respiración. Le pareció oír un ronquido suave, un crujido, luego otro. Lo normal en un edificio a las cuatro de la madrugada. Continuó subiendo las escaleras, parándose en cada peldaño. A mitad de camino, tocó algo pegajoso en la pared. ¿Qué era aquello? Demasiado oscuro para verlo. Soltó una maldición entre dientes y se restregó los dedos en los pantalones.

En el segundo piso fue hasta el final del vestíbulo y se quedó de pie delante de la puerta. El olor no era muy fuerte, todavía no, pero Morath había combatido en la guerra y sabía exactamente qué era. «La mujer», pensó. Sintió angustia. Él sabía qué iba a ocurrir. De alguna manera, misteriosamente, lo sabía. Y se las iba a ver con quien lo hubiera hecho. Von Schleben u otro, quien fuera. Se le aceleraba el corazón; se dijo a sí mismo que mantuviera la calma.

«O quizá se trata de Szubl». No. ¿Por qué iba nadie a molestarse?

Empujó la puerta con el dedo índice y esta cedió. Vio el sofá, la cama, un armario que no recordaba. Olía a pintura, junto con el otro olor, más fuerte ahora, y el aroma

agridulce y quemado del disparo de un arma en una habitación pequeña.

Cuando se adentró en el piso, vio la mesa cubierta con el mantel de hule. En un extremo había un hombre sentado en una silla, con las piernas estiradas, la cabeza colgando, casi al revés, hacia atrás, y los brazos caídos a ambos lados de la silla.

Morath encendió una cerilla. Estaban allí las botas y los pantalones de un uniforme alemán. El hombre llevaba puesta una camisa blanca y tirantes. La chaqueta, cuidadosamente colgada del respaldo de la silla, quedaba ahora atrapada por su cabeza. Tenía un rostro gris, hinchado, con un ojo abierto y el otro cerrado. La expresión —Morath ya la había visto antes— era de tristeza mezclada con una leve irritación. El agujero de la sien era pequeño; la sangre se había secado y tenía un color pardusco en el rostro y por el brazo. Morath se arrodilló; la pistola, una Walther de las que se llevan en el cinturón, se había caído al suelo debajo de la mano. Sobre la mesa había una cartera. ¿Habría alguna nota? No, no parecía que hubiese nada.

La cerilla empezó a quemarle los dedos, la sacudió y encendió otra. Abrió la cartera: una fotografía de una esposa e hijos mayores, varios documentos de identidad de la Wehrmacht. Ahí estaba, el *Oberst* —coronel— Albert Stieffen, destacado en los cuarteles generales alemanes de Stahlheim, que había ido a París y se había pegado un tiro en el nido de amor de Von Schleben.

Se oyó un toque suave en la puerta. Morath echó un vistazo a la pistola, y la dejó ahí.

—¿Sí?

Szubl entró en la habitación. Estaba sudando y tenía el rostro enrojecido.

—Virgen santa —dijo.

—¿Dónde estabas?

—En la estación de St. Lazare. Fui a llamar por teléfono; después me quedé en la acera de enfrente y te he visto entrar.

—¿Qué ha pasado?

Szubl extendió los brazos. «Vaya usted a saber».

—Llamó un hombre, a eso de las dos de la madrugada. Me dijo que viniera aquí y que me ocupara de todo.

—¡Que te ocuparas de todo!

—Sí, un alemán, hablaba en alemán.

—Eso quiere decir que ocurrió aquí y es problema nuestro.

—Eso parece.

Estuvieron un rato en silencio. Szubl movió la cabeza lentamente, con preocupación. Morath resopló con exasperación, se pasó los dedos por el pelo, juró en húngaro —algo que tenía que ver con el destino, unos cerdos de mierda y la sangre de los santos— y encendió un cigarrillo.

—Muy bien —dijo, dirigiéndose más a sí mismo que a Szubl—. Ahora tiene que desaparecer.

Szubl parecía apesadumbrado.

—Eso costará un trabajo ímprobo.

Morath se rio y quitó hierro al asunto.

—No te preocupes —dijo.

—¿De verdad? Bueno, entonces, estás de suerte, tengo un amigo que podría ayudarnos.

—¿Un *flic*? ¿Uno de la funeraria?

—Mejor, un recepcionista del Grand Hotel.

—¿Quién es?

—Es uno de los nuestros, de Debrecen. Lo conozco desde hace mucho tiempo. Estuvo en un campo de prisioneros francés en 1917. Se las arregló para que le trasladaran al hospital de la zona. Para abreviar, se casó con su enfermera. Luego, después de la guerra, se estableció en París y trabajó en hoteles. Hace un año o así, me contó una historia. Al parecer, en una de las lujosas *suites* del hotel se hospedó un célebre director de orquesta. Una noche, a eso de las dos de la madrugada, suena el teléfono en la recepción. Era el maestro y estaba desesperado. Mi amigo subió corriendo a su habitación; el tipo tenía allí a un marinero, y estaba muerto.

—Qué situación tan embarazosa.

—Sí, sí, una vergüenza. El caso es que mi amigo se hizo cargo de todo.

Morath se quedó pensativo unos momentos.

—Ve a la estación de St. Lazare —dijo— y llama por teléfono a tu amigo.

Szubl se dio la vuelta para marcharse.

—Siento haberte metido en esto, Wolfi. Es por Polanyi y sus...

Szubl se encogió de hombros y se puso el sombrero.

—No eches la culpa a tu tío de estar siempre metido en intrigas. Eso es como echarle la culpa a un zorro de matar a las gallinas.

Morath esbozó una amarga sonrisa. Szubl tenía razón. «Aunque —pensó— no es muy habitual echarle la culpa de algo a un zorro». Las escaleras crujieron cuando Szubl bajó por ellas, luego Morath le vio salir desde la ventana. El amanecer era gris y húmedo. Szubl caminaba con dificultad, cabizbajo y encorvado.

El recepcionista era un hombre alto y apuesto, gallardo, con un bigote de caballero. Llegó al apartamento a las cinco y media, vestido con un uniforme verde de botones dorados.

—¿Se encuentra un poco mejor? —dijo, dirigiéndose al cadáver.

—Dos mil francos —dijo Morath—. ¿Le parece bien?

—Podría pedirle más por la hora en que lo vamos a hacer, pero se lo acepto por mi amistad con Wolfi —se quedó mirando un momento al oficial muerto—. Nuestro amigo está borracho —le dijo a Morath—. Vamos a pasarle los brazos por encima de nuestros hombros y lo bajamos. Le iba a pedir que cantara algo, pero un no sé qué me

dice que no va usted a hacerlo. Hay un taxi en la puerta con el conductor al volante. Dejaremos a nuestro amigo en el asiento de atrás, yo me sentaré junto al conductor, y ya está. La chaqueta, el revólver, la cartera... Busque alguna manera de deshacerse de esas cosas. Si tuviera que hacerlo yo, quemaría los documentos.

Morath y el recepcionista consiguieron por fin bajar a Stieffen; la pantomima duró únicamente del portal al taxi y apenas si la mantuvieron en ese trayecto.

Un coche azul —más tarde Morath pensó que era un Peugeot grande— paró junto a la acera delante de él. Lentamente, la ventanilla de la parte de atrás descendió y apareció frente a Morath el hombrecillo de la pajarita.

—Gracias —dijo.

La ventanilla volvió a subir al mismo tiempo que el coche salía detrás del taxi. Morath los vio alejarse y regresó después al apartamento, donde se encontró a Szubl, en calzoncillos, fregando el suelo y silbando un aria de Mozart.

Polanyi se había superado a sí mismo, pensó Morath, en la elección del lugar en el que se habían citado. Un pequeño bar sin nombre en el distrito conocido como *la grande truanderie*, el palacio de los ladrones, enterrado en el laberinto de calles de Montorgueil. Le recordó una cosa que le había dicho Emile Courtmain en cierta ocasión: «La verdad de un almuerzo está en la elección del restaurante, y todo lo demás, los platos, la bebida, la charla, apenas tiene importancia».

Polanyi estaba allí sentado, con aspecto de estar afligido y de sentirse maltratado por los dioses.

—No voy a pedir excusas —dijo.

—¿Tú sabes quién era ese coronel Stieffen?

—Ni idea. Y tampoco tengo ni idea de por qué lo hizo. Algo relacionado con el honor, Nicholas, yo me decantaría por un motivo de esa índole. Deja la cartera sobre la mesa, como para dar a entender: «Aquí está lo que yo era», y lo hace en un apartamento secreto, como queriendo decir: «Esto es en lo que he fallado».

—¿En qué había fallado?

Polanyi negó con la cabeza.

Estaban sentados en una de las tres mesas de la sala. Una camarera gorda que estaba detrás de la barra les gritó:

—¡Eh, chicos, avisadme cuando queráis otra!

—Ahora mismo —dijo Polanyi.

—¿Quién es el hombre de la pajarita?

—Le llaman doctor Lapp.

—¿Doctor Lapp?

—Es un nombre. Hay otros, desde luego. Es un oficial de la Abwehr.

—Ah, bueno, pues eso lo explica todo. Me he convertido en un espía alemán. ¿Nos vamos a quedar aquí a comer?

Polanyi bebió un sorbo de su copa de vino. Morath pensó que su tío tenía el aspecto de un hombre que iba al trabajo.

—Van a librarse de él, Nicholas. Para mí es peligroso contarte esto y también es peligroso que tú lo sepas, pero ese coronel Stieffen ha abierto una puerta y ahora, en contra de mi propio criterio, créeme, no tengo más remedio que meterte en el asunto.

—¿A librarse de quién?

—De Hitler.

No hubo ninguna respuesta.

—Si fracasan, tendremos guerra, y en comparación con esta, la última parecerá un juego de niños. El hecho es que, si tú no me hubieras llamado, yo iba a llamarte a ti. Creo que ha llegado el momento de que te plantees seriamente cómo sacar de Hungría a tu madre y a tu hermana.

La guerra tenía vida propia como un inmenso rumor que se abriera camino en los periódicos, los cafés y los mercados. Pero, de alguna manera, en la voz de Polanyi era un hecho, y Morath, por primera vez, lo creyó así.

El conde se inclinó hacia delante y bajó la voz:

—Hitler va a llegar a un acuerdo, como dice él, con los checos. La Wehrmacht invadirá el país, probablemente en otoño, la época por tradición, cuando se ha recogido la cosecha y los hombres del campo se convierten en soldados. Rusia se ha comprometido a defender Checoslovaquia si Francia lo hace. Los rusos entrarán en Polonia, con o sin permiso de los polacos, pero nos invadirán. Ya sabes lo que eso significa: la caballería mongola y la checa y todo lo demás. Francia e Inglaterra invadirán Alemania por Bélgica, igual que en 1914. Teniendo en cuenta la estructura de los tratados europeos, las alianzas, eso es exactamente lo que va a ocurrir. Alemania bombardeará las ciudades, cincuenta mil bajas cada noche. A menos que utilicen gas fosgeno, que en ese caso habría más. Gran Bretaña bloqueará los puertos y Centroeuropa se morirá de hambre. Los incendios y la hambruna seguirán hasta que el Ejército Rojo atraviese la frontera alemana y destruya al Reich. ¿Se pararán ahí? Dios vive en Francia, como les gusta decir a los alemanes; tal vez Stalin quiera pasarse por aquí a verle.

Morath intentó ver en qué puntos había contradicciones. No encontró ninguna.

—Eso es lo que me preocupa, y es lo que debería preocuparte a ti, pero significa muy poco para la Oberkommando Wehrmacht, el estado mayor del Ejército. Los jefes de operaciones siempre acusan a esa gente, la gente de los mapas, la gente de la logística, la gente de la inteligencia, de pensar más de lo que les conviene, pero esta vez tienen razón. Si Hitler ataca Checoslovaquia, lo cual es sencillo para Alemania desde el *Anschluss*, cercarán a los checos por tres partes, e Inglaterra, Francia y Rusia entrarán en guerra. Alemania quedará destrozada. Y, lo que es más importante para la Oberkommando Wehrmacht, el ejército quedará destrozado. Todo por lo que han trabajado, desde que se secó la tinta sobre los tratados de 1918, quedará hecho pedazos. Todo. No pueden consentir que ocurra eso. Y ellos saben que, con Hitler

protegido por las SS, solo el ejército tiene fuerza para eliminarlo.

Morath se quedó un momento pensativo.

—En cierto modo —dijo—, es lo mejor que podría ocurrir.

—Si llega a ocurrir, sí.

—¿Qué puede salir mal?

—Rusia entrará en la guerra solo si lo hace Francia. Francia e Inglaterra solo lucharán si Alemania invade Checoslovaquia y los checos ofrecen resistencia. La única manera de eliminar a Hitler es que él se meta en una guerra que no puede ganar.

—¿Crees que los checos combatirán?

—Tienen treinta y cinco divisiones, cerca de trescientos cincuenta mil hombres y una línea defensiva de fuertes que recorre toda la frontera de los Sudetes. Dicen que es buena, tan buena como la línea Maginot. Y, por supuesto, Bohemia y Moravia están protegidas por las montañas de Sumava. Para los tanques alemanes, los pasos, especialmente si están defendidos, serán difíciles. Por eso, cierta gente de la Oberkommando Wehrmacht están estableciendo contactos con los británicos y los franceses, instándoles a que sean firmes. Que no le den a Hitler lo que quiere, que le obliguen a luchar por ello. Entonces, cuando entre en combate, la Oberkommando Wehrmacht se encargará de él.

—Estableciendo contactos, has dicho.

Polanyi sonrió.

—Ya sabes cómo son estas cosas, Morath. No es un héroe en solitario que va arrastrándose por el desierto con la intención de salvar el mundo. Son varias personas, varios enfoques, varios métodos. Conexiones, relaciones. Y cuando la gente de la Oberkommando Wehrmacht necesitan un sitio tranquilo donde hablar, lejos de Berlín, lejos de la Gestapo, tienen un apartamento en la *roe* Mogador, donde ese granuja de Von Schleben ve a su novia rumana. ¿Quién sabe? Podría ser incluso un buen lugar para reunirse con un colega extranjero al venir de Londres para estar aquí solo un día.

—Un sitio que les habrán facilitado sus amigos húngaros.

—Sí, ¿por qué no?

—Y, de forma parecida, el hombre que trajimos a París.

—También para Von Schleben. Tiene muchos intereses, muchos proyectos.

—Como, por ejemplo...

Polanyi se encogió de hombros.

—No me dio explicaciones, Nicholas. No le insistí.

—¿Y el coronel Stieffen? —Acababan de volver al asunto del principio. Tal vez Morath tuviera suerte esta vez, no estaba muy seguro.

—Pregúntale al doctor Lapp —dijo Polanyi— si tienes la sensación de que debes saberlo.

Sorprendido, Morath miró a su tío.

—Quiero decir, si piensas que deberías verle.

Los sábados por la mañana, Cara y Nicky se iban a montar a caballo al Bois de Boulogne, por el Chemin des Vieux Chênes o por los alrededores del Lac Inférieur. Montaban grandes caballos castrados de color castaño. Con el calor de mediados del verano, el sudor blanco y espumoso caía por las corvas de los animales. Los dos montaban muy bien, pues ambos procedían de países en los que montar a caballo formaba parte de la vida, como el matrimonio o la religión. Para Morath los caminos de herradura resultaban a veces un poco aburridos —él había galopado hasta las posiciones de las ametralladoras y había saltado a caballo alambradas de espinos—, pero la sensación le llenaba de una paz que no lograba alcanzar de ninguna otra manera.

Asentían con las cabezas hacia otras parejas, todos elegantes con sus pantalones de montar y sus botas hechas a mano, y trotaban a un buen paso, acartonado, a la sombra de los robles.

—Me ha llegado una carta de Francesca —le informó Cara—. Dice que la casa de Sussex es preciosa, pero pequeña.

—Si prefieres algo más grande, podemos ir a la casa de la baronesa.

—Eso es lo que te gustaría a ti, ¿verdad, Nicky?

—Bueno —dijo Morath. A él realmente le daba igual, pero fingió para complacer a Cara—. Tal vez sea mejor Normandía. Hace fresco de noche y me encanta bañarme en el mar.

—De acuerdo. Escribiré esta tarde. A Francesca la veremos cuando venga en otoño. Para ir de tiendas.

Boris Balki le llamó por teléfono y le pidió que fuera a verle al club. El Balalaika estaba cerrado en agosto por vacaciones, las mesas estaban cubiertas con sábanas viejas. No había cerveza y Balki sacó una botella de vino.

—No la echarán de menos —dijo—. Y usted se irá dentro de poco, ¿no?

—Dentro de unos días. Con la gran emigración del verano.

—¿Adónde se va?

—A Normandía, justo a las afueras de Deauville.

—Esa zona debe de ser bonita.

—Está muy bien.

—Me gusta estar sin trabajar —dijo Balki—. Tenemos que pintar, que arreglar algunas cosas, pero al menos no tengo que hacer bromas. —Sacó la mano del bolsillo y desdobló un pedazo de papel barato en el que ponía algo en caracteres cirílicos—. Es de un amigo mío que está en Budapest. Me escribe desde la calle Matyas.

—Hay poca cosa por allí. Solo la cárcel.

La respuesta de Balki fue una triste sonrisa.

—¡Oh! Lo siento.

—Es un viejo amigo mío, de Odessa. Se me ocurrió que, quizá, si hubiera alguien que conociese a alguien que...

—Matyas es de lo peor. En Budapest, en cualquier caso.

—Eso cuenta él, al menos en lo que consigue que pase inadvertido al censor.

—¿Tiene para mucho tiempo?

—Cuarenta meses.

—Más que suficiente. ¿Qué hizo?

—Bonos.

—¿Húngaros?

—No, rusos. Bonos del ferrocarril. De los de 1916.

—¿Hay alguien que compre eso?

Balki asintió con la cabeza y, sin poder contenerse, soltó una carcajada.

—Pobre Rashkow. Es pequeñajo. «Pero, mírame (solía decirme). Si yo intentara atracar a alguien me meterían de un golpe en un cajón». Así que vendía cosas. A veces joyas, otras veces cuadros, incluso manuscritos. ¡Tolstoy! ¡Su novela inacabada! Pero últimamente le había dado por los bonos de ferrocarril.

Los dos se rieron.

—Ya ve por qué le tengo tanto aprecio —dijo Balki.

—Pero no valen nada actualmente, ¿no?

—Bueno, como Rashkow diría, no valen ahora, pero piense en el futuro. «Yo vendo esperanza (solía decir). Esperanza en el mañana». Piense en lo importante que es: esperanza en el mañana.

—Boris —dijo Morath—, no sé si voy a poder ayudarle.

—Bueno, en todo caso, usted lo intenta.

El «después de todo, yo lo intenté» no fue pronunciado, pero no costó mucho trabajo oírlo.

—Por supuesto.

—¿Antes de irse?

—Aunque no pueda antes, no voy a esperar hasta septiembre. En Deauville hay teléfonos.

—Semyon Rashkow —Balki levantó la carta a la luz y entornó los ojos. Morath reparó en que necesitaba gafas—, número 335 218.

—Solo por curiosidad, ¿quién escribió la novela inacabada de Tolstoy?

Balki sonrió.

—No era mala, Morath. Se lo aseguro, no era mala.

Morath estaba en el último lugar en el que quería estar, el despacho del coronel Sombor en el último piso de la legación húngara. Sombor estaba sentado ante su escritorio con la espalda bien erguida, leyendo un dossier, con la punta de un lápiz guiándole la vista al pasar sobre cada línea de texto. Morath miró por la ventana.

Abajo, en el jardín, un portero, un hombre mayor vestido con un uniforme gris y una gorra de visera también gris, estaba rastrillando la gravilla. Se oía con nitidez en el silencioso patio.

Tenía que ayudar, sentía que tenía que ayudar. Balki no era solo un camarero amable. Balki era él, Morath, en el país equivocado, en el año equivocado, obligado a llevar una vida equivocada. Un hombre que odiaba tener que agradecer un trabajo que odiaba.

Morath lo intentó primero con su tío, pero se enteró de que no estaba en París; entonces localizó a Sombor en su despacho.

—Por supuesto, venga a verme mañana por la mañana.

Sombor era el hombre que podía ser de ayuda, y Morath fue a verle sabiendo que cualquier paso en falso sería un gran error. Sombor tenía un cargo, algo inofensivo, pero trabajaba para la policía secreta y todo el mundo lo sabía. En la legación había un espía oficial, el mayor Fekaj, el agregado militar, y estaba también Sombor.

—No le veo lo suficiente —se quejó el coronel a Morath al tiempo que cerraba el *dossier*.

A Morath le costaba trabajo mirarle a los ojos. Era una de esas personas que tienen el pelo como un sombrero, un sombrero negro, brillante y pulido, y, con sus marcadas cejas torcidas, parecía un tenor desempeñando el papel del demonio en una ópera cómica.

—Mi tío me mantiene ocupado.

Sombor reconoció la posición de Polanyi con una graciosa inclinación de cabeza. No había duda de que Morath había intentado resultar gracioso.

—Sí, lo creo —dijo Sombor—. También, estoy seguro, esta maravillosa ciudad. Y sus oportunidades.

—Eso también.

Sombor se pasó la lengua por los labios. Inclinandose hacia delante, bajó la voz:

—Estamos muy agradecidos, por supuesto.

Viniendo de un hombre al que habían obligado, en 1937, a quitar de la pared un retrato de Julius Gombos —Gombos tenía fama de haberse inventado las filosofías de Adolf Hitler—, no era precisamente lo que Morath hubiese querido oír.

—Me alegra que diga eso.

«¿Agradecidos de qué?».

—No es algo que uno se pueda permitir —dijo Sombor.

Morath asintió con la cabeza. ¿Qué demonios le habría contado Polanyi a ese hombre? ¿Y por qué? ¿Por su bien? ¿Por el bien de Morath? ¿Por algún otro motivo? Lo único que sabía era que aquella conversación no iba a convertirse, si él podía evitarlo, en una charla franca y abierta.

—Alguien que me ha hecho un favor a mí, a nosotros —Morath sonrió y Sombor le devolvió la sonrisa— se merece otro favor en pago.

—Los favores...

—Claro. ¿Cómo actuar de otro modo?

—Desde luego.

Un concurso de silencio. Sombor le puso fin.

—¿Y de qué tipo de favor estamos hablando exactamente?

—Es un viejo amigo. Está encerrado en Matyas.

—¿Por?

—Por vender bonos sin valor.

—*Beszivargok*?

«Infiltrado», que quería decir, para Sombor y otros, un judío. Morath lo pensó unos instantes. ¿Rashkow?

—No, no creo —dijo—. No lo parece por el nombre.

—¿Cómo se llama?

—Rashkow.

Sombor cogió un mazo de papel blanco, le quitó la capucha a la pluma y escribió cuidadosamente el nombre en una hoja.

El mes en el campo iba acaparando toda la tensión; los preparativos en la avenida Bourdonnais se sucedían a un ritmo frenético. La baronesa había escrito, luego había telefonado una vez y después otra. El MG de Cara estaba lavado y encerado y le habían llenado los depósitos de agua, aceite y gasolina. Habían limpiado también los asientos con loción para cueros, y el salpicadero de nogal estaba reluciente. Cara había encargado la cesta de ir de excursión a Pantagruel, luego a Delbard y después a Fauchon. ¿Le gustaba a Morath la lengua de ternera en gelatina? ¿No? ¿Por qué no? Compraron primero la mesa plegable y luego la cambiaron por una manta de caballo verde, después por una manta suave de algodón, marrón con una banda gris, que podía utilizarse también en la playa. Cara llevó a casa un traje de baño que primero era así de pequeño, luego así y finalmente así. El último se abrió por la costura cuando Morath tiró de él hacia fuera. Y ya podía estar contenta de que no hubiera marcas de dientes en él. «Devuélvele eso *a mademoiselle* Ninette, de la *rue Saint-Honoré*».

Era sábado por la mañana y Morath tenía una larga lista de recados cuidadosamente planeados como pretexto para evadirse de los preparativos de Cara. Se detuvo un rato en Courtmain, en el banco, en el estanco y en la librería, donde compró *The Valley of the Assassins*, de Freya Stark, y *Adiós a las armas*, de Hemingway, los dos en la traducción francesa. Ya tenía una novela de Gyula Krudy. En esencia, Krudy era el Proust húngaro —«El otoño y Budapest nacieron de la misma madre»— y a Morath siempre le había gustado. De hecho, las casas de la baronesa solían estar abarrotadas de libros hasta el techo, y Morath sabía que se iba a enamorar de alguna exótica obra maestra perdida y que no iba a leer ni un solo libro de los que se llevara.

Cuando regresó a la avenida Bourdonnais, descubrió que había habido una ventisca de ropa interior, zapatos y papel rosa arrugado. En la mesa de la cocina había un jarrón con una docena de rosas amarillas.

—No las has traído tú, ¿verdad, Nicky?

—No.

—Pues no sé de quién son.

—¿Hay alguna tarjeta?

—Sí, pero está en húngaro. No lo entiendo.

Morath la leyó. Una sola palabra, escrita en tinta negra sobre una tarjeta de floristería: *Disculpas*.

Eran las tres y media cuando sonó el teléfono en la casa de Cara y una voz de hombre preguntó a Morath, con extrema cortesía, si no le resultaría demasiado engorroso ir hasta el quiosco de periódicos, junto a la boca de metro de Pont d'Alma.

—Voy a por el periódico —dijo Morath a Cara.

—¿Qué? ¿Ahora? Por Dios, Nicky. A mí me...

—Vuelvo en un momento.

El doctor Lapp estaba en el interior de un Mercedes negro. Llevaba un traje azul y una pajarita verde y tenía la cara tan triste como Buster Keaton. Realmente, no había nada que hablar, le dijo.

Eso era un privilegio, no un sacrificio.

Con todo, Morath se sintió mal. Tal vez si hubiese sido capaz de decir algo, de dar alguna explicación, no hubiera sido tan desagradable.

* * *

«*Messieurs et Mesdames*».

El revisor abrió la puerta del compartimento y el rítmico traqueteo de las ruedas sobre la vía se hizo más fuerte de forma repentina. Morath se puso el libro de Freya Stark en las rodillas.

En la mano, el revisor sujetaba la lista de los pasajeros de primera clase.

—*Messieurs et mesdames*, el coche restaurante abrirá dentro de media hora; pueden reservar mesa para el primer o el segundo turno de cenas.

El hombre fue recorriendo el compartimento: un hombre de negocios, una mujer de mediana edad, una madre con su hijo pequeño —posiblemente ingleses— y Morath.

—En el segundo, por favor —dijo Morath.

—¿A nombre de...?

—*Monsieur* Morath.

—Muy bien, señor.

—¿Me puede decir a qué hora llegaremos a Praga?

—Según el horario, a las cuatro y media, *monsieur*, pero ya se sabe que estos días...

2 de agosto de 1938. Marienbad, Checoslovaquia.

A las seis y veinte de la tarde, Morath bajó por las escaleras de mármol y atravesó el vestíbulo. Los grandes hoteles de las ciudades balneario eran todos del mismo tipo, y el Europa no era la excepción: kilómetros de pasillos, candelabros, caoba por todas partes... Raídas alfombras y raída respetabilidad; las primeras mucho más renovadas, y la última, una tenue pero perceptible presencia en el aire, como el olor de la cocina.

Dos mujeres que estaban sentadas en sillas de cuero le sonrieron al pasar. Una viuda y su hija soltera, pensó, que vienen a Marienbad a buscar marido. Morath llevaba en el hotel Europa solo una noche y un día, y ya habían coqueteado con él dos veces. Eran guapas y carnosas. «Buenos apetitos —pensó—, de todo tipo». Algo bastante frecuente en esa parte del mundo. Los checos sentían que la vida les debía algo de placer. Abrazaron felizmente las virtudes del protestantismo, pero con la misma felicidad con que se abrazaban unos a otros. Si la propuesta de matrimonio no era inminente, la madre o la hija, retozando sobre una chirriante cama de hotel, tal vez no fuera lo peor del mundo.

Morath salió del hotel y empezó a caminar por un elegante sendero iluminado con farolas de gas. Había montañas a lo lejos, oscuras sombras en la desfalleciente luz. Caminó durante largo rato, mirándose el reloj cada pocos minutos. En cierta ocasión, se había dejado arrastrar por la predecesora de Cara hasta Evian-les-Bains y llegó incluso a hacerse el tratamiento completo. Se dejó embadurnar de barro por sonrientes muchachas, y luego una estricta mujer que llevaba una redecilla en la cabeza le enjuagó de arriba abajo con una manguera. Medicina victoriana. ¿Erotismo victoriano? Algo victoriano.

Llegó hasta el final del pueblo, donde comenzaba un denso bosque de pinos que se extendía colina arriba por encima de la calle. Abajo, las farolas de gas titilaban. Varias orquestas ensayaban su música, y cuando el viento estaba en calma, Morath podía oír los violines. Era muy romántico. Entre los árboles, se veía el tren de juguete que hacía su camino entre resoplidos por la montaña hasta la estación llamada Marianske Lazne, Marienbad en la época austrohúngara. Costaba trabajo pensar en aquel lugar con otro nombre. El viento cambió y llegó hasta él flotando el sonido de los lejanos violines, junto con un tenue olor a pólvora, de los cartuchos de la artillería.

Eran en aquel momento las siete y diez. Había velas sobre las mesas del salón de té de la calle Otava. Morath leyó el menú, que estaba enmarcado en una montura

metálica a la entrada del local. En el interior, un oficial del ejército checo se quedó mirándole un momento, después se levantó de la silla, dejando en el plato un pastel sin acabar. Para ponerse de pie, el oficial se sirvió de un bastón, uno de calidad, como observó Morath, con un adorno de cobre y el pomo de marfil. Era un hombre de una edad similar a la de Morath, con rostro de soldado y una barba cuidadosamente recortada, rubia, gris y rojiza.

Se estrecharon las manos en la calle.

—Coronel Novotny —dijo el oficial, con un movimiento de cabeza a mitad de camino entre el asentimiento y la reverencia.

—Morath.

Un intercambio de cumplidos. «Somos —pensó Morath— como dos oficiales provincianos que se hubieran encontrado en los somnolientos días del antiguo imperio».

Novotny tenía un automóvil militar, el modelo Opel más económico, algo parecido a un taxi parisino, pintado de color verde oliva.

—Vamos hacia Kreslice —dijo—. A unos cuarenta kilómetros de aquí.

Morath abrió la puerta del pasajero. En el asiento había una pistola automática enfundada en un cinturón de cuero.

—Oh, déjela en el suelo —dijo Novotny—. Estamos en los Sudetes, siempre conviene llevar algo en el coche.

Fueron conduciendo por caminos de montaña y cada vez iba oscureciendo más a medida que subían; los haces de luz de los faros parecían cobrar vida por las polillas que los atravesaban. Novotny entornó los ojos para mirar a través del parabrisas; el estrecho sendero embarrado se volvía sinuoso y desaparecía en medio de la noche. En dos ocasiones tuvieron que poner ramas debajo de las ruedas, y cuando cruzaban puentes por encima de arroyos de montaña —puentes construidos para carros y bueyes—, Morath se bajaba del coche e iba delante con una linterna. Pasaron solo junto a una casa, una cabaña de leñador. Ya en la cima, algo corrió alejándose de ellos; lo oyeron entre la maleza.

—Una vez me traje a mi perra —dijo Novotny—. Se volvió loca, no paraba quieta en el asiento, arañando las ventanillas con las patas.

—¿Qué perra tiene?

—Una pointer.

—Yo he tenido de esa raza, son muy inquietos, siempre quieren hacer algo.

—Así es la mía. No paraba de llorar porque no la dejaba salir del coche. He visto osos por aquí, y venados. También jabalíes. Los campesinos dicen que hay lince que matan a sus animales.

Novotny aminoró la marcha y avanzó cuidadosamente por una curva muy cerrada. Morath oía el arroyo, muy por debajo de ellos.

—Una lástima, verdaderamente —dijo Novotny—. Cuando empezamos a combatir por esta zona, bueno, ya sabe usted lo que le ocurre a la caza.

—Sí, lo sé. Estuve en los Cárpatos en 1915.

—Claro que aquí es donde queremos que estén.

—¿En las montañas?

—Sí. En mayo les vimos movilizarse. Fue muy educativo. Tanques, camiones, coches, motocicletas. Grandes depósitos de gasolina. No es ningún secreto lo que quieren hacer; lea el libro de Guderian y el de Rommel. Todo motorizado, ese es el borde afilado del hacha. Claro que, después de la primera oleada, son todo caballos y carros de artillería como los demás. Por eso, la lógica dicta que les hagamos subir a las montañas o retirarse por los valles.

—Una refriega.

—Sí, con morteros y ametralladoras en lo alto de las colinas.

—¿Cuándo empezará?

—En otoño; los retendremos dos meses, hasta que empiece a nevar. —El camino se estrechó dejando espacio únicamente para las ruedas de los carros. Cuando se volvió más empinado, Novotny metió la primera—. ¿Qué hizo usted en la guerra?

—Estuve con los húsares. En el regimiento dieciséis del segundo ejército.

—Magiar.

—Sí, exactamente.

—Yo estuve en el diecisiete, primero bajo las órdenes de Pflanzler y luego de Baltin.

—En Moldavia.

—Al principio. Después, como soy oficial de artillería, me enviaron a la Polonia rusa. A Lemberg y Przemsyl.

—En los fuertes.

—Veintiocho meses —dijo Novotny—. Los perdimos, volvimos a ganarlos.

Morath nunca había combatido con los checos. En el ejército austríaco, se hablaban diez idiomas: checo, eslovaco, croata, serbio, esloveno, rutenio, polaco, italiano, húngaro y alemán, y normalmente estaba dividido en regimientos por nacionalidades. Pero la historia de los soldados que defendieron los fuertes era muy conocida. Los rodearon en dos ocasiones y se quedaron aislados, pero los ciento cincuenta mil hombres que estaban en los barracones y en los búnqueres aguantaron durante meses, mientras que los rusos se fueron muriendo, apiñados bajo sus armas.

Eran ya más de las nueve cuando llegaron a los barracones de Kreslice, un campamento de edificios largos y bajos al estilo imperial, construidos con la piedra arenisca de color miel que tanto gustaba a los arquitectos de Francisco José.

—Seguramente podremos cenar algo —dijo Novotny con tono esperanzado.

Pero en el comedor de los oficiales habían preparado una fiesta en honor a Morath. Asado de ganso con lombarda en escabeche, cerveza de una pequeña fábrica de Pilsen y un teniente general presidiendo la mesa.

—¡Por la amistad de nuestras naciones!

—¡Por la amistad!

Muchos de los oficiales llevaban barba, al estilo característico entre la artillería, y muchos habían servido en el frente oriental en 1914. Morath vio las medallas. El más condecorado de todos era el general, un hombre grueso de corta estatura y expresión de estar enfadado. Tal vez estaba algo borracho, pensó Morath, pues tenía la cara enrojecida y hablaba a gritos.

—Cada vez es más difícil leer los malditos periódicos —dijo—. En invierno, mira que nos querían, especialmente los franceses. Checoslovaquia, la nueva esperanza, la democracia liberal, ejemplo para Europa. Masaryk y Benes, estadistas hasta el fin de los tiempos. Después, en julio, creo que fue, Halifax, en la Cámara de los Lores, dijo eso de que tenemos «una devoción poco práctica por los fines elevados». Vaya mierda, dijimos nosotros, y ahora miren lo que ha pasado.

—Y sigue pasando —dijo Novotny—. El pequeño minué.

El general dio un trago largo a su cerveza y se limpió los labios con una servilleta de tela.

—Esto le envalentona. El *Reichsfürer*. El ejército es lo único que siempre le ha gustado, pero está harto de verlo desfilar, ahora quiere verlo combatir. Pero se acerca al vecindario equivocado.

—Porque ustedes van a plantarle cara.

—Le vamos a dar una buena patada checa en el culo ese de austríaco que tiene, eso es lo que vamos a hacer. La *Wehrmacht* esa, hemos visto películas de sus maniobras: están preparados para atravesar las llanuras de Europa. Los polacos son los que tienen que preocuparse, y los rusos. Por aquí, nosotros combatiremos en las montañas. Como los suizos, como los españoles. Puede vencernos, es más grande que nosotros, eso no podemos cambiarlo, pero le va a costar todo lo que tiene. Cuando lo haga, va a dejar abierto el flanco de Siegfried, y los franceses podrán desfilar con un batallón de camareros.

—Eso si se atreven —hubo una risotada en la mesa.

Los ojos del general se entristecieron. Al igual que la perra pointer de Novotny, no podía esperar a que empezara la caza.

—Sí, eso si se atreven. Les pasa algo raro —se detuvo un momento, después se inclinó hacia Morath—. ¿Y qué pasa con Hungría? Allí son todo llanuras, como en Polonia. No hay ni siquiera un río.

—Solo Dios lo sabe —dijo Morath—. Apenas tenemos ejército. De momento, dependemos de ser más listos que ellos.

—Más listos —dijo el general. Se quedó pensativo unos instantes—. ¿Que todos ellos?

—Hitler ya se ha deshecho de los que eran verdaderamente inteligentes, o se han ido del país. Así que, de momento, eso es lo que tenemos.

—Pues entonces, que Dios les proteja —dijo el general.

Le dieron una habitación para él solo, que estaba situada sobre las cuadras; los caballos se movían inquietos. La cama era dura y había una botella de *brandy* color ciruela. Al menos, pensó, no me han enviado a la hija del mesonero. Bebió un poco del *brandy*, pero no consiguió conciliar el sueño. Eran los truenos lo que le mantenía despierto, los truenos de una tormenta que no acababa de descargar pero tampoco se marchaba. Miró por la ventana y vio que el cielo estaba cuajado de estrellas. Entonces cayó en la cuenta de que los checos estaban trabajando de noche. Podía sentirlo en el suelo. No eran truenos, sino explosiones de dinamita que recorrían los altos valles. Eran los ingenieros los que le mantenían despierto, explosionando las laderas de sus montañas para construir fortificaciones.

Las dos y media. Las tres. En vez de dormir, fumaba. Desde que había llegado a los barracones, tenía una sensación interior de familiaridad. «Juntos vivimos, juntos morimos y a nadie le importa en qué dirección ocurren las cosas». Hacía mucho tiempo que no tenía esa sensación. No era que le gustara especialmente, sino que el pensar en ello le desvelaba.

Justo después de amanecer, volvieron a las carreteras de montaña, en un carro blindado esta vez, acompañados por el general y un civil de color pálido, que iba vestido con un traje oscuro, bastante siniestro, llevaba gafas de cristales ahumados y tenía muy poco que decir. «Un espía», pensó Morath. Al menos, un espía de película.

La carretera estaba recién hecha, excavada en el bosque con *bulldozers* y explosivos y allanada después con los camiones de aserrar árboles en las zonas bajas. Cualquiera acabaría con la espalda rota por aquel camino, pero el coche no se calaba. Para empeorar las cosas, el carro blindado avanzaba como si fuera sobre barras de acero, sin dejar de dar saltos.

—Es mejor mantener la boca cerrada —dijo Novotny, para añadir después—: Y no es que quiera ofenderle.

Morath no vio el fuerte hasta que prácticamente estaban encima de él: muros de cemento, con hendiduras para apuntar con las armas, contruidos en la ladera de la montaña, y los blocaos independientes quedaban ocultos por la pendiente natural del terreno. El general, sin duda orgulloso de su trabajo, dijo:

—Ahora lo ve, y ahora no lo ve.

Morath estaba impresionado y dio muestras de ello. El espía sonrió, encantado con su reacción.

En el interior, olía al cemento recién echado y a tierra mojada. Mientras descendían por interminables tramos de escaleras, Novotny dijo:

—En el frente de Maginot tienen ascensores para la gente. Pero aquí solo lo utilizamos para las municiones.

Habían excavado un túnel en la roca, Morath lo vio, en el que había una

plataforma de acero con cables que funcionaban por electricidad o a mano.

El alemán que hablaba el espía era atroz:

—Muchos fuertes son explosionados desde sus propios polvorines. Eso debe no pasar.

Se unieron a Novotny un grupo de oficiales que guarnecían el fuerte. Cuando avanzaban por un largo pasillo, el general retuvo a Morath poniéndole la mano en el brazo.

—¿Qué le parece mi ingeniero?

—¿Quién es?

—Es un experto en fortificaciones, aunque tal vez debiera decir que es un artista. Es de Saboya. Allí han estado haciendo estas cosas desde el Renacimiento, la tradición de Leonardo y todo eso.

—¿Es italiano?

El general extendió las manos.

—Es francés según su pasaporte, italiano de cultura, aunque él diría que es saboyano y judío de nacimiento.

Saboya, un país montañoso entre Francia e Italia, que se las había arreglado para mantener su independencia hasta 1860.

—Siempre les han permitido a los judíos que sirvan como oficiales —dijo el general—. Este era mayor. Ahora trabaja para mí.

Al final de una cámara de cemento, con el techo a metro y medio de altura, había una tronera que daba a la parte alta del valle sobre el bosque. Los oficiales checos se hicieron a un lado, con las manos juntas a la espalda, para que el general, el espía y Morath se acercaran a la abertura.

—Busque un río —dijo el espía.

Eso llevaba su tiempo. Un cielo pálido de verano, después una línea de picos de montaña con densas masas de arboleda, luego una ladera verde y un estrecho valle que llegaba hasta la loma en la que habían construido el fuerte. Por fin, Morath logró ver una pequeña línea azul que corría entre los pinos.

—¿Lo ha encontrado?

—Sí.

—Tome.

Le entregó una bola de algodón del tamaño de un puño. Dos soldados montaron en la abertura un arma de montaña, de ciento cinco milímetros, y metieron un cartucho en la recámara. Morath partió en dos pedazos la bola de algodón y se los metió en los oídos, después se tapó las orejas con las manos. Todos los que estaban en la habitación hicieron lo mismo. Por fin, el general pronunció la palabra:

—¿Preparados?

Morath asintió con la cabeza, y el suelo tembló al tiempo que una lengua de fuego salía por la boca del cañón. Incluso con los algodones, la detonación fue ensordecedora.

Desde abajo, un destello y una estela de humo sucio gris.

«En el río», pensó Morath, aunque en realidad no podía ver lo que ocurría. Otras armas comenzaron a disparar, algunas desde el terreno que quedaba debajo de ellos, otras desde los blocaos, y la ladera de la montaña empezó a llenarse de volutas de humo flotantes. El general le pasó unos prismáticos.

Entonces pudo ver los chorros de barro estallando en el aire a unos doce metros por debajo de ellos, los árboles arrancados de la tierra o partidos en dos. Había un pequeño camino que llegaba hasta el río. Al fijarse, vio una nube naranja de balas trazadoras que atravesaban raudas su campo de visión y se arremolinaban en una tormenta de chorros de barro sobre el camino.

El espía señaló hacia las orejas. Morath se quitó los algodones; el lugar todavía temblaba por la conmoción.

—¿Lo ve? —dijo el espía.

—Sí.

—Todas las líneas de fuego convergen, y los fuertes se cubren unos a otros, así que resultaría muy difícil emprender una batalla frontal —se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta y sacó unas cuantas hojas de papel y un lápiz afilado—. Por favor —dijo—, hágalo lo mejor que pueda.

El general añadió:

—No puedo darle los planos, por supuesto, pero no nos importa que haga usted bosquejos.

El espía sonrió.

—Mi padre siempre quiso enseñarme a dibujar como se hace en el espionaje. «Lo hacen muy mal», solía decir.

Le dejaron que hiciera su labor. Solo Novotny se quedó atrás.

—Bueno, ha conocido usted a nuestro experto.

—Parece un poco extraño, quizá.

—Sí, es muy raro, pero es un genio. Un arquitecto, un matemático, un experto en armamento. También sabe de geología y de minas —Novotny movió la cabeza—. Y probablemente sepa más cosas que aún no hemos descubierto.

Morath hizo un boceto de la zona. No era muy bueno dibujando. Se concentró en reflejar cómo el fuerte y los puntos de fuego independientes quedaban escondidos en la ladera de la montaña. Se dio cuenta de que iba a ser muy difícil bombardear allí. Incluso un Stuka tendría que volar directamente hacia ellos, con las ametralladoras dispuestas para hacer fuego en el mismo instante en que sobrevolara la cima de la montaña.

—Dibuje también esta cámara de cemento —dijo Novotny—. Y no se olvide del ascensor para las municiones.

El día no había hecho más que empezar para Morath. Fueron con el coche a visitar

otros fuertes. En uno de ellos, que quedaba sobre una carretera asfaltada que iba hacia el sur desde Dresde, el espía cogió un palo y dibujó semicírculos en el barro para enseñarles cómo eran los campos de fuego al solaparse unos con otros. Morath se adentró a gatas en trincheras con espacio para dos hombres, divisó las ametralladoras que apuntaban hacia campos de maíz, vio trampas para que los tanques cayeran en ellas y otras trampas para tanques hechas con postes de cemento, «dientes de dragón», rodeadas de alambradas de espino. Agudizó la vista por los puntos de mira suizos que habían ajustado a los fusiles Steyr y disparó una ZGB 33, la ametralladora checa hecha en Brno, la que sirvió de modelo a la Bren británica, y asesinó ocho montones de plumas que habían colocado en el extremo de un campo de trigo para simular un ataque.

—Buen disparo —dijo Novotny.

Morath volvió a cargar el arma; el cargador se ajustó en su sitio, con un fuerte ruido metálico.

—Cuando cuente su viaje a las montañas —empezó a decir Novotny—, no se olvide de mencionar que a Europa le iría mucho mejor si Hitler no controlara los talleres de maquinaria checa.

Morath asintió con la cabeza.

—Por supuesto —dijo—. Supongo que si llegaran las cosas a ese punto, los trabajadores de aquí serían más... propensos a cometer errores.

Pero nadie respondió a su sonrisa de conspiración.

—Entre nosotros —dijo Novotny—, si llegara a ocurrir que nos traicionaran quienes dicen ser nuestros amigos, es posible que no estuviéramos tan dispuestos a dar la vida por ellos. Estos asuntos son sangrientos, Morath. Siempre hay dudas, represalias. Solo se puede crear un movimiento de resistencia cuando a la gente no le preocupa perder la vida.

Novotny le llevó de vuelta al café Europa aquella tarde. Era un agradable crepúsculo de verano, y bandadas de golondrinas cruzaban el cielo por encima de los hoteles. En el vestíbulo, la madre y la hija le sonrieron, más cálidas que nunca. «¿Quién se iba a enterar?». En un sofá de cuero, un hombre de grandes patillas y vestido con atuendo de montaña estaba leyendo el *Volkischer Beobachter*. LA POLICÍA CHECA QUEMA ALGUNAS GRANJAS EN LOS SUDETES, rezaba el titular. Docenas de heridos. Animales confiscados, perros alcanzados por los disparos, tres mujeres jóvenes desaparecidas.

El doctor Lapp, con un sombrero de paja de ala ancha torcido sobre la cabeza, le esperaba en la habitación, abanicándose con la carta del servicio de habitaciones.

—No le he oído llamar a la puerta —dijo Morath.

—Es que no he llamado —respondió el doctor Lapp, con tono de burla—. Pero si quiere, puedo ofrecerle disculpas.

—No se moleste.

El doctor Lapp miró por la ventana. Acababan de encender las farolas de la calle, y las parejas paseaban plácidamente, tomando el aire de la montaña.

—¿Sabe una cosa? No soporto a esta gente, a los checos.

Morath colgó su chaqueta en una percha y empezó a deshacerse el nudo de la corbata. No quería que hubiera una guerra en Europa, pero iba a darse un baño.

—No tienen cultura —dijo el doctor Lapp.

—Ellos piensan que sí.

—¿Qué? ¿Smetana? Tal vez a usted le guste Dvorak. ¡Dios mío!

Morath se quitó la corbata, la enrolló en una percha, se sentó al borde de la cama y encendió un Chesterfield.

—Debo decirle —comenzó el doctor Lapp— que vi al conde Polanyi no hace mucho, y le manda recuerdos. Me contó que estaba usted pensando en ir de vacaciones a Gran Bretaña. ¿No es así?

—Sí.

El doctor Lapp asintió con la cabeza.

—¿Y puede ir todavía?

Morath pensó en Cara.

—Tal vez sí —dijo— y tal vez no.

—Ya entiendo. Bueno, si puede, no deje de hacerlo.

—Lo intentaré —dijo Morath.

—Los británicos se están reblandeciendo. El *Times* de Londres de esta mañana dice que el Gobierno checo debería conceder la «autodeterminación» a los alemanes de los Sudetes, aunque suponga su separación de Checoslovaquia. Yo me imagino que esto debe venir del despacho de Chamberlain. Sabemos que almorzó con sus colegas norteamericanos en el Lady Astor hace unas cuantas semanas y les dijo que Gran Bretaña consideraba que los Sudetes debían ser devueltos a Alemania. En interés de la paz mundial. Su verdadero problema es que no confía en los franceses ni en los rusos, y tiene miedo, políticamente, de la posibilidad de que Gran Bretaña acabe combatiendo sola.

—¿No confía en los franceses?

La risa del doctor Lapp fue seca, delicada y muy breve.

Ya casi había oscurecido. Estuvieron sentados en silencio durante largo rato. Por fin, el doctor Lapp se puso de pie.

—Hay una cosa que quiero que vea —dijo—. Se la mandaré mañana si no le importa.

Cerró la puerta silenciosamente tras él. Morath dejó la habitación a oscuras. Se fue al cuarto de baño y abrió el grifo. Bajo el chorro había una mancha verde brillante. «Bueno para la salud». Si uno creía en ello, pensó. El agua caía despacio, y Morath esperó pacientemente mientras escuchaba los distantes truenos.

A la mañana siguiente solicitó una llamada a París; la operadora del hotel le llamó a su habitación una hora después.

—Las líneas están muy cargadas —se excusó—. No es habitual en agosto.

En París, sonó una voz muy elegante.

—Joyería Cartier, buenos días.

A Polanyi le gustaba decir que el mayor defecto de los poetas era que nunca cantaban alabanzas al poder del dinero en las historias entre hombres y mujeres.

—Para eso, nos dejan en manos de los cínicos, camareros de barra, novelistas o lascivas tías lejanas.

Era divertido cuando él lo decía, pero no tanto en la vida real. A Morath no le gustaba tener que hacer aquella llamada, pero no se le ocurría otra cosa. La otra posibilidad era enviar flores, y con las flores no era suficiente.

Se encontró a sí mismo contándose todo a la vendedora.

—Ya comprendo —dijo ella. Se quedó pensando un momento y luego añadió—: Acabamos de terminar un nuevo diseño, un brazalete, que podría ser muy apropiado para la dama de que me habla. Es un poco exótico, con esmeraldas montadas en plata y ónix negro, pero muy personal. Y no es en absoluto lo habitual. ¿Cree usted que a ella le gustaría algo así?

—Sí.

—Sería la primera persona de París en tenerlo; es un nuevo estilo para nosotros. ¿Le gustaría eso?

Morath sabía que sí. La vendedora le explicó que el tamaño se ajustaba con facilidad, de modo que un mensajero de Cartier podía enviárselo a su domicilio.

—Y ahora, *monsieur* —había un tono diferente en su voz, por un momento la vendedora hablaba con el corazón—, el último detalle: la tarjeta.

—Simplemente: «Con amor, Nicky».

Más tarde, podría pasarse por el Crédit Lyonnais. Aquella misma tarde enviaría un cheque bancario a Cartier.

Novotny apareció hacia las once, y pasaron la mayor parte del día metidos en el coche conduciendo hacia el este por las fronteras septentrionales de Moravia y Bohemia. Más fortificaciones, más alambradas de espino, más artillería apuntando hacia Alemania.

—¿Y qué pasará con todo esto —preguntó Morath— si se concede la independencia a los Sudetes?

Novotny soltó una carcajada.

—Entonces pertenecerá a Hitler —dijo—. Con buenas carreteras que van directas hasta Praga. Unos cien kilómetros; más o menos, en dos horas.

A la caída de la noche volvieron en dirección oeste, a los barracones de Kreslice y a la cena del regimiento, una cena de despedida, con la asistencia del general.

—Habrás un discurso —dijo Novotny.

Se detuvo un momento, entornando los ojos en la oscuridad para encontrar el camino. Llegaron a la cima de una montaña y Novotny apretó el freno para bajar por la fuerte pendiente del otro lado.

—Eso es Decin —dijo, señalando hacia un conjunto de luces entre los árboles.

Aquello era, pensó Morath, una última demostración: las fuerzas checas podían desplazarse de este a oeste sin regresar a las carreteras que atravesaban los valles. Habían mejorado los antiguos caminos de los pueblos, que prácticamente solo utilizaban las vacas y las cabras. A la luz de los faros, Morath pudo ver que habían rellenado los agujeros con piedras y los habían allanado.

—Y luego, después del discurso del general... —dijo Novotny.

—¿Sí?

«No, qué horror, rehusaré la invitación».

—¿Tal vez le interesara...?

Morath se quedó ciego de repente. Una explosión de luz amarilla, después la negrura, con la deslumbrante imagen secuela de una terrible estrella. Se apretó los ojos con las manos, pero no desapareció. Algo había explotado en el aire delante de su cara y después había desaparecido entre los árboles. Novotny gritó, en checo debió de ser, porque Morath no le entendió. Dejó abierta la puerta y atendió a Novotny, que parecía haberse petrificado en el sitio. Cuando fue a cogerle de la manga, se oyeron dos ruidos, metal contra metal, y otra bala trazadora, esta al otro lado del parabrisas. Morath podía oír la ametralladora, que disparaba disciplinadas ráfagas de cinco cartuchos. Cuando empezó a oler a gasolina, tiró con todas sus fuerzas, arrastrando a Novotny por el asiento para sacarle por la puerta del pasajero.

Tumbado en el suelo, se frotó los ojos a medida que la estrella empezaba a desvanecerse.

—¿Puede usted ver? —Novotny volvió a hablar en alemán.

—No mucho.

De la parte delantera del coche, se oyó un fuerte estruendo cuando uno de los cartuchos alcanzó el motor, seguido de un intenso olor a vapor del radiador.

—Dios mío —dijo Morath.

Empezó a alejarse de la carretera arrastrándose, tirando de Novotny al mismo tiempo. Se abrió camino en una jungla de viñas y ramas, y una espina se le clavó en la frente. Ahora podía ver formas grises que se movían entre los árboles y por el bosque. Respiró con fuerza. Si se te quemaba la retina, eso significaba ceguera de por vida, y Morath lo sabía.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó.

—Mejor —respondió Novotny mientras se palpaba con el dedo índice donde le empezaba el pelo—. Esa cosa me ha quemado.

Quien estuviera disparando la ametralladora no tenía intención de dejar el coche en buen estado. Agujereó las ventanillas y reventó los neumáticos. Morath podía oír el fuego de las armas a lo lejos, y veía una intermitente luz naranja que alumbraba a intervalos la ciudad.

—¿Es la invasión? —preguntó.

Novotny se rio con esfuerzo.

—Son los alemanes oprimidos de los Sudetes —respondió— que claman por la justicia y la igualdad.

Morath se puso de rodillas.

—Estaremos mejor en Decin.

—Yo no puedo —dijo Novotny—, no sin el bastón.

Morath fue a gatas hasta el coche, abrió la puerta de atrás, se tumbó sobre el asiento y alcanzó el bastón y la pistola enfundada. Novotny se alegró de tener las dos cosas. Se puso en pie, sujetó la pistola por la culata, abrió la funda con los dientes y se puso el cinturón por el hombro para que la pistola se deslizara en ella con facilidad.

—Que vengan ahora —dijo, riéndose de sí mismo y de la absurda situación.

Caminaron por el bosque, Novotny cojeando y respirando con dificultad, pero manteniendo el paso de Morath. Tal como se sucedieron los acontecimientos, tuvieron suerte de que Novotny fuera de uniforme. Un miliciano de dieciséis años armado con una pistola les cortó el paso cuando llegaban a Decin.

Se dirigieron hacia la comisaría de policía a través de callejones cuyas paredes estaban desportilladas y agujereadas de disparos de armas de fuego pequeñas.

—Sabía que aquí había problemas —dijo Morath—. Por las noticias de los periódicos, te enteras de que hay desfiles y disturbios callejeros, pero no esperaba nada como esto.

Novotny esbozó una amarga sonrisa.

—Aquí están las unidades de combate armadas y entrenadas por las SS, y eso no sale en las noticias de los periódicos.

El callejón acababa en una calle lateral. Morath y Novotny se agacharon, agazapándose en la esquina de un muro de estuco. A su izquierda, en la acera de enfrente de una amplia avenida, la escuela de la ciudad estaba ardiendo, subían llamaradas de fuego rojo hacia el oscuro cielo de la noche. Dos cuerpos echados en el suelo quedaban iluminados por la luz del fuego; tenían los rostros apoyados en el ángulo entre la calzada y la acera. Uno de ellos tenía un pie descalzo.

—Vaya usted primero —dijo Morath.

Aquello era un rasgo de gentileza. «El primero en cruzar» era un axioma sagrado en la línea de fuego. Los soldados del enemigo veían al primero y disparaban al segundo.

—Se lo agradezco —dijo Novotny—, pero iremos juntos.

Aun así, Morath fue por el lado más cercano a la línea de fuego y corrió cuanto pudo, agarrando a Novotny por la cintura. Así fueron los dos hombres, en una carrera de tres piernas, riéndose como locos mientras las balas pasaban junto a ellos.

Tardaron veinte minutos en llegar a la comisaría de policía, un edificio con ventanas cubiertas de barrotes y que lucía una maltrecha bandera checa.

—Pobrecita —dijo el jefe de policía de Decin—. Estos jodidos cabrones están todo el día disparándole.

Extraña escena en una comisaría. Los policías, algunos fuera de servicio cuando se produjo el ataque —uno de ellos disparaba un fusil apostado en la ventana, aún con una servilleta enganchada en el cinturón por despiste—, eran en su mayoría ciudadanos de la zona; había solo unos cuantos soldados. En la esquina, con el pecho apoyado en un escritorio, un hombre alto y desgarbado, vestido con un abrigo tres cuartos de cuello alto, sujetaba una compresa sobre una herida sangrante en la cabeza. Uno de los cristales de sus gafas estaba roto por la mitad.

—Es nuestro profesor de latín —explicó el jefe de policía—. Le han golpeado. Irrumpieron en la escuela y empezaron a tirar a la calle todos los libros de texto escritos en checo, les prendieron fuego, cantando como hacen ellos, ya sabe, y luego también prendieron fuego a la escuela. Después empezaron a recorrer las calles dando gritos de que enseñemos a los niños en alemán, mientras un cámara lo filmaba todo desde el techo de un coche.

»Nosotros... no hicimos nada —prosiguió el jefe de policía—. Cumplimos órdenes: no hay que dejar que nos provoquen. Así que nos quedamos ahí, de pie y sonriendo impasibles; fuimos a buscar a la enfermera para que curara al profesor de latín y todo fue a las mil maravillas. Pero, claro, las órdenes que tienen ellos son provocarnos, por eso fueron y le dispararon a un policía, él les respondió con otro disparo, todo el mundo salió corriendo, y ahora tenemos esto.

—¿Han establecido comunicación con el ejército por radio? —preguntó Novotny. El jefe de policía asintió con la cabeza.

—Vienen para acá en carros blindados, pero solo tienen cuatro o cinco para hacerse con la situación, así que puede que les lleve su tiempo.

—Ustedes tienen armas para nosotros —dijo Morath; no era una pregunta.

Antes de que el jefe de policía contestara, Novotny le habló en checo con rapidez. Después, bastante más tarde, se explicó según avanzaban hacia el extremo más seguro de la ciudad.

—Perdóneme —dijo—, pero si le ocurre a usted algo, a mí me matarían.

Sin embargo, el extremo más seguro de la ciudad no tenía nada de seguro. Al final de una sinuosa calle, encontraron el carro y el caballo del lechero, que yacía en el suelo boca abajo, con la cabeza contra los adoquines, cubierta con la chaqueta que alguien le había tirado encima. El caballo, que llevaba tapaojos, esperaba quieto pacientemente, con el carro cargado de botellas de leche, y se dio la vuelta para

mirarlos según pasaron.

El jefe de policía les había indicado cómo llegar a un monstruoso edificio de ladrillo, de tres plantas de altura, tal vez la casa más grande que había en Decin, en un ancho bulevar flanqueado por frondosos árboles en las dos aceras. Custodiaban el edificio dos policías que llevaban cascos de tipo francés e iban armados con fusiles. Siguieron a uno de ellos a una sala abarrotada de cosas que estaba en el piso de arriba, con las paredes llenas de retratos al óleo de personajes muy gordos vestidos con lujosos trajes. Mientras Morath y Novotny entraban a la sala, un funcionario local cargado con dos libros de contabilidad subía pisando con fuerza las escaleras; tras él iban un contable y una secretaria con dos libros más. Sin resuello, se quedó parado frente a ellos, les saludó con una educada inclinación, dio media vuelta y se marchó a toda prisa.

—Es su excelencia el alcalde —dijo el policía—. Los alemanes quieren quemar también el ayuntamiento, por eso trae aquí los libros de los registros.

—¿Quieren?

El policía asintió con desesperanza.

—Es la tercera vez que lo intentan desde marzo.

Desde una de las ventanas de la sala, Morath se quedó contemplando la ciudad de Decin. Según les había explicado el policía, los destacamentos alemanes habían ocupado varios edificios, garajes y pequeños talleres en el lado norte de la ciudad, además de la estación de ferrocarril. Morath los vio una o dos veces en los cambios de guardia: formas indefinidas, con gorras de visera y chaquetas de cuero que corrían agachadas pegándose a las paredes. En un momento dado, logró ver con claridad a un artillero con su ayudante, descubiertos por un instante a la luz de una farola de la calle; el artillero llevaba una ametralladora Maxim, y el ayudante cargaba con el trípode y las municiones. Después volvieron a agazaparse en la oscuridad, para acabar desapareciendo entre los edificios oficiales desiertos que había en la otra acera del bulevar.

Medianoche. Se intensificó el chisporroteo procedente de armas de poco calibre. Después se apagaron todas las luces de la ciudad, y unos minutos más tarde hubo una llamada por radio. Novotny y el policía volvieron a la comisaría. El otro policía subió, se quitó el casco y se sentó en un sofá. Era un hombre joven, observó Morath, no tendría más de veinte años.

—Pronto llegarán los carros blindados —dijo.

Morath se quedó mirando la calle. Apenas se veía nada, entre la neblina de una noche no demasiado fría, oscurecida por el humo de los edificios en llamas. El tiroteo que se oía a lo lejos se hizo más lento, luego se interrumpió, sustituido por un pesado silencio. Morath se miró el reloj: las dos y veinte. Seguramente, Cara estaría ya dormida, en la avenida Bourdonnais, a menos que hubiera salido aquella noche. El brazalete le habría llegado por la tarde. Era extraño lo lejano que le parecía todo. Pero no estaba tan lejos. Se acordó de los bares en aquella playa del Mediterráneo, del

romper de las olas y de la gente que decía: «Son las ocho y media en Juan-les-Pins, las nueve y media en Praga».

A lo lejos se oía el estruendo mitigado por la distancia de pesados motores contra los adoquines. El policía se puso de pie; fue evidente que se sentía aliviado. Hasta aquel momento Morath no se había dado cuenta de lo asustado que estaba aquel joven.

—Ahora veremos —dijo, echándose hacia atrás el flequillo de cabello trigueño—. Ahora veremos lo que pasa.

Dos de los carros blindados empezaron a subir por el bulevar, a apenas veinte kilómetros por hora. Uno de ellos giró hacia el lado norte de la ciudad, el otro se quedó en mitad de la calle, con la torreta girando lentamente mientras el artillero buscaba un objetivo. Alguien, no muy brillante, pensó Morath, le disparó. La respuesta fue una ráfaga del cañón de la torreta, acompañada de un destello amarillento y un ruido entrecortado que retumbó por las calles vacías.

—Qué idiota.

—Un francotirador —dijo el policía—. Intenta disparar al centro justo de la torreta.

Los dos se quedaron de pie junto a la ventana. Cuando el carro blindado se movió hacia delante, hubo un segundo disparo.

—¿Lo ha visto?

Morath negó con la cabeza.

—A veces uno los ve —en aquel momento, sus palabras estaban cargadas de emoción, pese a que habló casi entre susurros.

Se arrodilló frente a la ventana, apoyó el fusil en el alféizar y apuntó el cañón hacia abajo.

El carro blindado desapareció. Desde el otro extremo de la ciudad, llegaba el estruendo de un fuerte tiroteo, disparos de ametralladoras y cañones. Morath se asomó a la ventana, pensando que podría ver algo entre las ráfagas de luz de los fogonazos. De repente hubo una explosión, y un carro blindado pasó a toda velocidad en dirección a la línea de combate. Algo estaba en llamas. Muy lentamente, se fueron haciendo visibles las siluetas de los edificios envueltos en una luz anaranjada. En el piso de abajo, en la cocina, sonó por la radio una airada orden entre interferencias. En voz muy baja, el joven policía soltó una maldición entre dientes, al tiempo que bajaba para responder a la llamada por radio.

Las cuatro de la madrugada. El policía roncaba en el sofá mientras Morath seguía despierto, vigilando. El joven le había pedido excusas por estar tan cansado.

—Hemos estado dos días y dos noches en la calle —dijo—, peleando contra ellos con palos y escudos.

Morath fumaba para mantenerse despierto, asegurándose de alejarse lo suficiente

de la ventana cada vez que encendía una cerilla y tapando con la mano el extremo del cigarrillo. En un momento determinado, para enorme sorpresa suya, atravesó la ciudad un tren de mercancías. Lo oyó a lo lejos. No se paró, el lento traqueteo de la locomotora se desplazaba de este a oeste, y Morath lo oyó hasta que el sonido se desvaneció en la distancia.

Una silueta.

Morath abrió bien los ojos, apagó el cigarrillo en el suelo, cogió el fusil del rincón y lo apoyó en el alféizar de la ventana.

¿Había algo ahí? No estaba seguro. Un fantasma, un espíritu. «Los mismos fantasmas que veíamos en Galitzia. Hasta el amanecer».

Pero no, esta vez no.

Una forma, con una sola rodilla en el suelo, estaba pegada a la pared de un edificio en la acera de enfrente del bulevar, muy quieta. Se puso de pie, corrió unos cuantos metros y se detuvo otra vez. Morath pensó que llevaba algo en la mano.

Tocó el seguro del fusil para asegurarse de que no estaba bloqueado, después puso suavemente el dedo en el gatillo. Entornó los ojos para mirar otra vez hacia fuera pero no volvió a ver la silueta del hombre hasta que de nuevo se movió. Lo fue siguiendo con la vista y vio que se ponía de pie, corría y volvía a arrodillarse. De pie otra vez, unos cuantos pasos de carrera y vuelta a arrodillarse. De pie, carrera.

Morath siguió mirándolo sin perder detalle.

El policía exclamó algo y se dio la vuelta en el sofá.

—¿Qué ha pasado? —dijo, casi sin respiración—. ¿Están ahí?

Morath se encogió de hombros.

—Veo algo.

—¿Qué es?

El policía se puso de rodillas a su lado. Morath miró hacia fuera: no había nada.

Pero allí estaba una hora más tarde, a la luz grisácea del amanecer, cuando atravesaron el bulevar.

—¡Un corredor! —dijo el policía—. El que provee de municiones al francotirador.

Tal vez. Apenas un muchacho, le habían disparado y, tambaleándose, había llegado a la entrada de un sótano y se había muerto allí, en medio de las escaleras, con los brazos estirados hacia delante para evitar la caída; un bocadillo envuelto en papel de periódico se le había caído sobre la acera.

Fueron andando hasta la comisaría, pero ya no existía. Solo quedaba la estructura quemada, con el humo saliendo del interior carbonizado. Habían volado una de las cornisas del edificio. Una granada de mano, pensó Morath, o alguna bomba casera. Pero no había modo alguno de saberlo, no quedaba nadie para contarles lo que había pasado. Estuvieron allí un rato hablando con los bomberos que deambulaban por la

zona buscando algo que hacer. Entonces apareció un capitán del ejército y los llevó de vuelta al hotel en un coche.

—No ha sido solo Novotny —dijo—. Perdimos a tres más; llegaron en bicicleta desde uno de los puestos de observación después de recibir una llamada por radio. En ese momento estaban el jefe de policía, varios oficiales y algunos milicianos. Al final, sacaron también de las celdas a los borrachos y les dieron fusiles —movió la cabeza, con enfado y disgusto—. Alguien dijo que iban a rendirse, cuando las llamas se apoderaron del edificio, pero los alemanes no les habrían dejado —se quedó en silencio unos instantes—. No sé, tal vez no fuera verdad —dijo—. O quizá ya da igual.

De nuevo en el hotel Europa, había un ramillete de gladiolos en un jarrón de plata sobre una mesa en el vestíbulo. En la habitación, Morath durmió durante una hora; no pudo dormir más. Pidió que le llevaran café y *croissants*, lo dejó casi todo intacto en la bandeja y llamó a la estación de tren.

—Por supuesto que están funcionando —dijo una voz al otro lado de la línea.

Cuando colgó el teléfono, alguien llamó a la puerta.

—Toallas nuevas, señor.

Morath abrió la puerta y el doctor Lapp entró en la habitación y se acomodó en una silla.

—Bueno, ¿dónde están mis toallas?

—¿Sabe usted?, una vez lo hice de verdad. Hace mucho tiempo, me puse un uniforme de sirvienta; iba empujando el carrito.

—Supongo que cosecharía usted... cuando menos una sonrisa.

—Pues no. De hecho, el hombre que me abrió la puerta se quedó del color de la cera.

Morath empezó a hacer el equipaje, metiendo la ropa interior y los calcetines doblados en la maleta.

—Por cierto —dijo el doctor Lapp—, ¿ha llegado usted a conocer a las dos mujeres que están siempre sentadas en el vestíbulo?

—Pues no.

—¿Ah, no? ¿No intentó usted aprovecharse?

Una mirada de soslayo. «Ya le he dicho que no».

—Las arrestaron anoche, por eso se lo preguntaba. Ocurrió en esta misma habitación. Las llevaron hasta el vestíbulo con las esposas puestas.

Morath se quedó de pie atónito, con los mangos plateados de dos cepillos en las manos.

—¿Quiénes eran?

—Eran alemanas de los Sudetes. Probablemente trabajarían para el Sicherheitsdienst, el Servicio de Inteligencia de las SS. Se organizó un buen revuelo

en el piso de abajo. ¡En Marienbad! ¡Madre mía! Pero a las mujeres no parecía preocuparles mucho, se reían y hasta hacían bromas. Lo único que pueden hacerles los checos es retenerlas una noche en comisaría, y ni tan siquiera se atreverán a eso.

Morath metió los dos cepillos en un neceser de cuero y cerró la cremallera.

El doctor Lapp se llevó la mano al bolsillo.

—Ahora que está usted guardando sus cosas...

Le dio un sobre de celofán, de unos dos centímetros de ancho, en cuyo interior había un trozo de negativo cortado de una tira de película. Morath lo levantó a la luz y vio un documento mecanografiado en alemán.

«Una sentencia de muerte». Guardó los bocetos que había hecho de las fortificaciones de la montaña en una carpeta de papel manila y la guardó en la maleta. Eso era fácil de llevar, pensó; incluso si le registraban, podía decir que era un terreno en venta o los bocetos para una estación de esquí. Pero lo otro era diferente.

—¿Qué es esto?

—Una circular en papel timbrado del Oberkommando Wehrmacht. Es del general Ludwig Beck, que acaba de presentar su dimisión como jefe del Oberkommando Wehrmacht a su superior, el general Von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército alemán. Dice que Hitler «debe abandonar su intención de resolver por la fuerza el problema checo». Y dice bastantes cosas más, en su propio nombre, que tienen que ver con deshacerse de la Gestapo y los jefes del partido nazi y hacer que Alemania vuelva a «la corrección y la sencillez». Luego, como gesto de protesta, abandona. Y su sucesor, el general Halder, piensa estas mismas cosas con mucha más rotundidad que Beck.

—Me preguntarán cómo lo he conseguido.

El doctor Lapp asintió con la cabeza.

—La Abwehr, la inteligencia del ejército, forma parte del Oberkommando Wehrmacht. Vamos a las mismas reuniones y luego, por la noche, a las mismas cenas.

Cruzó las piernas y se dio unos golpecitos en el tacón de la bota; después miró a Morath con una expresión que daba a entender: «Por supuesto que sabrá usted dónde guardarlo». Se inclinó sobre la mesa, cogió de la bandeja el cuchillo de la mantequilla del hotel Europa, lo levantó a la luz para examinar con detenimiento la hoja y después se lo entregó a Morath.

Morath se quitó un zapato y empezó a cortarle la suela del tacón. Estaba muy cansado, asqueado del mundo, y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para ser paciente y cuidadoso. Levantó suavemente una esquina de la suela y metió ahí el negativo. No valía; se veía claramente el espacio de separación y lo notaba al caminar.

El doctor Lapp se encogió de hombros.

—Improvisación —dijo, dejando que su voz fuera descendiendo de tono hasta ser casi un suspiro.

Morath acabó de empaquetar sus cosas, cruzó con fuerza las correas sobre la

maleta y las abrochó.

—Desconozco con quién podrá usted hablar, *Herr Morath*, pero cuanto más importante sea mejor. Estamos abriendo todas las líneas de comunicación que podemos; sin duda, alguna funcionará —su voz, Morath no terminaba de dar crédito a ello, sonaba como si intentara convencerse a sí mismo de que dos y dos eran cinco—. Lo único que queremos de los ingleses es que no hagan nada —levantó la vista hacia Morath—. ¿Es eso pedir demasiado?

Morath se miró el reloj, encendió un cigarrillo y se sentó a esperar hasta la hora de marcharse para tomar el tren. El hotel estaba silencioso, se oían únicamente algunas voces en el vestíbulo y el sonido de la aspiradora.

—Pobre país mío —dijo el doctor Lapp, que, tras buscar en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó unas gafas en una funda y una cajita de metal—. Quizás esto le venga bien.

Morath abrió la cajita y encontró un alfiler de oro con la cruz gamada. Se lo prendió en el bolsillo del pecho y fue a mirarse al espejo del cuarto de baño.

—Póngaselo cuando llegue a la frontera alemana —dijo el doctor Lapp, con una mano en el pomo de la puerta—. Pero, por favor, no se olvide de quitárselo antes de entrar en Francia.

—Esas dos mujeres —dijo Morath—, ¿iban específicamente a por mí?

El doctor Lapp movió la cabeza con lentitud y expresión de tristeza.

—Sabe Dios —dijo—. Yo no lo sé.

* * *

17 de agosto. Bromleyon-Ware, Sussex.

Morath estaba de pie al final de un camino de gravilla mientras el taxi que le había llevado allí se alejaba. Un amigo de Francesca, Simon, el abogado, se le acercó sonriente cruzando el impoluto césped. Iba vestido con pantalones cortos y sandalias, una camisa blanca con los puños remangados y una chaqueta sobre los hombros; llevaba la pipa entre los dientes y un periódico bajo el brazo. Tras él, se veía una casa de ladrillo con muchas chimeneas y un cielo azul con una nube blanca.

Simon cogió la maleta con una mano y le tocó el brazo con la otra.

—Estoy muy contento de que hayas podido venir, Nicholas —dijo en inglés, y luego siguió hablando en francés.

Fueron a una terraza. Había allí mujeres con vestidos que les dejaban la espalda al aire, hombres canosos y un buen *whisky* escocés. Cara, que había llegado unos días antes, le dio un abrazo y le dijo algunas palabras agradables al oído. No es que le hubiera perdonado exactamente, pero se sentía aliviada de tenerle de vuelta sano y salvo. Además, como pudo comprobar Morath a los pocos minutos, Cara se lo estaba pasando muy bien allí.

—Encantado de conocerle, me llamo Bromley.

«O sea, que este es su pueblo, este es su castillo y estos son sus campesinos».

—Buenas tardes, señor Bromley.

—Eh, eh, ¡es Bramble!

—¿Señor Bramble?

—No, no. Bramwell. Sí, eso es.

* * *

La espalda desnuda de Cara resultaba azulada a la luz de la luna en Sussex.

—¡No tan fuerte! —dijo ella entre susurros.

—Es la cama que chirría, no puedo evitarlo.

—*Méchant!* No podemos hacer ese ruido. Aquí, ponte boca arriba.

La orilla del río quedaba al otro lado de unos pastos de vacas.

—Tenga cuidado con las boñigas —le dijo Simon.

Se sentaron en un banco bajo un enorme sauce, viendo cómo el sol espejeaba en el agua al salirse de la sombra del árbol.

—Tengo un amigo —dijo Morath—, y cuando le dije que venía a Inglaterra en agosto de vacaciones, me pidió que trajera conmigo algunos documentos.

—Oh —Simon había creído que la «conversación privada» iba a ser acerca de Cara, las mujeres y ese tipo de cosas—. ¿Documentos?

—Documentos confidenciales.

—Vaya —Simon se apartó de la frente el flequillo; tenía un abundante pelo castaño—. ¿Es que eres un espía, Nicholas?

—No, sencillamente no me gusta Hitler —dijo Morath—. No me gustan los Hitlers.

Morath le contó a Simon toda la historia de los fuertes defensivos que había en las montañas checoslovacas, y le habló también de la circular del general Beck.

—Mi amigo sostiene —explicó— que Hitler solo se rendirá si fracasa. Y si el gobierno inglés se mantiene firme, tarde o temprano fracasará.

Simon se quedó un minuto pensando.

—Es difícil, ¿sabes? Porque el asunto tiene dos caras. Como todo en política realmente. Por un lado, están los que quieren dar los Sudetes a Hitler, como Neville Henderson, el embajador en Alemania, muy proalemán, incluso pronazi, según dicen, y muy antichecoslovaco. Pero Chamberlain le tiene muy en cuenta. Y en el otro lado, hay gente como Vansittart, el asesor del Ministerio de Asuntos Exteriores, que está más en la esfera de Churchill. Así que la pregunta es: ¿Con quién hablamos? Para mí, Vansittart es el héroe y Henderson el malo —un *homme néfaste*, lo llamó Simon.

»Pero entonces —continuó Simon—, si yo te encuentro un amigo que pueda hablar con Vansittart, ¿no será como predicar en el desierto?

Morath pensó que Simon estaría a punto de cumplir los treinta años, pero a veces daba la impresión de que le divirtiera parecer más joven, y terriblemente tonto. Sin embargo, en aquel momento, le parecía de repente mucho mayor, mucho más viejo.

Simon bajó la vista hacia el agua del río, que discurría con lentitud.

—Así que —dijo—, ¿qué debemos hacer?

Morath no lo sabía. La serenidad del paisaje, el propio paisaje, era como el aire de la primavera; hacía que el continente y sus intrigas parecieran una locura brutal y lejana.

Al final, Simon se fue a llamar por teléfono a un amigo de un amigo, quien se pasó por allí a tomar una copa aquella misma noche. Solos los dos en la terraza con la familia de spaniels, balbucearon como pudieron una conversación, en una combinación del dubitativo inglés de Morath y el francés académico del amigo de un amigo. Aun así, se las arreglaron para entenderse. Morath se lo contó todo sobre las defensas militares, le pasó la circular y le transmitió el mensaje del doctor Lapp con toda la contundencia que pudo.

Lo hizo mejor al día siguiente cuando el amigo de un amigo, muy bien trajeado y con rango militar, apareció con un gnomo sonriente que hablaba húngaro, húngaro de Budapest.

—Podemos utilizar a un amigo de París —le dijeron los dos a Morath, que rechazó la oferta con una sonrisa.

Después de aquello, no llegaron a ponerse especialmente maleducados, pero sí inquisitivos. ¿Cómo se había implicado en aquello? ¿Era sencillamente un oficial del Servicio de Inteligencia húngaro, el VKVI? ¿Se había entrevistado con alemanes? Pero nada de eso era asunto de ellos y Morath no contestó a sus preguntas. Al final le salvó la madre de Simon, que salió a la terraza para hablar, reírse y flirtear con ellos hasta que llegó la hora de marcharse.

Agosto de 1938. Todo el mundo decía que era el verano previo a la guerra. Por la noche, se oía el zumbido de las radios y el canto de las cigarras. Los checos se movilizaron, al igual que la flota británica. Benes ofreció a Henlein y a los rebeldes de los Sudetes todo lo que pudieran imaginarse, empezando con una absoluta autonomía y siguiendo por todo lo demás a partir de ahí. Pero no fue suficiente. En Inglaterra, empezaron a distribuirse máscaras antigás y se construyeron refugios aéreos en los parques de Londres.

—¿Pero qué te va a pasar a ti, Nicholas? —le preguntó la madre de Simon en la mesa mientras comían.

Él ya había estado pensando en eso, más de lo que deseaba. Suponía que le llamarían para que se reincorporara al servicio y se pusiera en contacto con los regimientos destacados en los barracones de Budapest, en medio de rechonchos accionistas y calvos abogados, y le ordenarían que fuera a combatir al lado de la

Wehrmacht.

Una noche descubrió que Cara llevaba puesto el brazalete de Cartier, mientras estaba tumbada en la cama boca abajo, lloriqueando sobre la almohada.

—Le voy a decir a mi padre —dijo entre susurros— que debemos vender una de las estancias, porque voy a comprar una villa en Lugano.

Al día siguiente, cuando se estaban tomando una copa, Morath fue «atacado», esa era la palabra apropiada, por un vecino que iba vestido con el uniforme de oficial del ejército y tenía la cara enrojecida y crispada de ira. El hombre tenía un acento completamente incomprensible, las palabras desaparecían en el espesor de su negro bigote, y Morath se limitó a retroceder unos pasos, sin tener ni idea de qué hacer. Simon fue el que le salvó en aquella ocasión, llevándoselo del brazo con la excusa de que tenía que presentarle a un tío suyo de Perth. En la casa de Sussex, eran increíblemente amables con él, casi en exceso. Una tarde de lluvia, cuando todos jugaban al *bridge*, salvo Morath y Cara, rebuscaron en un baúl y sacaron un rompecabezas con los colores desvaídos: «La derrota de la Armada española».

El día 26 la radio informó de la visita del almirante Horthy al Reich, a Kiel, claramente como el último comandante en jefe de la marina austrohúngara, para bautizar a un nuevo acorazado, el *Prinz Eugen*, y para mantener, según decía la BBC, «conversaciones privadas con el canciller Hitler». Ninguna de las personas que estaban en la habitación miró a Morath. Todos se entretenían con algo infinitamente más interesante.

Lo que no dijo la BBC, se lo explicó el conde Polanyi tres semanas después cuando se vieron en París. El asunto se resumía en que Hitler había acabado diciéndole a Horthy lo siguiente: «Si quieres comer, ayúdame a cocinar».

Hicieron falta dos automóviles para llevarles a la estación. Las criadas y el jardinero se quedaron de pie a la entrada de la casa viéndoles partir al final de las vacaciones. El 31 de agosto resultó ser, cómo no, un día diabólicamente perfecto. El cielo era de un azul nacarado, las nubes parecían sacadas de un libro infantil con los bordes cincelados, el trencito era como de otra época. Simon le estrechó la mano y le dijo:

—Todo irá bien, ¿verdad?

Morath asintió con la cabeza. Cara se enjugó las lágrimas con un pañuelo y abrazó a Francesca poco antes de que el tren saliera. La madre de Simon tomó las manos de Morath en las suyas. Tenía los ojos de un frío color gris y le miró fijamente durante largo rato.

—Ha sido delicioso que pudieras venir —dijo—. Y todos queremos que vuelvas, Nicholas. Vendrás, ¿verdad? Morath le dio su palabra, sin soltarle las manos.

El tren nocturno a Budapest

Aquel septiembre París estaba tenso e inquieto, al borde de la guerra, más sombrío de lo que Morath lo había visto nunca. El *retour*, el regreso a la vida cotidiana después de las vacaciones de agosto, solía ser un momento dulce en la vida parisina, pero no aquel otoño. Los parisinos volvían a los despachos, las cenas festivas y el amor, pero Hitler les gritaba desde todos los periódicos, y ellos no tenían ninguna gana de prestarle atención. Mientras Morath tomaba su café de la mañana, el camarero le dijo:

—Que vengan y nos tiren sus bombas; estoy harto de esperar.

No podían soportar la mera idea de sufrir otra guerra; en realidad, aún no se habían recuperado de la anterior. El hombre que había vuelto a casa de las trincheras y le había hecho el amor a su esposa el día que acabó la guerra, en 1918, tenía ahora un nieto de diecinueve años, justo la edad apropiada para enrolarse en el ejército. El 6 de septiembre, los diarios matutinos cuestionaban si el asunto de los Sudetes justificaba realmente que hubiera una guerra mundial. Al día siguiente, en el editorial del *Times* de Londres, se apoyaba la separación del territorio.

En Alemania, la concentración anual de nazis en Nuremberg empezaba el día 6 y terminaría el 12, con desfiles iluminados por antorchas, mujeres atléticas y el gran acto final, un discurso en la colosal Sala de los Cinco Mil, en el que, según había prometido el Führer, iba a revelar lo que tenía pensado para los checos.

El día 10, la radio parisina retransmitió la declaración de Roosevelt de que era «una equivocación al cien por ciento» suponer que Estados Unidos se unirían a Gran Bretaña y Francia en una guerra por Checoslovaquia. El día 11, el dueño de la papelería de la *rue Richelieu* le enseñó a Morath su antiguo revólver Lebel de la Primera Guerra Mundial.

—Esta es mi respuesta —dijo.

¿Qué respuesta era esa? ¿El suicidio? ¿Disparar a cualquier turista alemán que pasara? ¿Cerrarle el paso a la Wehrmacht?

—Nos tiene donde quiere —dijo Polanyi, mientras almorzaban en el *quai* de la Tournelle—. ¿Viste la fotografía de la llegada de Horthy a la estación de Kiel? —Morath no la había visto—. Se me ve un poco, justo detrás del hombro del conde Csaky.

Después le describió cómo le habían ofrecido a Hungría la devolución de los territorios disputados si aceptaba entrar en Eslovaquia cuando Hitler atacara a los checos.

—Horthy rechazó la oferta, aduciendo que apenas tenemos ejército y que no disponemos de armas ni de municiones —dijo Polanyi, que siguió hablando para contarle la anécdota de Hitler referente a la comida y la cocina.

Estaban comiendo *blanquette de veau* en la mesa de una terraza de un restaurante normando. Polanyi esperó a que pasaran dos hombres jóvenes que iban con prisa.

—Naturalmente —dijo—, ya han llamado a filas a algunas unidades, pero me

aseguré de que no te incluyeran a ti —pasó unas cuantas patatas fritas pinchadas en el tenedor por una fuente de mayonesa, luego se detuvo antes de comérselas y dijo—: Hice bien, ¿no?

Morath no se molestó en contestar.

—¿Por qué vas a desperdiciar tu vida en unos barracones? —dijo Polanyi—. Y además, te necesito a mi lado.

Las ocho y media de la mañana del 14 de septiembre. Chamberlain se había trasladado en avión a Berchtesgaden para entrevistarse con Hitler. En el apartamento de Morath sonó el teléfono. Era Cara, con una voz que jamás le había oído.

—Espero que puedas pasarte por aquí y decirme adiós —dijo.

Morath empezó a decir: «¿Cómo, qué...?», pero ella colgó.

Veinte minutos más tarde él estaba allí. La puerta estaba abierta. Morath entró en el piso. Dos hombres vestidos con chaquetas azules estaban embalando la ropa de Cara en los cajones de un enorme baúl, pues su ropero de viaje ya estaba abarrotado de vestidos colgados en pequeñas perchas. Un tercer hombre, más corpulento que los otros, permanecía de pie, vigilándolos, de brazos cruzados. Sería un chófer o un guardaespaldas, pensó Morath; tenía una expresión apesadumbrada y llevaba una chaqueta sin cuello. Cuando Morath entró en la habitación, avanzó medio paso hacia él con los brazos caídos.

Cara estaba sentada al borde de la cama, con el desnudo de Picasso enmarcado en oro sobre las rodillas.

—*Monsieur* Morath —dijo, con voz atildada y aguda—, permítame presentarle a mi padre, el señor Dionello.

Un hombre de corta estatura, que estaba sentado en la silla del dormitorio, se puso de pie. Tenía un bigote blanco y negro y llevaba una chaqueta cruzada de rayas blancas y negras, y un sombrero negro del tipo borsalino. El hombre dijo: «Señor» al tiempo que se tocaba el ala del sombrero, y después se estrecharon la mano. Morath captó con claridad que no estaba muy contento de conocer al amante de cuarenta y cuatro años de su hija, el amante húngaro, el amante parisino, pero no iba a hacer ninguna escena si no le daba razones para ello.

Morath miró a Cara a los ojos como queriendo decir: «¿Qué quieres que haga?». La familia era la familia, pero él no estaba dispuesto a permitir que se la llevaran contra su voluntad.

Ella movió la cabeza y cerró los ojos. Fue un gesto sutil, leve y frágil de rendición, pero así le dijo todo lo que él necesitaba saber.

Morath sintió que se le paraba el corazón; la había perdido.

El señor Dionello hablaba con ella en castellano a gran velocidad, y su voz no tenía un tono agradable.

—Es la guerra, Nicky —dijo Cara—. Mi padre lo lamenta, pero mi madre y mi

abuela no pueden soportar la preocupación, dice; tienen miedo de que me pueda ocurrir algo.

El señor Dionello sonreía con arrepentimiento a Morath mientras Cara hablaba; había en su rostro una petición de comprensión, la súplica de que no le obligara a utilizar la fuerza o el dinero para conseguir su propósito.

—Mi padre se hospeda en el Meurice. Me voy a ir con él unos días hasta que salga el barco.

Morath asintió con la cabeza en dirección al señor Dionello, obligándose a resultar todo lo agradable que le fue posible.

El señor Dionello volvió a hablar y sonrió a Morath.

—Mi padre estaría encantado si pudieras cenar hoy con nosotros en el hotel. — Cara vaciló, para añadir después—: Significa mucho para él, Nicky.

Morath rechazó educadamente la invitación. Cara tradujo, y después dijo, con un marcado acento argentino:

—Esperá un momentito, por favor.

Cuando se dirigían hacia el vestíbulo, el señor Dionello hizo un leve gesto y el guardaespaldas se acercó adonde estaba él.

Ya en la puerta del edificio, Cara le agarró fuertemente de la camisa con los puños y sollozó en silencio con el rostro apoyado en el pecho de él. Después se apartó, se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, dio dos pasos, le miró una última vez y regresó a su apartamento.

El 21 de septiembre, Chamberlain volvió a intentarlo. Voló hasta donde se encontraba el malo de Godesberg y le ofreció a Hitler lo que él decía que quería. El territorio de los Sudetes pasaría a ser, con la aprobación de Francia y Gran Bretaña, una posesión alemana. Pero el Führer no reaccionó como Chamberlain había pensado. Una vez consiguió lo que quería, quiso más. Se trataba ahora de la ocupación militar para el 1 de octubre, o si no habría guerra.

Así pues, el día 29, Chamberlain voló de nuevo hasta Alemania, esta vez a Munich, y se mostró de acuerdo con la ocupación. El ejército checoslovaco abandonó sus fortificaciones y se retiró de las montañas.

* * *

18 de octubre.

Morath miraba hacia fuera por la ventana del tren mientras una pequeña aldea se deslizaba junto a las vías. ¿Se llamaba Szentovar? Tal vez. O quizá fuera otro sitio. Se encontraba a cien kilómetros y cien años de distancia de Budapest, donde los aldeanos todavía frotaban con ajo las puertas de los establos para impedir que los vampiros les extrajeran la leche a las vacas por la noche.

Por la carretera iba un carronato de gitanos. El conductor levantó la vista hacia la ventana de Morath. Con la gordura de la prosperidad, tres barbillas y ojos astutos, tal vez fuera un *primas*, el jefe del clan. Soltó un poco las riendas que sujetaba entre las manos, volvió la cabeza y les dijo algo a las mujeres que iban en el carro detrás de él. Morath no llegó a verles la cara, solo los colores rojos y amarillos de sus vestidos cuando el tren los adelantó.

Octubre era un mes muerto, pensó Morath. Las brutales tramas políticas tocaban a su fin en la prensa. Los franceses estaban relajados, contentos con ellos mismos por haber hecho lo correcto, lo inteligente, por una vez en sus soñadoras vidas. Morath fumó demasiado, y tras despertarse a la mañana siguiente, volvió a quedarse mirando por la ventanilla.

Estaba sorprendido de su melancolía. Siempre se había dicho a sí mismo que su historia de amor con Cara era un pasatiempo que se acabaría. Pero ahora que la había perdido, echaba de menos lo que había dado por sentado, y le dolía haberla perdido. «Cuando yo vivía en París...», les diría ella a sus amigas de Buenos Aires.

El conde Polanyi no se preocupaba demasiado por aquel estado de ánimo suyo y se lo dejó bien claro.

—A todos nos han tirado del caballo alguna vez —le dijo—. Lo importante es volverse a colocar en la silla.

Cuando vio que eso no funcionaba, puso más empeño:

—No es momento de sentir pena de ti mismo. ¿Necesitas estar ocupado? Vuelve a Budapest a salvarle la vida a tu madre.

Keleti Palyuadvar, la estación *oriental* de ferrocarril a la que llegaban todos los trenes importantes procedentes del oeste cuando la zona era húngara. Había taxis en la calle, pero Morath prefirió caminar, lo adecuado en las últimas horas de la tarde de un día de otoño. «Es la nariz lo que te dice que estás en casa», pensó. El café quemado y el polvo de carbón, el tabaco turco y la fruta podrida, el agua de lilas de las barberías, la piedra mojada, el pollo a la brasa. Y más olores, desconocidos, inimaginables. Morath respiró hondo una vez, después otra; respiraba su infancia, su país, el regreso del exilio.

Caminó durante largo rato, recorriendo los callejones adoquinados, más o menos en dirección al lado opuesto de la ciudad, hacia una villa situada en las colinas del tercer distrito, en la margen de Buda del Danubio. Se entretuvo, deteniéndose constantemente a mirar los escaparates. Como siempre, a esa hora del día, la melancolía, la pereza diletante, se apoderaba de la ciudad, y Morath aminó la marcha para adaptarse a su ritmo. A las cinco y media, cuando el sol daba en las ventanas de un piso de la avenida Kazinczi y las bañaba de un dorado de fuego, Morath se subió al tranvía número 7 en el otro lado del puente Chain y regresó a casa.

No hablaron realmente hasta la mañana siguiente. En el salón sin alfombras —las habían quitado en verano—, la voz de su madre producía un tenue eco al hablar. Estaba sentada, perfectamente compuesta, en una desgarrada silla frente a las puertas de cristal, una silueta a la luz del jardín. Como siempre, estaba delgada y adorable, con su cabello color hielo cayéndole sobre la pálida piel de acero que dejaba ver el escote en uve de su vestido de seda.

—¿Y ves a Lillian Frei? —le preguntó.

—De vez en cuando. Siempre me pregunta por ti.

—La echo de menos. ¿Sigue llevando vestidos de De Pinna?

—¿De dónde?

—Es una tienda que hay en la Quinta Avenida, en Nueva York.

Morath se encogió de hombros: no tenía ni idea.

—En todo caso, le darás besos de mi parte.

Morath bebió un sorbo de su taza de café.

—¿Te apetece algún pastel, Nicholas? Puedo mandar a Malya a Gundel.

—No, gracias.

—Entonces, pan con mantequilla.

—La verdad es que solo me apetece el café.

—Oh, Nicholas, menudo parisino estás tú hecho. ¿Estás seguro?

Morath sonrió. Jamás en su vida había sido capaz de comer nada antes del mediodía.

—¿Cuánto tiempo hace, *anyuci*, que no vas a París?

Esa palabra, *anyuci*, significaba «madre», que era como a ella le gustaba que Morath la llamara. Nunca había sido «mamá».

Su madre suspiró.

—Oh, mucho tiempo —dijo—. Estaba vivo tu padre, justo se había terminado la guerra. En 1919, ¿no es así?

—Sí.

—¿Ha cambiado mucho? La gente dice que sí.

—Hay más automóviles, letreros luminosos, restaurantes baratos en los bulevares.

Hay quien dice que ya no es tan bonito como antes.

—Aquí todo está igual.

—*Anyuci*?

—¿Sí?

—Janos Polanyi considera que, con la situación de Alemania, tú, y tal vez Teresa, deberíais pensar en buscar un lugar...

Cuando sonreía, su madre seguía siendo increíblemente hermosa.

—Espero que no hayas hecho tan largo viaje para decirme eso. Ferenc Molnar se ha ido a Nueva York. Vive en el Plaza y dice que se siente fatal.

Hubo una larga mirada en silencio entre madre e hijo.

—No pienso dejar mi casa, Nicholas. «¿Y cómo es posible que tú no lo sepas?».

Por la tarde fueron al cine. Ponían una comedia británica, doblada en húngaro, de los años veinte. Aparecía un crucero y salían clubes nocturnos de suelos resplandecientes, un villano llamado Randy, un héroe con el pelo de charol llamado Tony y una rubia cuyos adorables rizos eran el motivo de la disputa y que se llamaba Veronica, un nombre que sonaba muy raro en húngaro.

A la madre de Morath le encantó la película. Él la miró de reojo y vio que le brillaban los ojos como a una niña. Se reía con todas las bromas y no paraba de comer caramelos que sacaba de una bolsita. En una secuencia en la que cantaban y bailaban en un club nocturno, se puso a tararear siguiendo la música.

*Akor mikar, Lambeth utodon
Bar melyek este, bar melyek napon,
Ugy találnád hogy mi mind is
Sétalják a Lambeth Walk. Oi!*

*Minden kis Lambeth leany
Az ő kis, Lambeth parjával
Ugy találnád hogy ök
Sétalják a Lambeth Walk. Oi!*

Después, fueron al salón de té del hotel Gellert y tomaron miel de acacia y nata montada sobre un bizcocho.

Las tres y media de la mañana. En los laberínticos jardines del distrito de las villas, rodeados de verjas de hierro, algunas personas tenían ruiseñores. Aparte de eso, Morath oía el viento en las hojas del otoño, el crujir de una persiana, la fuente de unos vecinos, una distante amenaza de truenos, al norte, pensó, en las montañas.

Le costaba trabajo conciliar el sueño. Tumbado sobre su vieja cama, leía a Freya Stark. Era la tercera vez que empezaba ese libro, una novela de viajes y aventuras por las agrestes montañas y los valles persas.

En aquella casa siempre se quedaba despierto hasta altas horas de la noche, como digno hijo de su padre. A veces le oía, cuando paseaba por el salón. A menudo, Marath ponía discos en la gramola mientras su padre trabajaba en el despacho, introduciendo sellos en sobres de papel cebolla con unas pinzas plateadas.

No eran una familia rica, pero su padre jamás había trabajado por dinero. Había sido uno de los grandes filatélicos de Hungría, muy afamados tanto en la Europa del siglo XIX como en las colonias. Morath suponía que su padre había mantenido relaciones comerciales con los mercados internacionales; tal vez hiciera algún dinero

de aquel modo. Aunque en aquella época, antes de la guerra, nadie tenía que trabajar realmente. Al menos, nadie que él conociera.

Pero después del Tratado de Trianón todo cambió. Las familias dejaron de percibir los ingresos procedentes de sus tierras de labranza. Aun así, se las arreglaron; solo tuvieron que aprender a improvisar. Se puso de moda decir cosas como: «Si pudiera permitirme el lujo de llevar el nivel de vida que llevo...».

Después, un día de junio de 1919, los comunistas mataron a su padre.

En la confusión del caos político que siguió a la pérdida de la guerra, surgió la República Soviética de Hungría, un gobierno nacido de una desesperación nacional tan engañosa que se convenció a sí mismo de que Lenin y el Ejército Rojo los salvarían de sus enemigos, los serbios y los rumanos.

El Soviet estaba dirigido por un periodista húngaro llamado Bela Kun, que, después de haber servido en el ejército austrohúngaro, desertó para pasarse al bando de los rusos durante la guerra. Kun, su esbirro Szamuely y cuarenta y cinco comisarios comenzaron su mandato de 133 días disparando, quemando y colgando a los vencidos de un extremo al otro de Hungría. Después les persiguieron por todo el país, a través de la frontera y finalmente hasta Lubianka los soldados del ejército rumano que ocuparon Budapest y recorrieron sin rumbo fijo todas las zonas rurales del país, saqueando con desgana hasta que se vieron obligados a retirarse al otro lado de la frontera, empujados por un ejército húngaro dirigido por Miklos Horthy. La contrarrevolución dio lugar al Terror Blanco, que tiroteó, quemó y colgó a los vencidos de un extremo al otro de Hungría, prestando especial atención a los judíos, puesto que eran bolcheviques (o banqueros), y Kun y unos cuantos de sus camaradas eran judíos.

Los miembros de una de las bandas de Kun que se dedicaban al pillaje fueron los que mataron al padre de Morath. Se había ido a pasar el fin de semana a la casa de campo que tenía en las estribaciones de los Cárpatos. La milicia comunista se adentró en el jardín de la casa al crepúsculo. Le exigieron las joyas para las masas oprimidas, después golpearon en la nariz al mayoral, tiraron al padre de Morath al abrevadero de los caballos, cogieron tres álbumes de sellos —los que se emitieron en 1910, conmemorativos de Luxemburgo—, todo el dinero que encontraron, varias camisas y una lámpara. Persiguieron a las criadas por el bosque, pero no pudieron alcanzarlas. En una esquina de la cocina, hicieron una hoguera, que dejó un agujero en la pared de la despensa, y finalmente se marcharon.

El padre de Morath se secó, tranquilizó a las criadas, puso una cuchara fría en el cuello del anciano Tibor para detener la hemorragia, después se sirvió una copa de *brandy* y, sentado en su silla favorita, con las gafas dobladas y sujetas en una mano, murió.

Morath fue a cenar a casa de su hermana. Se trataba de una villa nueva, también en el

tercer distrito, pero en el reciente barrio de moda conocido como La Colina Rosa. Su hermana, que iba vestida con un traje corto y llevaba unas botas de fieltro rojas con espejitos de adorno —oh, Cara—, le dio un insinuante abrazo y le besó cálidamente en los labios.

—Me alegro muchísimo de verte, Nicholas.

No dejó de abrazarlo hasta que una criada entró en la habitación.

Aquello no era nuevo. Ella era tres años mayor que Morath. Cuando él tenía nueve años y ella doce, le gustaba peinar a su hermano, se metía en la cama con él cuando había tormenta, siempre sabía si él estaba melancólico y era tierna con él.

—Teresa —dijo él—, mi único amor.

Los dos se rieron.

Morath echó un vistazo alrededor. Había demasiados muebles en la casa Duchazy, y todo era demasiado caro y demasiado nuevo. Nunca había entendido por qué su hermana se había casado con el idiota de Duchazy. Tenían cuatro hijos, incluido un Nicholas de diez años, el vivo retrato del idiota de Duchazy.

Pese a todo, Teresa se había casado con él y sus días de preocupaciones por el dinero habían terminado. La familia Duchazy poseía molinos de harina; treinta años antes, en Budapest había más molinos que en ninguna otra ciudad del mundo. La madre de Morath, que sentía hacia Duchazy aún más aversión que él, solía referirse a su yerno en privado como «el molinero».

Pero no era el típico molinero. Se acercó a Morath dando grandes zancadas y le abrazó; era un hombre enérgico, de ademanes remilgados que denotaban una cierta incomodidad, con un fino bigote y extraños ojos pálidos de color verde.

—¿Y cómo van las cosas por París? ¿Sigues todavía en el negocio de la publicidad? ¡Y soltero! ¡Menuda vida!

Trajeron a los niños para que los viera y se los llevaron. Duchazy sirvió *whisky* escocés en dos vasos y mandó que encendieran la chimenea.

La conversación iba de unas cosas a otras. La familia Duchazy no eran exactamente *nyilas*, pero se acercaban bastante. Teresa le advirtió con una mirada, más de una vez, cuando Morath se adentraba en una zona sensible. Para cuando terminaron el segundo *whisky*, Duchazy ya había echado al fuego un segundo leño de roble, que ardió plácidamente en la chimenea, de terrazo amarillo, que acababan de instalar.

—Danos Polanyi cree que nuestra madre debería marcharse de Budapest —dijo Morath.

—¿Y eso por qué? —preguntó Duchazy, con tono enfadado.

—Por la guerra —contestó Morath.

Teresa se encogió de hombros.

—No se irá.

—Tal vez si los dos se lo sugirierais, estaría dispuesta a marcharse.

—Nosotros no haremos eso —dijo Duchazy—. Somos patriotas. Además, yo creo

que las cosas van a seguir así durante mucho tiempo —quería decir la diplomacia, los desfiles, las peleas callejeras; las cosas que se habían visto en los Sudetes—. Hitler tiene intención de dominar los Balcanes —prosiguió—. Alguien lo hará, y podría muy bien ser él. Además quiere que en Hungría la situación esté tranquila, también en el sur, donde están los graneros y los campos petrolíferos. Yo no creo que los británicos se atrevan a enfrentarse con él, pero, si eso ocurriera, necesitará trigo y petróleo. En todo caso, si somos inteligentes, estaremos en buenas relaciones con él, porque las fronteras van a empezar a moverse.

—Ya se han movido —dijo Teresa.

Era cierto. Hungría iba a ser recompensada por haber apoyado la ocupación de los Sudetes con la devolución de parte de su territorio septentrional, especialmente en la baja Eslovaquia, donde el ochenta y cinco por ciento de la población era magiar.

—El hermano de Laszlo combate en las filas de Rutenia —dijo Teresa.

Morath se quedó sorprendido. Duchazy lanzó a su esposa una mirada que quería decir: «Estás siendo indiscreta».

—¿De verdad? —preguntó Morath.

Duchazy se encogió de hombros.

—Aquí no tenemos ningún secreto —quería decir, pensó Morath, en casa, en Budapest, en la nación.

—¿En Rutenia?

—Cerca de Uzhgorod. Somos aliados de los polacos. Ellos tienen algunos soldados de fortuna, en el norte, y nosotros tenemos a la Rongyos Garda —la guardia harapienta.

—¿Qué es eso?

—Son hombres de la Cruz de Flecha, chicos de la calle y todo lo que han podido conseguir, dirigidos por unos cuantos oficiales del ejército vestidos de civiles. Están combatiendo contra los Sich, la milicia ucraniana. La fase siguiente será cuando los húngaros exijan que se ponga fin a la inestabilidad, entonces mandaremos al ejército regular. Después de todo, siempre ha sido Hungría, ¿por qué ha de pertenecer a los checos?

«Chacales», pensó Morath. Ahora que tenían a la presa acorralada, querían hacerse con una parte para ellos.

—El mundo está cambiando —dijo Duchazy, con los ojos chispeantes—, y cambiará aún más.

La cena fue excepcional. Carpa con salsa picante y cebollas, col rellena de cerdo y un Médoc de las propiedades de los Duchazy próximas a Eger.

Después de cenar, Teresa dejó solos a los dos hombres, sentados junto al fuego. Encendieron los puros y, durante un rato, fumaron en silencio.

—Hay una cosa que quería preguntarte —dijo Duchazy.

—¿Sí?

—Nos hemos unido unos cuantos para apoyar a Szalassy. ¿Puedo contar con tu

contribución? —Szalassy era uno de los líderes de la Cruz de Flecha.

—Gracias por preguntármelo, pero de momento no —dijo Morath.

—Bueno, había dado mi palabra de que te lo preguntaría.

—No te preocupes.

—¿Ves alguna vez al coronel Sombor en la legación?

—Voy muy poco por allí.

—Ah, él siempre pregunta por ti. Pensé que eran amigos.

Martes. A última hora de la tarde, Morath tomó el tranvía que iba al distrito de Kobanya, donde se elevaban las altas paredes de la fábrica a ambos lados de la calle. A medida que se hacía de noche, la niebla iba bajando, y una tenue lluvia empezó a caer sobre la superficie del río. En el asiento que estaba frente a él, iba sentada una joven. Tenía el aspecto radiante de algunas muchachas húngaras y su largo cabello se le venía hacia el rostro cada vez que el tranvía daba una curva. Ella se lo echaba para atrás con una mano y miraba a Morath. El tranvía se detuvo frente a una fábrica de cerveza y la muchacha se bajó en medio de una multitud de trabajadores. Algunos la conocían, la llamaban por su nombre, y uno le tendió la mano para ayudarla a bajar.

El matadero era la siguiente parada, justo donde había una señal metálica sobre la pared de ladrillo que decía: «Gersoviczy». Cuando Morath se bajó del tranvía, el aire olía a amoníaco y los ojos se le llenaron de lágrimas. Había un largo camino hasta la entrada que llevaba a la oficina, después de pasar los muelles de carga con las puertas abiertas, donde logró ver las rojas reses colgando de unos ganchos y los carniceros con los delantales de cuero. Uno de ellos dejó el mazo sobre el suelo cubierto de serrín, con la parte de hierro aplanada en ambos extremos, mientras aprovechaba para fumarse un cigarrillo.

—¿La oficina?

—Arriba. Siga subiendo hasta que vea el río.

En la oficina de los hermanos Gersoviczy, solo había un escritorio con un teléfono y una máquina calculadora, una antigua caja de caudales en una de las esquinas y un perchero detrás de la puerta. Los hermanos le estaban esperando. Llevaban sombreros negros de fieltro, trajes oscuros y corbatas plateadas, y tenían largos bucles de pelo y pesadas barbas, al estilo ortodoxo de los judíos. En una de las paredes había un calendario hebreo con la imagen de un rabino soplando en un cuerno de carnero. En la parte de arriba decía, en húngaro: «Los hermanos Gersoviczy le desean una feliz Navidad y un próspero año nuevo».

Una ventana ennegrecida por el hollín daba al río, y se veían luces parpadeantes en una colina situada en la margen más alejada. Los hermanos, fumando ambos cigarrillos ovalados, se dirigieron a Morath en la lúgubre luz de la oficina.

—¿Es usted *uhr* Morath? —Utilizaron el tratamiento tradicional, señor Morath.

—Sí, el sobrino del conde Polanyi.

—Por favor, tome asiento. Perdone que no podamos ofrecerle nada.

Morath y el hermano mayor, que tenía la barba llena de mechones plateados, se sentaron en las dos sillas giratorias de madera; el otro hermano, de aspecto más juvenil, siguió medio sentado en el borde del escritorio.

—Yo soy Szimon Gersoviczy —dijo—, y él es Herschel —el hermano mayor hizo un gesto con la cabeza en señal de saludo.

Szimon hablaba con un fuerte acento húngaro.

—Somos polacos —explicó—. Vinimos de Tarnopol hace veinte años. La mitad de Galitzia se vino para acá hace cien años. Nosotros nos vinimos por la misma razón, para huir de los pogromos y tener mejores oportunidades. Y nos salió bien. Así que nos quedamos y nos cambiamos el apellido a la forma húngara. Antes era simplemente Gersovicz.

El hermano mayor se acabó el cigarrillo y lo apagó en un diminuto cenicero.

—Su tío acudió a nosotros en busca de ayuda, eso fue en septiembre. No sé si se lo dijo.

—No, entonces no me lo dijo.

—Bueno, pues ya lo sabe. Recurrí a nuestro cuñado, que vive en París. Le preguntó si podríamos echar una mano, ayudar al país. Le vio las orejas al lobo, como se suele decir.

Se detuvo un momento. Fuera, se oía el traqueteo del motor de una barca de arrastre que se abría paso entre las gabarras del río hacia el norte.

—Nosotros no le pedimos nada —continuó diciendo el hermano mayor—, pero ahora Polanyi sabe y usted sabe que...

Szimon se acercó a la caja de caudales y empezó a introducir la combinación numérica para abrirla. Después puso hacia arriba los pomos y tiró de las portezuelas hacia fuera. Herschel se inclinó hacia Morath. Tenía un olor fuerte a sudor, cebolla y tabaco.

—Está en pengos^[1] —dijo—. Tal vez si la comunidad estuviera más implicada, podríamos hacer algo más. Pero el conde quería que lo mantuviéramos en secreto, así que solo somos unos cuantos. Szimon y yo, nuestra familia, ya sabe, una o dos personas más, pero principalmente nosotros.

Szimon empezó a colocar tacos de billetes sobre el escritorio, con una pinza sujetando cada grupo de cincuenta billetes. Pasó el dedo por las esquinas de los tacos, se lo humedeció y empezó a contar en yiddish según iban pasando los billetes. Herschel se rio.

—Por alguna razón —dijo—, cuesta trabajo hacer esto en húngaro.

Morath movió la cabeza.

—Nadie creía que la situación iba a llegar a este punto —dijo.

—Perdóneme, señor, pero siempre llega a este punto.

—*Zvei hundrit toizend* —dijo Szimon.

—¿Cómo lo llaman?

—No lo sé. El Comité Libre de Hungría, o algo así.

—¿En París?

—O en Londres. Si llegan a ocupar el país, el mejor lugar será el más cercano. El lugar seguro más cercano.

—¿Y qué le parecería Nueva York?

—Ni pensarlo.

Szimon acabó de contar y cuadró después los tacos de billetes colocándolos de canto sobre el escritorio.

—Cuatrocientos mil pengos —dijo—. Más o menos la misma cantidad en francos franceses o, Dios no lo permita, ochenta mil dólares.

—Dígame una cosa —interrumpió Herschel—, ¿cree usted que van a ocupar el país? Hay quien dice que lo mejores venderlo todo y marcharse.

—Y perderlo todo —dijo Szimon.

Deslizó el dinero por el escritorio, miles de pengos en billetes, que eran un poco más anchos que los francos franceses, con grabados negros y rojos de San Istvan por un lado, y un castillo por el otro. Morath abrió un maletín, colocó los tacos de billetes en el fondo y puso a Freya Stark encima.

—¿No tenemos gomas? —preguntó Herschel.

Morath apretó las correas del maletín y las abrochó. Después, con suma formalidad, estrechó las manos de los dos hermanos.

—Vaya usted con Dios —dijo Herschel.

Aquella noche se reunió con Wolfi Szubl en el Arizona, un *nachtlokal* situado en el callejón Szint Josef, en la isla de Margaret. Szubl iba vestido con un traje de color azul claro y una florida corbata, y olía a heliotropo.

—Nunca se sabe —le dijo a Morath.

—Wolfi —dijo Morath, meneando la cabeza.

—Siempre hay un roto para un descosido —dijo Szubl.

Szubl le llevó hasta una mesa que estaba sobre una plataforma junto a la pared, y apretó un botón que los elevó unos tres metros.

—Aquí estaremos bien.

Le pidieron a gritos las bebidas al camarero, dos vodkas polacos, que llegaron hasta ellos en una bandeja mecánica.

Los miembros de la orquesta llevaban esmoquin blanco y tocaban canciones de Cole Porter ante la abarrotada pista de baile, que a veces desaparecía en el sótano con el consiguiente estallido de chillidos y risas de los bailarines.

Una chica desnuda atada a unos arneses flotaba en el aire, con su larga melena suelta. Tenía una pose artística, majestuosa, con una mano displicente agarrada al cable que colgaba del techo.

—Ahh —dijo Szubl.

—¿Te gusta?

Szubl sonrió. «¿A quién no?».

—¿Por qué se llama «Arizona»? —preguntó Morath.

—Los propietarios, una pareja, recibieron una herencia inesperada, una fortuna, de un tío que tenían en Viena. Decidieron construir un club nocturno en la isla de Margaret. Cuando les llegó el telegrama, estaban en Arizona. Entonces...

—No, ¿de verdad?

Szubl asintió con la cabeza.

—Sí, en Tucson.

Llegaron las bebidas. La chica volvió a pasar junto a ellos, mirando en otra dirección.

—¿Te das cuenta? Nos ignora —dijo Szubl.

—Se limita a pasar desnuda colgada de un cable. No hagas conjeturas.

Szubl levantó su copa.

—Por el Comité Libre de Hungría.

—Si es que ha existido alguna vez.

A Morath le gustaba el vodka polaco, vodka de patata. Tenía un extraño sabor que nunca lograba reconocer.

—Y a ti, ¿cómo te ha ido?

—No está mal. Del salón Kitty, que está en la calle Szinyei, doscientos cincuenta mil pengos. La mayor parte es de Madame Kitty, pero quiere que sepamos que también han contribuido tres de las chicas. Luego, del sobrino del malogrado ministro de Economía, otros ciento cincuenta.

—¿Nada más? Su tío era capaz de robarle la lana a las ovejas.

—Demasiado tarde, Nicholas. El casino se quedó prácticamente con todo. Es un candidato para la barca.

Los ciudadanos de Budapest eran proclives al suicidio, por lo que las autoridades municipales tenían una barca atada justo debajo del puente de Ferenc Josef. Un barquero esperaba en la proa con un largo remo, preparado para ayudar a los que saltaban el puente en medio de la noche, antes de que se ahogaran.

—¿Y tú qué tal? —preguntó Szubl.

—He conseguido cuatrocientos mil de los hermanos Gersoviczy. Estuve esta mañana en Koloszvar.

—¿De matar animales?

—Vaya, no había pensado en eso.

—Tengo que ver a Voyschinkowsky.

—«El león de la Bolsa». Vive en París. ¿Qué está haciendo aquí?

—Siente nostalgia.

—¡Camarero!

—¿Señor?

—Dos más, por favor.

Pasó junto a ellos una gran melena roja balanceándose en el aire. La joven dio un beso al vacío, se puso las manos bajo los pechos y se los bamboleó, después levantó una ceja.

—Déjame que te pague toda la noche con ella, Wolfi. Quiero invitarte.

Se bebieron las copas de vodka y volvieron a pedir otras dos. La pista de baile reapareció. El director de la orquesta tenía el pelo negro brillante y un pequeño bigote, y sonreía como un santo al tiempo que movía su batuta.

—Cómo me gusta esta canción —dijo Szubl e inspiró profundamente—. Aunque, ¿sabes? —prosiguió—, lo que más me gusta es ver a las mujeres desnudas.

—¿Ah, sí?

—No, Nicholas, no te rías de mí. Hablo en serio. Quiero decir que no me gusta ninguna otra cosa. Si hubiera empezado en esto a los catorce, como medio de vida, lo único que hiciera día y noche, no habría tenido ningún motivo para molestar al mundo. Pero, claro, no me habrían dejado hacer eso. Y ahora me meto en los trenes entre la multitud, hago llamadas telefónicas, tiro cáscaras de naranja en las papeleras, vendo cinturones a las mujeres, pido cambio..., no se acaba nunca. Y, lo peor de todo, un día soleado, vas tú tan tranquilo y feliz por la calle y, de repente, ¡ahí estoy yo! Verdaderamente, no se acaba nunca. Y no se acabará hasta que consiga el espacio en el cementerio que querías para tu madre.

La orquesta estaba tocando el «Tango du Chat». Morath se acordaba de aquella canción, de haberla oído en el bar de la playa de Juan-les-Pins.

—¿Sabes una cosa? —le dijo a Szubl—. Nos vamos a ir a la calle Szinyei, al salón Kitty. Les vamos a pedir que desfilen todas por el jardín, todas las chicas de la casa. Y jugamos al corre que te pillo, no, mejor al escondite.

—Nicholas, eres un romántico.

Después Morath fue a los servicios, se encontró allí con un viejo amigo y estuvieron cotilleando un rato. Cuando volvió, la pelirroja estaba sentada en las rodillas de Szubl, jugando con su corbata y riéndose. La voz de Wolfi flotó hacia abajo desde la plataforma.

—Buenas noches, Nicholas. Buenas noches.

En la estación de ferrocarril de Koloszar, una fría mañana soleada.

Se bajaron del tren con él otros dos húngaros. Cazadores, con las escopetas bajo el brazo. El jefe de estación, que estaba en el andén, le dio los buenos días en húngaro cuando se bajó del tren. Y las dos mujeres que estaban fregando el suelo de la sala de espera hacían bromas en húngaro y, de hecho, se reían en húngaro. Un agradable universo magiar en medio de Rumanía. En otra época Koloszar, ahora Cluj. *Nem, nem, soha.*

Resultaba increíblemente difícil organizar un viaje a las propiedades del príncipe Hrubal. Al final, requirió varias llamadas de teléfono medievales, tres telegramas —

uno de los cuales llegó, inexplicablemente, a Gales—, un mensaje oral que transmitió al castillo la hija de un guardabosques y la intervención personal del alcalde de un pueblo. Pero, finalmente, funcionó.

Salió de la estación. En la calle le esperaba el mozo de cuadras del príncipe Hrubal montado en un caballo bayo y sujetando las riendas de una yegua de color marrón con la cola cortada. Aquella era, Morath lo sabía, la mejor manera de llegar a las propiedades del príncipe. Se podía intentar hacer el camino en coche, pero se tardaba más tiempo en desbloquear las ruedas que en conducir, y el viaje en un carruaje tirado por un caballo te dejaba baldado. Solo quedaba entonces ir andando o a caballo, y a caballo era más rápido.

Se encaramó a la silla y sujetó el maletín bajo el brazo. Se había asegurado, en Budapest, de ponerse las botas adecuadas para aquel trayecto.

—Excelencia, le beso las manos —dijo el mozo de cuadras.

—Tenga usted muy buenos días —respondió Morath, y se pusieron en camino.

* * *

De la calle en buen estado del interior de Cluj pasaron a una carretera en mal estado a las afueras de Cluj, y después a un camino asfaltado hacía mucho tiempo, bajo las órdenes de algún soñador o burócrata sin nombre, y olvidado al poco tiempo. Se encontraban en la Transilvania del norte, montañosa y perdida, donde durante generaciones los nobles húngaros dirigieron las vidas de los siervos rumanos. De vez en cuando había revueltas de campesinos, y los incendios y el desprecio seguían allí hasta que llegaba el ejército, con sogas colgando de sus sillas de montar. Los árboles permanecían allí. En aquel momento, al menos, todo estaba en silencio. Muy tranquilo. Ya en el campo, las ruinas de un castillo sobresalían de la cima de una montaña, y solo había bosques; algún prado de vez en cuando.

Morath se acordó de la guerra. No había ninguna diferencia en ninguno de los ejércitos que recorrían aquellos caminos en las mañanas del otoño. Se acordó de las briznas de bruma que se quedaban atrapadas en la alambrada de espino, del sonido del viento entre los brotes del centeno, del crujir de los arneses y de los graznidos de los cuervos revoloteando en el cielo y riéndose de ellos. A veces veían unos cuantos gansos que volaban hacia el sur; otras veces, cuando llovía al amanecer, solo los oían. Los arreos de mil caballos avanzaban por los caminos asfaltados, su llegada no era ningún secreto, y los hombres armados con sus rifles los estaban esperando. En cierta ocasión, hubo un sargento, un croata, que se paró a la sombra de un roble a ajustar un estribo. El aire crujió, un oficial gritó. El sargento se tapó un ojo con la mano, como si estuviera en el oculista, el caballo se encabritó, avanzó al galope por el camino y después empezó a pastar.

El príncipe Hrubal poseía bosques y montañas.

Un criado respondió a Morath cuando llamó a la puerta y le acompañó hasta el gran vestíbulo; había cabezas de ciervo en la pared y raquetas de tenis en un rincón. El príncipe apareció poco después.

—Bienvenido a mi casa —dijo.

Tenía una mirada despiadada, con unos ojos negros crueles y sin profundidad alguna, la cabeza rapada, un enorme bigote al estilo turco, el apodo de «Jacky», adquirido durante sus dos años de estancia en Cornell, una predilección por los figurines de moda italianos y una pasión casi maníaca por las obras de caridad. Su contable apenas llevaba el registro de ello: una fábrica de escobas para los ciegos, orfanatos, asilos para monjas ancianas y, más recientemente, la reparación de tejados en monasterios antiguos.

—Por mí está bien, Nicholas —dijo, colocándole el brazo por encima de los hombros—. He tenido que vender todos mis contratos de azúcar en Chicago. Aun así, es preciso que alguien lleve una vida contemplativa, ¿verdad? Si no somos tú y yo, que sea alguien, ¿no? No podemos tener monjes mojados.

La baronesa Frei le había contado a Morath en cierta ocasión que la vida del príncipe era la historia de un aristócrata de sangre que intentaba convenirse en un aristócrata de corazón.

—Hrubal está un poco loco —le dijo—. Y está por ver que su riqueza llegue a adaptarse a su locura. Pero, pase lo que pase, conviene vigilar a estas sorprendentes razas, ¿no crees? Pobre hombre. Treinta generaciones de antepasados brutales y sangrientos, sometiendo a los rebeldes con mano de hierro y Dios sabe qué otros métodos, y solo el tiempo de una vida para conseguir la redención.

El príncipe llevó a Morath afuera.

—Estamos trasplantando el boj —dijo.

Llevaba botas altas, pantalones camperos y una blusa de campesino; un par de guantes de cuero le sobresalían del bolsillo de atrás de los pantalones. Al final de la pradera, le esperaban dos campesinos, apoyados sobre sus palas.

—¿Y Janos Polanyi? —dijo Hrubal—. ¿Está en buena forma?

—Siempre se trae algo entre manos.

Hrubal se rio.

—El rey de espadas, esa es su carta del tarot. Un líder poderoso, pero oscuro y secretista. Sus súbditos prosperan, pero lamentan haberle conocido —el príncipe volvió a reírse y dio unos golpecitos en el hombro a Morath—. Todavía no ha acabado contigo, pero no temas, Nicky, lo hará, lo hará.

Cena para un regimiento. Venado del bosque de Hrubal, trucha de sus arroyos, salsa de sus grosellas y sus higos, una ensalada tradicional de lechuga aderezada con grasa de cerdo y paprica, y borgoña, sangre de toro, de los viñedos de Hrubal.

Cenaron en el pequeño comedor, donde las paredes estaban forradas de satén rojo, con sus melancólicos pliegues aquí y allá, con algunos toques de champán, cera y sangre.

—Es una habitación muy resistente —dijo Hrubal—. El último incendio fue en 1810. Hace mucho tiempo, en esta parte del mundo.

Cenaron a la luz de doscientas velas. Morath sentía cómo el sudor le caía por las sienes.

Él estaba sentado cerca de la cabecera de la mesa, entre Annalisa, la amiga del príncipe, que venía de Roma, pálida como un fantasma, con unas manos blancas y largas que se habían visto por última vez en el *Vogue* del mes de abril, y la novia del corresponsal de Reuters en Bucarest, la señorita Bonington.

—Es horrible ahora —dijo la joven a Morath—. Hitler es malo, pero las revueltas locales son peores.

—La Guardia de Hierro.

—Están por todas partes. Llevan bolsitas de tierra alrededor del cuello. Tierra sagrada, ¿sabe usted?

—Venga usted a Roma —dijo Annalisa— y verá cómo se pavonean nuestros fascistas. Hombrecillos rechonchos que se creen que ha llegado su momento.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer? —preguntó la señorita Bonington, con voz aguda—. ¿Votar?

Annalisa giró la mano en el aire.

—Ser peores que ellos, supongo, esa es la tragedia. Han creado un mundo chabacano, sucio, vacío, y ahora nosotros tenemos el gran placer de vivir en él.

—Yo personalmente nunca creí que...

—Basta —dijo Annalisa con suavidad—. Hrubal nos está mirando. Hablar de política en la mesa va contra las reglas.

La señorita Bonington soltó una carcajada.

—¿Y entonces de qué hablamos?

—De amor, de poesía. De Venecia.

—Es un hombre encantador.

Los tres volvieron los ojos hacia la cabecera de la mesa.

—Me encanta la vida allí —decía Hrubal—. Los sábados por la tarde, es el gran partido. Así lo llaman, el gran partido. En cuanto a mí, yo era el campeón de sable, como no podía ser de otra manera, y solo nuestras novias iban a los torneos. Pero todos íbamos a ver el fútbol. Yo tenía un cuerno gigante para animar a los jugadores.

—¿Un cuerno gigante?

—Bueno, ¿alguien sabe...?

—Un megáfono, supongo —dijo el hombre de Reuters.

—¡Eso! Gracias. Llevaba años queriéndome acordar de esa palabra.

Un criado se acercó a la mesa y susurró algo al oído a Hrubal.

—Sí, muy bien —dijo él.

Habían llegado los miembros del cuarteto de cuerda. Los hicieron pasar al salón y los criados trajeron sillas. Los cuatro hombres sonreían y asentían con la cabeza, al tiempo que se escurrían el agua de la lluvia de la cabeza y secaban los estuches de sus instrumentos con pañuelos.

Cuando todos se habían retirado a sus habitaciones, Morath siguió a Hrubal hasta un despacho que estaba en un piso alto, en una torrecilla a punto de desmoronarse, donde el príncipe abrió un cofre de hierro y sacó paquetes de billetes de chelines austríacos con los colores desvaídos.

—Son muy antiguos —dijo—. Nunca he sabido qué hacer con ellos.

Morath convirtió los chelines a pongos al meter el dinero en el maletín. Seiscientos mil, más o menos.

—Dile al conde Janos —dijo Hrubal— que hay más si lo necesita. Bueno, Nicholas, ya sabéis, para lo que queráis.

Más tarde aquella misma noche, Morath oyó que alguien llamaba suavemente a su puerta y fue a abrir. «Después de un venado de los bosques del príncipe Hrubal y una trucha de sus arroyos, una criada de sus cocinas». No se dijeron ni una palabra. Ella le miró con sus ojos oscuros y graves, y cuando Morath cerró la puerta, encendió una vela que estaba junto a la cama y se quitó el vestido sacándoselo por encima de la cabeza. Tenía un tenue bigote y un cuerpo exuberante, y llevaba unas medias rojas de lana que le llegaban hasta la mitad del muslo.

«Una mañana agradable», pensó Morath, mientras cabalgaba sobre la alfombra de hojas secas por el bosque. Con delicadeza, la yegua cruzó un arroyo —unos centímetros de agua plateada que fluía con fuerza—, para bajar después por una serie de rocas escalonadas. Morath aflojó las riendas para que el animal encontrara solo el camino. Fue un anciano caballero magiar el que le enseñó que cualquier caballo puede ir adonde quiera el jinete sin necesidad de usar las manos.

Morath mantuvo el equilibrio, colocó bien el maletín sobre la silla, y tiró suavemente en un leve reproche cuando la yegua vio algo que quería para desayunar.

—Esos modales —le susurró. ¿Habría húngaro la yegua? Era un équido de Transilvania, debía de hablarlo.

Más adelante, el mozo de cuadras de Hrubal cabalgaba sobre su caballo bayo. Morath se detuvo un momento y empezó a silbar suavemente. El mozo se dio media vuelta sobre la silla para mirar hacia atrás. Morath creyó haber oído otros caballos, no muy lejos de allí, pero cuando se paró a escuchar con atención, no oyó nada. Avanzó hasta donde estaba el mozo de cuadras y se lo preguntó.

—No, excelencia —le dijo el mozo—. Creo que estamos solos.

—Cazadores quizá.

El mozo se concentró en escuchar los ruidos y luego negó con la cabeza.

Siguieron cabalgando. Morath se fijó en un banco de neblina que se deshacía sobre la ladera de una montaña. Se miró el reloj. Eran poco más de las doce del mediodía. El mozo de cuadras llevaba una cesta de pícnic con emparedados y cervezas. Morath tenía hambre, pero decidió seguir montando a caballo una hora más.

En el bosque, por encima de donde estaba Morath, en una suave loma, se oyó el relincho de un caballo que se interrumpió de forma brusca, como si alguien le hubiera puesto la mano en el bozal.

Otra vez Morath avanzó hasta donde estaba el mozo.

—Seguro que ha oído usted eso.

—No, excelencia, no he oído nada.

Morath le miró fijamente. Tenía una cara angulosa, con el pelo y la barba muy cortos, y había algo en su voz, algo sutil pero innegable, que transmitía cierto desafío: «He optado por no oírlo».

—¿Va usted armado?

El mozo se llevó la mano al interior de la camisa y sacó una gran pistola, después la guardó. Morath quería verla de cerca.

—¿Sabe usarla? —le preguntó.

—Sí, excelencia.

—¿Me deja verla un momento?

—Perdóneme, excelencia, pero debo negarme.

Morath sintió que el calor le subía al rostro. Le iban a asesinar para robarle el dinero, y sintió mucha ira. Tiró con fuerza de las riendas y apretó las espuelas contra los flancos del animal. La yegua aceleró el paso; se oyó el quebrarse de las hojas secas bajo los cascos cuando subió al galope por la loma. Morath miró para atrás y vio que el mozo de cuadras le seguía sin dificultad para equipararse a su ritmo. Pero no vio ninguna pistola, y dejó que la yegua aminorara la marcha hasta el ritmo de paseo.

—Puede marcharse si quiere —le gritó al mozo de cuadras—. Seguiré solo — Morath respiraba con dificultad después del galope.

—No puedo, excelencia.

«¿Por qué no me dispara y acaba de una vez?». Morath dejó que la yegua bajara por la colina. Algo le hizo mirar para atrás una vez más y vio, entre los desnudos árboles, un caballo y un jinete, y luego otro, que subían por la ladera. Cuando se dieron cuenta de que los había visto, se pusieron a cubierto con los caballos, pero no parecía que tuvieran mucha prisa. Morath pensó en tirar el maletín, pero para entonces ya sabía que daba igual. Gritó al mozo de cuadras:

—¿Quiénes son sus amigos? —Casi con sorna en la voz, pero el hombre no le contestó.

Unos minutos después, llegó a la carretera. Era una construcción de época romana, con los grandes bloques de piedra horadados y gastados durante siglos por

los cascos de los caballos y el tráfico de carruajes. Morath giró en dirección a Koloszvar. Cuando volvió la vista hacia el bosque, logró ver durante breves instantes a los otros jinetes, que le seguían al mismo ritmo. El que iba inmediatamente detrás de él era el mozo de cuadras en su caballo bayo.

Cuando oyó el traqueteo del motor de un automóvil, Morath se detuvo y apretó las espuelas contra los sudorosos costados de la yegua. Era un noble animal. Le había respondido hasta el límite de sus fuerzas, y confió en que no le dispararan también a ella. El automóvil era un Citroën viejo que salió de un bosquecillo de abedules hasta el lateral de la carretera. Las puertas y los tapacubos de las ruedas estaban manchados de barro. Cruzaba el parabrisas una mancha de barro de cuando el conductor había intentado limpiarlo con la única escobilla que tenía aquel modelo.

El Citroën se detuvo con un fuerte chirrido de los frenos, y salieron dos hombres del interior, ambos fornidos y de poca estatura. Llevaban sombreros de paja, trajes oscuros y camisas blancas sucias, abotonadas hasta la garganta. «La Siguranza», pensó Morath. La policía secreta rumana. Era obvio que estaban esperándole.

—Bájese —dijo el conductor.

Habló en húngaro, aunque incorrectamente. Morath tardó en desmontar más de lo que pretendía. El hombre que había ocupado el asiento del pasajero en el coche se abrió la chaqueta y le enseñó la culata de una pistola automática que llevaba en una funda colgada al hombro.

—Si quiere que le disparemos, estaremos encantados de hacerle ese favor —dijo—. Tal vez sea una cuestión de honor o algo así.

—No se molesten —dijo Morath.

Se bajó de la yegua y la sujetó de la brida. El conductor se acercó y le cogió el maletín. Aquel hombre tenía algo que puso nervioso al animal, pues sacudió la cabeza y empezó a golpear con los cascos las piedras de la carretera. El conductor abrió el maletín y miró en su interior, después llamó al mozo de cuadras.

—Ya te puedes ir, Vilmos. Llévate este caballo.

—Sí, excelencia —dijo el mozo, que estaba muy asustado.

—Y mantén la boca cerrada.

Morath le vio adentrarse en el bosque, llevando a la yegua de las riendas.

Los hombres de la Siguranza le ataron las muñecas con un trozo de cuerda y le metieron a empujones en la parte de atrás del coche, después hicieron bromas mientras se oían los chirridos del motor hasta que arrancó. Hablaron entre ellos un rato más —Morath no entendía el rumano, pero oyó la palabra «Bistríta», una ciudad pequeña situada al norte de Koloszvar—. Mientras el coche avanzaba a trompicones por la carretera, abrieron el maletín y se repartieron la ropa interior de Morath y su neceser con las cosas de afeitarse. Los dos hombres discutieron acerca de la camisa de repuesto de Morath, pero el conductor cedió enseguida. Entonces el otro se dio la vuelta y se quedó mirando a Morath. No se había afeitado en varios días y se le veía la sombra negra y gris en el rostro.

Se encaramó sobre el asiento, con el cuerpo vuelto hacia Morath, y le dio una bofetada. Después le dio otra, más fuerte. El conductor se rio. Su compañero se sentó otra vez en el asiento y se ladeó para verse en el retrovisor y colocarse bien el ala del sombrero.

Morath no sintió ningún dolor cuando le dio las bofetadas; lo que le dolía eran las muñecas justo donde había intentado romper la cuerda cuando el hombre de la Siguranza le había golpeado. Más tarde, cuando logró vérselas con calma, vio que estaba sangrando.

Bisritra formó parte del Imperio Otomano hasta 1878 y no había cambiado mucho desde entonces. Calles polvorientas y tilos, edificios de estuco pintados de amarillo y verde claro, con tejados de pizarra en las mejores casas. Había cruces católicas montadas sobre las cúpulas de las antiguas mezquitas; las mujeres que iban por la calle mantenían la mirada hacia el suelo, al igual que los hombres.

El Citroën paró frente a la comisaría de policía. Los dos hombres sacaron a Morath por los codos y le obligaron a entrar a empujones. Él se esforzó por no caerse. Después le golpearon por las escaleras, a lo largo del pasillo y hasta la puerta de la celda. Cuando le cortaron la cuerda que le ataba las muñecas, le pasaron la navaja por la espalda de la chaqueta. Uno de ellos hizo una broma, el otro emitió una leve risa. Después le vaciaron los bolsillos, le quitaron las botas y los calcetines, la chaqueta y la corbata y le metieron en la celda; cerraron de golpe la puerta de hierro y echaron el cerrojo.

En la celda había una negra oscuridad, no tenía ventanas y los muros rezumaban aire frío. Había un colchón de paja, un cubo y un par de argollas oxidadas en la pared. Las habían utilizado para poner cadenas, en 1540 o tal vez la noche anterior. Le llevaron un arenque escabechado que prefirió no comerse por la terrible sed que tenía; en la bandeja también había un trozo de pan y un vaso de agua. En la habitación que estaba directamente sobre la celda, Morath pudo oír a alguien que la recorría de un lado a otro.

«Heidelberg, las casas con las vigas de madera, el puente sobre el Neckar». Cuando estuvo en Eotvos, había ido a escuchar las conferencias de Schollwagen sobre Aristófanes. Y —era a finales de febrero—, simplemente para ir a alguna otra parte, a un *Weinstube*, con Frieda. Pelo rizado, amplias caderas y una risa maravillosa. Todavía le sonaba en el oído.

Fue una historia de amor de dos días de duración y hacía ya mucho tiempo que había pasado, pero guardaba en su memoria cada minuto y, de vez en cuando, se complacía en el recuerdo. Porque a aquella mujer le gustaba hacer el amor de todas las formas posibles y temblaba de excitación. Él tenía diecinueve años, creía que las

mujeres hacían aquellas cosas como favores, tal vez, cuando te querían, el día de tu cumpleaños, o si le pagabas una tarifa especial a alguna prostituta.

Se oyó un fuerte golpe en el piso inmediatamente superior. «Un saco de harina que ha caído al suelo». Cara no tenía un especial interés por las *choses affreuses*. Las habría hecho, habría hecho cualquier cosa por ser sofisticada y chic, eso era lo que más le gustaba. ¿Lo habría hecho con Francesca? A Cara le gustaba tomarle el pelo insinuándole que lo había hecho, porque sabía que a él le interesaba. «Otro saco de harina». Este gritó al golpear el suelo.

«Que los jodan», les dijo.

Había pensado en ver a Eva Zameny en Budapest, su antigua prometida, la que abandonó a su marido. Sí que era guapa. Ningún otro país daba mujeres que tuvieran aquel aspecto. No tenía mucho que recordar con Eva, solo algunos besos apasionados en la entrada de la casa de ella. Solamente una vez llegó a desabotonarle la blusa. Ella le había contado que de jovencita había querido hacerse monja. Iba a misa dos veces al día porque le daba paz, solía decir, y no hacía nada más.

Si se hubiera casado con Eva, tendría dos, tres o cuatro hijos. Trabajaría de abogado, todo el día entre testamentos y contratos. Los viernes por la noche irían a cenar a casa de la madre de Morath, y los domingos al mediodía, a comer a casa de la madre de ella. Harían el amor los sábados por la noche bajo un edredón de plumas durante el invierno húngaro. En verano alquilarían una cabaña en el lago Balaton. Tendría su cafetería favorita, un club de caballeros, un sastre. ¿Por qué no le había gustado vivir de ese modo?

¿Por qué realmente?

No estaría en un calabozo rumano de haberle gustado ese otro estilo de vida. ¿Quién le había traicionado?, se preguntaba una y otra vez. ¿Y tendría en algún momento —¡ojalá!— la oportunidad de saldar esa cuenta? ¿Habría sido alguno de los huéspedes que estaban en la casa de Hrubal? ¿Duchazy?

«Para». Frieda otra vez: pelo rizado, amplias caderas, risa deliciosa.

—Mala suerte, *monsieur* Morath. Para usted y para nosotros. Solo Dios sabe cómo vamos a deshacer este entuerto. ¿Se puede saber qué demonios estaba usted pensando?

Aquel hombre era también de la Siguranza, pensó Morath, pero de rango muy superior. Iba bien afeitado y bien perfumado y hablaba bien el francés.

El hombre apoyó los codos en el escritorio y juntó las yemas de los dedos. Le dijo a Morath que era culpable de algunos delitos técnicos. Pero ¿a quién le preocupaba eso? A él no, desde luego. Aun así, ¿qué demonios estaba haciendo con todo ese dinero? ¿Jugando a la política húngara, la minoritaria? ¿En Rumania?

—¿No podía usted haber asesinado a alguien? ¿Haber asaltado un banco? ¿Haber quemado una iglesia? No. Usted tenía que complicarse más la vida, justo un sábado por la mañana, cuando se supone que yo juego al golf con mi suegro.

Sí, así era Rumanía, *douce décadence*, *Byzance après Bizance*, qué cierto era aquello. No obstante, también tenían leyes.

Morath asintió con la cabeza, él ya lo sabía. Pero ¿qué ley exactamente era la que había vulnerado?

Superado por la situación, el agente de la Siguranza no sabía qué contestar: demasiadas, unas pocas, unas antiguas, otras nuevas, alguna que se estaba creando justamente en ese momento...

—Hablemos de París. Les he dicho que le traigan un café con un bizcocho —se miró el reloj—. Han ido a por el café al otro lado de la plaza.

En eso, el agente envidiaba a Morath, incluso era capaz de admitirlo. Un hombre de su clase y con sus relaciones debía de disfrutar enormemente de los placeres de aquella maravillosa ciudad. Sin duda conocía, no había por qué negarlo, a personas de lo más estimulante: generales franceses, emigrados rusos, diplomáticos... ¿Conocía a *monsieur X*, a *Herr Y* o al señor *Z*? ¿Qué podía contarle del coronel «nosequé» que trabajaba en la embajada británica? ¿No le conocía? Pues entonces tendría que conocerle. Según decían, era un tipo muy divertido.

Morath le dijo que no.

¿No? ¿Y por qué no? Sin duda Morath era el tipo de caballero que podría conocer a quien quisiera. ¿Cuál era el motivo...? ¿Era una cuestión de dinero? No quería ser indiscreto, pero quizá se le acumulaban las facturas, y gente molesta no paraba de enviarle insultantes cartas. Contraer muchas deudas era una ocupación de tiempo completo.

«Una afición de toda la vida». Pero Morath no llegó a decirlo.

La vida no tenía por qué ser tan dura, le dijo el oficial. Por ejemplo, él mismo tenía amigos en París, hombres de negocios, que siempre andaban buscando el asesoramiento de alguien como Morath.

—Y, créame, el dinero no es ningún problema.

Entró un policía con una bandeja en la que llevaba dos tazas, una cafetera de zinc y un gran bizcocho. Morath cogió un trozo; estaba dorado y era muy dulce.

—Seguro que toma usted esto mismo todas las mañanas, en casa —dijo el agente. Morath sonrió.

—Como usted bien sabe, viajo con un pasaporte diplomático húngaro.

El oficial asintió con la cabeza al tiempo que se limpiaba las migas de la barbilla.

—Querrán saber qué ha pasado conmigo.

—Sin duda. Nos mandarán una nota, y nosotros les enviaremos otra. Luego ellos nos mandarán otra más, y así sucesivamente. Es un proceso muy pausado este de la diplomacia. Está bien pensado.

Morath pensó un momento en aquellas palabras.

—Aun así, mis amigos se preocuparán, y querrán ayudarme.

El oficial le miró fijamente para dejar claro que tenía muy mal carácter, violento incluso. Morath le había propuesto un soborno, y a él no le había gustado.

—Hemos sido muy educados con usted —«hasta ahora».

El agente volvió a adoptar su cara amable.

—Para mí ha sido un placer —dijo—. No tenemos ninguna prisa por encerrarle. Pasar veinte años en una cárcel rumana no le hará ningún bien, y a nosotros no nos sirve de nada. Sería mucho mejor que le dejáramos en la frontera en Oradea. «Adiós, buena suerte, buen viaje...». Pero eso depende de usted.

Morath indicó que comprendía lo que le estaba diciendo.

—Tal vez deba pensarlo un poco.

—Haga usted lo que más le convenga —dijo el oficial—. Volveré mañana.

En la habitación de arriba, no cesaban los pasos. Fuera, había tormenta. Oyó los truenos y el golpear de la lluvia. El suelo se cubrió de un centímetro de agua; después dejó de llover. Morath se tumbó en el colchón de paja y se quedó mirando al techo. «No me han matado ni me han quitado el dinero». Para los dos agentes de la Siguranza que lo habían arrestado suponía una fortuna, una vida entera en la Riviera francesa. Pero estaban en Rumanía («besa la mano que no puedas morder»), y habían hecho lo que les habían dicho que hicieran.

A ratos se quedaba dormido. El frío lo despertaba, y las pesadillas. Incluso después de despertarse seguía teniendo pesadillas.

Por la mañana le llevaron a una habitación del piso de arriba, probablemente sería la oficina, pensó, del jefe de la policía de Bistrita. En la pared había un calendario, con vistas panorámicas de Constanta, en la costa del mar Negro. Sobre el escritorio había una fotografía enmarcada en la que se veía a una mujer de cabello y ojos oscuros sonriendo. Y una foto oficial del rey Carol, vestido con el uniforme blanco del ejército, banda y medallas, colgaba de la pared.

Por la ventana Morath contempló la vida de la plaza. En los puestos del mercado, había mujeres comprando el pan, cargadas con bolsas de red llenas de verduras. Delante de la fuente había un cantante callejero húngaro, un hombre gordo de aspecto cómico, que cantaba como un tenor de ópera, extendiendo los brazos, una vieja canción de los *Nachtlokals*:

Espérame, te lo ruego, espérame,
aun cuando las noches sean largas,
dulce paloma mía,
te lo ruego, espérame.

Cuando alguien le tiraba una moneda en el sombrero aplastado que había puesto

en el suelo delante de él, sonreía y asentía con la cabeza, sin perder el ritmo ni un solo instante.

El que entró en la oficina fue el coronel Sombor, que cerró la puerta tras de sí. Con su brillante cabello negro en forma de sombrero y sus oblicuas cejas, Sombor iba vestido con un traje de color verde intenso y una corbata de la que pendía una corona dorada. Serio y con los labios apretados, saludó a Morath y movió varias veces la cabeza con aire grave. «Y ahora, mire usted lo que ha hecho». Tomó asiento en la silla giratoria que estaba junto al escritorio, y Morath se sentó frente a él.

—En cuanto me enteré, tomé el primer avión —dijo Sombor—. ¿Se encuentra usted bien?

Morath iba sucio, sin afeitarse y descalzo.

—Juzgue usted mismo.

—Pero ¿no le han hecho nada?

—No.

Sombor se sacó del bolsillo un paquete de Chesterfield y una caja de cerillas, y los puso sobre el escritorio. Morath le quitó el papel de celofán al paquete, sacó un cigarrillo y lo encendió; echó una gran bocanada de humo con la primera calada.

—Cuénteme lo que pasó.

—Estaba en Budapest y vine a Rumanía a ver a un amigo; entonces me arrestaron.

—¿La policía?

—La Siguranza.

Sombor hizo un gesto de preocupación.

—Bueno, le sacaré de aquí dentro de un día o dos, no se preocupe por eso.

—Realmente se lo agradecería.

Sombor sonrió.

—No podemos permitir que les ocurran cosas así a nuestros amigos. ¿Tiene alguna idea de lo que andan buscando?

—La verdad es que no.

Sombor recorrió el despacho con los ojos y después se puso de pie, fue hasta la ventana y se quedó mirando a la calle.

—Llevo tiempo queriendo hablar con usted —dijo Morath—. Esperó.

—Este trabajo que tengo —continuó Sombor—, cada día me exige más —se volvió hacia Morath—. Europa está cambiando. Es un mundo nuevo y nosotros formamos parte de él querámoslo o no; puede que ganemos o que perdamos, según cómo juguemos nuestras cartas. Los checos, por ejemplo, han perdido. Confiaron en la gente equivocada. Supongo que estará usted de acuerdo conmigo.

—Sí.

—Ahora escúcheme, Morath, debo ser franco con usted. Sé quién es y lo que piensa: Kossuth, las libertades civiles, la democracia, todo ese idealismo tan acogedor cuando uno se queda en la sombra. Tal vez yo no esté de acuerdo, pero qué más da.

Ya conoce usted el viejo dicho: «Que se preocupen los caballos por la política, que para eso tienen la cabeza más grande». ¿No es verdad?

—Sí, es verdad.

—Yo tengo que ver el mundo de forma práctica, no tengo tiempo para dedicarme a filosofar. Pero siento el mayor de los respetos por el conde Polanyi. Él también es realista, quizá más de lo que usted se imagina. Hace lo que tiene que hacer, y usted le ayuda. Lo que quiero decir es que no es usted ninguna virgen.

Sombor esperó a recibir alguna respuesta.

—¿Y? —dijo Morath, con voz queda.

—Lo mismo que yo he venido a ayudarle, me gustaría que usted me ayudara a mí. Que ayudara a su país. Espero que esto no vaya contra sus principios.

—En absoluto.

—Tendrá usted que mancharse las manos, amigo mío. Si no es hoy, será mañana, tanto si le gusta la idea como si no. Créame, ha llegado el momento.

—¿Y si digo que no?

Sombor se encogió de hombros.

—Tendremos que aceptar su decisión.

La cosa no acabó ahí.

Morath se tumbó sobre la húmeda paja y se quedó mirando la oscuridad. Fuera, pasó un camión que rodeó lentamente la plaza. Minutos más tarde volvió, se detuvo un momento frente a la comisaría y después se alejó.

Sombor se lo había explicado todo con detalle. Si le quedaba alguna luz en los ojos, se le había apagado como una vela, pero la voz no le había cambiado un ápice. «Sacarle a usted de aquí tal vez no sea sencillo. Pero no se preocupe, haremos todo lo posible». La cárcel de Iasi, la cárcel de Sinaia. Obligaban a los presos a estar de cara a la pared durante setenta y dos horas.

De cena, le llevaron otro arenque escabechado. Probó un trozo pequeño solo para ver a qué sabía. Se comió el pan y se bebió el té frío. Le habían quitado el paquete de tabaco y las cerillas al llevarle otra vez a la celda.

«Nada más enterarme, tomé el primer avión». Aunque dicho de manera informal, había sido suficiente. En la legación de París había dos aviones Fiesler-Storch que los alemanes les vendieron a los húngaros después de una interminable y angustiosa negociación y después de sabe Dios qué favores. «Soy más importante de lo que usted cree», había querido decir Sombor. «Ordeno cuándo puede utilizarse el avión de la legación».

Cuando Sombor se levantó para marcharse, Morath dijo:

—Le contará usted al conde Polanyi lo que ha pasado.

—Naturalmente.

Sin duda Polanyi jamás llegaría a enterarse. *Nacht und nebel*, la frase favorita de

Hitler, noche y niebla. Un hombre se marchó de su casa por la mañana y nunca volvió a saberse nada de él. Morath se esforzaba denodadamente («piensa solo en la hora siguiente»), pero la desesperación empezaba a embargarle y no lograba quitársela de encima. Petoffi, el poeta nacional húngaro, decía que los perros siempre estaban bien cuidados mientras que los lobos se morían de hambre, pero solo los lobos eran libres. Por tanto, allí en aquella celda o en cualquier otra adonde pudieran llevarle, estaba la libertad.

Vinieron a buscarle al amanecer.

Se abrió la puerta y dos guardias le agarraron de los brazos, le llevaron hasta el rellano y le empujaron escaleras arriba. Apenas era de día, pero hasta los débiles rayos de luz le hacían daño en los ojos. Le devolvieron las botas, le encadenaron los pies, le esposaron las manos y le llevaron hasta la puerta principal, donde había un camión esperando. Dentro había otros dos prisioneros: uno era gitano; el otro, tal vez ruso, era un hombre alto con el pelo medio canoso y lágrimas azules tatuadas que le brotaban de los ojos.

Solo las mujeres que barrían la calle le vieron marchar. Por un momento se detuvieron, apoyadas sobre las escobas, hechas de panojas de carrizo. «Pobres muchachos, que Dios les ayude». Morath jamás lo olvidó.

El camión avanzaba tambaleándose sobre los adoquines. El gitano cruzó la mirada con Morath y respiró profundamente. Acababan de pasar junto a una panadería. No fue un trayecto largo, unos quince minutos. Llegaron a la estación de ferrocarril, donde había trenes que partían, Morath lo entendió a la perfección, hacia ciudades como Iasi o Sinaia.

Tres hombres encadenados y seis policías. Era algo que merecía la pena mirar cuando el tren en el que uno viajaba se detenía en Bistrita. Los pasajeros bajaban las ventanas para ver el espectáculo. Un representante de comercio, a juzgar por su aspecto, pelaba una naranja y tiraba las cáscaras al andén. Una mujer con un casquete en la cabeza y un velo oscuro que le ocultaba los ojos miraba con las manos apoyadas en el cristal de la ventana. Otros rostros resultaban pálidos con los primeros rayos de la mañana. Un hombre hizo una broma, y su amigo se rio. Una niña miraba a Morath con los ojos muy abiertos, sabiendo que no la iban a regañar por mirarle tan fijamente. Un hombre que iba vestido con un abrigo sobrio y elegante, con el cuello de terciopelo, asintió con la cabeza al mirar hacia Morath como si le conociera.

Después, el caos. ¿Quiénes eran? Durante unos momentos que se sucedieron como a cámara lenta, aquella preguntase apoderó de la mente de Morath. No venían de ninguna parte. Se movían con demasiada rapidez, gritando en... ¿Era ruso? ¿Polaco? Alcanzaron al policía que estaba sentado junto a Morath. Primero se oyó el impacto, luego un grito y de inmediato el policía se levantó, con la mano sobre la funda de la pistola. Un hombre que llevaba una gorra salió de una nube de vapor

expulsada por la locomotora. Era una mañana fría, cubierta de escarcha, y el hombre llevaba una bufanda enrollada al cuello, con los extremos dentro de la chaqueta y el cuello del abrigo levantado. Miró a Morath detenidamente, durante un rato que resultó bastante largo, movió el arma ligeramente hacia un lado y disparó. Varios pasajeros gritaron. Para Morath, el sonido fue claro como una campana.

El prisionero ruso sabía. Quizá demasiado, pensó Morath más tarde. Se tumbó todo lo largo que era en el suelo del andén y se cubrió la cabeza con las manos esposadas. Tal vez fuera un reo de toda la vida, que sabía que aquello no era, lamentablemente, por él; sus dioses no eran tan poderosos. El gitano gritó a un hombre que llevaba la cara tapada con un pañuelo y le extendió los brazos para enseñarle las muñecas. ¡Libérame! Pero el hombre le apartó a un lado. El gitano estuvo a punto de caerse, luego intentó huir, dando pequeños pasos mientras la cadena de sus tobillos se arrastraba por el cemento.

En medio del tiroteo, casi se olvidaron de Morath. Él estaba solo, de pie, contemplando la escena. Un detective, al menos un hombre trajeado y que llevaba un revólver en la mano, pasó corriendo y luego giró la cabeza hacia Morath, con expresión de nerviosismo e incertidumbre, pensando que había que hacer lo correcto. Vaciló, empezó a levantar el arma, cerró los ojos, se mordió el labio inferior y se sentó. En aquel momento ya sabía lo que tenía que hacer, pero era demasiado tarde. La pistola se movió tan solo unos centímetros, empezó a brotarle sangre de un agujero rojo en la frente y, despacio, el hombre cayó al suelo. Unos metros más adelante, yacía en el suelo el maquinista con la espalda apoyada en una rueda del vagón del carbón. Tenía en los ojos una mirada que Morath conocía bien. Se estaba muriendo.

En aquel momento llegó un coche negro que conducía muy lentamente por el andén. Al volante iba un muchacho, de no más de trece años, con la cara pálida y agarrotada por la concentración. Paró el coche, mientras el hombre de la gorra agarró a otro por el cuello de la chaqueta y le empujó hacia la parte de atrás del vehículo. Abrió la puerta y se sentó él también en el asiento trasero. En medio de todo aquello, no paraban de oírse gritos y disparos, Morath no daba crédito a que hubiera alguien tan fuerte.

—¡Muévete, idiota! —Aquellas palabras en alemán, pronunciadas con un acento eslavo tan marcado que Morath tardó un momento en comprender. El hombre le agarró del brazo como una garra de acero. Tenía la nariz aguileña, el rostro oscuro y un cigarrillo sin encender entre los labios—. Al camión, ¿de acuerdo? —dijo—. ¿De acuerdo?

Morath se movió tan rápidamente como pudo. Detrás de él, se oyó un grito en húngaro que salió del tren. Era una mujer, fuera de sus casillas, que les decía a chillidos que eran todos unos brutos, unos animales, que dejaran ya de una vez de enloquecer al mundo y que se fueran al infierno y se quemaran allí. El hombre que estaba al lado de Morath perdió la paciencia —cada vez sonaban más cercanas las

sirenas a lo lejos—, y arrastró a Morath hasta el camión. El conductor se acercó a ayudarlo y Morath entró como pudo en la fila de asientos de pasajeros hasta que logró sentarse y ponerse erguido.

El conductor era un hombre mayor con barba y una cicatriz que le cruzaba los labios. Apretó cuidadosamente el acelerador; el motor se avivó y después dejó de responder.

—Muy bien —dijo.

—¿Es usted húngaro?

El hombre negó con la cabeza.

—Lo aprendí en la guerra.

Apretó el embrague hasta el fondo, al tiempo que el hombre de la gorra corría hacia el camión y le indicaba que avanzara, moviendo bruscamente el arma.

—Venga, muévete.

—Sí, sí, ya —dijo el conductor, esta vez en ruso.

Movió hacia delante la palanca de cambios y, al cabo de un momento, el motor volvió a reaccionar. El conductor dirigió a Morath una mirada de complicidad. Morath asintió con la cabeza.

Empezaron a avanzar despacio por la calle de detrás de la estación. En la esquina había un coche de policía parado, con las puertas abiertas. Morath oyó el ruido del tren saliendo de la estación; al final el maquinista había recobrado el sentido. Pasó a toda velocidad un Sedan negro, con las ruedas chirriando sobre el asfalto, giró frente a ellos y después aminoró la marcha. El conductor del Sedan sacó la mano por la ventanilla y les indicó que adelantaran. En la calle siguiente, el Sedan aceleró, giró bruscamente y se alejó a toda velocidad.

Tardaron poco en salir de Bistrita; entonces la carretera se estrechó y se convirtió en un camino lleno de barro que transcurría primero junto a una serie de granjas abandonadas y pueblos, para adentrarse después en el bosque de Transilvania. A la caída de la tarde, pese al hierro frío que le apretaba las muñecas y los tobillos, Morath se quedó dormido. Cuando se despertó todo estaba oscuro. Vio un campo cubierto de escarcha y la luz de la luna. El conductor se inclinaba hacia delante sobre el volante para ver por dónde seguía el camino.

—¿Dónde estamos? —preguntó Morath.

El conductor se encogió de hombros como elocuente respuesta. Agarró un trozo de papel marrón de encima del salpicadero y se lo entregó a Morath. Había un montón de rayas cruzadas a lápiz, con anotaciones en alfabeto cirílico garabateadas en el margen.

—Entonces, ¿dónde estamos?

Morath no tuvo más remedio que reírse.

El conductor se rio también. Tal vez encontrarán su camino, tal vez no, pero la

vida continuaba.

El camión subió por una larga colina, con las ruedas deslizándose por los surcos helados y el conductor cambiando sin cesar las marchas.

—Es como un tractor —dijo.

A lo lejos Morath vio una luz brillante que aparecía y desaparecía entre los árboles. A los pocos minutos, resultó ser una construcción baja de piedra en el cruce de dos antiguos caminos, con lámparas de aceite en las ventanas. Era una posada, según indicaba el letrero de madera que colgaba de unas cadenas sobre la puerta.

El conductor esbozó una sonrisa de victoria, llevó el camión hasta un llano, en el patio de adoquines, y apretó varias veces el claxon, lo que hizo que aparecieran dos mastines ladrando al galope a la luz de los faros y un posadero que llevaba un delantal de cuero y una tea en una mano.

—Bienvenidos a esta casa —dijo informalmente, en húngaro.

Era un hombre pausado, orondo y jovial. Llevó a Morath a las cuadras, dejó la tea en un soporte y, con el martillo y el cincel, le quitó las cadenas y las esposas y las tiró. Según iba rompiendo el metal, el rostro se le iba cubriendo de tristeza.

—Lo mismo le pasó a mi abuelo —explicó, mientras ponía la cadena encima de un yunque—. Y al suyo.

Cuando acabó, llevó a Morath a la cocina, le sentó delante del hogar y le sirvió un vaso grande de *brandy* y una porción de pastel de maíz. Una vez hubo comido, le llevó a una habitación que estaba junto a la cocina, y allí Morath se quedó profundamente dormido.

Cuando se despertó, el camión se había ido. El posadero le dio una chaqueta vieja y una gorra de visera. Más tarde aquella misma mañana, Morath se sentó junto a un agricultor en un vagón de tren y entró en territorio húngaro atravesando un campo de heno.

A Morath siempre le habían gustado los meses de noviembre en París. Llovía, pero hacía calor en los restaurantes, el Sena estaba oscuro, las farolas doradas y las nuevas aventuras amorosas de la temporada todavía eran nuevas. El mes de noviembre de 1938 empezó bien cargado, *tout Paris* extasiado con la posibilidad de no ir a la guerra. Pero entonces, en la *Kristallnacht*, la noche del 9 de noviembre, y en las relucientes toneladas del cristal judío hecho añicos podía interpretarse, con más claridad de la que nadie deseaba, lo que se avecinaba. Aun así, no iba a ocurrir allí. «Dejemos que Hitler y Stalin se degüellen el uno al otro —era el pensamiento de aquella semana—; nosotros iremos a Normandía a pasar el fin de semana».

Morath quedó con su tío en una casa de comidas del barrio de Clichy. Había pasado dos días en Budapest recolectando dinero y escuchando las desgracias del pobre Szubl con la chica pelirroja que conoció en el club nocturno. Después los dos habían escondido el dinero en un violonchelo y habían cogido el expreso de la noche

de vuelta a París. Por el momento, Morath era un hombre con bastante más de dos millones de pengos en el armario.

Era obvio para él que el conde Polanyi había decidido empezar a beber antes del almuerzo. Cuando iba a sentarse, tropezó con la mesa de al lado, estuvo a punto de causar un accidente con la sopa y recibió la inquietante mirada de la dueña del local.

—Parece que los dioses me persiguen hoy —dijo, despidiendo un fuerte olor a coñac.

No eran los dioses. Las bolsas de debajo de los ojos le habían aumentado de forma alarmante y se le habían oscurecido.

Polanyi miró atentamente el menú escrito en tiza que había en la pizarra.

—*Andouillette* —dijo.

—He oído que has estado fuera —dijo Morath.

—Sí, vuelvo a ser un hombre con una casa en el campo, lo que queda de ella.

El 2 de noviembre, la comisión de Viena —Hitler— había concedido a Hungría, en pago a su apoyo a Alemania durante la crisis de los Sudetes, los distritos magiars del sur de Checoslovaquia. Treinta y un mil kilómetros cuadrados de terreno, un millón de personas; la nueva frontera iba desde Pozsony y Bratislava por toda la parte oriental hasta Rutenia.

Llegó el camarero con una jarra de vino y un plato de caracoles.

—¿Tío Janos?

—¿Sí?

—¿Qué sabes de lo que me ocurrió en Rumanía?

Por la expresión de Polanyi, era evidente que no quería hablar de ese tema.

—Tuviste dificultades y hubo que ocuparse de ellas.

—Y eso es todo.

—Nicholas, no te enfades conmigo. Podemos decir que, básicamente, tuviste suerte. Si me hubiera ido al campo dos semanas antes, te podríamos haber perdido para siempre.

—Pero te enteraste de algún modo.

Polanyi se encogió de hombros.

—¿Te enteraste de que apareció Sombor en la comisaría de Bistrita?

Su tío levantó una ceja, pinchó un caracol y se lo comió, dejando caer mantequilla de ajo sobre la mesa.

—¿Ah, sí? ¿Y qué quería?

—A mí.

—¿Y te dejaste coger?

—No.

—¿Entonces dónde está el problema?

—Quizá Sombor sea el problema.

—Sombor es Sombor.

—Actuó como si fuera el dueño del mundo.

—Lo es.

—¿Él fue el responsable de lo que me ocurrió?

—Vaya idea interesante. ¿Qué harías si fuera él el responsable?

—¿Qué sugieres?

—Matarle.

—¿Hablas en serio?

—Mátale, Nicholas, o deja de amargarme el almuerzo, una de dos, haz el favor.

Morath se sirvió vino y encendió un Chesterfield.

—¿Y la gente que me rescató?

—*Tris cher*, Nicholas.

—¿A quién debo darle las gracias?

—Fue alguien que me debía un favor. Ahora yo le debo uno a él.

—¿Ruso? ¿Alemán?

—¡Esquimal! Mi querido sobrino, si vas a seguir interrogándome y poniéndome las cosas difíciles...

—Perdóname. Por supuesto que te estoy muy agradecido.

—¿Me puedo comer este último caracol? ¿Estás tan agradecido como para dejarme hacer eso?

—Eso como mínimo.

Polanyi introdujo el minúsculo tenedor en el caracol y frunció el ceño mientras se esforzaba por sacarlo de la concha. Después, durante unos momentos, puso una expresión muy triste.

—No soy más que un viejo húngaro gordo, Nicholas. No puedo salvar al mundo, me gustaría, pero no puedo.

En los últimos días de noviembre, Morath se embutió en su impermeable y caminó deprisa por las calles del Marais hasta el café Madine. Pensó que el local se había quedado como congelado en el tiempo. Vacío, como antes, a la luz de la gélida mañana, un gato dormía sobre el mostrador, mientras el *patron* esperaba a los parroquianos, con las gafas bajas sobre la nariz.

El patron, sospechó Morath, se acordaría de él. Pidió un café con leche y, cuando se lo sirvieron, se calentó las manos colocándolas alrededor de la taza.

—Estuve aquí una vez —le dijo al *patron*—. Fue en marzo, creo.

El *patron* le dirigió una mirada vacilante. «¿De verdad?».

—Conocí a un hombre mayor. No me acuerdo de su nombre, creo que no llegó a decírmelo. En aquella época, un amigo mío tenía problemas con su pasaporte.

El propietario del local asintió con la cabeza. Sí, esas cosas ocurrían de vez en cuando.

—Es posible. Antes solía venir por aquí un hombre como el que usted describe, de vez en cuando.

—Pero ya no.

—Le deportaron —dijo el propietario—. En verano. Tuvo un percance con la policía, pero después la cosa fue a mayores y lo mandaron de vuelta a Viena. Después, no sabría decirle.

—Me entristece lo que me cuenta —dijo Morath.

—A él también, sin duda.

Morath bajó la vista, sentía la altura del muro entre él y el *patron*, y comprendió que no había nada más que decir.

—Aquel hombre tenía un amigo, con una barba al estilo Vandyke. Me pareció muy educado. Nos conocimos en el Louvre.

—El Louvre.

—Sí.

El *patron* empezó a secar un vaso con un trapo, lo levantó a la luz y luego lo puso sobre la estantería.

—Hace frío hoy —dijo.

—Nevará esta noche.

—¿Usted cree?

—Se nota en el aire.

—Tal vez tenga razón —empezó a limpiar la barra con el trapo, para lo que levantó la taza de Morath, cogió en brazos al gato y lo depositó suavemente en el suelo—. Tienes que dejarme limpiar, *Sascha* —dijo.

Morath esperó, mientras se bebía la taza de café con leche. Por la calle pasó una mujer con un bebé en brazos, envuelto en una manta.

—Se está tranquilo aquí —dijo Morath—. Es muy agradable.

—Entonces debe usted venir más a menudo —el *patron* le lanzó una ácida sonrisa.

—Vendré. Quizá mañana.

—Aquí estaremos. Si Dios quiere.

A la mañana siguiente, esperó una media hora. Entonces apareció en el café una mujer, la que había recogido el dinero y, Morath se acordaba, le había dado un beso en las escaleras del museo.

—Está dispuesto a verle —le dijo la mujer a Morath—. Vaya mañana a las cuatro y cuarto a la estación de metro de Jussieu. Si él no está, pruebe al día siguiente a las tres y cuarto.

Si esa cita tampoco funciona, tendrá que buscarse otra manera.

La primera cita no funcionó. La estación estaba abarrotada de gente; si alguien le estaba mirando para asegurarse de que no había ningún detective cerca, Morath no vio nada. El segundo día esperó cuarenta y cinco minutos, después se dio por rendido. Cuando subía las escaleras para salir a la calle, se encontró con él de frente.

No tan elegante como Morath lo recordaba, seguía llevando la barba Vandyke y el traje de *tweed*, y algo en su aspecto sugería una afinidad con el mundo de la cultura comercial. «El marchante de arte». Al igual que en la ocasión anterior, le acompañaba un hombre con el rostro pálido y huesudo, que llevaba un sombrero cuadrado sobre la cabeza afeitada.

—Mejor cogemos un taxi —dijo el marchante de arte—. Hace demasiado frío para caminar.

Los tres hombres se metieron en la parte de atrás de un taxi que estaba parado en la acera.

—Llévenos al Ritz —dijo el marchante de arte. El conductor se rio. Condujo lentamente por la calle Jussieu y giró en la calle Cuvier.

—Entonces, cuénteme —dijo el marchante de arte—, sus amigos siguen teniendo problemas con la documentación.

—No, esta vez no —dijo Morath.

—Oh, entonces, ¿de qué se trata?

—Me interesa conocer a alguien del negocio de los diamantes.

—¿Quiere usted vender?

—Comprar.

—Algún detallito para su prometida.

—Exactamente. En una caja de terciopelo.

El conductor subió por la cuesta de la calle Monge. Del cielo cargado de nubes, cayeron unas gotas de lluvia; la gente que iba por la calle abrió los paraguas.

—Una compra sustancial —dijo Morath—. Lo mejor sería tratar con alguien que lleve mucho tiempo en el negocio.

—Y discreto.

—Sí, eso es fundamental. Pero quiero que comprenda que no hay ningún delito, nada de eso. Simplemente queremos que la operación pase desapercibida.

El marchante de arte asintió con la cabeza.

—No les interesa ningún joyero de la vecindad.

—No.

—¿Tiene que ser en París?

Morath lo pensó un instante.

—En la Europa occidental.

—Entonces es sencillo. Hoy necesitamos un trayecto en taxi y puede que mañana un viaje en tren. Así que, digamos, ¿unos cinco mil francos?

Morath se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta, sacó un fajo de billetes de cien francos y contó el dinero que le solicitaban, para luego guardarse el resto.

—Hay una cosa que debo decirle. El mercado de los diamantes de los refugiados no anda boyante. Si compró usted en Amsterdam hace un año, y mañana quiere vender en Costa Rica, se quedará usted muy decepcionado. Si piensa que mil quilates de valor son mil quilates, como la moneda de cualquier país normal, y que lo único

que tiene que hacer es un agujero en el tacón del zapato, se equivoca. La gente se piensa que funciona así, pero no es cierto. Desde Hitler, el mercado de las piedras preciosas es un buen sitio para perder la camisa. *F'shtai?*

—Comprendo —dijo Morath.

—Veamos, ¿quiere comprar un Vermeer?

Morath no pudo reprimir una carcajada.

—¿No? Entonces un Hals, uno pequeño. Cabe en un maletín. Y bueno también, yo respondo de ello. Usted no sabe quién soy yo, y ojalá que no lo sepa nunca, pero sé de lo que estoy hablando.

—Habla usted en serio.

—Sí.

—Necesita a alguien rico.

—No, esta semana no.

Morath esbozó una sonrisa de impotencia.

El hombre que tenía el rostro del color de la cera se quitó el sombrero y se pasó la mano por la cabeza. Después dijo, en alemán:

—Déjalo ya. Es un hombre con moral.

—¿Es verdad eso? —preguntó el marchante de arte—. ¿Es un hombre con moral? —Tomó el silencio de Morath por renuencia—. Ah, no quiere usted aprovecharse de ningún fugitivo.

El taxista se rio.

—Bueno, si alguna vez, Dios no lo quiera, tiene usted que huir para salvar la vida, entonces comprenderá. En ese tipo de situaciones el valor no importa. Lo que usted diría sería: «Coja el cuadro, deme el dinero, gracias y adiós». Cuando solo se tiene el objetivo de seguir con vida por la tarde, se comprende todo.

Durante un rato se hizo el silencio en el taxi. El marchante de arte le dio unas palmaditas a Morath en la rodilla.

—Perdóneme. Lo que usted necesita hoy es un nombre. Y va a ser el de Shabet. Es una familia hasídica, de Amberes, en el barrio de los diamantes. Hay hermanos, hijos, todos los parentescos posibles, pero cuando haces negocios con uno, es como si los hicieras con todos ellos.

—¿Se puede confiar en ellos?

—Puede usted confiarles la vida. Yo les confié la mía, y aquí estoy. —El marchante de arte le deletreó el nombre y añadió—: Por supuesto, necesitaré darles a ellos sus credenciales. ¿Cómo debo llamarle?

—André.

—De acuerdo. Deme unos diez días, tendré que enviar a alguien para allá. No es un asunto que deba tratarse por teléfono. Y, por si acaso, usted y yo necesitaremos una señal de confirmación. Vaya usted al Madine dentro de diez días. Si ve allí a la mujer, será que se ha llegado a un acuerdo.

Morath le dio las gracias y se estrecharon las manos. El hombre de la cara pálida

se tocó el ala del sombrero.

—Que tenga usted suerte, señor —dijo, en alemán.

El taxista paró junto a la acera, delante de una *charcuterie* que tenía en la puerta una diminuta estatua de un cerdo, que invitaba a entrar a los clientes moviendo una pezuña.

—*Voilà le Ritz!* —exclamó el taxista.

Emile Courtmain estaba sentado en su silla giratoria; se puso las manos por detrás de la cabeza y se quedó mirando a la avenida Matignon.

—Cuando lo piensas por primera vez, parece fácil, pero luego empiezas a trabajar y se convierte en algo muy difícil.

Había unos cuarenta dibujos a acuarela por todo el despacho, clavados con chinchetas en las paredes o sobre las sillas. «La vida francesa». Parejas de campesinos en los campos, a la entrada de las casas o sentados en carros. Como Millet, tal vez, una especie de Millet benigno y optimista.

También había papás y mamás parisinos, en el paseo del domingo junto a la noria, en el Arco del Triunfo. Parejas de amantes en un puente sobre el Sena, agarrados de la mano, ella con un ramillete de flores, él con su mejor traje, los dos mirando hacia el futuro. Un soldado, de regreso del frente, sentado a una mesa de cocina mientras su buena esposa le coloca una sopera delante. Aquel no era tan malo, pensó Morath.

—Demasiado suave —dijo Courtmain—. En el Ministerio querrán algo con más garra.

—¿Con algo de texto?

—Una palabra o dos. Mary se reunirá con nosotros dentro de un minuto. Algo como: «En un mundo en peligro, Francia se mantiene fuerte». Su finalidad es disipar el derrotismo, especialmente después de lo que ocurrió en Munich.

—¿Dónde se va a exponer?

—En los sitios habituales. En el metro, en los quioscos de la calle, en la oficina de correos.

—Será difícil disipar el derrotismo en una oficina de correos francesa.

Morath estaba sentado en una silla frente a Courtmain. Mary Day llamó suavemente al marco de la puerta, que estaba abierta.

—Hola, Nicholas —dijo, se acercó una silla, encendió un Gitanes y le entregó a Courtmain una hoja de papel.

—«Francia ganará» —dijo Courtmain, leyendo en voz alta, y luego se dirigió a Morath—. Esta frase no es de la pobre Mary.

Courtmain dirigió a la joven una afectuosa sonrisa. Mary Day sentía por aquella fatua frase el horror que hubiera sentido cualquier persona inteligente.

—Es del hombrecillo del Ministerio del Interior —explicó ella—. Se le ocurrió «una idea».

—Espero que paguen bien.

Courtmain puso un gesto que daba a entender que no pagaban demasiado.

—La publicidad también va a la guerra; no les podemos decir que no.

Mary Day volvió a coger la hoja que había entregado a Courtmain.

—«Francia para siempre».

—*Bon Dieu* —exclamó Courtmain.

—«Nuestra Francia».

Morath dijo:

—¿Y por qué no simplemente «La France»?

—Sí —dijo Mary Day—. Se sobreentiende el *Vive*. Eso fue lo que yo propuse al principio, pero no lo tuvieron en cuenta.

—Demasiado sutil —dijo Courtmain. Se miró el reloj—. Tengo que estar en la RCA a las cinco. —Se puso de pie, abrió su maletín y se aseguró de que tenía todo lo que necesitaba, después se arregló el nudo de la corbata—. ¿Le veré mañana? —preguntó, dirigiéndose a Morath.

—A eso de las diez —contestó él.

—Muy bien —dijo Courtmain. Le gustaba tener a Morath allí y quería que lo supiera. Se despidió de los dos y salió por la puerta.

Entonces Morath se quedó a solas en la habitación con Mary Day.

Hizo que miraba los dibujos y se esforzó por pensar en algo inteligente que decir. Ella le miró de reojo, mientras leía por encima sus propias anotaciones. Era hija de un oficial irlandés de la Royal Navy y de la artista francesa Marie D'Aumonville —extraordinaria combinación si uno se lo preguntaba a Morath o a cualquiera—. Tenía el caballete de la nariz salpicado de pecas, el cabello castaño, largo y suelto, y suplicantes ojos marrones. Apenas tenía pecho, y parecía una mujer divertida, irrespetuosa, despistada y extraña.

—Mary es un tipo especial de mujer —le había dicho Courtmain en cierta ocasión. A los dieciséis años, según él sospechaba, los chicos se morían por ella, pero les daba miedo preguntarle si quería acompañarlos al cine una tarde.

Morath sintió que ella sabía que la estaba mirando y se volvió hacia la ventana. Un momento después la joven levantó la vista y dijo:

—Bueno, más vale que nos pongamos a trabajar.

Morath estuvo de acuerdo.

—Y luego me invita usted a tomar una copa —ella empezó a juntar sus papeles—. ¿De acuerdo?

Morath se quedó mirándola fijamente. ¿Lo decía en serio?

—Será un placer —respondió, refugiándose en la formalidad—. ¿A las siete?

Como siempre, la joven esbozó una atribulada sonrisa.

—No está usted obligado a hacerlo, Nicholas —le estaba tornando el pelo.

—Quiero hacerlo —dijo él—. En Fouquet si le parece.

—Muy bien —dijo ella—. Será agradable. O en el sitio que hay a la vuelta de la

esquina.

—En Fouquet —dijo él, con tono definitivo—. ¿Por qué no?

Ella se encogió de hombros con aire cómico, sin saber por qué no.

—A las siete —dijo, un poco sorprendida de lo que acababa de hacer.

Caminaron deprisa entre la multitud, por los Campos Elíseos, mientras empezaban a caer los primeros copos de nieve en el aire de la noche. Ella andaba a grandes zancadas, con los hombros encorvados y las manos metidas en los bolsillos de lo que a Morath le pareció un extraño abrigo tres cuartos, de lana marrón con grandes botones forrados de tela marrón.

Fouquet estaba lleno de gente y ruidoso, rezumaba vida, tuvieron que esperar a que quedara libre una mesa. Mary Day se frotaba las manos para calentarse. Morath le dio tres francos al camarero y les encontró una mesa pequeña en un rincón.

—¿Qué va a pedir? —preguntó Morath.

Ella se quedó pensativa unos momentos.

—*Garçon, champagne.*

Ella puso una sonrisa burlona.

—Un vermú, tal vez. Un Martini rojo.

Morath pidió un *gentiane*, y Mary Day cambió de opinión y decidió pedir lo mismo.

—Me gusta, pero nunca me acuerdo de pedirlo.

La joven se pasó un largo rato mirando a la gente de alrededor, el teatro parisino de la noche, y por la expresión de su rostro parecía que le daba un gran placer.

—Escribí un artículo sobre este sitio, hace ya tiempo, para el *Paris Herald*. Sobre los restaurantes con habitaciones privadas: ¿qué es lo que pasa realmente?

—¿Qué es lo que pasa?

—Balzac. Pero no es ni mucho menos lo que usted se cree. Casi siempre son fiestas de cumpleaños, comuniones o aniversarios.

—¿Trabajaba usted para el *Herald*?

—Como periodista autónoma. Un poco de todo siempre que me pagaran.

—¿Como por ejemplo...?

—Como por ejemplo el festival del vino de Anjou. O cuando le hicieron un homenaje al ministro turco de Asuntos Exteriores en el Lumpingtons.

—Vaya, eso no suena fácil.

—Tampoco fue difícil. Requiere sobre todo muchísima resistencia.

—Alguien en la oficina me contó que usted escribía libros.

La joven contestó poniendo la voz en un falsete parecido al de los gánsteres de las películas norteamericanas.

—¿Así que descubrió usted eso de mi vida?

—Sí, es usted novelista.

—Más o menos. Escribo libros poco recomendables, pero me sirven para pagar el alquiler. Me cansé de los festivales del vino de Anjou y, lo crea o no, alguien me presentó a un editor inglés que tiene su despacho en la plaza Vendôme. El hombre más amable del mundo. Judío, creo, de Birmingham. Trabajaba en el sector textil, vino a Francia a combatir en la guerra, descubrió París y ya no quiso volver a su patria. Entonces decidió fundar una editorial. Saca algunos libros famosos, dentro de una colección específica, pero la mayoría son libros de esos que se forran con papel marrón, si entiende lo que quiero decir. Un amigo mío dice que son «libros que se leen con una sola mano».

Morath soltó una carcajada.

—No están mal, los hay bastante buenos. Hay uno que se titula *Trópico de Cáncer*.

—La mujer con la que yo vivía lo estaba leyendo.

—Es bastante picante.

—Ella era picante.

—Entonces quizá leyó también *Suzette*. O la secuela: *Suzette va en barco*.

—¿Esos son suyos?

—En la solapa pone D. E. Cameron.

—¿Cómo son?

—«Ella dejó caer los tirantes de sus niveos hombros y la enagua descendió hasta su cintura. El apuesto teniente...».

—¿Sí? ¿Qué es lo que hizo él?

Mary Day soltó una carcajada y se echó el pelo hacia atrás.

—No mucho. Más que nada trata de la ropa interior.

Llegaron los *gentianes*, con un platillo de almendras saladas.

Se tomaron dos más. Y después otros dos. Ella le tocó la mano con la yema de los dedos.

Una hora después ya se habían saturado de lo que podía ofrecerles el Fouquet y decidieron irse a cenar a otra parte. Lo intentaron en el Lucas Carton, pero estaba completo y no habían hecho reserva. Después fueron paseando hasta la calle Marboeuf, encontraron un local pequeño que olía bien y pidieron sopa, unas tortillas y queso Saint Marcellin.

Cotillearon un rato sobre la oficina.

—Yo tengo que viajar de vez en cuando —dijo Morath—, pero me gusta el tiempo que paso en la oficina, me gusta lo que hacemos, los clientes, lo que intentamos venderles.

—Te puede ocupar toda la vida.

—No está tan mal.

Ella partió por la mitad un trozo de pan y le untó un poco de Saint Marcellin.

—No quisiera resultar entrometida, pero ha dicho usted «la mujer con la que vivía». ¿Es que ya no está?

—Se marchó, tuvo que marcharse. Vino su padre de Buenos Aires y se la llevó. Creía que a estas alturas ya habríamos entrado en guerra.

La joven se comió el pan con el queso.

—¿La echa de menos?

Morath tardó un instante en responder.

—Por supuesto que la echo de menos; lo pasábamos muy bien juntos.

—A veces eso es lo más importante.

Morath estuvo de acuerdo.

—Yo perdí a mi amigo hace un año. Quizá Courtmain se lo haya contado.

—No, solo hablamos de negocios.

—Fue muy triste. Vivimos juntos durante tres años. No íbamos a casarnos, no era una historia de ese tipo. Pero estuvimos enamorados la mayor parte del tiempo. Era músico, guitarrista, de una ciudad cercana a Chartres. Había recibido una formación clásica, pero acabó tocando en los clubes de *jazz* de Montparnasse y enamorándose de la vida. Bebía mucho y fumaba opio con sus amigos, jamás se acostaba antes del amanecer. Una noche le encontraron muerto en la calle.

—¿Por el opio?

Ella extendió las manos: «¿Quién sabe?».

—Lo siento —dijo Morath.

La joven tenía los ojos brillantes; se los enjugó con una servilleta.

Fueron en silencio dentro del taxi, en dirección al apartamento de ella, que vivía en la *rue* Guisarde, una tranquila calle del distrito sexto. Morath salió del vehículo para abrirla la puerta a ella y ayudarla a salir. Cuando estaban los dos de pie junto al portal, Mary elevó el rostro para recibir un inocente beso de buenas noches en la mejilla, pero fue algo más que eso, después bastante más y acabó alargándose mucho tiempo. Fue deliciosamente tierno, los labios de ella secos y suaves, y su piel caliente bajo la mano de él. Morath esperó en el portal hasta que vio luz en la casa de ella, entonces caminó calle abajo, con el corazón acelerado.

Estaba bastante lejos de su casa, pero tenía ganas de andar. «Demasiado bueno para ser cierto», se dijo a sí mismo. Porque la luz del día convertía en polvo estas cosas. Una *folie*, como dirían los franceses, un error del corazón.

Morath estaba bajo de ánimo desde su regreso a París. No se le iban de la cabeza los días que pasó en Bistríta, la celda, la estación de tren. Se despertaba por las noches y pensaba en ello. Por eso decidió buscar refugio, alguna distracción, en la agencia Courtmain. Y al final, había acabado con un romance de oficina. Todo el

mundo estaba medio enamorado de Mary Day, ¿por qué él no iba a estarlo?

Las calles estaban frías y oscuras, el viento le azotó con fuerza cuando atravesó el Pont Royal. En el bulevar había un taxi vacío. Morath se subió a él. ¿Y si volvía al apartamento de ella?

—A la *roe* Richelieu —le dijo al conductor.

Pero a la mañana siguiente, con la luz del día, ella llevaba un vestido negro con botones en la parte delantera y un cinturón muy ceñido, un vestido que le daba un aspecto determinado y, cuando los ojos de ambos se cruzaron por primera vez, él lo entendió todo.

La carta que se encontró esperándole en el buzón aquella noche le trajo repentinamente a la tierra. Préfecture de Police, Quai du Marché Neuf, Paris 1^{ier}. El *Monsieur* estaba impreso en la carta modelo, mientras que el *Morath, Nicholas* estaba escrito en tinta. Se le solicitaba que se presentara en *la salle 24* de la Préfecture el 8 *Décembre*, entre las 9 y las 12 *du matin*.

Veillez accepter, Monsieur, l'expression de nos sentiments distingués.

Aquello ocurría de vez en cuando. Las solicitudes de la Préfecture, un hecho corriente para cualquier extranjero, un frente frío en el clima burocrático de la ciudad. Morath detestaba tener que ir allí: el gastado linóleo y el color verdoso de las paredes, el aire lúgubre del lugar, los rostros de los requeridos, cada uno con su combinación particular de aburrimiento y terror.

Sala 24. No era su sala habitual, la antigua sala 38, donde solían encontrarse los residentes extranjeros con relaciones entre la diplomacia. ¿Qué sería todo aquello?, se preguntaba mientras se ponía su mejor traje azul.

Significó encontrarse con un inspector de expresión grave en un rostro anguloso y duro, y porte militar. Muy formal, muy correcto y muy peligroso. Le pidió los documentos e hizo algunas anotaciones en un formulario. Le preguntó si había habido algún cambio en su situación: residencia, empleo, estado civil. Le preguntó si había estado recientemente en Rumanía.

Morath sintió frío en su interior. Sí, a finales de octubre. ¿Exactamente en qué parte de Rumania?

En el distrito de Cluj.

¿Y bien?

Eso había sido todo.

¿Podía indicarle, por favor, con qué finalidad?

Por un asunto de carácter social.

¿No por negocios?

Non, monsieur l'inspecteur.

Muy bien. ¿Sería tan amable de esperar en la *réception*?

Morath se quedó allí esperando, dándole vueltas a la situación con la parte de

abogado de su cerebro. Veinte minutos. Treinta minutos. «Cabrones».

Entonces apareció el inspector con los documentos de Morath en la mano.

—Muchas gracias, *monsieur*, no habrá más preguntas. —Llegados a ese punto, hubo un instante que se prolongó más de lo debido, y al final—: *Vos papiers, monsieur*.

Polanyi tenía aspecto de no haber dormido. Abrió los ojos de asombro al oír la historia. «Señor, ¿por qué yo?». Se vieron aquella misma tarde en las oficinas de una elegante tienda de la *rue* de la Paix, en la que vendían accesorios para hombre. Polanyi hablaba con el propietario, elegantemente vestido y bien afeitado, en húngaro.

—¿Le importaría que utilizáramos su oficina, *uhr* Kovacs?

El hombre asintió con nerviosismo, estrujándose las manos, había miedo en sus ojos. A Morath no le gustó aquello.

—No creo que anden detrás de esto —dijo Polanyi.

—¿Me pueden extraditar a Rumanía?

—Por supuesto que pueden, pero no lo harán. Lo que menos les interesa es que haya un juicio y aparezca la prensa. Yo te sugeriría dos cosas: antes de nada, que no te preocupes de esto; y en segundo lugar, que no vayas a Rumanía.

Morath apagó el cigarrillo en un cenicero.

—Ya sabes que las relaciones entre Francia y Rumanía siempre han sido importantes para ambos gobiernos. Las empresas francesas tienen concesionarios en las explotaciones petrolíferas rumanas de Ploesti. Así que debes tener cuidado.

Polanyi se detuvo un momento y después añadió:

—Y ahora que estamos aquí los dos, tengo que hacerte una pregunta. He recibido carta de Hrubal, quien me pregunta si podría enterarme por ti de lo que le ha ocurrido a Vilmos, su mozo de cuerdas, al que no ha vuelto a ver desde que te escoltó hasta la estación de tren de Cluj.

—Obviamente lo mataron.

—¿Tú crees? Tal vez huyó.

—Es posible. ¿Sabe Hrubal que su dinero ha desaparecido?

—No. Y nunca lo sabrá. Tuve que visitar a Voyschinkowsky que, sin necesidad de ninguna explicación, estuvo de acuerdo conmigo. Así pues, la aportación del príncipe Hrubal al Comité Nacional se hará en su nombre.

Morath lanzó un suspiro.

—Dios mío, no se acaba nunca —dijo.

—Son los tiempos que nos ha tocado vivir, Nicholas. No es mucho consuelo, ya lo sé, pero era peor antes. En cualquier caso, no quiero que nada de esto te quite el sueño. En la medida en que yo pueda protegerte, estás a salvo.

Para seguir las instrucciones del marchante de arte, Morath tenía que ir al café

Madine aquella mañana, pero antes se pasó por la oficina. La encontró desierta y en silencio; era demasiado temprano. Entonces, de repente, hubo un revuelo de actividad. Mary Day con un meritorio de la redacción; Mary Day con León, el creativo; Mary Day hablando con Courtmain en su despacho, con la puerta abierta. Iba vestida con un angelical suéter blanco y miró a Morath de soslayo cuando pasó junto a ella apresurado, como si tuviera algo que hacer. Morath volvió a su despacho, se miró el reloj, salió, volvió a entrar. Por fin, estaba ella sola sentada ante su escritorio, con la cabeza apoyada en las manos mirando cinco palabras que acababa de teclear en una hoja de papel amarillo.

—Mary —dijo él.

Ella levantó la vista.

—Hola —contestó—. ¿Dónde estaba?

—Anoche intenté llamarla, pero no encontré su número.

—Oh, es una larga historia —dijo ella—. La realidad es que el apartamento está a nom... —Mary miró alrededor; había gente por todas partes—. Vaya, me he quedado sin lápices.

Se levantó bruscamente de la silla y Morath la siguió hasta la habitación de los materiales, que era un enorme armario. Él cerró la puerta tras ellos.

—Aquí está —dijo ella, mientras escribía algo en un papel.

—Quiero verte.

Ella le entregó el papel y luego le besó. Morath la rodeó con los brazos y la retuvo unos instantes mientras exhalaba su perfume.

—¿Mañana por la noche? —preguntó ella.

Morath hizo sus cálculos.

—A las diez me vendría bien.

—Hay un café en la esquina de la *rue* Guisarde —ella le apretó la mano sobre la mejilla y después cogió unos cuantos lapiceros—. A ver si nos van a pillar tonteando en la habitación de los materiales —dijo, riéndose.

Él siguió hasta el vestíbulo el contoneo de la falda de Mary, que desapareció al meterse ella en el departamento de contabilidad, mirando antes de reojo hacia atrás cuando cerraba la puerta.

En el café Madine, Morath se quedó en la barra y pidió su habitual café. Veinte minutos después —sin duda alguien le estaba vigilando— apareció la mujer. Hizo caso omiso de Morath, se sentó en una mesa que estaba pegada a la pared y se puso a leer su ejemplar de *Le Temps*.

«Así que Amberes», se dijo Morath, y se fue a visitar a Boris Balki al club.

—¿Todavía por aquí? —preguntó Balki, al tiempo que servía dos vodkas polacos.

—Me temo que sí —dijo Morath.

—Bueno, creo que debo darle las gracias —Balki levantó su copa en un

silencioso brindis y se bebió el vodka de un trago—. Mi amigo Rashkow salió de la cárcel. Le devolvieron su ropa en mitad de la noche, le llevaron a la puerta trasera, le dieron una buena patada en el culo y le dijeron que no volviera por allí.

—Me alegro de haber sido de alguna ayuda.

—Pobre Rashkow —dijo Balki.

—Tengo que ir a Amberes —dijo Morath—. Espero que me acompañe.

—Amberes.

—Necesitaremos un coche.

Al amanecer, Morath golpeó el suelo con los pies para entraren calor y se abrigó con el impermeable, mientras esperaba envuelto en una niebla blanca junto a la estación de metro Palais Royal. Un coche espléndido, pensó. Apareció, muy lentamente, por la calle Saint-Honoré, un Peugeot 201, de unos diez años, pintado en color verde oscuro, resplandeciente de brillo y afecto.

Condujeron hacia el norte, tras largas filas de camiones, hasta que llegaron a Saint Denis. Morath guio a Balki por un laberinto de sinuosas calles hasta un parque que quedaba detrás de una iglesia, en el que lograron con esfuerzo soltar los pestillos y sacar el asiento de la parte de atrás.

—Por favor, Morath —dijo Balki—. No estropees nada. Este coche es la vida entera de una persona.

Boris iba vestido con un elegante traje marrón, camisa blanca sin corbata y una gorra de visera; el dueño de un bar en su día libre.

Morath abrió su maletín y metió los fajos de pengos bajo los muelles de alambre del asiento. Balki estaba sombrío, movió varias veces la cabeza cuando vio todo el dinero.

La carretera número 2 se dirigía hacia el norte y el este de París, pasando por Soissons y Laon, donde empezaba a haber indicaciones para Cambrai y Amiens, la extensa llanura en la que siempre habían combatido con los alemanes. En los pueblos, el humo salía de las chimeneas, las mujeres abrían las contraventanas, miraban hacia el cielo y oreaban las almohadas y las mantas. Había niños que se dirigían a la escuela acompañados de sus perros, que trotaban junto a ellos; también había dependientes que levantaban las puertas metálicas de sus tiendas y lecheros que dejaban botellas de leche a la puerta de las casas.

A las afueras de la ciudad francesa de Bettignies, la policía belga del puesto fronterizo estaba demasiado ocupada fumando y descansando en su garita como para preocuparse de mirar al Peugeot que pasaba.

—Ya tenemos medio camino hecho —dijo Balki, con alivio en la voz.

—No, no es así —dijo Morath, mientras esperaba hasta que la garita de la policía desapareció en el retrovisor—. En cuanto lleguemos a Amberes, nos convertimos en turistas. Probablemente yo debería haber ido en tren.

Balki se encogió de hombros.

—Eso nunca se sabe.

Se salieron de la carretera y se adentraron en los campos de labor para poner el dinero otra vez en el maletín.

El camino era lento al cruzar Bruselas. Pararon un rato para tomar unas anguilas con *frites* en un bar de las afueras y luego recorrieron todo el camino junto al curso del río Schelde hasta Amberes. Oyeron una sirena a lo lejos de un barco carguero que salía del puerto y se hacía a la mar. El barrio de los diamantes, en los alrededores de la calle Van Eykelai, se encontraba en una lujosa vecindad situada junto a un parque triangular.

—A partir de aquí yo iré andando —dijo Morath.

Balki se cambió de asiento y siguió en el coche, poniendo un gesto de dolor cuando una de las ruedas rozó contra el bordillo.

—¿Shabet? Dos puestos más allá —le dijeron cuando preguntó.

Morath encontró el mercado de los diamantes en Pelikanstraat, largas mesas donde estaban los vendedores de diamantes, mientras que los talladores estaban en el piso de arriba. El miembro de la familia Shabet que Morath logró encontrar era un hombre de unos treinta años, calvo y con aspecto de preocupación.

—Creo que será mejor que vea usted a mi tío —dijo.

Morath esperó junto a la mesa mientras el joven hacía una llamada telefónica y, diez minutos después, apareció el tío.

—Vayamos a mi despacho —dijo.

Lo cual suponía volver a la calle van Eykelai, al segundo piso de un imponente edificio de piedra gris, bastante elegante. Alfombras persas, un enorme frontal de librería de caoba lleno de libros antiguos y un escritorio adornado con un tapete verde.

El anciano Shabet se sentó al escritorio.

—Dígame, ¿en qué podemos ayudarle?

—Un conocido mío de París me dio su nombre.

—París. Oh, ¿es usted *monsieur* André?

—Ese es el nombre que le pedí que utilizara.

Shabet le miró detenidamente. Era un hombre de unos sesenta años, pensó Morath, con facciones delicadas y el pelo plateado; un *yarmulke* blanco de seda le cubría la coronilla. Un hombre cómodo, rico y seguro de su conocimiento del mundo.

—Menudos tiempos nos ha tocado vivir —dijo, perdonando a Morath por su pequeña decepción—. Su amigo de París mandó a una persona a verme. Según tengo entendido, a usted lo que le interesa es la inversión.

—Más o menos. El dinero está en pengos húngaros, cerca de dos millones.

—A usted no le interesa ni la forma ni la calidad, eso nos lo deja a nosotros. Es

simplemente una cuestión de conversión.

—A diamantes.

Shabet dobló las manos sobre el escritorio, presionándose los pulgares uno sobre el otro.

—Por supuesto disponemos de las piedras —él sabía que no era tan sencillo.

—Y una vez que las tengamos, nos gustaría venderlas.

—¿Quieren que se las vendamos nosotros?

—Sus colaboradores, quizá los socios familiares de Nueva York. Y el dinero nos lo ingresan en una cuenta de Estados Unidos.

—Ah.

—Y si, para ahorrarse los gastos de embarque, la firma de Nueva York quisiera utilizar sus propias existencias, con gemas del mismo valor, a nosotros no nos preocupa.

—Supongo que está usted pensando en una carta. De nosotros a ellos, y que la contabilidad quede dentro de la familia, ¿no es eso?

Morath asintió con la cabeza y le entregó a Shabet una hoja de papel de escribir color crema.

Shabet sacó unos quevedos del bolsillo de su chaqueta y se los puso en la nariz.

—«United Chemical Supply —leyó—. Señor J. S. Horvath, tesorero». En el Chase National Bank, la sucursal de Park Avenue —dejó el papel sobre el escritorio y volvió a guardarse los quevedos en el bolsillo.

»*Monsieur André*, ¿qué clase de dinero es este?

—Donaciones.

—¿Para espionaje?

—No.

—¿Entonces para qué?

—Para determinados fondos. Se trata de que haya dinero disponible en caso de que se produzca una emergencia nacional.

—¿Estoy haciendo negocios con el Gobierno húngaro?

—No. El dinero procede de donantes privados. No es dinero fascista ni expropiado, ni procede de extorsiones ni es robado. La política que hay detrás de este dinero es la que los periódicos denominan «el frente en la sombra». Lo que equivale a decir liberales, legitimistas, judíos e intelectuales.

Shabet no parecía demasiado complacido; fruncía el ceño, con la mirada del que quisiera decir que no, pero no puede.

—Es una gran cantidad de dinero, señor.

—Solo queremos esta única transferencia.

Shabet miró por la ventana, flotaban en el aire los primeros copos de nieve.

—Bueno, es un método muy antiguo.

—Medieval.

Shabet asintió con la cabeza.

—¿Y confía usted en nosotros para hacerlo? No habrá recibo ni nada parecido.

—Por lo que sabemos, ustedes son una firma de confianza.

—Eso desde luego, *monsieur* André. De eso no hay ninguna duda. Desde 1550.

Shabet tomó la hoja de papel del escritorio, la dobló por la mitad y la guardó en un cajón.

—Hubo un tiempo —dijo— en el que le habríamos sugerido que hiciera negocios con otra gente. Pero ahora...

No era necesario acabar la frase, y Shabet no se molestó en hacerlo.

—Muy bien —dijo—, ¿lleva usted encima el dinero?

Estaba anocheciendo para cuando intentaron encontrar el camino de salida de Amberes. Tenían un mapa de la ciudad, que al parecer había sido elaborado por un animoso anarquista belga, y discutían entre ellos según el Peugeot avanzaba a bandazos por las estrechas calles. Morath señalaba con el dedo en el mapa y le decía a Balki dónde estaban; Balki miraba las señales de las calles y le decía a Morath dónde no estaban.

Las escobillas del limpiaparabrisas chirriaban según retiraban la nieve del opaco cristal. En una calle, había un incendio, y tardaron siglos en sacar el coche de allí. Giraron por la siguiente calle detrás del carro tirado por un caballo de un chatarrero, y llegaron a una estatua de un rey y a una calle cortada. Balki dijo:

—*Merde* —y siguió con el coche en dirección contraria, para meterse por la siguiente calle a la izquierda.

Esa calle, por alguna razón, le resultó vagamente familiar a Morath, había estado allí antes. Entonces vio por qué: la tienda que se llamaba *Homme du Monde*, de *madame* Golsztahn, donde se vendían esmóquines. Pero no había ningún maniquí en el escaparate, solo un cartel escrito a mano que decía: «*Fermé*».

—¿Qué es esto? —dijo Balki.

Morath no contestó.

Quizá los guardias fronterizos belgas no se preocupaban de quién entraba y salía, pero los inspectores de aduana franceses sí que lo hacían.

—El reloj, *monsieur*, ¿es nuevo?

—Lo compré en París —les dijo Balki.

Hacía mucho calor en la garita de las aduanas; en una de las esquinas brillaba un fogón de hierro y olía a la lana húmeda de las capas de los inspectores. «¿Un ruso? ¿Y un húngaro? ¿Con permisos de residencia? ¿Con permisos de trabajo? ¿El húngaro con pasaporte diplomático? ¿En un automóvil prestado?».

—Entonces, ¿qué clase de negocio exactamente les ha llevado a cruzar la frontera en medio de una tormenta de nieve? Tal vez tengamos que echar un vistazo en el

maletero. La llave, *monsieur*, si es usted tan amable.

Morath empezó a calcular el tiempo. Para llegar al café de la *rue* Guisarde a las diez, tendrían que haber acabado con ese infierno una hora antes. Fuera, el conductor de un camión no paraba de apretar el claxon. El tráfico empezó a colapsarse mientras uno de los inspectores llamaba a la Préfecture de París por teléfono. Morath oyó la voz de la operadora que discutía con el inspector, el cual tapó el auricular con la mano y le dijo a su supervisor:

—Dice que se ha cortado una línea en Lille.

—Nuestras llamadas no van a través de Lille; ella lo debería saber mejor que nadie.

Morath y Balki intercambiaron una mirada. Sin embargo, el jefe de aduanas acabó cansándose de ellos y, unos minutos más tarde, les indicó que siguieran su camino con un imperativo movimiento de mano. Si insistían en ser extranjeros, ciertamente no era culpa suya.

De vuelta a la carretera número 2, nevaba.

El Peugeot iba detrás de una vieja camioneta Citroën que llevaba escrito el nombre de una tienda de Soissons en la puerta trasera. Entre dientes, Balki hizo un juramento e intentó adelantarla. Las ruedas empezaron a girar en vacío y el Peugeot coleaba; Balki pisó con fuerza el freno, Morath vio la cara blanca y furiosa del conductor de la camioneta cuando lo adelantaron, el Peugeot giró en círculo, las ruedas patinaron y acabaron metiéndose en una zanja dentro de un prado.

El automóvil se paró por fin a unos cuantos metros de un enorme Plátanus, cuyo tronco temía por su seguridad ante las indiscreciones de los automovilistas que pasaban. Balki y Morath se quedaron de pie en medio de la nieve y miraron el coche. La rueda trasera derecha estaba pinchada.

Quedaban diez minutos para la medianoche. La *rue* Guisarde estaba toda blanca y en silencio bajo la susurrante nieve; las luces color ámbar del café brillaban tenues al final de la calle. Él la vio de inmediato, porque no quedaba nadie más en el local; tenía un aspecto apesadumbrado y abandonado, sentada allí frente a un libro y una taza vacía de café.

Se sentó frente a ella.

—Perdóname —dijo él.

—No te preocupes, no pasa nada.

—Las carreteras estaban de pesadilla. Tuvimos que cambiar una rueda.

Morath la cogió de las manos.

—Estás mojado —dijo ella.

—Y tengo mucho frío.

—Deberías irte a casa, no ha sido una buena noche.

Él no quería irse a casa.

—O ven a mi apartamento y sécate el pelo por lo menos. Morath se puso de pie, se sacó unos cuantos francos del bolsillo y los dejó sobre la mesa para pagar el café.

Era un apartamento muy pequeño: una sola habitación con la cama en una alcoba y un cuarto de baño. Morath se quitó el impermeable y ella lo colgó junto al radiador, le guardó la chaqueta en el armario y puso sus zapatos húmedos sobre una hoja de periódico.

Se sentaron en un enorme sofá viejo, un adefesio victoriano, el tipo de mueble que, una vez ha subido cinco tramos de escaleras, nadie vuelve a mover jamás.

—Mi querido mueble viejo —dijo ella con tono afectivo, al tiempo que acariciaba el cojín de terciopelo marrón—. Suele desempeñar un papel destacado en las novelas de D. E. Cameron.

—Un lugar de honor.

—Sí. —Ella se rio y dijo—: La verdad es que tuve suerte en encontrar este sitio. No soy la inquilina legal, por eso mi nombre no aparece en la guía telefónica. Es de una mujer que se llama Moni.

—¿Moni?

—Bueno, creo que oficialmente se llama Mona, pero con ese nombre el único diminutivo posible es Moni.

—¿Morena y baja? ¿Y le gusta meterse en problemas?

—La misma. Es una artista, de Montreal. Vive con una amiga por la Bastilla. ¿Dónde la conociste?

—En Juan-les-Pins. Era una de las amigas de Cara.

—Ah. Para mí fue una bendición de Dios. Cuando Jean-Marie murió, me juré a mí misma que me iba a quedar en aquel apartamento, pero no pude soportarlo. Echo de menos la nevera, sobre todo en verano, pero tengo un hornillo y veo Saint Sulpice.

—Es tranquilo.

—Es un lugar perdido en las estrellas.

La joven sacó una botella de vino del alféizar de la ventana, la abrió y sirvió dos copas. Morath encendió un cigarrillo y ella le acercó un cenicero de Ricon.

—Es un vino portugués —dijo.

Morath bebió un sorbo.

—Muy bueno.

—No está mal.

—No, no, está muy rico.

—A mí me gusta.

—Mmm.

—Lo llaman Garrafeira.

«Dios mío, qué lejos está el sillón».

—¿Qué libro estabas leyendo en el café?

—*Babel*.

—¿En francés?

—En inglés. Mi padre era irlandés, pero tuve que aprender el inglés en la escuela. Mi madre era francesa y vivíamos en París; en casa siempre hablábamos en francés.

—Entonces, oficialmente, eres francesa.

—Irlandesa. Solo he estado allí dos veces, pero a los dieciocho años tuve que elegir una nacionalidad o la otra. Mis padres querían que eligiera la irlandesa; era por algo que mi madre quería para mi padre. En cualquier caso, ¿a quién le importa? Soy ciudadana del mundo.

—¿Lo eres de verdad?

—No, en mi corazón me siento francesa, no puedo evitarlo. Mi editor creía que yo escribía directamente en inglés, pero le engañé en eso. Escribo en francés y luego lo traduzco.

Morath se acercó a la ventana y vio caer los copos de nieve a la luz de las farolas. Aquello funcionó. Mary Day atravesó la habitación y apoyó la cabeza sobre el pecho de él. Morath le cogió la mano.

—¿Te gustó Irlanda? —preguntó él, con voz cálida.

—Me pareció una tierra muy hermosa —dijo ella.

Fue un alivio salir bien parado la primera vez, porque nunca se sabe qué puede ir mal. La segunda vez fue mucho mejor. Ella tenía un cuerpo estilizado y suave, sedoso y prieto. Era un poco tímida al principio, pero después no. La cama era estrecha, no estaba pensada para dos personas, pero como ella pasó toda la noche entre sus brazos, no importó.

* * *

Nochebuena. La baronesa Frei daba una fiesta de Navidad que se había convertido en una larga tradición. Mary Day iba nerviosa en el taxi; no era una fiesta que les emocionara demasiado. Él no tenía más remedio que ir y no quería dejarla sola en casa en Nochebuena.

—Será algo nuevo para ti —dijo él—, una velada húngara.

—¿Con quién voy a hablar?

—Mary, *ma douce*, no existe ningún húngaro que hable solamente en húngaro. La gente que haya en la fiesta hablará en francés, y quizá también en inglés. Y si, Dios no lo quiera, te presentaran a alguien y descubrieras al poco tiempo que no podéis intercambiar ni una sola palabra comprensible para ambos, no pasa nada. Una sonrisa de excusas, y te escapas al bufet.

Al final, Mary fue. Iba vestida de negro, con un atuendo algo extraño, como todo lo que ella se ponía, pero le daba un aspecto aún más espléndido de lo habitual. Ella

se quedó encantada con el callejón Villon y con la casa. También le gustó el criado, que se inclinó ante ellos cuando entraron y les cogió los abrigos.

—¿Nicholas? —dijo en voz baja.

—¿Sí?

—Era un criado con librea.

Mary miró a su alrededor: las velas, la plata, el *crèche* de cien años encima de la chimenea, los hombres, las mujeres... En una sala alejada, había un cuarteto de cuerda.

La baronesa Frei estuvo encantada de verle acompañado, y fue evidente que aprobaba su elección.

—Ven a verme un día de estos, querida, y charlamos —le dijo a Mary Day, que permaneció agarrada al brazo de Morath solo durante diez minutos hasta que un barón se la llevó.

Morath, con una copa de champán en la mano, se encontró hablando con un hombre que se presentó como Bolthos, un oficial de la legación húngara. Era un hombre muy refinado, con el pelo gris a la altura de las sienes, y con el aspecto, pensó Morath, de un retrato al óleo de un diplomático de 1910. Bolthos quería hablar de política.

—Hitler está muy enfadado con ellos —dijo, refiriéndose a los rumanos—. Calinescu, el ministro de Interior, hizo un rápido trabajo con la Guardia de Hierro. Naturalmente con la aprobación del rey. Mataron a Codreanu y a catorce de sus tenientes. «Les dispararon cuando intentaban huir», como suele decirse.

—Quizá tengamos algo que aprender de ellos.

—Fue un mensaje, yo creo. «Saca toda tu basura de nuestro país, Adolf».

Morath estuvo de acuerdo.

—Si nos uniéramos a Polonia y Rumanía, incluso a los serbios, y le plantáramos cara, seguramente saldríamos bien parados.

—Sí, el Intermarium. Y estoy de acuerdo con usted, especialmente si los franceses ayudaran.

Los franceses habían firmado un tratado amistoso con Berlín dos semanas antes, reconfirmado por Munich.

—¿Usted cree que ayudarán? —preguntó Morath.

Bolthos bebió un poco de champán.

—Tal vez en el último minuto, cuando ya hayamos perdido la esperanza. Los franceses tardan mucho en hacer lo que deben.

—Los polacos no querrán saber nada con Munich —dijo Morath.

—No, combatirán.

—¿Y Horthy?

—Patinará, como siempre. Pero es posible que al final eso no baste, y entonces todos entraremos en la caldera.

Se unió a ellos la sorprendente esposa de Bolthos, con el pelo de color platino y

pendientes de diamantes.

—Confío en que no estuvieran ustedes hablando de política —dijo ella, con sorna—. Es Navidad, caballeros, no es momento de tristezas.

—Quedo a su disposición, señor —Morath juntó los talones e hizo una reverencia.

—¿Lo ves? —dijo *madame* Bolthos—. Ahora tendrás que levantarte al amanecer, y te irá bien.

—¡Rápido! —dijo una joven—. ¡Es Kolovitzky!

—¿Dónde?

—En la sala de baile.

Morath la siguió según se adentraba en medio de la gente.

—¿Nos conocemos?

La mujer volvió la cabeza para mirarle y se rio.

En la sala de baile, el famoso violonchelista Bela Kolovitzky estaba de pie sobre el escenario y sonreía a las personas que se iban congregando. El resto de los miembros del cuarteto de cuerda llegaron también. Kolovitzky se puso un pañuelo entre el cuello y el hombro y se colocó el instrumento. Había sido muy famoso en Budapest allá por 1933, donde cosechó muchos éxitos, pero después se había ido a Hollywood.

—¡El vuelo del abejorro! —gritó alguien, evidentemente bromeando.

Kolovitzky tocó una nota discordante y después bajó la vista a los pies.

—¿Algo más?

Luego empezó a tocar una lenta y profunda melodía romántica, vagamente familiar.

—Esta pieza es de *Enchanted Holiday* —dijo.

La música se fue poniendo más triste.

—Ahora Hedy Lamarr levanta la vista hacia el barco de vapor.

El músico se puso nostálgico.

—Ve a Charles Boyer en el andén... La está buscando entre la multitud... Ella levanta la mano... Una y otra vez. Pero no consiguen encontrarse, jamás volverán a estar juntos... Y suena la sirena del barco. —El músico emuló el sonido con su instrumento—. Charles Boyer está desesperado... ¿Dónde está ella?

—¿Qué es eso? —preguntó una mujer—. Me parece que lo conozco.

Kolovitzky se encogió de hombros.

—Es algo a medio camino entre Tchaikovsky y Brahms. Lo llamamos Brahmsky —el músico hablaba el inglés con un cómico acento húngaro—: *Debe ser muy tierno, ghomántico, sontimental. Tan marravilloso que hace llorar a Sam Goldwyn y hace muy ghico a Kolovitzky.*

Morath recorrió la fiesta buscando a Mary Day. La encontró en la biblioteca, sentada junto a una chispeante chimenea. Se inclinaba hacia delante en el sofá, marcando con el dedo la página del libro mientras se concentraba en escuchar a un caballero bajito de pelo blanco que estaba sentado en una silla de cuero, con la mano apoyada en un bastón que acababa en un ariete de plata. A los pies de Mary Day estaba echado uno de los Vizslas, boca abajo y henchido de felicidad mientras ella le acariciaba incansablemente la aterciopelada piel y le dejaba sumido en un estado de semiconsciencia.

—Entonces, desde esa colina —decía en aquel momento el caballero del pelo blanco—, se ve el templo de Palas Atenea.

Morath se sentó en una silla larguirucha junto a la puerta de cristal, mientras se comía un pedazo de tarta de un plato que mantenía en equilibrio sobre las rodillas. La baronesa Frei se sentó cerca de él, con la espalda encorvada en su traje de noche de seda y el rostro, como siempre radiante. «Se podría decir —pensó Morath— que es la mujer más hermosa de Europa».

—Y tu madre, Nicholas, ¿qué dijo?

—No se irá de Hungría.

—Le escribiré —dijo la baronesa con determinación.

—Por favor —dijo él—, pero dudo mucho que cambie de opinión.

—¡Es tan testaruda! Siempre lo ha sido.

—Justo antes de irme, me dijo que sería capaz de vivir con los alemanes si no le quedaba más remedio, pero que si eran los rusos los que ocupaban el país, tendría que buscarle un modo de huir. En ese caso, me dijo, se vendría a París.

Encontró de nuevo a Mary Day y salió con ella al jardín de invierno. Sobre las sillas y la mesa de hierro, se arremolinaban las hojas secas; los troncos desnudos de los rosales salían hacia arriba por el enrejado. El aire helado oscurecía el cielo de un intenso color negro y las estrellas brillaban blancas y relucientes. Cuando ella empezó a temblar, Morath se puso a su espalda y la envolvió entre sus brazos.

—Te quiero, Nicholas —dijo Mary.

Intermarium

11 de marzo de 1939.

«Amén». El mundo era un caos: la mitad de los ejércitos de Europa movilizados, y los diplomáticos en constante movimiento, yendo de acá para allá como los muñecos de latón en los puestos de tiro de las ferias. Eso fue lo que pensó Morath: «Muy parecidos a esos monos de latón que hay en los puestos de tiro al blanco en las ferias».

Después de cruzar el Pont Royal, cuando iba de camino a almorzar, tarde pero sin prisa, se detuvo y descansó un momento apoyándose en el paramento de piedra. El río corría con fuerza y cargado de agua, de un color parecido a la brillante pizarra y agitado en la superficie por el viento de marzo y las corrientes de la primavera. En el cielo occidental, se arremolinaban las nubes blancas que venían de los puertos del canal. «Los últimos días de Piscis», pensó, sueños y misterios, el equinoccio dentro de dos días. Cuando llovía en medio de la noche, ellos se despertaban y hacían el amor.

Se miró el reloj. Polanyi estaría esperándole. ¿No habría algún modo de evitar eso? Desde donde estaba, el curso del Sena subía hacia el norte, a Rouen, a Normandía, al mar. «Escapar».

No, almorzar.

Treinta minutos más tarde, llegó a la Brasserie Heininger. Una escalera blanca de mármol subía a una sala de banquetas rojas, cupidos pintados y cordones dorados en los cortinajes. Por todas partes había camareros con patillas de boca ancha que llevaban bandejas de plata con rosadas langostas. Morath se sintió aliviado. No más Prévert: «la belleza de las cosas siniestras». Al parecer el conde Von Polanyi de Nemeszvar había salido de las profundidades, tentado por la succulenta comida y una carta de vinos encuadrada en cuero.

Polanyi le saludó formalmente en húngaro y se puso de pie para estrecharle la mano.

—Siento llegar tarde —dijo Morath.

Sobre la mesa había una botella abierta de Echézeaux, un camarero se acercó y le sirvió una copa. Bebió un sorbo y se quedó mirando al panel de espejo que había encima del banco. Polanyi miró también hacia arriba.

—No mires ahora, pero hay un agujero de bala en el espejo que tienes detrás —dijo Morath.

—Sí. La infame mesa 14; este lugar tiene historia.

—¿Ah, sí?

—Creo que fue hace dos años. Asesinaron al *maître* mientras estaba sentado sobre la taza en el servicio de señoras.

—En tal caso, no volverá a hacerlo.

—Dijeron que fue con una ametralladora. Tuvo algo que ver con la política

búlgara.

—Oh. Y en su memoria...

—Sí. También, según continúa la historia, hubo una espía británica que reunía aquí a sus admiradores.

—En esta misma mesa.

—Desde luego.

Volvió el camarero, y Polanyi pidió mejillones y una *choucrouste royale*.

—¿Por qué la llaman «royale»? —preguntó Morath.

—Porque hacen la salsa agria con champán en vez de cerveza.

—¿Y se nota el sabor del champán en el *sauerkraut*?

—Mera ilusión. Pero la idea resulta atractiva.

Morath pidió *suprêmes de volaille*, pechugas de pollo con nata, el plato más simple que encontró.

—¿Te has enterado de lo que le pasó al ministro del Aire francés? —dijo Polanyi.

—¿Qué?

—Bueno, para empezar, le dieron el contrato para construir aviones de combate a un fabricante de muebles.

—El cuñado de alguien.

—Probablemente. Y después decidieron almacenar los documentos secretos en unas instalaciones de pruebas, a las afueras de París. Los guardaban en un túnel de viento que estaba fuera de uso. Pero se les olvidó decírselo a los técnicos, que pusieron en funcionamiento el aparato y los papeles salieron volando por todo el vecindario.

Morath movió la cabeza; en otra época aquello hubiera resultado divertido.

—Se encontrarán con Adolf en el Elíseo, como se descuiden.

—Eso jamás —dijo Polanyi, después de terminarse la copa de vino y volvérsela a llenar—. Creemos que Adolf está a punto de cometer un error.

—¿Qué clase de error?

—Polonia. Últimamente ha estado gritando mucho acerca de Danzig: «Es alemán, ha sido siempre alemán y seguirá siendo alemán». Les dice a los alemanes por la radio que hagan una lista de sus enemigos, porque pronto el ejército alemán les ayudará a castigarlos. Por lo tanto, tendrá que haber un pacto entre los polacos, los rumanos y nosotros, y los yugoslavos podrán unirse si quieren. El Intermarium lo llaman, porque afecta a los territorios que quedan entre mares, el Báltico y el Adriático. Juntos, somos fuertes. Polonia tiene el ejército de tierra más grande de Europa, y podemos negarle a Hitler el trigo y el petróleo rumanos. Si conseguimos obligarle a retroceder y ponerle así en evidencia, eso será su final.

Polanyi observó que Morath se mostraba escéptico.

—Ya sé, ya sé —dijo—. Los antiguos odios, las disputas territoriales y todo lo demás. Pero si no hacemos algo, correremos la misma suerte que los checos.

Llegó la comida, y el camarero iba anunciando cada plato según lo depositaba en

la mesa.

—¿Y qué piensa Horthy de todo esto?

—Lo apoya. Tal vez conozcas el trasfondo de los acontecimientos políticos que se dieron en febrero, puede que no. Oficialmente, Imredy dimitió y el conde Teleki se convirtió en primer ministro. De hecho, a Horthy le dijeron que un periódico de Budapest estaba a punto de publicar las pruebas, obtenidas en Checoslovaquia, de que el doctor Bela Imredy, el furibundo antisemita, era judío. Por lo menos tenía un bisabuelo judío. Por eso Imredy no reaccionó, se quedó hundido. Y cuando dimitió, Horthy decidió sustituirle por Teleki, un conocido geógrafo de fama internacional y un liberal. Lo que significa que Horthy apoya al menos a parte de la resistencia a los objetivos alemanes para no implicar a Hungría en otra guerra.

—Con Gran Bretaña y Francia. Y, tarde o temprano, con Norteamérica. Seguramente esta la ganaremos.

—Te has olvidado de Rusia —dijo Polanyi—. ¿Qué tal está tu pollo?

—Muy bueno.

Polanyi tardó unos instantes en servirse del cuchillo para untar la salchicha que tenía pinchada en el tenedor con un poco de salsa agria, y luego le añadió una pizca de mostaza.

—A ti no te preocupan los polacos, ¿verdad Nicholas?

—En absoluto.

—Es un país con unos paisajes preciosos. Y las montañas, el macizo de los Tatra, son sublimes. Sobre todo en esta época del año.

—Eso dicen.

—¡Nicholas!

—¿Sí?

—¿Es posible que nunca hayas estado allí? ¿En el majestuoso macizo de los Tatra?

En una nota que le habían dejado sobre la mesa en la agencia Courtmain, le pedían que echara un vistazo al expediente del Betravix, un tónico sedante hecho de remolachas. Y allí encontró una postal de un Zeus de ojos enloquecidos y la barba partida por un rayo que le caía sobre la cabeza a punto de violar a una Hera desnuda y extraordinariamente sonrosada a la que sujetaba por los pies. En el reverso de la postal, había un corazón pintado con cera roja, atravesado por un signo de admiración.

Estuvo un rato sentado con Courtmain en una breve reunión; luego, cuando volvió a su despacho, encontró un segundo mensaje garabateado en un trozo de papel: «Te ha llamado tu amigo Ilya. M.».

Morath fue hasta la entrada de la oficina de Mary, un pequeño espacio acristalado junto a una ventana.

—Me ha gustado mucho tu postal —dijo—. ¿Esas son las cosas que pasan si tomas Betravix?

—Yo no lo haría si fuera tú —los últimos rayos del sol de la tarde brillaban sobre su pelo—. ¿Has visto el mensaje que te he dejado sobre la llamada telefónica?

—Sí. ¿Quién es Ilya?

—Un amigo, dijo. Quiere que te reúnas con él —buscó con el pulgar por un taco de notas que tenía sobre la mesa—. Para tomar una copa. En el café de la calle Maubeuge, frente a la estación del norte, a las seis y cuarto.

«¿Ilya?».

—¿Estás segura de que era para mí?

Mary asintió con la cabeza.

—Me dijo que le diera el recado a Nicholas.

—¿Hay algún otro Nicholas?

Ella se quedó un rato pensando.

—En esta oficina, no. Sonaba muy agradable, muy sereno. Tenía acento ruso.

—Bueno, ¿quién sabe?

—¿Vas a ir?

Morath vaciló. Un ruso desconocido que quería tener un encuentro con él en un café de la estación.

—¿Por qué te llamó precisamente a ti?

—No sé, cariño.

Mary dirigió la vista hacia la puerta.

—¿Ya lo tienes?

Morath volvió la cabeza y se encontró con León, que llevaba el boceto de una mujer con una estola de pieles.

—Si estás ocupada, vuelvo más tarde —dijo León.

—No, ya hemos terminado —dijo Morath.

Se pasó el resto del día dándole vueltas a aquella cita. No se le iba de la mente. Estuvo a punto de llamar a Polanyi, pero no lo hizo. Al final decidió ir a ver. Salió de la oficina a las cinco y media, se quedó de pie unos momentos en la avenida Matignon y después paró a un taxi con la intención de regresar a su apartamento.

—*Monsieur?* —dijo el taxista.

—A la Gare du Nord —«*Je m'en fous*, qué diablos».

Se sentó en el interior del café, con un periódico sin leer junto a la taza, y se quedó mirando a las personas que entraban por la puerta. ¿Tendría algo que ver con el vendedor de diamantes de Amberes? ¿Sería algún conocido de Balki? ¿O un amigo de un amigo? —«Llama a Morath cuando pases por París»—. Quizá fuera alguien que quería venderle algún seguro, o tal vez un corredor de bolsa, o un emigrado que necesitara trabajo. ¿Sería un cliente ruso? ¿Alguien que quería hacer publicidad de su tienda de zapatos?

Realmente no tenía ni la menor idea.

Esperó hasta las siete, después fue en taxi al apartamento de Mary Day. Se bebieron un vaso de vino, hicieron el amor, salieron para cenar un *steakfrites*,

volvieron andando a casa y se acurrucaron el uno en los brazos del otro bajo las mantas. Pero Morath se despertó a las tres y media, y luego otra vez a las cinco.

* * *

Y, cuando alguien llamó a su despacho por teléfono a la mañana siguiente, dejó que el aparato sonara tres veces antes de descolgarlo.

—Le pido excusas, *monsieur* Morath. Espero que sabrá usted perdonarme —dijo una amable voz con un fuerte acento extranjero.

—¿Quién es usted?

—Simplemente Ilya. Mañana por la mañana estaré en el mercadillo de Maubert.

—¿Y me puede explicar de qué...?

—Gracias —dijo la voz al otro lado de la línea. De fondo, alguien gritó: «*Un café allongé*». Se oía una radio, el ruido de una silla al arrastrarla por un suelo de baldosas, y después su interlocutor colgó el teléfono.

En la plaza Maubert, había un gran mercado los martes y los sábados. Bacalao y salmonetes sobre lechos de hielo. Coles, patatas, nabos, puerros, cebollas. Orégano y lavanda. Nueces y avellanas. Un par de sangrientos riñones de cerdo envueltos en papel de periódico.

Morath le vio esperando en un portal. Un espectro. Le miró fijamente unos instantes y recibió un leve movimiento de cabeza en respuesta.

Camaron juntos por los puestos, soltando vaho al respirar en el aire gélido.

—¿Le conozco? —preguntó Morath.

—No —dijo Ilya—. Pero yo a usted sí.

Había algo mal hecho en él, pensó Morath. Quizás el tronco era demasiado largo para las piernas o los brazos demasiado cortos. Tenía entradas y llevaba el pelo hacia atrás tan alisado que daba la impresión de que tenía una frente muy ancha. Tenía el rostro plácido y pálido, como de cera, que le hacía aún más negro su espeso bigote. En su atuendo había una pizca de médico o de abogado, el típico hombre que se había entrenado, por motivos profesionales, en no mostrar ninguna emoción. Llevaba una vieja gabardina de aspecto triste, color verde oliva, tal vez un remanente del ejército de algún lugar, pero estaba tan sucia y tan deshilachada que había perdido su identidad hacía ya mucho tiempo.

—¿Nos hemos visto en alguna parte? —preguntó Morath.

—No exactamente. Yo le conozco por su expediente, en Moscú. El tipo de registro que se lleva en los servicios especiales. Es mucho más completo de lo que pueda usted imaginarse. Sus conocidos, sus ingresos, sus opiniones políticas, su familia... Todo lo habitual. Tenía que elegir entre cientos de personas que viven en París. Eran de diversas nacionalidades y circunstancias. Al final, le elegí a usted.

Caminaron en silencio durante un rato.

—Me he fugado, por supuesto. Se supone que ya me tendrían que haber disparado en la purga del Ministerio de Asuntos Exteriores. Han arrestado a mis amigos; han desaparecido, como suele ocurrir allí. Cuando pasó, yo estaba en, digamos, Europa. Y me llamaron para que volviera a Moscú, a recibir una medalla, dijeron; yo sabía exactamente qué clase de medalla era, nueve gramos, y sabía también qué me tenían preparado antes de que se decidieran a utilizar la bala. Por eso hui y vine a París a esconderme. He vivido durante siete meses en una habitación. Creo que salí de ella solo tres veces en ese período.

—¿Y de qué vivía?

Ilya se encogió de hombros.

—Pues vivía como podía. Con el poco dinero que me quedaba, compré una cacerola, un hornillo de gas y una bolsa grande de avena. Hervía los copos de avena con agua y me hacía *kasha*. Si le añades un poco de manteca, puedes vivir con eso. Y así lo hice.

—¿Y qué es lo que quiere usted de mí?

—Ayuda.

Pasó al lado de ellos un policía que iba envuelto en su capa para abrigarse. Morath evitó su mirada.

—Hay cosas que deberían saberse —dijo Ilya—. Tal vez usted pueda ayudarme en eso.

—Por supuesto, le andan buscando.

—Por todas partes, y acabarán encontrándome.

—¿Es conveniente que esté usted en la calle?

—No.

Pasaron junto a una *boulangerie*.

—Un momento —dijo Morath, entró en la tienda y salió con un *bâtard*. Partió un extremo y le dio el resto a Ilya.

Morath masticó el pan durante un largo rato. Tenía la boca muy seca y le costaba trabajo tragárselo.

—Le he puesto en peligro, lo sé —dijo Ilya—. Y también a su amiga. Le pido excusas por ello.

—¿Cómo sabía usted que tenía que llamarme a través de ella en el sitio en el que trabaja?

—Simplemente le seguí, *monsieur*. No es muy difícil de hacer.

—No, supongo que no.

—Obviamente, puede usted marcharse. No volvería a molestarle.

—Sí, lo sé.

—Pero no va a hacerlo.

Morath no contestó.

Ilya sonrió.

—Esta es la situación —dijo.

Morath se llevó la mano al bolsillo y le dio a Ilya el dinero que llevaba.

—Le agradezco su amabilidad —dijo el ruso— y, en cuanto a lo otro, si Dios quiere, por favor, no se olvide de que tengo muy poco tiempo.

Aquella noche Morath llevó a Mary Day al cine, a ver una película de gánsteres, por suerte, en la que unos detectives capturaban a un atractivo ladrón de bancos corriendo por los callejones bajo la lluvia. Un noble salvaje, con su oscura alma redimida por el amor en la bobina anterior, aunque los *flics* no lo supieran. Cuando se muere en un charco debajo de una farola, sujeta en la mano un pañuelo blanco, que pertenecía al bueno de Dany, que yace en el suelo cubierto de sudor. No hay justicia en este mundo. Todo lo que consiguió fue unas disimuladas lágrimas de Mary Day. Cuando pusieron la siguiente bobina con noticias de actualidad y apareció una mina de carbón de Lille, y luego Hitler vociferando en Regensburg, se marcharon.

Otra vez en la *rue* Guisarde, se tumbaron en la cama en la oscuridad.

—¿Encontraste a tu amigo el ruso? —dijo ella.

—Esta mañana, en el mercado de Maubert.

—¿Y?

—Un fugitivo.

—Vaya.

Ella se sentía ligera en sus brazos, frágil.

—¿Qué quería? —preguntó.

—Algún tipo de ayuda.

—¿Y le vas a ayudar?

Por un momento Morath estuvo callado, después dijo:

—Tal vez.

No quería hablar de eso, y deslizó la mano por el vientre de ella para cambiar de tema.

—¿Ves lo que pasa cuando tomo mi Betravax?

Ella emitió una risita.

—Te voy a contar una cosa que vi. Creo que fue una semana después de que me contrataran. Tú estabas fuera, en alguno de esos lugares a los que sueles ir, y apareció aquel extraño hombrecillo con el tónico. «Es para los nervios —dijo—, y para aumentar el vigor». Courtmain estaba ansioso por probarlo. Nos sentamos en su despacho, con la botella verde sobre la mesa, y encontró una cuchara por alguna parte. Yo le quité el tapón y olí su contenido. Courtmain tenía una mirada inquisitiva, pero yo no dije nada, porque llevaba allí muy pocos días y tenía miedo de cometer un error. Pero ya sabes, Courtmain no le tiene miedo a nada, se sirvió una cucharada colmada y se la tragó. Entonces se puso pálido y bajó corriendo al vestíbulo.

—Betravax te da energía para correr.

—Si hubieses visto la cara que hacía... —Mary se rio al recordar la situación.

Los idus de marzo. El día 15, la infantería alemana motorizada, las semiorugas, las motocicletas y los carros blindados entraron en Praga bajo una fuerte tormenta de nieve. El ejército checo no ofreció resistencia, la fuerza aérea permaneció en tierra. Durante todo el día, las columnas de la Wehrmacht rodearon la ciudad de camino hacia la frontera eslovaca. A la mañana siguiente, Hitler se dirigió a una multitud de alemanes desde el balcón del castillo de Hradcany. Durante los días siguientes hubo cinco mil arrestos en Checoslovaquia y cientos de suicidios.

Dos semanas antes, Hungría se había adherido al Pacto Anticomintern —Alemania, Italia y Japón—, al mismo tiempo que aplicaba una severa represión de los elementos fascistas por todo el país. «Nos oponemos a los bolcheviques —parecía decir con aquella acción—, y podemos firmar cualquier documento, pero no nos van a dirigir los adeptos al nazismo». Bajo determinada óptica, oscura y un poco atormentada, tenía sentido. Y tuvo aún más sentido cuando, el día 14, el Honved, el ejército real húngaro, desfiló por la frontera y ocupó Rutenia. Lenta y dolorosamente, volvían a recuperarse los antiguos territorios.

En París, la tormenta de nieve que había en Praga caía en forma de lluvia. La noticia estaba viva en la calle. Bajo relucientes paraguas negros, la gente se agolpaba junto a los quioscos donde podían leerse los titulares. «Traición». Morath la percibía en el aire. La bestia, acorralada hasta aquel momento en el sótano de Munich, había echado abajo la puerta y empezaba a destrozar la porcelana.

La recepcionista de la agencia contestaba al teléfono al tiempo que se enjugaba las lágrimas con un pañuelo. Un afligido Courtmain le enseñó a Morath una lista de los hombres más jóvenes de la oficina que podrían resultar movilizados. ¿Cómo se las iban a arreglar sin ellos? Por los pasillos, todo eran conversaciones entre angustiados susurros.

Pero, cuando Morath se marchó de la oficina al mediodía, nadie susurraba. Por las calles, en el café, en el banco y en todas partes, lo único que se oía era *merde* una y otra vez. También *merdeux*, *un beau merdier*, *merdique*, *emmerdé* y *emmerdeur*. Los parisinos tenían muchas maneras de decirlo y las utilizaban todas. El periódico que llevaba Morath, terriblemente pesimista sobre el futuro, recordaba a sus lectores lo que había dicho Churchill en respuesta a los discursos de «paz con honor» que daba Chamberlain aquellos días en Munich: «Les dieron a elegir entre la guerra y el deshonor. Eligieron el deshonor y ahora tendrán guerra».

El 28 de marzo, Madrid se rindió al ejército de Franco, y la República española cayó. Mary Day estaba sentada en el borde de la cama con su camisón de franela, escuchando la voz que salía de la radio.

—Yo tenía un amigo —dijo, a punto de llorar—. Un inglés, alto y tontorrón, ciego como un murciélago, Edwin Pennington, que escribió *Annabelle Surprised* y

Miss Lovett's School. Y un día se marchó y murió en Andalucía.

En el trabajo a la mañana siguiente, Morath recibió un *petit bleu*, un telegrama enviado a través del sistema de tubos neumáticos que utilizaban las oficinas de correo parisinas. El mensaje era simple: «Notre Dame de Lorette. 1:30».

La iglesia de Notre Dame de Lorette estaba a las afueras, en el sucio distrito nueve; a las putas de la zona se las llamaba *Lorettes*. Por las calles que rodeaban la iglesia, no iba a ser fácil reconocer a Ilya. El instinto indicaba a Morath que no fuera. Sentado en su silla, se quedó mirando el telegrama mientras se fumaba un cigarrillo, y acabó yéndose de la oficina a la una.

La iglesia estaba oscura y ocupada principalmente por mujeres mayores a esa hora del día. «Viudas de guerra», pensó Morath, vestidas de negro, que habían llegado con antelación a la misa de las dos. Lejos de las vidrieras, hacia la parte de atrás, Morath encontró una profunda sombra. Ilya apareció casi de inmediato. Estaba nervioso, ya no era el valiente del mercado de Maubert. Se sentó, respiró profundamente y soltó el aire despacio, como si hubiera estado corriendo.

—Menos mal —dijo, con tono suave— que está usted aquí. Ya ha visto lo que ha ocurrido en Praga —continuó—. Y detrás irá Polonia. No hace falta que yo se lo diga. Pero lo que no se sabe es que la orden está escrita y ya tienen confeccionado el plan de guerra. Tiene un nombre, *Fall Weiss*, el Caso Blanco, una fecha y una hora después del 1 de septiembre.

Morath repitió el nombre y la fecha.

—Yo puedo probarlo —dijo Ilya, nervioso, casi olvidándose del francés—. Con papeles —se detuvo un momento y después añadió—: Es un buen trabajo para un miembro de la Checa, pero debe llegar a las altas instancias. De lo contrario, habrá guerra, no hay forma de evitarla. ¿Puede usted ayudar?

—Lo puedo intentar.

Ilya le miró fijamente a los ojos para ver si estaba diciendo la verdad.

—Eso espero.

Aquel hombre tenía una enorme presencia, pensó Morath. Energía. Aun abatido, hambriento y asustado, la tenía.

—Hay alguien a quien podría visitar —dijo Morath. La expresión de Ilya daba a entender algo así como: «Si eso es todo lo que puedo conseguir, lo aceptaré».

—Los polacos están en medio de todo esto —dijo—. Y son difíciles, imposibles. En la junta de cinco hombres que dirige el país, solo importan Beck y Rydz-Smigly, Beck en cuanto a la política de exteriores y Rydz-Smigly respecto al ejército, pero son todos hijos de Pilsudski. Cuando murió, en 1935, heredaron el país y tienen todos la misma experiencia. Lucharon por la independencia en 1914 y la consiguieron. Después vencieron a los rusos, en 1920, a las puertas de Varsovia, y ahora no quieren saber nada de ellos. Ha habido demasiadas guerras en los últimos cien años,

demasiada sangre derramada. Hay un punto, entre naciones, en el que llega a ser demasiado tarde. Eso es lo que les ocurre a Rusia y Polonia.

»Ahora —continuó—, se creen que pueden vencer a Alemania. Jozef Beck se inició en la clandestinidad. Le expulsaron de Francia en 1923 cuando trabajaba como agregado militar político, porque sospechaban que actuaba como espía para Alemania. Por eso lo que él sabe de Alemania y de Rusia lo aprendió en la sombra, que es donde suele encontrarse la verdad.

»Lo que los polacos quieren —siguió explicando Ilya es una alianza con Francia y Gran Bretaña. Resulta lógico, en la superficie. ¿Pero cómo puede ayudarles Gran Bretaña? ¿Con barcos? ¿Como Gallipoli? No es serio. La única nación que puede ayudar a Polonia hoy es Rusia; no hay más que mirar al mapa. Y Stalin quiere lo mismo que los polacos, una alianza con Gran Bretaña, por la misma razón, para mantener apartados a los lobos de Hitler. Pero los británicos nos desprecian, nos temen, nos odian, nos ven como comunistas despiadados y asesinos. Lo cual es cierto, pero también lo es, incluso más, que somos la única nación que puede formar, junto con Polonia, un frente oriental contra la Wehrmacht.

»A Chamberlain y a Halifax —continuó— no les gusta la idea, y no son pocas las pruebas de que lo que les gustaría sería que Hitler y Stalin se enfrentaran. ¿Se creen que Stalin no lo sabe? ¿Llegan realmente a creer eso? Por lo tanto, he aquí la verdad: si Stalin no hace un pacto con los británicos, lo hará con Alemania. No tendrá otra elección.

Morath no contestó, intentando asimilar todo aquello. La misa de dos había empezado, y la oficiaba un cura joven. Morath pensó que iba a oír hablar de sangrientos crímenes, hambrunas, purgas... Ilya no era el único desertor de los servicios secretos rusos; en Estados Unidos había un general de la GRU, llamado Krivitsky, que había escrito un *bestseller* sobre el tema. Supuso que Ilya quería protección, refugio en pago a las pruebas de que Stalin tenía la intención de dominar el mundo.

—¿Cree usted lo que le estoy diciendo? —le preguntó Ilya.

—Sí, más o menos, desde determinado ángulo.

—¿Su amigo podrá ponerse en contacto con los británicos?

—Yo creo que sí. ¿Y los documentos?

—Cuando él diga que está de acuerdo, se los daré.

—¿Qué clase de papeles son?

—Del Kremlin: actas de reuniones, informes de la NKVD, copias de circulares alemanas...

—¿Podré ponerme en contacto con usted?

Ilya sonrió y movió la cabeza lentamente.

—¿Cuánto tiempo va a necesitar?

—Una semana, tal vez.

—De acuerdo —Ilya se puso de pie—. Yo me marcharé antes, usted quédese unos

minutos. Es más seguro de ese modo.

Ilya se dirigió a la puerta y Morath se quedó donde estaba. Se miró el reloj mientras el sacerdote pronunciaba sus frases en latín. Se había criado con todo aquello, pero después, cuando volvió de la guerra, dejó de ir a misa.

Finalmente se levantó y caminó despacio hasta la parte trasera de la iglesia.

Ilya estaba de pie, bajo la arcada, viendo llover. Morath se puso a su lado.

—¿Se queda usted aquí?

Asintió señalando con la barbilla hacia la calle.

—Hay un coche.

Frente a la iglesia, había un Renault, con un hombre sentado en el lugar del pasajero.

—Tal vez sea por mí —dijo Ilya.

—Iremos juntos.

—No.

—Vayamos entonces por la puerta lateral.

Ilya le miró. ¿Iban a estar esperando solo en una puerta? Estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Estoy atrapado —dijo.

—Vuelva a donde estaba, vendré a recogerle.

Ilya vaciló y luego fue hasta la arcada.

Morath estaba furioso. «¡Morirse bajo la lluvia un martes por la tarde!». En la calle, se puso a buscar un taxi. Recorrió a toda prisa la *rue* Peletier, luego la *rue* Druot. En la esquina, un taxi libre paró frente a un pequeño hotel. Cuando Morath fue corriendo hasta él, vio a un elegante caballero con una mujer del brazo que salían del vestíbulo. Morath y el elegante caballero abrieron las puertas traseras del vehículo al mismo tiempo y se miraron el uno al otro ya sentados en el interior.

—Perdone, amigo —dijo el hombre—, pero yo he pedido este taxi por teléfono.

Le tendió la mano a la mujer, y ella entró en el taxi. Morath se quedó allí, con el agua cayéndole por el rostro.

—*Monsieur!* —dijo la mujer, señalando al otro lado de la calle—. ¡Ha tenido suerte!

En medio del tráfico había un taxi libre. Morath le dio las gracias a la mujer y lo paró. Una vez dentro, le indicó al conductor adónde tenían que ir.

—Tengo un amigo esperándome —dijo.

Morath encontró a Ilya a la puerta de la iglesia y le abrió la puerta del taxi con rapidez. El Renault había desaparecido.

—Rápido —dijo Morath.

Ilya vaciló.

—Venga, vayámonos —dijo Morath, con urgencia en la voz. Ilya no se movía, parecía que se había quedado paralizado, hipnotizado—. No le van a matar aquí.

—Oh, sí.

Morath le miró. Se dio cuenta de que ocurría algo, algo que Ilya había visto o quizás algo que había hecho. El taxista tocó varias veces el claxon con impaciencia.

Morath cogió a Ilya por el brazo y le dijo:

—¡Venga, ahora!

Reprimió el instinto de agacharse y salir corriendo, y los dos bajaron las escaleras juntos con rapidez, pero sin aspavientos.

En el taxi, Ilya le dio al conductor una dirección y, cuando ya se pusieron en camino, volvió la cabeza y miró por el cristal de atrás.

—¿Ha reconocido usted a alguien? —le preguntó Morath.

—No, esta vez no. Puede que antes, una vez, y solo una vez.

El taxi se vio obligado a seguir durante varios minutos detrás de un autobús que iba abarrotado de gente. De repente, Ilya gritó:

—¡Deténgase aquí! —Saltó del coche y corrió escaleras abajo por una boca de metro. Morath vio que era la de Causé d'Antin, la clásica parada de enlace en la que los pasajeros pasaban de una línea a otra.

El conductor le vio alejarse y después se puso un dedo en la sien y lo giró varias veces, lo cual quería decir: «Está loco» en el lenguaje de signos de los taxistas. Volvió la cabeza y miró a Morath con acritud.

—¿Y ahora? —dijo.

—A la avenida Matignon, justo al final del bulevar.

Era un trayecto largo desde Chaussée-d'Antin, especialmente en un día de lluvia. Trasladar a la gente de un sitio a otro era, en esencia, una imposición; claramente ese era el punto de vista del taxista, que lanzó un suspiro, metió primera y aceleró.

—¿Qué le pasa a su amigo? —preguntó.

—Su esposa le persigue.

—¡Menuda situación! Pues mejor que le siga a él que a mí.

Minutos después el conductor preguntó:

—¿Ha visto los periódicos?

—No, hoy no.

—Pues hasta Chamberlain está dispuesto a decir eso de: «*J'aime Berlin*».

—¿Qué ha ocurrido?

—Un discurso. Quizá Adolf quiera dominar el mundo.

—Quizá lo domine ya.

El conductor se volvió a mirar a Morath.

—Que dejen que entre su ejército en Polonia, y se acaba todo.

—Te prohíbo que vuelvas a verle —dijo Polanyi. Estaban en un café cerca de la legación—. En cualquier caso, hay una parte de mí que quiere decirte eso.

Morath disfrutaba con aquella situación.

—Suenas como un padre en una obra de teatro.

—Sí, me lo imagino. ¿Tú lo crees, Nicholas?

—Sí y no.

—Debo admitir que todo lo que dice es verdad. Pero lo que me preocupa es la posibilidad de que alguien de la calle Dzerzhinsky lo haya enviado para acá. Después de todo, cualquiera puede comprarse un impermeable.

—¿Importa eso?

Polanyi admitió que tal vez no fuera importante. Si los diplomáticos no eran capaces de convencer a los británicos, tal vez lo consiguiera un desertor.

—Estos juegucitos... —dijo—. Diplomáticos húngaros en contacto con un agente soviético.

—Me dijo que tiene papeles que lo prueban.

—Papeles, sí. Como los impermeables. ¿Te ha dicho algún modo de ponerte en contacto con él?

—No.

—No, por supuesto que no —Polanyi se quedó pensativo unos instantes—. De acuerdo, le hablaré de ello a determinada persona, pero si la cosa sale mal, de algún modo que no podemos prever, no me eches la culpa.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—La próxima vez que te llame, si te llama, yo le veré. Pero tú no vayas a decírselo, simplemente concierta una cita y déjame a mí el resto.

Polanyi se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—Mira, pase lo que pase a partir de ahora, no debemos hacer nada que comprometa al primer ministro. Teleki es el único que nos puede sacar de este lío; ese hombrecillo, Nicholas, es un caballero, un héroe. La semana pasada pagó a algunos chicos en Budapest para que frotaran con ajo las puertas del Ministerio de Asuntos Exteriores, con una nota que decía: «Vampiros alemanes, fuera de aquí».

—Amén —dijo Morath—. ¿Y en qué puede perjudicar a Teleki que estemos en contacto con un desertor?

—No lo sabré hasta que sea demasiado tarde, Nicholas. Así están las cosas ahora. Es triste, pero cierto.

Triste pero cierto fue para Morath recibir, el último día de marzo, otra carta de la Préfecture. Una vez más, la sala 24, y seis días, hasta la fecha de la citación, para estar preocupado por ese tema. Supuso que los rumanos no se marcharían, pero no fue una buena suposición.

Le tuvieron esperando a la puerta del despacho del inspector durante cuarenta y cinco minutos. «Esto está calculado», pensó, pero de algún modo sintió que surtía efecto en él. El inspector no había cambiado; seguía allí sentado y atento, con su angulosa cara de depredador, frío como el hielo.

—Le ruego que nos perdone por volver a molestarle —dijo—. Hay unas cuantas

cosas que debemos esclarecer.

Morath esperó pacientemente.

El inspector se tomó todo el tiempo del mundo. Con parsimonia, se leyó entera una página del expediente.

—*Monsieur* Morath, ¿por casualidad ha oído usted hablar alguna vez de un hombre llamado Andreas Panea?

Aquel era el nombre del pasaporte que consiguió para Pavlo. Se tomó su tiempo para tranquilizarse.

—¿Panea?

—Sí, eso es. Un nombre rumano.

«¿A qué venía ese tema en aquel preciso momento?».

—No, creo que no le conozco —dijo.

El inspector hizo una anotación en el margen.

—Por favor, conteste con seguridad, *monsieur*. Piénselo con detenimiento si hace falta.

—Lo siento —dijo, con soltura.

El inspector siguió leyendo. Fuese lo que fuese lo que ponía en el expediente, era fundamental.

—¿Y al doctor Otto Adler? ¿Le suena ese nombre?

Capaz esta vez de decir la verdad, Morath se sintió aliviado.

—Pues me temo —dijo— que tampoco conozco a esa persona.

El inspector anotó su respuesta.

—Otto Adler era el editor de una revista política, socialista. Un emigrado alemán que llegó a Francia en la primavera de 1938 y estableció la editorial en su propia casa, en St. Germain-en-Laye. En junio fue asesinado. Le dispararon en el Jardin du Luxembourg. Sin duda fue un asesinato político, y esos son difíciles de resolver, pero nos sentimos orgullosos de seguir tras la pista. Un asesinato es un asesinato, *monsieur* Morath, incluso en épocas de confusión política.

El inspector vio que había metido un tanto, así lo pensó Morath.

—De nuevo —dijo Morath, con tono de excusa en la voz—, me temo que no puedo ayudarle.

Dio la impresión de que el inspector daba por bueno lo que le decía. Cerró el expediente.

—Quizá luego se acuerde de algo, *monsieur*. Cuando esté relajado, es posible que le venga algo a la mente.

Ya le había venido algo a la mente.

—Si eso ocurriese —continuó el inspector—, siempre podrá ponerse en contacto conmigo aquí.

Le entregó a Morath su tarjeta, él la miró y se la guardó en el bolsillo. El inspector se llamaba Villiers.

Fue entonces a la agencia Courtmain, pero no se quedó allí. Vio un momento a

Mary Day.

—¿Todo bien? —le preguntó ella.

Morath fue al servicio y se miró en el espejo. ¿Qué le había notado ella? Tal vez estaba un poco pálido, nada más. Pero la diferencia entre Cara, a sus veintiséis años, y Mary Day, a sus cuarenta, pensó, era que Mary comprendía lo que el mundo hacía con la gente. Al parecer, había notado que le habían hecho algo a Morath.

Ella no lo mencionó aquella noche, pero estuvo realmente encantadora con él. No sabría explicar exactamente cómo. Le acarició más de lo habitual, tal vez fue eso. Él estaba dolido en su corazón, ella lo sabía, pero no le preguntó por qué. Se fueron a la cama y él se quedó dormido; después, se despertó bastante antes de que amaneciera, salió de la cama tan sigilosamente como pudo y se quedó de pie junto a la ventana, viendo pasar la noche. «No hay nada que puedas hacer ahora».

Llamó a Polanyi. Lo llamó desde el café que estaba enfrente del Sena, el primer teléfono público con que uno se encuentra al salir de la Préfecture. «Seguro que viven del vecindario», pensó Morath cuando metía una ficha en la ranura. Era fácil reconocer a los refugiados: una pareja que celebraba algo con una botella de vino que podían permitirse, un hombre de larga barba con la cabeza hundida entre las manos...

—El conde Polanyi no estará en la legación esta tarde —dijo una voz al otro lado de la línea.

Morath colgó el teléfono; una mujer esperaba para llamar. Polanyi jamás se negaría a hablar con él, ¿no?

Morath no fue a su apartamento hasta las doce de la mañana del día siguiente, y se encontró allí una carta esperándole. La habían entregado en mano: no llevaba sello.

Era un recorte de prensa, del 9 de marzo, del periódico dirigido a la comunidad alemana de Sofía. Se imaginó que aquella noticia, o una muy similar, habría salido también en los periódicos búlgaros, pero el anónimo remitente sabía que él podía leer alemán.

Un tal Stefan Gujac, según describía la noticia, un croata, se había ahorcado en su celda, en la cárcel de Sofía. El tal Gujac, que utilizaba el pasaporte falso de un finado rumano llamado Andreas Panea, era sospechoso, para las agencias de seguridad de varios países balcánicos, de haber participado en más de una docena de asesinatos políticos. Nacido en Zagreb, Gujac se había adherido a la organización fascista de los *ustachi* y había sido arrestado varias veces en Croacia, acusado de agitación y agresiones, además de haberse pasado tres meses en prisión por robar un banco en Trieste.

Para cuando lo arrestaron en Sofía, las autoridades de Salónica pedían su extradición después de que una bomba colocada en una cafetería matara a siete personas, entre las que estaba E. X. Patridas, un funcionario del Ministerio del Interior, e hiriera a otras veinte. Además, también pedía su extradición la policía de París por su relación con el asesinato de un emigrado alemán, editor de una revista política.

El arresto de Gujac en Sofía se debió al intento de asesinato, frustrado por un sargento de la policía, de un diplomático turco que se hospedaba en el Grand Hotel. Le requería la policía búlgara por sospechar que la trama contra el diplomático había sido organizada por Zveno, la banda terrorista que actuaba en Macedonia.

Gujac, de veintiocho años de edad, se había ahorcado con una soga fabricada con trozos de su ropa interior. Las autoridades de Sofía decían que el suicidio seguía siendo objeto de investigación.

Polanyi estuvo de acuerdo en verle después, aquella misma tarde, en el café que quedaba cerca de la legación húngara. El conde le leyó la cara nada más entrar en el local y dijo:

—¿Nicholas?

Morath no perdió tiempo. Le contó el interrogatorio en la Préfecture y luego le pasó por debajo de la mesa el recorte de periódico.

—No sabía nada de esto —dijo Polanyi.

Morath esbozó una amarga sonrisa.

—Cuando se sucedieron los hechos, yo no sabía nada. Lo creas o no, es la verdad. Me enteré más tarde, pero ya todo había pasado y no tenía ningún sentido contártelo. ¿Para qué? ¿De qué te habría servido?

—Quieres decir que no fue culpa tuya.

—Sí, eso es. Fue un asunto de Von Schleben. Tú no entiendes lo que está ocurriendo ahora en Alemania, la manera en que funciona el poder. Comercian con todo, Nicholas, con vidas humanas, dinero y favores. Ya no hay hombres honorables. La mayoría de ellos se han jubilado si es que no les han asesinado o han tenido que huir del país. Von Schleben respeta. Es su forma de ser. Él respeta y yo trato con él. Tengo que tratar los asuntos con alguien; por eso trato con él. Y luego llega mi turno para comerciar.

—Un acuerdo recíproco —la voz de Morath sonó fría.

—Sí. Asumo una obligación y luego corro con las consecuencias. Soy un banquero, Nicholas, y si en ocasiones soy un triste banquero, ¿qué importancia tiene?

—Pues sería forzado por las circunstancias, pero debiendo favores acabaste organizando ese crimen.

—No. Lo hizo Von Schleben. Tal vez fuera un favor, una deuda que tenía pendiente, no lo sé. Quizás el acuerdo al que él llegó consistiera simplemente en traer *aquella cosa* a París. Yo no puedo decir quién le daba instrucciones una vez aquí, no sé quién le pagaba. Alguien de las SS, empieza por ahí y encontrarás al culpable. Aunque sospecho que tú ya sabes eso desde bastante antes de descubrir que él te había descubierto.

Polanyi se detuvo un momento, y luego dijo:

—¿Sabes?, hay días que Von Schleben es un rey y otros días es un lacayo. Como

yo, Nicholas. Como tú.

—¿Y lo que hice en Checoslovaquia? ¿De quién fue la idea?

—De Von Schleben también. Solo que desde el otro lado en aquella ocasión.

El camarero les trajo los cafés; las dos tazas quedaron intactas sobre la mesa.

—Lo siento muchísimo, Nicholas, y me preocupa más el asunto de la Préfecture que descubrir quién hizo qué cosa a quién el año pasado, porque lo hecho, hecho está.

—Hecho por última vez.

—Pues adiós y buena suerte. Lo mismo desearía para mi persona, Nicholas, pero no puedo borrar me de mi país, y ese es el problema. No podemos agarrar la nación y pegársela a Noruega. Estamos donde estamos, y todo parte de ahí.

—¿Quién puso a la Préfecture tras mis pasos?

—La misma persona que te mandó el recorte de periódico. Fue Sombor las dos veces.

—¿Lo sabes?

—Nunca lo sabes, lo supones.

—¿Y qué ganaba con eso?

—A ti, y hacerme daño a mí, porque me ve como a su rival. Eso es cierto, porque él está en manos de la Cruz de Flecha, y yo no. Estamos hablando de política húngara.

—¿Y por qué me mandó el recorte de periódico?

—Para darte a entender que todavía no es demasiado tarde. De momento en la Préfecture solo saben parte de la historia. «¿Quieres que yo les cuente el resto?». Eso es lo que te está preguntando.

—Tengo que hacer algo —dijo Morath—. Marcharme quizá.

—Podría ser llegado el caso, pero de momento, déjame a mí.

—¿Por qué?

—Eso, por lo menos, te lo debo.

—¿Por qué no dejar que lo resuelva Von Schleben?

—Podría pedírselo, pero ¿estás preparado para hacer lo que te pida a cambio?

—¿Estás seguro de que pedirá algo a cambio?

—No lo dudes. Después de todo, tú ya estás en deuda con él.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Que no se te olvide que cuando te cogió la Siguranza en Rumanía, él te salvo la vida.

Polanyi se inclinó sobre la mesa y le agarró la mano.

—Perdóname, Nicholas. Perdona, perdona. Perdona al mundo por ser como es. Quizá la semana que viene caiga muerto Hitler y nos vayamos todos a celebrarlo con una buena cena.

—Y pagas tú.

—Y pago yo.

En abril, se depositó sobre París la *grisaille*, el ambiente gris, como hacía siempre: edificios grises, grises los cielos, la lluvia y la niebla en las largas noches... Una noche en Juan-les-Pins, Shublin, el artista, le había contado que en primavera las tiendas de material artístico no podían poner en los escaparates el color gris Payne.

La ciudad no sufría por su transformación al gris, encontraba en él el alivio de toda la boyante y esplendorosa actividad comercial del final del invierno. Para Morath, la vida se estancaba en una inquietante paz, y su fantasía de «la vida cotidiana» no era una realidad tan dulce como a él le gustaba imaginar. Mary Day se había embarcado en una nueva novela, a *Suzette* y *Suzette va en barco* les iba a seguir *Suzette en el mar*. Un crucero de lujo, saboteado por un emisario del mal, que acaba perdido en los trópicos. Entre los personajes iba a haber un licencioso capitán, un apuesto marinero llamado Jack, un multimillonario norteamericano y el pegajoso director de la orquesta del barco, todos ellos intrigando de un modo u otro por una mirada a los succulentos pechos de Suzette y a su culito sonrosado.

Mary Day escribía durante una hora o dos todas las noches en una destartada máquina de escribir, vestida con una amplia camiseta de algodón, con las mangas remangadas sobre sus escuálidas muñecas. De vez en cuando Morath levantaba la vista de su libro para ver la cara de ella mientras escribía, sus extrañas contorsiones, con los labios apretados de concentración, e intrigaba por obtener su propia mirada, que llegaba con facilidad cada noche cuando terminaba la escritura.

En la radio el mundo iba a la deriva hacia la sangre y el fuego. Gran Bretaña y Francia anunciaron que defenderían a Polonia si resultaba atacada. Churchill afirmó lo siguiente: «No hay modo de mantener un frente oriental contra la agresión nazi sin la ayuda activa de Rusia». Un portavoz de la Cámara de los Comunes dijo: «Si nos metemos sin la ayuda de Rusia, acabaremos en una trampa». Morath miraba a la gente leer los periódicos en los cafés. Se encogían de hombros y pasaban la página, lo mismo que él. Era como si todo estuviera ocurriendo en una tierra lejana e irreal, en la que los ministros llegaban a las estaciones de ferrocarril y los monstruos salían por las noches. En alguna parte de la ciudad, Morath lo sabía, Ilya se mantenía oculto en una sucinta habitación o, tal vez, ya le habrían golpeado hasta matarle en Lubianka.

Los castaños estaban floreciendo, los capullos blancos se quedaban pegados en las húmedas aceras, mientras el capitán espiaba a Suzette por el ojo de la cerradura cuando ella se peinaba su larga melena rubia. Léon, el creativo de la agencia Courtmain, se fue a Roma a ver a su prometida y regresó con un moratón en la cara y una mano rota. Lucinda, la Vizsla más dulce de la baronesa Frei, parió una carnada de perritos, y Morath y Mary Day fueron a la *rue Villon* a comer *sachertorte* y a mirar a los recién llegados en una cesta de mimbre decorada con *passementerie* de plata. Adolf Hitler celebró su quincuagésimo cumpleaños. Presionada por Alemania, Hungría se desmarcó de la Liga de Naciones. Morath fue a una tienda de la *rue* de la Paix y le compró a Mary Day un pañuelo de seda con bucles y espirales dorados sobre un fondo rojo veneciano. Wolfi Szubl llamó por teléfono, claramente

desesperado, y Morath dejó el trabajo y se fue a un pequeño apartamento oscuro en las profundidades del distrito catorce, en una calle en la que vivió Lenin una época cuando se exilió.

El apartamento olía a harina cocida y estaba lleno de corsetería por todas partes, prendas interiores femeninas de colores lila y verde claro, tenues tonos de rosa y carmín, blanco y negro. En una cama sin hacer, había abierta una enorme maleta de muestras.

—Perdona el desorden —dijo Szubl—. Estoy haciendo inventario.

—¿Está Mitten aquí?

—¡Mitten! Mitten es rico. Está rodando en Estrasburgo.

—Me alegro por él.

—No está mal. *Los pecados del doctor Braunschweig*.

—Que eran...

—Asesinatos. A Herbert lo matan a puñaladas en los primeros diez minutos, así que no tiene un gran papel. Con una aguja de hacer punto. Pero el dinero le viene muy bien.

Szubl cogió una hoja de papel amarillo mecanografiada y pasó el dedo por encima.

—Nicholas, hay un corsé encima del radiador, ¿le ves la etiqueta?

—¿Este? —Era uno plateado, con botones en la parte de atrás y broches para el ligero en la parte de abajo. Mientras Morath le buscaba la etiqueta, pensó que olía a sal de baño de lavanda—. Marie Louise —dijo.

Szubl puso una marca de verificación en la lista.

—¿Las mujeres se prueban esto? ¿Las muestras?

—A veces, en pases privados —empezó a contar un montón de fajas sentado al borde de la cama—. He oído que quieren subirme de categoría —dijo.

—Enhorabuena.

—Es desastroso.

—¿Por qué?

—La empresa está en Francfort. Me tendría que ir a vivir a Alemania.

—Entonces, recházalo.

—Es el hijo... El viejo se hizo viejo, y su hijo ocupó su lugar. «Un nuevo día», dice a menudo. «Sangre nueva en la oficina». Pero con él me puedo manejar. Por eso te he llamado.

Szubl se sacó del bolsillo un papel doblado y se lo entregó a Morath. Era una carta de la Préfecture, en la que se citaba a *Szubl, Wolfgang* para que se presentara en la sala 24.

—¿Por qué me mandan esto? —dijo.

—Una investigación, pero no saben nada. De todas formas, intentarán asustarte.

—Pues no tendrán que esforzarse mucho. ¿Qué tengo que decir?

—No sé: «No estaba allí, no le he visto nunca». No tienes que conseguir que se

queden prendados de ti, y no empieces a hablar para llenar el silencio. Siéntate.

Szubl frunció el ceño, mientras sujetaba en una mano una faja de color rosa.

—Sabía que esto iba a ocurrir.

—Valor, Wolfi.

—Yo no quiero partir piedras.

—No te preocupes, no irás a prisión. Tienes que acudir a la cita esta vez, porque te han enviado una carta, es oficial. Pero la cosa se quedará ahí. ¿De acuerdo?

Szubl asintió con la cabeza, asustado y con expresión de infelicidad.

Morath llamó a Polanyi y se lo contó.

El conde Janos Polanyi estaba sentado en su despacho, en la legación húngara. Todo estaba en silencio, de vez en cuando sonaba algún teléfono o alguna máquina de escribir, pero aquella habitación tenía su propio silencio particular, con las cortinas que cubrían los altos ventanales, manteniendo fuera las inclemencias del tiempo y la ciudad. Polanyi se quedó mirando una pila de telegramas que había sobre la mesa, después los apartó. Nada nuevo, o, al menos, nada bueno.

Se sirvió un poco de aguardiente de albaricoques en un vaso y se lo bebió de un trago. Cerró los ojos unos instantes y se recordó a sí mismo quién era, de dónde venía. «Jinetes por la alta hierba, hogueras en la llanura». Absurdos sueños, pensó, románticas aspiraciones, pero allí estaban, en alguna parte, resonando en su interior. Al menos a él le gustaba pensar que era así. ¿En su mente? No, en su corazón. «Mala ciencia, pero buena metafísica». Y eso, pensó, era en gran medida lo que él había sido siempre.

El conde Janos Polanyi tenía dos agendas personales, encuadernadas en cuero verde. Una grande, que dejaba en el despacho, y una pequeña, que siempre llevaba con él. En aquel momento abrió la pequeña y pidió una llamada a una mujer que él sabía que vivía, con el máximo lujo, en un apartamento en el Palais Royal. «Blanca y delicada —así le gustaba recordarla—, como la nieve».

Mientras sonaba el teléfono, se miró el reloj. Las cuatro y veinticinco. Como siempre, ella contestó después de que sonara muchas veces, condescendió a contestar, según podía juzgarse por el tono de su voz. Luego mantuvieron una intrincada conversación. Llena de indirectas y deliciosamente sinuosa. Tenía que ver con algunas amistades de ella, mujeres, algunas un poco más jóvenes, otras más experimentadas. Algunas bastante atrevidas y otras tímidas. Algunas comían profusamente, mientras que otras estaban delgadas. Qué diversa era la gente en esos tiempos. Rubias. Y morenas. De tierras extranjeras o del distrito dieciséis. Y cada una con su propia manera de definir el placer. «¡Milagroso este mundo nuestro!». Una era testaruda, propensa a los ataques de cólera. Otra era juguetona, nada le preocupaba mientras hubiera risas.

Por fin, llegaron a un acuerdo. Una hora. Y un precio.

«El deber antes que el placer». Qué dicho tan mezquino. El conde suspiró, miró los enormes retratos que colgaban de la pared, la dinastía Arpad y sus nobles sabuesos, y se sirvió un poco más de aguardiente, y luego otro poquito más. «El jefe magiar se prepara para la batalla». Se burló de sí mismo, una vieja costumbre, aunque la realidad era que todos lo hacían, era un instinto de la conciencia nacional: la ironía, la paradoja, el ver el mundo de dentro afuera y divertirse con lo que se suponía que no era divertido. Probablemente esa era la razón de que los alemanes no se preocuparan mucho de ellos, Polanyi siempre lo había creído así. Fue el archiduque austríaco Francisco Fernando el que dijo de los húngaros: «Fue un gesto de mal gusto por parte de estos caballeros que vinieran a Europa». Pues bien, allí estaban ellos, tanto si a sus vecinos les gustaba como si no.

Volvió a mirarse el reloj. Todavía podía posponer lo inevitable unos minutos más. Su placer vespertino no llegaría hasta las seis. Había fijado la cita una hora más tarde de lo habitual. «Y hablando de placer, antes el deber». Se tomó su tiempo y pronunció varios anatemas húngaros, alegres blasfemias. Realmente, ¿por qué tuvo que hacer eso? ¿Por qué tuvo que aparecer en su vida una criatura como Sombor? Pero allí estaba. Pobre Nicholas, no se lo merecía. Él lo único que quería era que sus amigos artistas, actores y poetas supieran que, en 1918, él había luchado. Y lo hizo muy bien, Polanyi lo sabía; allí quedaba para siempre en la historia de los ejércitos. Su sobrino era un héroe y un buen oficial, cuidadoso con las vidas de sus hombres.

Guardó la botella de aguardiente en el cajón de la parte de abajo. Se puso de pie, se estiró la corbata y salió del despacho, cerrando cuidadosamente la puerta tras él. Recorrió el pasillo y pasó junto a un jarrón de flores recién cortadas que había en una mesa del vestíbulo delante de un espejo. Saludó a Bolthos, que pasó corriendo con un sobre debajo del brazo y subió por las escaleras de mármol.

En el piso de arriba había más ajeteo, más ruido. En el primer despacho, el agregado comercial; después el hombre que se ocupaba de los asuntos económicos, y por último Sombor. Polanyi llamó a la puerta dos veces y la abrió. Sombor levantó la vista cuando él entró y dijo:

—Su excelencia —estaba ocupado pasando unas notas a una hoja de papel que la secretaria mecanografiaría después para convertirlas en un informe.

—Coronel Sombor —dijo Polanyi—, quisiera tener unas palabras con usted.

—Sí, su excelencia, ahora mismo estoy con usted.

Todo era pura rudeza, y ambos lo sabían. Correspondía a Sombor ponerse de pie, saludar educadamente e intentar satisfacer los deseos de un superior. Pero, por mucho que dijera, daba preferencia a la seguridad del Estado. Así lo hizo en esta ocasión, como siempre lo hacía. Polanyi podía esperar allí de pie.

Que fue lo que hizo durante un rato.

La pluma de oro de Sombor garabateaba sin parar por el papel. «Como un ratoncillo de campo en un granero». Sombor hacía notas eternas, aquel hombre con pelo de cuero y apuntadas orejas. Garabatos, más garabatos. «¿Dónde habré puesto

esa horquilla?». Pero no tenía ninguna horquilla.

Sombor notó que Polanyi estaba molesto.

—Estoy seguro de que el asunto que le ha traído aquí es muy importante, su excelencia. Pienso dedicarle toda mi atención.

—Por favor, señor —dijo Polanyi, con dificultades para controlar su tono de voz —, debo decirle que cierta información confidencial de mi competencia ha llegado a los oídos de la Préfecture de París.

—¿Está usted seguro?

—Sí. Puede haberles llegado directamente o por algún informador.

—Lamentable. Sin duda mi departamento mostrará interés por ese asunto, su excelencia. Tan pronto como me sea posible.

Polanyi bajó la voz.

—Deje ya de hacer eso —dijo.

—Bueno, no tengo más remedio que hacerlo. Me pregunto si estaría usted dispuesto a prepararme un informe sobre el asunto que me estaba contando.

—Un informe.

—Desde luego.

Polanyi se acercó un poco más al borde del escritorio. Sombor levantó la vista para mirarle y después continuó escribiendo. Polanyi sacó una pequeña pistola plateada que llevaba en el cinturón y le disparó en mitad de la cabeza.

De un salto, Sombor se puso de pie, furioso, con los ojos ardiendo de indignación, sin saber que una enorme gota de sangre le brotaba del principio de la frente y empezaba a bajarle por las sienes.

—¡Bellaco! —exclamó.

Se apartó de la mesa, con las manos en la cabeza, giró en círculo y acabó cayendo hacia atrás sobre la silla. Gritó, se puso morado y murió.

Polanyi se sacó del bolsillo un pañuelo blanco, limpió la culata de la pistola y la tiró al suelo. En el vestíbulo se oyeron unos pasos apresurados.

La policía llegó casi inmediatamente; los detectives aparecieron media hora más tarde. El detective jefe interrogó a Polanyi en su despacho. Era un hombre de más de cincuenta años, pensó el conde, de corta estatura y corpulento, con un pequeño bigote y ojos oscuros.

Se sentó delante del escritorio frente a Polanyi y fue tomando notas en un cuaderno.

—¿Usted diría que el coronel Sombor estaba abatido por algo?

—En absoluto. Pero yo solo le veía en relación con asuntos oficiales; fuera de eso, rara vez coincidíamos.

—¿Podría describirme, *monsieur*, qué ocurrió exactamente?

—Fui a su despacho a hablar de un tema relacionado con la legación, nada muy

urgente, de hecho yo iba a ver al agregado comercial y decidí entrar un momento en su despacho. Hablamos durante un minuto o dos. Luego, cuando me había dado la vuelta para marcharme, oí un disparo. Corrí en su ayuda, pero falleció casi de inmediato.

—*Monsieur* —dijo el detective, que claramente se había perdido—, ¿recuerda usted sus últimas palabras?

—Me dijo adiós. Antes me pidió que le escribiera un informe sobre el tema del que estábamos hablando.

—¿Qué tema era ese?

—Era una cuestión de seguridad interna.

—Comprendo. Entonces, él habló con usted normalmente, usted se dio la vuelta para salir del despacho y en ese tiempo el finado extendió el brazo todo lo que pudo... En este punto estoy haciendo conjeturas hasta que tengamos el informe del juez de instrucción, pero por el tipo de herida se supone, bueno, una cierta distancia. Extendió el brazo todo lo que pudo, estaba diciendo, y se disparó en la cabeza.

El detective estuvo a punto de soltar una carcajada, al igual que Polanyi.

—Pues eso parece —dijo el conde, que fue incapaz de mirar al detective a los ojos.

Este carraspeó para aclararse la garganta y, tras unos instantes, dijo:

—¿Y por qué lo hizo? —Aquella no era precisamente la pregunta típica de un policía.

—Solo Dios lo sabe.

—¿No le parece —buscó la palabra apropiada— extraño?

—Extraño —dijo Polanyi—. Sin duda.

Hubo más preguntas, todas de forma, volviendo una y otra vez al lugar de los hechos, pero el resto del interrogatorio fue desgastado, con la verdad en el aire, pero sin ser pronunciada.

«Entonces, métame en prisión».

«No, no queremos implicarnos en estos asuntos políticos. *Très Balkan*, como solemos decir».

«Váyase al infierno».

El inspector cerró su cuaderno de notas, se guardó la pluma, fue hasta la puerta y se ajustó el ala del sombrero. De pie, sujetando la puerta abierta, dijo:

—Él era, por supuesto, de la policía secreta.

—Así es.

—¿Malo?

—Lo suficientemente malo.

—Mis condolencias —dijo el inspector.

Polanyi se las arregló para que Morath se enterara de inmediato. Una llamada desde la legación.

—El coronel Sombor decidió acabar trágicamente con su vida. ¿Querías

participar en el fondo para las coronas de flores?

Finales de abril. A última hora de la tarde, en la *rue* Guisarde, la grácil Suzette se preparaba para la noche. Los pasajeros del crucero, agotados después de pasar varios días perdidos en el mar, habían decidido organizar un baile en honor del rey Neptuno. Y aún más inspirado estuvo Jack, el apuesto marinero, que había sido tan amable de sujetar la escalera mientras Suzette colgaba por el techo los adornos para la fiesta.

—¿No llevaba ropa interior? —preguntó Morath.

—Se le había olvidado.

Alguien llamó a la puerta y resultó ser Moni, que parecía muy apesadumbrada y les pidió si podía pasar la noche en el sofá.

Mary Day sacó el vino portugués mientras Moni lloraba un poco.

—Ha sido culpa mía —dijo—. Me salí al pasillo, en medio de una discusión, y Marlene cerró la puerta y no me ha dejado entrar otra vez.

—No te preocupes, aquí eres bienvenida —dijo Mary Day.

—Solo esta noche; mañana seguro que me perdona —Moni bebió un poco de vino y encendió un Gauloise—. Es por celos —dijo—. ¿Por qué hago estas cosas?

Mandaron a Morath a la calle a por más vino y, cuando regresó, Moni estaba al teléfono.

—Me ha dicho que podría irse a un hotel —le dijo Mary Day en voz baja—, pero yo le he pedido que se quede.

—A mí no me importa lo más mínimo, pero tal vez ella prefiera marcharse.

—El dinero, Nicholas —dijo Mary Day—. Ninguno de nosotros tiene dinero. La verdad es que la mayor parte de la gente no tiene dinero.

Moni colgó el teléfono.

—Bueno, pues el sofá para mí.

La conversación fue de un tema a otro: pobrecilla Cara, en Buenos Aires; las dificultades de Montrouchet para mantener el Théâtre des Catacombes; Juan-les Pins, y acabó centrándose en la guerra.

—¿Qué harás tú, Nicholas, si llega a haber guerra?

Morath se encogió de hombros.

—Supongo que tendría que volver a Hungría, al ejército.

—¿Y qué será de Mary?

—Le seguiré al campamento —dijo ella—. Él irá a combatir, y yo le prepararé la comida.

Moni sonrió, pero Mary Day cruzó una mirada con Morath.

—No, en serio —dijo Moni—. ¿No pensáis en huir los dos juntos?

—No sé —dijo Morath—. París sería bombardeado, volaría por los aires en pedazos.

—Eso es lo que dice todo el mundo. Nosotros nos vamos a ir todos a Tánger; ese

es el plan. Y si no, qué remedio, me tendré que volver a Montreal.

Mary Day se rio.

—Nicholas con chilaba.

Se bebieron las dos botellas que Morath había traído y, adentrada ya la madrugada, Moni y Mary Day se quedaron profundamente dormidas tumbadas sobre la cama y fue Morath el que tuvo que dormir en el sofá. Se quedó allí tendido largo rato, en la oscuridad cargada de humo, pensando en lo que podía ocurrirles. ¿Podrían los dos huir a alguna parte? ¿Adónde? A Budapest, quizá, o a Nueva York. ¿A Lugano? No. La muerte en vida junto a un lago helado se soporta un mes y para de contar. «Una historia de amor en París no puede cambiar de lugar». No podrían vivir en ningún otro sitio, ni siquiera juntos podrían. «Entonces, hay que quedarse en París». Una semana más, un mes más, pasara lo que pasara, y morir en la guerra.

Por la mañana Morath tenía un horrible dolor de cabeza. Salió del apartamento e iba andando por la calle Mabillon hacia el río, cuando Ilya salió de repente de un portal y le cortó el paso. Había cambiado el impermeable verde por una chaqueta de pana, que estaba más o menos en el mismo estado que la otra prenda.

—¿Querrá verme su amigo? —dijo, con urgencia en la voz.

—Sí.

—Ha cambiado todo, dígaselo. Litvinov está acabado; eso es señal de que Stalin quiere negociar con Hitler. —Litvinov era el ministro soviético de Asuntos Exteriores—. ¿Comprende?

No esperó a recibir una respuesta.

—Litvinov es un intelectual judío, de una antigua familia bolchevique. Ahora, para las negociaciones, Stalin concederá a los nazis un interlocutor más apetecible, que tal vez sea Molotov.

—Si quiere usted ver a mi amigo, tendrá que decir dónde y cuándo.

—Mañana por la noche, a las diez y media, en la estación de metro de Parmentier. Era una estación desierta que estaba en el distrito once.

—¿Y si no puede ir? —Morath quería decir «si no va», e Ilya lo sabía.

—Pues no puede, y yo me pondría en contacto con usted o no.

Se dio la vuelta con rapidez y empezó a caminar hasta que desapareció.

Por un momento, Morath consideró la posibilidad de dejar que la historia acabara ahí. De repente pensó que Ilya sabía cosas. ¿Cómo? Aquello no cuadraba con estar escondido en una habitación, con un saco de copos de avena. ¿Le habrían pillado y entonces habría hecho un trato con la NKVD? Pero Polanyi había dicho: «Déjame a mí».

No era ningún idiota, no acudiría sin protección a una cita como esa. «Que decida por sí solo», se dijo Morath a sí mismo. Porque, si la información era real, significaba que Hitler ya no tenía que preocuparse de las trescientas divisiones rusas, y eso suponía que entraría en guerra con Polonia. Esta vez, los ingleses y los franceses tendrían que luchar, y eso significaba la guerra en Europa.

Cuando Morath llegó a la agencia Courtmain, llamó a la legación.

—Es un fraude —dijo Polanyi—. Nos están utilizando, no sé exactamente por qué, pero así es.

Se sentaron en la parte de atrás de un rutilante Mercedes negro, con Bolthos junto al asiento del conductor. Era el día 6 de mayo, una mañana cálida y soleada bajo un cielo completamente despejado. Conduciendo junto al Sena, salieron de la ciudad en la Porte de Bercy, en dirección sur hacia el pueblo de Thiais.

—¿Fuiste solo? —preguntó Morath.

Polanyi se rio.

—Fue una extraña velada en la estación de Parmentier, con hombres fornidos que leían periódicos húngaros.

—¿Y los documentos?

—Esta noche. Después, *adieu* al camarada Ilya.

—Quizá ya dé igual —Litvinov había dimitido dos días antes.

—No, tenemos que hacer algo. Despabilar a los ingleses; no es demasiado tarde para las negociaciones diplomáticas. Yo diría que Polonia es un plan para el otoño, después de la cosecha, antes de las lluvias.

El coche avanzó lentamente al entrar en el pueblo de Alfortville, en el que había una hilera de salas de baile frente al muelle que daba al río. Los parisinos iban allí las noches de verano, a beber y bailar hasta el amanecer.

—Pobre hombre —dijo Polanyi—. Tal vez se bebiera sus copas en estos lugares.

—No quedan muchos sitios donde él no bebiera —dijo Bolthos.

Iban de camino al funeral del novelista Josef Roth, que había fallecido de *delirium tremens* a los cuarenta y cuatro años. Junto al asiento trasero que compartían Polanyi y Morath, había una enorme corona de rosas de color crema y una banda de seda negra, de la legación húngara.

—Entonces —dijo Morath—, el asunto del fugitivo este es un fraude.

—Tiene toda la pinta. Pudiera ser que la gente que le envía hubiera urdido el plan para luego negar la existencia de ese hombre, quizá sea eso. O a lo mejor es el típico minué ruso, un engaño para ocultar la decepción y a todo el que tenga una información comprometedor. Se me ocurre que pudiera estar todo organizado por una facción de Moscú, gente como Litvinov, que no quiere tener tratos con Hitler.

—Ten cuidado la próxima vez que le veas.

—Sí, por supuesto. Puedes estar seguro de que el servicio secreto nazi querrá que siga siendo un secreto para los ingleses cualquier propuesta de negociación entre Hitler y Stalin. No les gustaría que les pasáramos esos documentos a nuestros amigos ingleses que viven en París —se detuvo un instante, y añadió—: Me voy a quedar muy a gusto cuando todo esto se acabe, sea cual sea el resultado.

Polanyi parecía estar cansado de todo, pensó Morath. Sombor, los rusos y Dios

sabía qué más. Sentados los dos juntos, había un fuerte olor en el aire a *brandy* y a *bay rum*, que hacía pensar en el poder y la riqueza, la vida fácil. Polanyi se miró el reloj.

—Es a las dos —dijo al conductor.

—Llegaremos a tiempo, su excelencia —para ser educado, aceleró un poco.

—¿Has leído sus novelas, Nicholas?

—*La marcha Radetzky*, más de una vez. También *Hotel Savoy* y *Vuelo sin fin*.

—Ahí lo dice todo. Un epitafio —Roth había huido de Alemania en 1933 y le escribió a un amigo que «uno debe salir corriendo de una casa en llamas».

—¿Será un entierro católico? —preguntó Morath.

—Sí. Él nació en un *shtetl* de Galitzia, pero se cansó de ser judío. Adoraba a la monarquía, a Francisco José, al Imperio Austrohúngaro —Polanyi movió la cabeza varias veces—. Es muy triste, Nicholas. Odiaba la vida del emigrado y bebió hasta morir cuando vio que se avecinaba la guerra.

Veinte minutos más tarde, llegaron a Thiais y el conductor aparcó en la calle delante de la iglesia. Había un grupo pequeño de personas, la mayoría emigrados, harapientos y ajados, pero lo más aseados posible. Antes de que empezara la misa, dos hombres vestidos con trajes oscuros y condecoraciones metieron una corona en la iglesia.

—Ah, los legitimistas —dijo Polanyi.

Atravesaba la corona una banda negra y amarilla, los colores de la Monarquía Dual, y una sola palabra escrita: «Otto», el jefe de la Casa de los Habsburgo y heredero del imperio perdido. A Morath se le pasó por la mente que estaba siendo testigo del último momento de vida de la dominación austrohúngara.

En el cementerio que estaba junto a la iglesia, el sacerdote dio un breve discurso, mencionó a la esposa de Roth, Friedl, internada en un manicomio en Viena; habló también de su servicio militar en Galitzia durante la guerra, de sus novelas y de su actividad como periodista, y de su amor por la iglesia y la monarquía. «Todos sobreestimamos el mundo», pensó Morath. La frase, escrita a un amigo después de que Roth saliera en avión hacia París, era de una necrológica del diario de la mañana.

Cuando bajaron el ataúd hasta el fondo de la tumba, Morath arrojó un puñado de arena sobre la caja de pino.

—Descansa en paz —dijo.

Los congregados se quedaron allí de pie, en silencio, mientras los sepultureros empezaron a echar palas de tierra sobre la tumba. Algunos emigrados lloraban. La luz del atardecer se posó sobre la lápida, un cuadrado de mármol blanco con una inscripción:

Josef Roth

Poeta austríaco

Fallecido en París, en el exilio

La tarde del 9 de mayo Morath estaba en la agencia Courtmain cuando le pasaron un mensaje telefónico.

—Llama, por favor, al mayor Fekaj a la legación húngara.

Morath sintió que se le aceleraba el corazón. Polanyi le había dicho, cuando regresaban de Thiais, que Fekaj ocupaba ahora el despacho de Sombor, era el sustituto enviado por Budapest la última semana.

Morath se guardó el mensaje en el bolsillo y fue a una reunión en el despacho de Courtmain. Otra campaña de carteles: los ministerios estaban preparando un desfile y un espectáculo en la calle para celebrar, en julio, el aniversario de la Revolución Francesa de 1789, hacía ciento cincuenta años. Después de la reunión, Courtmain y Morath invitaron a un grupo de personas de la agencia a un suculento almuerzo en la planta de arriba del Lapérouse, su peculiar manera de reaccionar en el último remanso de la moral nacional.

Para cuando regresó a la avenida de Matignon, Morath sabía que tenía que llamar. O lo hacía o meditaba tristemente el resto del día.

La voz de Fekaj era aguda y fría. Era un hombre sin color, preciso, formal y reservado.

—Le llamé para informarle, señor, de que estamos muy preocupados por el bienestar de su excelencia el conde Polanyi.

—¿Sí? ¿Qué ha ocurrido?

—Hace dos días que no le vemos en la legación y en su casa no contesta al teléfono. Nos gustaría saber si usted, por casualidad, ha estado en contacto con él recientemente.

—No, no le he visto desde el día 6.

—¿Sabe usted si tenía planes de marcharse al extranjero?

—No creo. Tal vez esté enfermo.

—Hemos llamado a todos los hospitales de la ciudad, y no han ingresado a nadie con ese nombre.

—¿Han estado en su apartamento?

—Esta mañana nos dejó entrar el conserje. Todo estaba en orden, nada hacía pensar que..., que hubiera ocurrido algo. La criada nos dijo que no había dormido nadie en la cama las dos últimas noches —Fekaj carraspeó—. ¿Le importaría decirnos, señor, si el conde pasa la noche a veces en otro sitio? ¿Con una mujer?

—Si lo hace, a mí no me lo ha contado, se guarda para él los detalles de su vida privada. ¿Han informado a la policía?

—Sí, ya lo hemos hecho.

Morath se sentó en su escritorio. Encendió un cigarrillo y dijo:

—Mayor Fekaj, no sé cómo ayudarle.

—Aceptamos que... —Fekaj vaciló y continuó después—: Entendemos que

determinados aspectos del trabajo del conde Polanyi deben permanecer..., no deben divulgarse. Por razones de Estado. Pero, si se pusiera en contacto con usted, confiamos en que nos hará saber al menos que está a salvo.

«Querrá decir, vivo».

—Lo haré —dijo Morath.

—Gracias. Por supuesto, le notificaremos cualquier información que llegue a nuestros oídos.

Morath se quedó con el auricular en la mano, haciendo caso omiso del silencio en la línea después de que Fekaj colgara.

«Muerto».

Llamó a Bolthos a su despacho, pero él no quería hablar desde el teléfono de la legación, y quedaron en verse, a la caída de la tarde, en un ajetreado café.

—Hablé con Fekaj —dijo Morath—, pero no tenía nada que decirle.

Bolthos estaba demacrado.

—Es difícil —dijo—. Imposible. Por la atroz política que llevamos, estamos obligados a realizar investigaciones por separado. Oficialmente, los responsables son los *nyilas*, pero son los amigos de Polanyi los que tendrán que hacer el trabajo de verdad. Fekaj y sus socios no se implicarán.

—¿Dónde crees que está?

Bolthos se encogió de hombros.

—Lo habrán secuestrado.

—¿Lo habrán asesinado?

—Con el tiempo lo sabremos.

Tras unos momentos, Bolthos dijo:

—Él no se tiraría de un puente, ¿verdad?

—No, él no.

—Nicholas —dijo Bolthos—, vas a tener que contarme lo que estaba haciendo tu tío.

Morath vaciló, pero no tenía otra elección.

—El martes, que era el día 6, iba a reunirse con un hombre que decía que había desertado de los servicios especiales soviéticos, cosa que Polanyi no creía. Según él, no había huido, sino que le habían enviado. No obstante, ese hombre parecía tener una información que Polanyi consideraba importante. Algo sobre la dimisión de Litvinov y sobre una negociación entre Stalin y Hitler. Por eso Polanyi se reunió con él y quedaron en verse una vez más, la última. Iba a haber un intercambio de documentos por dinero, sospecho.

»Pero si estás buscando a sus enemigos no te puedes quedar ahí —continuó Morath—. Tienes que tener en cuenta a los colaboradores de Sombor, que sin duda tendrán sus sospechas de lo que ocurrió en la legación y serían capaces de hacer algo. Tampoco puedes pasar por alto el hecho de que Polanyi estaba en contacto con los alemanes, con diplomáticos, espías, oficiales de la Wehrmacht. Y también se traía

entre manos alguna negociación con los polacos, puede que con los rumanos y los serbios también, para crear un frente unido contra Hitler.

Bolthos esbozó una amarga sonrisa.

—Pero no ha habido ninguna dama despechada, de eso estás seguro.

Permanecieron sentados en silencio mientras el café se iba animando a su alrededor. Una mujer que estaba sentada en la mesa de al lado leía con unos impertinentes, mientras su perro salchicha dormía sobre la silla.

—Por supuesto, todo eso era su trabajo —dijo Bolthos.

—Sí, era su trabajo —Morath se oyó a sí mismo utilizando el tiempo pasado—. Tú crees que está muerto.

—Espero que no, pero mejor eso que una mazmorra en Moscú o en Berlín —Bolthos se sacó del bolsillo un pequeño cuaderno—. La reunión esa, ¿te importaría decirme dónde se suponía que iban a encontrarse?

—No lo sé. El primer encuentro fue en la estación de metro de Parmentier. Pero las veces que yo he tratado con ese hombre he visto que tiene mucho cuidado en cambiar de hora y de lugar. Por eso, el segundo encuentro sería en cualquier sitio menos en ese.

—A menos que Polanyi insistiera —Bolthos fue pasando las hojas de su cuaderno—. Yo he estado trabajando por mi cuenta con la policía de París. El martes día 6, dispararon a un hombre en las inmediaciones de la estación de metro de Parmentier. El suceso parecía uno más entre los muchos atracos y peleas callejeras, pero hubo algo que me llamó la atención. La víctima era un ciudadano francés, nacido en Eslovaquia, que había servido en la Legión Extranjera y después había sido liberado para desempeñar una actividad política. Se refugió en un portal y murió en la calle Saint-Maur, a unos minutos del metro.

—Un fantasma —dijo Morath—. El guardaespaldas de Polanyi. ¿Eso es lo que estás pensando? O quizá su asesino. O las dos cosas a la vez, ¿por qué no? Pero ¿quién sabe?, lo más probable es que no fuera nadie y que acabara implicado en las tramas políticas de otro la noche equivocada o fuera asesinado por una moneda de diez francos.

Bolthos cerró el cuaderno.

—Tenemos que intentarlo —dijo. Quería decir que había hecho cuanto había podido.

—Sí, lo sé —dijo Morath.

Temetni Tudunk, un sentimiento magiar, complejo e irónico: «Si hay algo que sabemos es cómo enterrar a la gente». Fue Wolfi Szubl el que pronunció aquellas palabras en un club nocturno húngaro en el sótano de un extraño hotelucho del distrito diecisiete. Szubl y Mitten, la baronesa Frei acompañada de un productor de películas francés, Bolthos, su esposa y su sobrina, Voyschinkowsky y Lady Angela

Hope, Szabo el artista, la adorable *madame* Kareny y otros ciudadanos y aristócratas que habían sobrevolado la complicada vida de Janos Polanyi.

No era un funeral, no había entierro, por eso Szubl había hecho ese comentario irónico; ni siquiera era una ceremonia de conmemoración, sino simplemente una velada para recordar a un amigo.

—Un amigo difícil —fue Voyschinkowsky el que dijo eso, quitándose las lágrimas con el dedo.

Había candelabros con velas, una pequeña orquesta de cíngaros, fuentes de pollo con paprica y nata, vino y aguardiente de frutas y, sí, se dijo más de una vez durante la velada, a Polanyi le habría gustado estar allí. Mientras sonaba una de aquellas canciones especialmente tristes, una mujer pálida y elegante, muy atractiva, típicamente parisina y de la que se rumoreaba que era una prostituta que vivía en el Palais Royal, se puso de pie delante de la orquesta y empezó a bailar con un chal. Morath estaba sentado junto a Mary Day y le traducía, de vez en cuando, lo que alguien decía en húngaro.

Bebieron a la salud de Polanyi.

—Dondequiera que esté esta noche —dijo alguien, queriendo decir en el cielo o en el infierno.

—Quién sabe si en Palm Beach —dijo Herbert Mitten—. No creo que haya nada de malo en pensar eso si uno lo prefiere.

La cuenta fue para Morath, en una bandeja de plata, con un gran lazo del *patren*. Voyschinkowsky, frustrado en su pretensión de pagar él aquella velada, insistió en llevar a casa a Morath y a Mary Day en su automóvil Hispano-Suiza, conducido por su chófer.

«Tenemos que intentarlo», había dicho Bolthos refiriéndose a ellos dos. Lo que significaba, para Morath, empezar por un cabo obvio pero difícil, en lo que debía de ser una vasta maraña de conexiones.

La tarde siguiente fue al Balalaika y se tomó un vodka con Boris Balki.

—Una lástima —dijo Balki, y bebió a la memoria de Polanyi.

—Pensándolo ahora, probablemente era inevitable.

—Sí, tarde o temprano. Esa clase de hombres viven un tiempo prestado.

—Quizá los responsables —dijo Morath— estén en Moscú.

Una especie de delicadeza frenó a Balki de decir lo que sentía, pero su reacción —miró alrededor para ver quién podría estar escuchando— fue clara para Morath.

—Yo ni intentaría hablar con ellos si fuera tú —dijo Balki.

—Bueno, pues yo había pensado que podría servir de algo.

—Una vez lo hacen, hecho está —dijo Balki—. El destino es el destino. Los eslavos conocen muy bien todo eso.

—Me preguntaba —dijo Morath— qué habrá sido de Silvana.

—Vive por todo lo alto —Balki se sintió claramente aliviado de dejar el asunto de Moscú—. Eso me han dicho.
—Quiero hablar con Von Schleben.
—Bueno, pues...
—¿Puedes conseguirlo?
—Silvana sí. El resto es cosa tuya.

Después, la última semana de mayo, Morath recibió una carta, en un papel grueso de color crema, de un tal Auguste Thien, que le citaba en su bufete de Ginebra «para arreglar asuntos relacionados con el patrimonio del conde Janos Von Polanyi de Nemeszvar».

Morath tomó el tren que salía de París hacia Ginebra. Fue viendo el campo verde y oro de la Borgoña, pasó la noche en un silencioso hotel de Ginebra y llegó al bufete, que daba al lago Léman, a la mañana siguiente.

El abogado Thien, cuando Morath fue guiado hasta su despacho por un miembro joven de la plantilla, resultó ser un anciano saco de huesos que se mantenía vertical solo gracias a un estirado traje de color gris marengo. Tenía la cabeza cubierta de ondulados cabellos plateados, peinados con la raya en medio, y la piel como un pergamino.

—Su excelencia —dijo el abogado, al tiempo que le tendía la mano—, ¿tomará usted café? ¿Algo más fuerte?

Morath eligió café, lo que hizo que el joven apareciera con un servicio Sèvres, de incontables piezas, en una inmensa bandeja. El propio Thien sirvió el café y su respiración era perfectamente audible con cada movimiento.

—Allí —dijo, cuando por fin Morath tenía la taza entre las manos.

En el escritorio, había una caja metálica de las que se utilizan en las cajas fuertes.

—Estos documentos contienen una importante cantidad de las propiedades de Polanyi de Nemeszvar —dijo Thien—, que, según las instrucciones que dejó, ahora, en esencia, pasan a usted. Hay también disposiciones destinadas a otros miembros de su familia, disposiciones muy generosas, pero la mayor parte de su patrimonio, a partir de hoy, le pertenece a usted. Incluido, claro está, el título, que pasa al miembro superviviente de más edad por la línea masculina, en este caso, el hijo de la hermana del conde Polanyi, su madre. Por lo tanto, antes de entrar en aspectos más técnicos, permítame que le salude, pese a ser un momento de tristeza, como Nicholas, conde Morath.

Con lentitud, se levantó y rodeó el escritorio para estrecharle la mano a Morath.

—Quizá yo desconozca el funcionamiento de las leyes —dijo Morath, cuando el anciano volvió a sentarse—, pero, por lo que yo sé, no hay certificado de defunción.

—No, no lo hay —una nube atravesó el rostro de Thien—. Pero en nuestras instrucciones se descarta la necesidad de certificado. Debe usted comprender que

algunas personas, en su determinación de realizar una distribución final de sus bienes, pueden disponer, bueno, cualquier condición que quieran. Es algo, al menos en Suiza, que queda a la absoluta discreción del testador. Tenemos en nuestro haber una carta que hemos recibido de la Préfecture de París, una *attestation*, que certifica, para nuestra plena satisfacción, que se ha declarado oficialmente al testador como persona desaparecida. De hecho, esta desgraciada eventualidad estaba prevista. Y este bufete, debo decir, es conocido por respetar, con el más escrupuloso celo, las directrices del cliente, cualesquiera que sean. Tal vez haya usted oído hablar de Loulou, la elefanta del circo. ¿No? Bueno, pues ahora vive en un espléndido retiro, en una granja cerca de Coimbra, cumpliendo así los deseos del último *senhor* Alvares, antiguo propietario del circo Alvares. Ni en su testamento ni en sus últimas voluntades, se olvidó de su leal artista. Así que se podría decir que esta elefanta nunca se olvidará del *senhor* Alvares. Y esta firma de abogados, conde Morath, jamás se olvidará de la elefanta.

El abogado Thien sonrió con satisfacción, sacó una pesada llave del cajón, abrió la caja metálica y fue entregando a Morath diversas escrituras y certificados.

Morath acababa de darse cuenta de que era un hombre muy rico. Él ya lo sabía, en rasgos generales —los bonos de ferrocarril canadienses, las propiedades de Hungría—, pero en aquel momento todo era de verdad.

—Además —dijo Thien—, hay varias cuentas en bancos de esta ciudad cuya titularidad le corresponderá ahora a usted. Mi socio le indicará cómo rellenar los formularios. Si lo desea, puede elegir que cualquier institución de su preferencia administre esos fondos o que permanezcan donde están, a su nombre, con las instrucciones de pago que usted desee.

»Me temo, conde Morath —prosiguió el abogado—, que todo esto es demasiado para asimilarlo en una sola sesión. ¿Hay algún punto, en este momento, que le suscite alguna duda?

—No, creo que no.

—Entonces, con su permiso, añadiré lo siguiente.

Sacó de un cajón una hoja de papel y leyó en voz alta:

—«La partida de un hombre de su mundo familiar puede ser inevitable, pero su espíritu permanece en los actos de los que le sobrevivan, en los recuerdos de los que vengan detrás, sus amigos y familiares, en cuyas vidas podrán reflejarse las enseñanzas que hayan adquirido de él y que constituirán su verdadero legado».

Tras una pausa, Thien dijo:

—Confío en que encuentre usted alivio en estas palabras, su excelencia.

—Sin duda son un alivio —dijo Morath.

«Cabrón. Estás vivo».

A su regreso a París hubo, por supuesto, una fiesta para celebrar su título, a la que asistieron en realidad únicamente el conde y la presunta condesa. Esta última aportó,

de la *patisserie* de la esquina, una espléndida tarta, y sobre ella, tras consultar con la esposa del panadero y con la ayuda de un diccionario, había una frase de felicitación en húngaro, escrita en caramelo azul. Resultó ser, cuando Morath la leyó, algo así como: «Buena suerte, señor conde», pero, teniendo en cuenta la dificultad del idioma, se parecía lo suficiente. Además —influencias de Suzette—, Mary Day había colgado banderines de papel de una pared a otra del apartamento, aunque, a diferencia de Jack, el apuesto marinero, Morath no había estado allí para sujetar la escalera. Aun así, él vio bastante más de lo que Jack llegaría a ver jamás, con la ventaja añadida de que lamió hasta la saciedad los pezones de la condesa.

Siguió a la fiesta una noche de aventura. A las tres, de pie junto a la ventana, vieron la luna envuelta en un halo de niebla. Enfrente, en la misma *rue Guisarde*, un hombre en camiseta apoyado en el alféizar de la ventana se fumaba una pipa. Una hora más tarde, uno de los vientos de la primavera trajo el aroma de los campos. Decidieron que iban a ir a la Closerie de Lilas al amanecer a beber champán; luego Mary Day se quedó dormida con el pelo pegado a la frente y la boca abierta, tan plácidamente que Morath no tuvo valor para despertarla.

Por la noche se fueron al cine, a una de las fantásticas salas Gaumont, que estaba junto al Grand Hotel. «El más adorable de los petardos», pensó Morath. La obsesión francesa sobre cómo la pasión lo enreda todo en una romántica intriga, con personajes guapos y bien vestidos. Su amada Mary Day, testaruda como era en tantas facetas, se había rendido por completo. Morath podía sentir, sentado a su lado, cómo a ella le latía el corazón por un abrazo robado.

Pero en el vestíbulo, a la salida, con todos aquellos candelabros y querubines, oyó que un hombre le decía a su novia:

—*Tout Paris* puede ponerse morado de follar, que eso no detendrá a Hitler ni un minuto.

Ese era el sentir parisino aquel mes de junio. Tenso pero flexible, París luchaba por recuperarse de los cataclismos —Austria, Munich, Praga— y buscaba la manera de volver a la normalidad. Pero los nazis no les iban a dejar en paz. Ahora estaba Danzig, con los polacos cediendo cuanto podían. Todas las mañanas los periódicos esperaban a los ciudadanos con noticias similares a estas: «Guardias de aduanas asesinados», «Oficinas de correos quemadas», «Banderas arrancadas y restregadas por el barro».

Entre tanto, en Hungría no había disturbios ni incendios, solo la misma guerra política que se negaba a extinguirse. El Parlamento había aprobado nuevas leyes antisemitas en mayo, y cuando Morath accedió a la petición de Voyschinkowsky de hacer una donación a un fondo para que los judíos abandonaran el país, extendió un cheque que sorprendió hasta al «León de la Bolsa». Voyschinkowsky levantó las cejas cuando vio la cifra.

—Vaya, es muy generoso por tu parte, Nicholas. ¿Estás seguro de querer donar tanto?

Estaba completamente seguro. Había recibido carta de su hermana. La vida en Budapest, según decía Teresa, estaba «destrozada, arruinada». Durante la representación de *Der Rosenkavalier*, había habido interminables conversaciones sobre la guerra y el suicidio. «Nicholas, incluso hasta en la ópera». Duchazy estaba a favor del: «Solo Dios sabe qué pasará». Tramas, conspiraciones. «Fíjate que el martes pasado, el teléfono sonó dos veces después de medianoche».

Morath llevó a Mary Day a tomar el té a casa de la baronesa Frei, la celebración oficial de la llegada del verano en el jardín. Las estrellas de la velada fueron dos rosales que crecieron entre los muros de ladrillo que cerraban la terraza: *Madame Alfred Carriere*, flores blancas con leves toques de color rosa claro.

—Una perfecta *noisette* —explicó la baronesa a Mary Day— que plantó el barón con sus propias manos en 1911.

Y *Gloire de Dijon*, amarillo suave con tonos asalmonados.

La baronesa recibía a sus huéspedes sentada en una silla de jardín de hierro, regañaba a los Vizslas cuando intentaban alcanzar algunos de los bocados prohibidos y llamaba a sus amigos para que estuvieran junto a ella. Sentada a su lado estaba una mujer norteamericana llamada Blanche. Era la esposa del violonchelista Kolovitzky, una animada rubia de ojos negros, con la piel bronceada del tiempo que pasaba en las piscinas de Hollywood, y un imponente escote en un cuerpo que debería haber sido rubenescos y se veía obligado a vivir de pomelos y tostadas.

—Querido Nicholas —le gritó la baronesa—. Ven a hablar con nosotras.

Cuando se dirigía hacia allá, Morath vio a Bolthos entre la gente y respondió a su mirada con un amistoso movimiento de cabeza. Por un momento, estuvo tentado de decirle algo sobre sus sospechas, pero de inmediato lo pensó mejor. «Silencio», se dijo a sí mismo.

Morath besó a Lillian Frei en las dos mejillas.

—Nicholas, ¿conoces a Blanche? ¿La esposa de Bela?

—Kolovitzky, no Lugosi —dijo la mujer, soltando una carcajada.

Morath se rio educadamente con ella al besarle la mano. ¿Por qué era tan divertido?

—Nos conocimos en la fiesta de Navidad —dijo Morath—. Me alegro de volver a verla.

—Estaba en Crillon —explicó la baronesa—. Pero la he obligado a venir aquí a pasar unos días conmigo.

La esposa de Kolovitzky empezó a hablar en inglés con él, mientras Morath intentaba seguir la conversación lo mejor que podía. La baronesa se dio cuenta de que estaba perdido y comenzó a traducir al húngaro, mientras sujetaba la mano derecha de Blanche en su mano izquierda y movía los brazos hacia arriba y hacia abajo para marcar el énfasis de la conversación.

Aquello era, como vio Morath de inmediato, un caso grave, probablemente fatal, de locura por exceso de dinero. Tras la muerte de una tía en Johannesburgo, el violonchelista, que escribía música para las películas de Hollywood, había heredado dos edificios de apartamentos en Viena.

—Nada moderno, ¿sabe usted?, pero sólido, respetable.

Los amigos de Kolovitzky, su abogado y su esposa se habían reído a carcajadas ante la absurda posibilidad de que él regresara a Austria para reclamar su herencia. Kolovitzky se rio con ellos, luego cogió un avión a París y, desde allí, un tren hasta Viena.

—Era pobre de pequeño —dijo Blanche—. Por eso el dinero nunca es suficiente para él. Va por la casa apagando las luces.

Se detuvo un momento, sacó un pañuelo del bolso y se lo pasó por los ojos.

—Perdóneme —dijo—, pero se fue a Viena hace tres semanas y sigue todavía allí. No le van a dejar salir.

—¿Alguien le animó a que fuera?

—¿Lo ves? Él lo sabe —dijo Blanche, dirigiéndose a la baronesa—. Una sabandija, un abogado de Viena. «No te preocupes de nada», le decía en una carta. «Tú eres norteamericano, no tendrás ningún problema».

—¿Tiene la ciudadanía?

—Tiene los papeles de extranjero residente. Recibí carta de él, en Crillon, y la historia era que ese abogado estaba conchabado con los nazis, eso era todo, y que una vez que él les diera los edificios, pensaba que le iban a dejar marcharse, pero quizá no sea tan fácil.

La baronesa se quedó anonadada al oír la palabra «conchabado», y Blanche añadió:

—Quiero decir que están todos de acuerdo.

—¿Ha ido a la embajada norteamericana?

—Lo intentó, pero no tienen ningún interés en los judíos. «Vuelva en julio», le dijeron.

—¿Dónde se hospeda en Viena?

Ella abrió el bolso y sacó una carta que había sido doblada muchas veces, escrita en papel fino.

—Aquí dice... —Buscó sus gafas y se las puso—. Es en esta, la del hotel Schoenhof. ¿Por qué?, no lo sé, estaba en el Graben, siempre es ese el que le gusta —leyó un poco más y dijo—: Aquí. Dice: «He puesto los edificios, con fines fiscales, a nombre de *Herr Kreml*». Ese es el abogado. «Pero me dicen que debo hacer otros pagos más». Después dice: «Lo único que espero es que al final lo acepten, pero, por favor, habla con R. L. Stevenson en el banco y mira a ver qué se puede hacer». Esto es muy extraño, porque no hay ningún señor Stevenson, que yo conozca.

—No le van a dejar salir —dijo la baronesa.

—¿Puedo quedarme con la carta? —preguntó Morath. Blanche se la entregó y él

se la guardó en el bolsillo.

—¿Debería mandarle dinero?

Morath lo pensó un momento.

—Escríbale y pregúntele cuánto necesita y cuándo va a volver a casa. Luego, dígame que está usted enfadada, o hágaselo notar, por cómo siempre está metiéndose en problemas. ¿Por qué no puede aprender a respetar las reglas? El punto es que si quieres hacer un soborno, tiene que funcionar, y dígame también que todo ha sido culpa suya. Son sensibles respecto a Norteamérica, los nazis, no quieren que aparezcan historias raras en los periódicos.

—Nicholas —dijo la baronesa—, ¿se puede hacer algo?

Morath asintió con la cabeza.

—Tal vez. Déjame pensarlo.

La baronesa Frei levantó la vista hacia él, con un azul en los ojos como el cielo del otoño.

Blanche ya había empezado a darle las gracias a Morath, ya había hablado demasiado y estaba a punto de hablar de dinero, cuando la baronesa intervino.

—Él lo sabe, querida, lo sabe muy bien —dijo, con dulzura—. Tiene muy buen corazón, el conde Nicholas.

Visto desde un palco privado en las gradas, el césped de las pistas de Longchamps brillaba como terciopelo verde. Los colores de los *jockeys* resplandecían al sol: el rojo escarlata, el dorado y el azul marino.

—¿*Coup de Tonnerre*? —preguntó ella—. ¿Era ese el nombre del que tenía las crines rubias? ¿Mechado? ¿Tú te acuerdas?

—Creo que era ese —dijo Von Schleben, mientras miraba el programa—. Hoy lo monta Pierre Lavard, y le dejan ganar una vez al día —siguió leyendo—. O quizá Bal Masqué. ¿Le gusta, Morath?

Silvana le miraba con expectación. Llevaba un vestido de seda y perlas, y el pelo arreglado en algún salón de peluquería de los caros.

—*Coup de Tonnerre* —dijo Morath—. En la última carrera, quedó en tercer lugar. Las apuestas son atractivas.

Von Schleben le dio a Silvana unos cuantos billetes de cien francos.

—Encárgate tú de esto, ¿lo harás? —Morath también le dio un poco de dinero—. Vamos a ver si tenemos suerte con la intuición del conde Morath.

Cuando ella se fue a la ventanilla de las apuestas, Von Schleben dijo:

—Una lástima lo de su tío. Pasamos muy buenos ratos juntos, pero así es la vida.

—Usted no ha sabido nada, ¿verdad? ¿Después de que ocurriera?

—No, no —dijo Von Schleben—. Como si se hubiera esfumado en el aire.

Cuando llevaron a los caballos a la línea de salida, hubo las dificultades habituales. Un ayudante se quitó de en medio para evitar que lo patearan.

—Hay un abogado en Viena con el que me gustaría entrar en contacto —dijo Morath—. Gerhard Kreml.

—Kreml —dijo Von Schleben—. Creo que no le conozco. ¿Qué es lo que le interesa de él?

—Quién es, qué tipo de negocios hace. Creo que está relacionado con el partido austríaco.

—Veré lo que puedo hacer —dijo Von Schleben, y le entregó una tarjeta—. Llámeme los primeros días de la semana que viene si no ha sabido nada. Utilice el segundo número, ahí, en la parte de abajo.

Comenzó la carrera, los caballos galopaban en apretado pelotón. Von Schleben se colocó en los ojos unos gemelos de nácar para seguir la carrera.

—Ve por tu carril, idiota —dijo.

Los cascos de los caballos retumbaban sobre la hierba. A mitad de carrera, los jinetes empezaron a utilizar sus látigos.

—*Ach scheiss!* —dijo Von Schleben, al tiempo que se retiraba los gemelos de la cara.

—El tal Kreml —dijo Morath— tiene un cliente en Viena, un amigo de un amigo, que al parecer está teniendo problemas fiscales. La cuestión es que no le dejan salir del país.

—¿Es judío?

—Sí. Es un músico húngaro que vive en California.

—Si paga los impuestos, no debería tener ningún problema. Hay también situaciones especiales, claro está. Y si hay irregularidades, las autoridades fiscales austríacas pueden ser terriblemente lentas.

—¿Quiere que le diga quién es?

—No, no se moleste. Primero, déjeme averiguar con quién está usted tratando. En Viena todo es un poco más complicado.

Anunciaron por los altavoces a los ganadores de la carrera.

—Vaya —dijo Von Schleben—. Quizá haya más suerte la próxima vez.

—Eso espero.

—Por cierto, hay un hombre en la legación que se llama Bolthos. ¿Es amigo suyo?

—Sí. Conocido.

—He estado intentando localizarle, pero no hay manera de pillarle. Supongo que debe de estar muy ocupado.

—Yo podría intentar que lo llame él a usted.

—¿Lo haría?

—Se lo preguntaré.

—Se lo agradezco. Tenemos intereses en común.

Volvió Silvana. Morath observó que se había retocado el carmín de los labios.

—Yo me voy a marchar ya —dijo Morath.

—Esperamos tener noticias tuyas pronto —dijo Von Schleben—. Y, una vez más, mis condolencias por lo de su tío. Debemos confiar en que aún haya alguna esperanza.

Descalzo, con la corbata desanudada, un cigarrillo en una mano y una copa de vino al lado, Morath se tendió en el sofá de terciopelo marrón y leyó y releyó la carta de Kolovitzky.

Mary Day, envuelta en una toalla y con otra alrededor de la cabeza, salió recién duchada del cuarto de baño, aún caliente, y se sentó junto a Morath.

—¿Quién es R. L. Stevenson? —preguntó Morath.

—Me rindo, ¿quién es?

—Lo pone en esta carta. Es de Kolovitzky, el que tocaba el violín en la fiesta de Navidad de la baronesa. Se las arregló para quedarse atrapado en Viena, y le permitieron escribir a su esposa, solo una vez, y me temo que ya no habrá más cartas, para ver si le pueden sacar algo más antes de arrojarle por un canal.

—¡Nicholas!

—Lo siento, pero es que la historia es así.

—¿El nombre aparece en la carta?

—Sí, pero es un código, yo creo que intenta decirle algo a su mujer.

—Bueno, en ese caso, será el escritor.

—¿Qué escritor?

—Robert Louis Stevenson.

—¿Quién es ese?

—Escribió novelas de aventuras. Es muy famoso. Mi padre tenía todos sus libros, se los leyó en la adolescencia.

—¿Como cuáles?

—*La isla del tesoro* —se quitó la toalla de la cabeza y empezó a secarse el pelo—. ¿Nunca has oído hablar de ese libro?

—No.

—El pirata John Silver *el Largo*, que tenía una pata de palo y llevaba un loro en el hombro. «¡Arriad velas, malandrines!». Trata de un grumete y un tesoro enterrado.

—No lo conozco —dijo Morath, interesado en el tema—. ¿Qué más escribió?

—*El señor de Ballantrae*.

—¿Y ese de qué trata?

Ella se encogió de hombros.

—No sé, no lo he leído. Está también *Secuestrado*.

—Eso es.

—¿Le está diciendo a su esposa que ha sido secuestrado?

—Lo retienen para pedir un rescate.

20:30 horas. El Balalaika estaba abarrotado de gente, humo y ruido, con los lamentos de los violines cíngaros, las risas de los clientes y los gritos en ruso, mientras un hombre que estaba al otro extremo de la barra sollozaba en silencio sin dejar de beber. Balki lo vio y movió la cabeza con pesar.

—*Kabatskaya melankholia* —dijo, con los labios fruncidos en señal de desaprobación.

—¿Qué es eso?

—Una expresión rusa que significa: «Melancolía de taberna».

Morath miró a Balki mientras preparaba un *diabolo*: una generosa porción de granadina y luego se completaba el vaso con limonada. Balki se miró el reloj.

—Ya debería haber llegado mi relevo.

Minutos después, apareció el hombre, y Balki y Morath se fueron a un bar de la plaza Clichy. Antes, en un intervalo de calma, Morath le había contado los detalles de la carta de Kolovitzky, y los dos habían estado planeando una estrategia, hasta urdir un plan que no podía salir mal y establecer qué debían hacer después.

En el bar, Balki saludó al propietario en ruso y le preguntó si podía utilizar el teléfono.

—Tal vez sería mejor que fuéramos a la estación —dijo Morath.

—Ahórrate el viaje. La mitad de los rusos blancos que viven en París utilizan este teléfono. Mercenarios, violentos que tiran bombas, tipos que pretenden reponer en el trono al zar... Todos vienen aquí.

—El zar está muerto, Boris.

Balki se rio.

—¿Estás seguro?

Morath pidió una operadora internacional y consiguió la llamada a Viena casi de inmediato. El teléfono sonó durante largo rato, y por fin un hombre dijo:

—Hotel Schoenhof.

—Buenas noches. ¿*Herr* Kolovitzky, por favor?

Durante unos momentos, se oyó un siseo en la línea, luego el hombre dijo:

—Continúe al aparato.

Morath esperó; después una voz diferente, aguda y con tono de sospecha, dijo:

—¿Sí? ¿Qué quiere usted de Kolovitzky?

—Nada más quería hablar con él un momento.

—Está ocupado en este momento, no puede ponerse al teléfono. ¿Quién le llama?

—El señor Stevenson. Ahora mismo estoy en París, pero podría ir a Viena la semana que viene.

—Le diré que ha llamado —dijo el hombre, y colgó.

Morath llamó a Von Schleben desde la agencia Courtmain. Una secretaria le dijo que no podía ponerse, pero, minutos después, él le devolvió la llamada.

—Tengo la información que quería —dijo—. Gerhard Kreml es un abogaducho de poca monta, bastante insidioso. Antes del *Anschluss* se forjó su carrera

profesional, pero lo ha hecho muy bien desde entonces.

—¿Dónde está establecido?

—Tiene un despacho en Singerstrasse. Pero su problema no es él, sino un austríaco de las SS, Sturmbannführer Kammer. Él y Kreml se han montado un negocio que consiste en arrestar a judíos a los que les quede todavía algo que robarles. Yo sospecho que le pusieron una trampa a su amigo para que regresara a Viena, y creo que sus posibilidades de salir de esta son escasas.

—¿Podría usted hacer algo?

—No creo que lo vayan a entregar, pero si fuera a Alemania quizá podría hacer algo. ¿Quiere que lo intente? Tendría que haber algún tipo de intercambio, por supuesto, y aun así no habría garantías.

—¿Y si pagamos?

—Eso es lo que yo haría. Pero hágase a la idea de que si trata con Kammer estará tratando con un señor de la guerra. No va a permitir que nadie entre en su territorio y se lleve lo que es suyo.

Morath le dio las gracias y colgó.

—*Liebchen* —dijo Wolfi Szubl con ternura y agradecimiento.

Frau Trudi apareció junto a la pared y le dirigió una lasciva sonrisa, después atravesó la habitación, con su inmenso trasero y sus pesados muslos bamboleándose cada vez que ella movía sus caderas. Cuando llegó al otro extremo de la habitación, se dio la vuelta, se inclinó hacia él, balanceó los hombros y dijo:

—¿Y tú qué miras?

—El paraíso —contestó Wolfi.

—¿Y mi descuento?

—Un gran descuento, *liebchen*.

—¿Sí? —En aquel momento, el rostro de la mujer se iluminó de satisfacción. «Incluso el pelo lo tiene gordo», pensó él.

Una enmarañada melena rubia, que ella se había cepillado después de luchar por meterse en el corsé, y que movía de un lado a otro, con todo el resto de su espléndido ser, según se acercaba a Szubl.

—Te compro todo lo que llevas, Wolfi —parecía *madame* Pompadour—. Mis chicas estarán entusiasmadas.

—Y no solo tus chicas. Me ha parecido ver que se te caía algo antes.

—¿Ah, sí? ¡Vaya por Dios! —Con las manos en las caderas caminaba como una modelo por la pasarela, lanzando un hombro hacia delante en cada paso, con la barbilla hacia fuera y un elegante mohín—. ¿Dos docenas? ¿Me haces un sesenta por ciento?

—Me has leído el pensamiento.

Cuando llegó junto a la pared, se inclinó hacia abajo, marcando deliberadamente

la pose.

—Yo no veo nada.

Szubl se levantó de la silla, se puso detrás de ella y empezó a desabotonarle los diminutos botones. Cuando acabó, ella corrió a la cama con pasos de niño, y se tumbó boca abajo con la barbilla hundida en las manos.

Szubl empezó a desanudarse la corbata.

—Wolfi —dijo ella con suavidad—, no hay un solo día que no piense en ti.

Szubl se quitó los calzoncillos y los lanzó al aire después de hacerlos girar con un dedo.

El apartamento estaba en el piso de arriba de la tienda, que también se llamaba *Frau Trudi*, en la Prinzstrasse, junto a una panadería, y el olor de las masas en el horno entraba por la ventana. Hacía un día más bien caluroso en Viena, el temible *Föhn* por una vez no azotaba, el canario de *Frau Trudi* cantaba en su jaula, todo estaba sereno y tranquilo. Era la hora del crepúsculo y oían la campana de la puerta de la tienda en el piso de abajo cada vez que los clientes entraban o salían.

Frau Trudi, húmeda y sonrosada después de hacer el amor, se acurrucó junto a Szubl.

—Wolfi, ¿te gusta estar aquí, conmigo?

—¿Y a quién no?

—Puedes quedarte un tiempo si quieres.

Wolfi suspiró. Ojalá pudiera.

—Estaba pensando —dijo— que quizá conozcas a alguien a quien le interese ganar un poco de dinero. Tal vez alguna de tus chicas tenga un marido que se haya quedado sin trabajo.

—¿Qué tendría que hacer?

—Poca cosa. Prestarle el pasaporte a un amigo mío durante una semana o así.

Ella se apoyó sobre un codo y le miró.

—Wolfi, ¿tienes algún problema?

—Yo no. El tipo paga quinientos dólares por el préstamo. Por eso se me ocurrió que tal vez tú conocieras a alguien.

Szubl la miró, se imaginó que podía oír el ruido de una máquina registradora mientras ella convertía los dólares en chelines.

—A lo mejor —dijo *Frau Trudi*—. Al marido de una mujer que conozco, no le vendría mal.

—¿Cuántos años tiene?

—¿El marido? —*Frau Trudi* se encogió de hombros—. Unos cuarenta y cinco, quizá. Siempre están con problemas; a veces ella me pide dinero prestado.

—¿Sería posible esta noche?

—Supongo que sí.

—Te daré el dinero ahora, *liebchen*, y me pasaré mañana por la noche para recoger el pasaporte.

28 de junio. Hacía un espléndido día de sol, pero ni un solo rayo llegaba al pabellón de caza. Tres pisos, treinta habitaciones, un inmenso vestíbulo, todo sumido en una mohosa y lúgubre oscuridad. Morath y Balki habían alquilado un coche en Bratislava y se habían adentrado en las boscosas colinas que hay al norte del Danubio. Se encontraban en la Eslovaquia histórica, territorio húngaro desde 1938, y a solo unos kilómetros de la frontera austríaca.

Balki miró a su alrededor con apático asombro: todas las paredes estaban llenas de trofeos de caza, cabezas de animales disecadas cuyos ojos vítreos brillaban con la luz de la foresta. Vacilante, se aposentó en el asiento de cuero de una enorme silla de madera, con escenas de caza labradas en el alto respaldo.

—Aquí se sentaban los gigantes —dijo.

—Esa era la idea.

El antiguo imperio seguía vivo, pensó Morath. Uno de los amigos aristócratas de la baronesa había accedido a prestarle el pabellón de caza.

—Es absolutamente privado —le dijo, guiñándole un ojo.

Y así era. En los Pequeños Cárpatos, plagados de pinos, junto a un pequeño arroyo que pasaba bajo la ventana y una pintoresca cascada cuya espuma blanca caía sobre un oscuro saliente de las rocas.

Balki empezó a recorrer la casa levantando la vista hacia los terribles cuadros. Doncellas sicilianas, descubiertas mientras llenaban las ánforas en pequeños riachuelos, muchachas cingaras con tamborines, un dispéptico Napoleón con la mano apoyada en un cañón. En el otro extremo de la sala, entre las cabezas disecadas de un oso y un fiero jabalí, se quedó de pie delante del estuche de un arma y pasó los dedos por la pulida culata de un rifle.

—No vamos a jugar con esto, ¿verdad?

—No.

—¿No vamos a jugar a indios y vaqueros? Enfáticamente Morath negó con la cabeza.

Había incluso teléfono, uno peculiar. Resultaba fácil imaginarse al archiduque Francisco Fernando usándolo para llamar a su taxidermista. Era una caja de madera que colgaba de una de las paredes de la cocina, con el auricular pendiendo de un cable y un cuerno negro en el centro, donde uno tenía que hablar. «O, más bien, chillar», pensó Morath. Descolgó el auricular, no oyó nada y lo volvió a poner en su sitio. Se miró el reloj.

Balki se quitó la gorra de obrero que llevaba y la colgó en un ciervo.

—Iré contigo si quieres, Morath.

Aquello era pura valentía, un ruso entrando en Austria.

—Mejor te quedas vigilando el castillo —dijo Morath—. Ya es bastante que te hayas tomado unos días de vacaciones por esto, no hace falta que te arresten también.

Una vez más, Morath se miró el reloj.

—Bueno, vamos a intentarlo —dijo.

Encendió un cigarrillo, se puso el auricular en la oreja y dio unos golpecitos en el aparato. Por fin se oyó la voz de una operadora, hablando en húngaro.

—Quisiera pedir una llamada a Austria —dijo Morath.

—Le paso ahora mismo, señor.

—A Viena, 4025.

Morath oyó las dos veces que sonó el teléfono, y después:

—Oficina de *Herr Kreml*.

—¿Está *Herr Kreml*?

—¿Me dice quién le llama?

—El señor Stevenson.

—Manténgase a la espera, por favor.

Kreml se puso de inmediato. Tenía una voz serena, segura, pegajosa, que indicaba que agradecía la llamada. Morath le preguntó por el estado de salud de Kolovitzky.

—¡Se encuentra estupendamente! —Quizás un poco, ¿cómo decirlo?, oprimido por todas sus dificultades fiscales, pero eso podía arreglarse fácilmente.

—Estoy en contacto con *madame* Kolovitzky, aquí en París —dijo Morath—. Si el papeleo se resuelve, podríamos mandarle un pagaré del banco inmediatamente.

Kreml habló un poco en jerga de abogado y luego mencionó una cifra.

—En moneda norteamericana, *Herr Stevenson*, creo que se situaría en torno a los diez mil dólares.

—Los Kolovitzky están dispuestos a pagar esa deuda, *Herr Kreml*.

—Me complace —dijo el abogado—. Y después, dentro de un mes o así, cuando nuestros bancos hayan tramitado el pagaré, *Herr Kolovitzky* podrá salir de Austria con la conciencia tranquila.

—¿Un mes entonces, *Herr Kreml*?

—Oh, eso como mínimo, según funcionan las cosas aquí.

La única manera de acelerar los trámites, dijo Kreml, sería utilizar una oscura disposición del código fiscal para efectuar los pagos en metálico.

—Eso aclararía las cosas de inmediato, ¿comprende?

Morath lo comprendía.

—Quizá sería lo mejor —dijo.

Bueno, eso dependería de los Kolovitzky.

—*Herr Stevenson*, le felicito por su excelente alemán. Para ser norteamericano...

—En verdad, *Herr Kreml*, yo nací en Budapest. Mi nombre era Istvanagy. Cuando emigré a California, lo cambié por Stevenson.

—¡Ah! Claro, claro.

—Hablaré con *madame* Kolovitzky, *Herr Kreml*, pero, por favor, asegúrese de

que el pago en metálico le llegaría al cabo de una semana.

Kreml estuvo encantado de oír aquello. Charlaron durante un rato sobre el tiempo, California y Viena, y luego empezaron a despedirse.

—Oh, sí —dijo Morath—, hay una cosa más. Me gustaría mucho cruzar unas palabras con *Herr Kolovitzky*.

—Naturalmente. ¿Tiene usted el número del hotel Schoenhof?

—Ya he llamado allí, pero parece que no se puede poner.

—¿De veras? Bueno, la verdad es que no me sorprende. Un hombre tan simpático como *Herr Kolovitzky* hace amigos allí donde va. Así que supongo que estará saliendo por ahí, divirtiéndose y recorriendo las pastelerías. ¿Ha dejado usted algún mensaje?

—Sí.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Él le llamará en cuanto tenga un poco de tiempo libre. Tenga usted en cuenta, *Herr Stevenson*, que las líneas telefónicas entre Austria y París no funcionan bien, esa podría ser la dificultad.

—Probablemente será eso.

—Y ahora tengo que despedirme, *Herr Stevenson*, pero estaré pendiente de recibir noticias tuyas.

—Espero que así sea.

—Adiós, *Herr Stevenson*.

—Adiós, *Herr Kreml*.

A la mañana siguiente fueron en el coche hasta Bratislava, donde se suponía que Morath iba a tomar el tren a Viena, pero no pudo ser. Había un verdadero caos en la estación central: multitud de viajeros extenuados, todos los bancos ocupados, la gente sentada sobre sus maletas en la avenida Jaskovy.

—Es por la línea Zilina —explicó el hombre que estaba en la ventanilla de los billetes.

Todos los trenes de pasajeros habían sido cancelados para dejar libre el paso a los convoyes que llevaban los tanques y la artillería de la Wehrmacht, que avanzaban hacia el este en constante goteo. Morath y Balki se quedaron de pie en el andén, mirando, en medio de una silenciosa multitud. Dos locomotoras arrastraban los cuarenta vagones de carga; los largos cañones de las armas sobresalían de debajo de las lonas. Veinte minutos después, pasó un tren cargado de caballos, después un tren de tropas, con los soldados saludando por las ventanas al pasar y un mensaje escrito a tiza en cada vagón: «Vamos a Polonia a patear a los judíos».

La ciudad de Zilina estaba a unos quince kilómetros de la frontera polaca. Tenía hospital, un hotel y tendido de teléfono. Morath sintió que se le hundía el corazón al ver pasar los trenes; aquello indicaba que se iba desvaneciendo toda posible esperanza. Quizá solo lo hicieran para intimidar, pensó, una fanfarronada, pero no era

así y él lo sabía. Aquello era la primera etapa de una invasión. Eran las divisiones que iban a atacar desde Eslovaquia, adentrándose en Polonia por el sur por los pasos de montaña que había en los Cárpatos.

Morath y Balki dieron un paseo por Bratislava, se tomaron unas cervezas en un café y esperaron. La ciudad le recordó a Morath a la Viena de 1938, con los escaparates rotos en las tiendas de los judíos y la pintada «Fuera judíos» en las paredes de los edificios. Los políticos eslovacos odiaban a los checos, invitaron a Hitler para que los protegiera y luego descubrieron que no les gustaba su protección. Pero ya era demasiado tarde. Aquí y allá alguien había escrito: «*Pro tento krat*» en los postes de teléfono; significaba: «Por ahora nos contenemos», pero no era más que jactancia y estupidez.

De nuevo en el restaurante de la estación, Morath se sentó, dejando la maleta entre los pies, en la que llevaba diez mil dólares en chelines austríacos. Le preguntó a un camarero si estaba abierto el puente del Danubio, por si acaso decidía cruzarlo, pero el hombre le miró con tristeza y negó con la cabeza.

—No, no puede utilizarlo —dijo—. Llevan varios días cruzando ese puente.

—¿Hay algún modo de entrar en Austria?

—Quizás a las cinco dejen entrar un tren, pero tendrá usted que estar en el andén; irá muy lleno, ¿comprende?

Morath le dijo que le entendía.

Cuando se marchó el camarero, Balki le preguntó:

—¿Serás capaz de salir después?

—Probablemente.

Balki asintió con la cabeza.

—¿Morath?

—¿Sí?

—No vas a permitir que te maten, ¿verdad?

—No pienso hacerlo —dijo Morath.

Tenía para dos horas y, mientras esperaba, decidió utilizar el teléfono de la estación para pedir una llamada a París. Tardó veinte minutos y luego le pasaron con la agencia Courtmain. La recepcionista, después de varios intentos, encontró a Mary Day en una reunión en el despacho de Courtmain.

—¡Nicholas! —exclamó ella—. ¿Dónde estás? —Mary no sabía con exactitud qué era lo que él estaba haciendo. Le había dicho que se trataba de unos asuntos familiares, pero ella sabía que era más que eso.

—Estoy en Bratislava —dijo él.

—Bratislava. ¿Qué tiempo hace?

—Hace sol. Quería decirte que te echo de menos.

Tras unos instantes, ella dijo:

—Yo también, Nicholas. ¿Cuándo vuelves?

—Pronto, dentro de unos días si todo va bien.

—Pero irá bien, ¿no?

—Sí, no te preocupes. He sentido ganas de llamarte para decirte que te quiero.

—Lo sé —dijo ella.

—Ahora te tengo que dejar, hay gente esperando.

—Muy bien. Adiós.

—Serán solo unos días.

—El fin de semana.

—Oh, sí, estaré allí.

—Bueno, pues hasta...

—Adiós, Mary.

El camarero le había dicho la verdad sobre lo del tren de pasajeros. Se paró en el andén muy lentamente, después de las seis y media, y la gente empezó a subirse por todas partes. Morath se las arregló para montar en él, sirviéndose de la fuerza, entre sonrisas y excusas, hasta que consiguió hacerse un hueco en el último vagón y fue todo el trayecto hasta Viena agarrado a una barra de metal.

Llamó a Szubl a su hotel y se encontraron en una cafetería, en la que los dueños fumaban mientras leían los periódicos y conversaban en tono educado. Era una ciudad donde todo el mundo estaba triste, todo el mundo sonreía y no se podía hacer nada. A Morath siempre le había parecido así, y estaba peor que nunca aquella noche de verano de 1939.

—Tengo lo que buscabas —dijo Szubl, al tiempo que le entregaba un pasaporte bajo la mesa.

Morath miró la foto y se encontró con un hombrecillo enfadado que le miraba, con bigote, gafas y expresión de que nada le salía bien.

—¿Puedes arreglarlo? —preguntó Szubl.

—Sí, más o menos. Cogí una fotografía de un documento que llevaba su esposa; puedo pegarla encima. Pero, con un poco de suerte, no lo voy a necesitar.

—¿Te han registrado la bolsa en la frontera?

—Sí. Les conté para qué era el dinero, después siguieron con las preguntas habituales, pero solo eran inspectores de aduanas, no eran de las SS ni nada parecido.

—Le quité las ballenas a un corsé. ¿Las sigues necesitando?

—Sí.

Szubl le pasó un sobre largo, con membrete de un hotel. Morath se lo guardó en el bolsillo.

—¿Cuándo te vas a marchar de aquí?

—Mañana al mediodía.

—Asegúrate de eso, Wolfi.

—No te preocupes, lo haré. ¿Y el pasaporte?

—Dile que tu amigo lo ha perdido. Le pediremos más dinero a *Herr X* y podrá

conseguir otro.

Szubl asintió con la cabeza y después se levantó.

—Te veré en París, entonces.

Se estrecharon las manos, y Morath le vio alejarse, lento y pesado aunque ya no llevaba la maleta de las muestras, con un periódico doblado bajo el brazo.

—¿Le importaría dar una vuelta a la Mauerplatz?

—Si usted quiere —el taxista era un hombre mayor con un elegante bigote y las condecoraciones de guerra colgadas del retrovisor.

—Es una cuestión sentimental —explicó Morath.

—Ah, ya entiendo.

Era una plaza pequeña, adoquinada, con gente yendo de un lado a otro en una cálida noche. Los viejos tilos formaban sombras con sus hojas a la luz de las farolas. Morath bajó la ventanilla y el conductor recorrió lentamente la plaza.

—Hace unos cuantos años una dama y yo estuvimos aquí.

—¿En el Schoenhof?

—Sí. ¿Sigue como antes?

—Yo diría que sí. ¿Quiere ir a echar un vistazo? No me importa.

—No, solo quería verlo otra vez.

—¿Y ahora, a Landstrasse?

—Sí, al Imperial.

—¿Viene con frecuencia a Viena?

—De vez en cuando.

—Todo este año ha estado distinta.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tranquila, gracias a Dios. Antes no teníamos más que problemas.

Las ocho y cuarto. Decidió que iba a intentarlo una última vez, y llamó desde el teléfono del vestíbulo del hotel.

—Hotel Schoenhof.

—Buenas noches, el doctor Heber al aparato, por favor, pásame con la habitación de *Herr* Kolovitzky.

—Lo siento. *Herr* Kolovitzky no está.

—¿No está en su habitación?

—No. Buenas noches, *Herr* Doctor.

—Es urgente, y tendrá usted que darle un recado. Se hizo unas pruebas en mi clínica, aquí en Währing, y debe regresar lo antes posible.

—De acuerdo, le daré el recado.

—Gracias. Y ahora, ¿sería usted tan amable de llamar al gerente para que se

ponga al teléfono?

—Yo soy el gerente.

—¿Y usted es...?

—El gerente. Buenas noches, *Herr Doctor*.

A la mañana siguiente Morath compró un maletín, metió en él el dinero y su pasaporte, le explicó al recepcionista que estaría fuera una semana, dejó pagada la habitación hasta el jueves siguiente y pidió que le guardaran el maletín en una caja de seguridad. En París, el marchante de arte le había dado un nuevo pasaporte, francés esta vez. Regresó a su habitación, comprobó por última vez su equipaje y vio que no tenía nada fuera de lo normal. Después tomó un taxi hasta el Nordbahnhof, se tomó un café en la cantina de la estación, salió y paró a otro taxi.

—Al hotel Schoenhof —le dijo al conductor.

En el vestíbulo, solo había hombres.

Había algo ligeramente extraño en su vestimenta, pensó Morath, como si estuviesen acostumbrados a llevar uniformes militares. «Agentes de las SS con ropa de civil». No se saludaban militarmente entre ellos ni juntaban los talones, pero Morath lo notaba en los cortes de pelo, la forma en que estaban de pie, la manera en que le miraban.

El hombre que estaba detrás del mostrador no era uno de ellos. El propietario, supuso Morath. Un hombre cercano a los cincuenta, amable y asustado. Miró a Morath a los ojos durante más tiempo de lo habitual. «Váyase, esto no le incumbe».

—Quisiera una habitación, por favor —dijo Morath.

Uno de los jóvenes que había en el vestíbulo se acercó y se apoyó en el mostrador. Cuando Morath le miró, recibió en respuesta una amistosa inclinación de cabeza. En absoluto desagradable, se había acercado para averiguar quién era Morath y qué quería, sin mala intención.

—¿Individual o doble? —preguntó el dueño.

—Individual. Si es posible que dé a la plaza.

El propietario hizo la pantomima de mirar en el libro de registro.

—Muy bien. ¿Para cuánto tiempo, por favor?

—Dos noches.

—¿Su nombre?

—Lebrun —Morath le entregó el pasaporte.

—¿Va usted a querer el régimen de media pensión?

—Sí, por favor.

—La cena se sirve en el comedor a las siete en punto.

El dueño cogió una llave de un gancho numerado que estaba en un tablero detrás

de él. Había algo extraño en el tablero. En la fila superior de ganchos no había ninguna llave.

—La cuatro, cero, tres —dijo el propietario—. ¿Quiere que el mozo le suba la maleta? —Hizo sonar una campana con la mano.

—No, ya puedo yo.

Morath subió cuatro pisos de escaleras cubiertas con una moqueta vieja y raída. No era más que el típico hotel de negocios, pensó. Como cientos de hoteles en Viena, Berlín, París y cualquier otra ciudad. Encontró la habitación 403 y abrió la puerta. Las cortinas tenían un estampado de flor de lis, al igual que la colcha de la sucinta cama. Las paredes estaban pintadas de un verde pálido; la moqueta, gastada, y no se oía ni el más mínimo ruido. «Muy silencioso este hotel».

Decidió salir a dar un paseo y dejarles así que le registraran la maleta. Devolvió la llave al dueño en la recepción y se marchó a la Mauerplatz. En un quiosco de periódicos, echó un vistazo a los titulares: ¡Polonia AMENAZA CON EL BOMBARDEO DE DANZIG! Después compró una revista de deportes que tenía a unos jóvenes jugando al balonvolea en la portada. Era un barrio respetable, pensó. Los edificios de viviendas eran de ladrillo y muy sólidos, había mujeres con cochecitos de niño, la cola del tranvía, un colegio en el que se oía cantar a los niños, un sonriente tendero a la puerta de su local y un hombrecillo con cara de comadreja que estaba sentado en la rueda de un destartado Opel. De vuelta en el Schoenhof, Morath recuperó su llave y subió, más allá del cuarto piso, hasta el quinto. En el pasillo, un hombre grueso, con la cara colorada, estaba sentado en una silla apoyada contra la pared. Se puso de pie al ver a Morath.

—¿Qué hace usted aquí?

—Me alojo en la habitación 403.

—Entonces, se ha equivocado usted de piso.

—Oh. ¿Qué hay aquí arriba?

—Es una zona reservada —dijo el hombre—. Váyase.

Morath pidió excusas y se fue a toda prisa. «He estado muy cerca», pensó. Había diez habitaciones en el piso quinto. Kolovitzky estaba secuestrado en una de ellas.

Las tres de la mañana. Morath estaba tendido en la cama en la habitación a oscuras; a veces llegaba una brisa de la Mauerplatz que movía las cortinas. Por lo demás, todo estaba en silencio. Después de la cena, un músico callejero había estado tocando el acordeón y cantando en la plaza. Luego, había escuchado la radio en la sala de recreo, a Liszt y Schubert, hasta la medianoche, cuando la emisora de la radio nacional dejó de emitir, aunque no totalmente, pues dejaban puesto un metrónomo hasta el amanecer. «Para aliviar a la gente», decían.

Morath miraba al techo. Llevaba tres horas tendido allí sin hacer nada salvo esperar. Había pensado en todo lo que se le había ocurrido. En su vida. En Mary Day.

En la guerra. En el tío Janos. Le sorprendía cómo echaba de menos a Polanyi, a su Echézéaux y a su *bay rhum*. El afable desprecio que sentía por el mundo en que le había tocado vivir. Y en su último guiño.

Pensó entonces en los otros huéspedes del hotel, los de verdad, no las SS. Los había observado con detenimiento durante la cena, mientras intentaba comerse la horrible comida. Prácticamente se había limitado a mover los fideos de un lado a otro en el plato, sin dejar de vigilar al camarero e imaginándose cómo sería el piso de abajo. En cuanto a los huéspedes, le pareció que sobrevivirían, confió en que así fuera.

De una iglesia que estaba en alguna parte de aquel barrio, se oyó la campanada que marcaba la media. Morath suspiró y salió de la cama. Se puso la chaqueta y se arregló la corbata. Luego sacó las ballenas del sobre que le había dado Szubl. «Celuloide». Estaban hechas de nitrocelulosa y alcanfor.

Respiró profundamente y, despacio, giró el pomo de la puerta, se quedó escuchando unos veinte segundos y salió al pasillo. Bajó por las escaleras peldaño a peldaño. Alguien tosía en el tercer piso, una luz se encendió bajo una puerta en el segundo.

A pocos pasos del final, la zona de la recepción, miró en la penumbra. Tenía que haber un guardia. ¿Pero dónde? Al final, consiguió recomponer parte de una silueta detrás del respaldo de un sillón, y oyó la respiración pausada que indicaba que estaba ligeramente dormido. Morath rodeó lentamente el fuste a los pies de la escalera, entró en el comedor y pasó luego al corredor del que aparecía y desaparecía el camarero durante la cena.

Por último, llegó a la cocina, encendió una cerilla, miró alrededor y la apagó de un soplo. Había una farola en el callejón, cerca de las ventanas, que daba suficiente luz para que Morath viera lo que estaba haciendo. Encontró los fregaderos y los enormes y pesados tubos hechos de zinc, se puso de rodillas debajo de ellos y pasó las yemas de los dedos por el cemento. Encontró el filtro de la grasa, pero reparó en que le iba a costar mucho trabajo levantar la tapa y abandonó la idea.

Probó después con los fogones, y allí encontró lo que necesitaba. En un armario junto a la puerta del horno, había una caja grande de metal que contuvo en otra época manteca y servía ahora para almacenar la grasa de las sartenes. Pesaba muchísimo, serían quizá tres kilos de grasa rancia y amarillenta, casi toda solidificada con dos dedos de aceite flotando por encima. «Salchichas, mantequilla, beicon», pensó. «Asado de ganso».

Miró a su alrededor, y vio una argolla de hierro encima de los fogones donde colgaban los cacharros; cuidadosamente cogió un enorme cazo y lo llenó de grasa. Se puso en la mano una buena cantidad y la extendió por la encimera de madera. Después, por las paredes, los marcos de las ventanas y las puertas de los armarios. Luego dejó la caja de metal en una esquina, hundió parcialmente las ballenas en la grasa, encendió una cerilla y la echó dentro.

El celuloide prendió de inmediato; primero hubo una ráfaga blanca y caliente, y después la grasa cobró vida y se formó un río de líquido en llamas por el suelo, que en seguida empezó a subir por las paredes. Momentos después, Morath vio que el techo empezaba a ponerse negro.

Tenía que esperar. Encontró un armario de escobas a la entrada de la cocina, se metió dentro y cerró la puerta. Descubrió que allí apenas había sitio para él. Contó once escobas. ¿Qué demonios hacían con tantas escobas?

Intentó mantener la calma, pero el sonido de la madera quemándose en la cocina y el olor del fuego le aceleraron el pulso. Intentó contar hasta ciento veinte, como había planeado, pero no llegó al final. No tenía la más mínima intención de morir en un escobero vienés. Abrió la puerta y subió corriendo en medio de una tremenda humareda.

Oyó gritar al guardia del vestíbulo, después a otro. Dios mío, en realidad había dos guardias.

—¡Fuego! —gritó Morath por las escaleras. Oía puertas que se abrían y pasos de gente corriendo.

El segundo piso. El tercer piso. Ahora tenía que confiaren que los agentes austríacos de las SS tuvieran cambios de turno como todo el mundo. A mitad del tramo de escaleras que llegaba al quinto piso, empezó a gritar:

—¡Policía! ¡Policía!

Un hombre con la cabeza afeitada y en mangas de camisa avanzaba a la carrera por el pasillo, con una Luger en la mano.

—¿Qué pasa?

—Abra las puertas. Hay un incendio en el hotel.

—¿Qué? —El hombre dio un paso atrás. «¿Que abra las puertas?».

—Aprisa. ¿Tiene usted las llaves? Démelas. Venga, deprisa, por lo que más quiera.

—Tengo que...

Morath, convertido repentinamente en policía, no tenía tiempo para ocuparse de aquel hombre, le cogió por la camisa y le llevó hacia el vestíbulo.

—Vaya a despertar a sus oficiales. ¡Ahora! No tenemos tiempo para tonterías.

Por alguna razón, aquello funcionó. El hombre metió la Luger en la funda que llevaba al hombro y bajó corriendo las escaleras, gritando: «¡Fuego!».

Morath empezó a abrir las puertas; los números de las habitaciones, gracias a Dios, venían en las llaves. La primera habitación estaba vacía. En la segunda, estaba uno de los hombres de las SS, sentado en la cama, y miró a Morath con terror en los ojos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es todo esto?

—Hay un incendio en el hotel. Mejor será que salga.

—Oh.

El hombre parecía aliviado de que lo único que pasara fuera que había un

incendio en el hotel. ¿Qué habría pensado?

Había humo en los pasillos. El hombre de las SS pasó medio corriendo; llevaba puesto un pijama de rayas y sujetaba una metralleta por el cinto. Morath encontró otra habitación vacía; después, tras la siguiente puerta, encontró a Kolovitzky que se esforzaba por abrir la ventana.

—Así no —dijo Morath—. Venga conmigo.

Kolovitzky se volvió hacia él. No era el mismo hombre que había estado tocando el violín en la fiesta de la baronesa; este hombre parecía mayor, cansado y asustado, llevaba tirantes y una camisa sucia. Se quedó mirando el rostro de Morath. ¿Le iban a tender una nueva trampa? ¿Una que todavía no habían probado con él?

—He venido aquí por usted —dijo Morath—. He incendiado este hotel por usted. Kolovitzky comprendió.

—Blanche —dijo.

—¿Retienen a alguien más aquí?

—Había otros dos, pero se fueron ayer.

Empezaron a oír sirenas y echaron a correr, tosiendo y tapándose la boca con las manos, escaleras abajo en medio del humo.

En la calle delante del Schoenhof había mucha confusión: coches de bomberos, bomberos metiendo mangueras en el hotel, policías, grupos de mirones, un hombre que llevaba puesta solo una manta, dos mujeres en traje de baño... Morath guio a Kolovitzky hasta que atravesaron la plaza y torcieron por una calle lateral. Mientras se acercaban, el conductor de un destartado Opel arrancó el coche. Kolovitzky se sentó en la parte de atrás, Morath en la de delante.

—Hola, Rashkow —dijo.

—¿Quién es? —preguntó después Kolovitzky aquella mañana, mientras Rashkow orinaba detrás de un árbol junto a la carretera.

—Es de Odessa —explicó Morath—. El pobre Rashkow —como solía llamarle Balki, el que había vendido bonos de ferrocarril zaristas y una novela inacabada de Tolstoy, y había acabado en una prisión húngara. Morath había acudido a Sombor para sacarle de la cárcel.

—Con el aspecto que tiene —dijo Kolovitzky—, debería venir a Hollywood.

Rashkow conducía por carreteras vecinales a través de la campiña austríaca. Era un día de julio, las plantas de los nabos y las patatas sobresalían altas en los campos. Estaban solo a unos sesenta kilómetros de la frontera húngara, en Bratislava. O en Pressburg, si uno lo prefería, o en Pozsony. En el asiento de atrás, Kolovitzky miró el pasaporte austríaco que llevaba su fotografía.

—¿Usted cree que van tras de mí?

—No lo dude.

Pararon a pocos metros del puente sobre el Danubio, en Petrzalka, que en otro tiempo fue un puesto fronterizo checo y ahora pertenecía al protectorado eslovaco. Abandonaron el coche. Fueron a una habitación alquilada que estaba en el piso de arriba de una cafetería y allí los tres se pusieron trajes oscuros. Cuando bajaron las escaleras, un Mercedes con matrícula diplomática húngara les estaba esperando, conducido por el chófer de alguno de los colegas de Bolthos en Budapest.

Había una cuadrilla de agentes de las SS austríacas reunidos en el puesto fronterizo; estaban fumando, riéndose, moviéndose por allí con sus altas y relucientes botas. Pero el chófer hizo caso omiso de ellos. Paró el coche junto a la garita de la aduana y entregó los cuatro pasaportes por la ventanilla. El guardia fronterizo se bajó la visera de la gorra, miró un breve instante en el interior del vehículo y les devolvió los pasaportes.

—Bienvenido a casa —le dijo el conductor a Kolovitzky cuando cruzaron a la margen húngara del río.

Kolovitzky no pudo contener las lágrimas.

Cena en la *rue Guisarde*.

Mary Day sabía que los trenes que venían de Alemania llegaban con retraso, lo había previsto. Puso en un plato jamón en lonchas, preparó una ensalada y compró una *baguette*.

—Y esto llegó ayer —dijo ella, al tiempo que sacaba del armario una botella de vino, y un sacacorchos del cajón de la cocina—. Lo debiste encargar tú por teléfono —dijo—. Muy considerado por tu parte que, en medio de todo ese lío, se te ocurriera pensar en nosotros.

Era una botella de Echézeaux de 1922.

—¿Es lo que tú querías?

—Sí —contestó Morath, sonriente.

—Eres muy bueno, Nicholas —dijo ella—. Sí que lo eres.



ALAN FURST (Nueva York, EE. UU., 1941). Licenciado en el Oberlin College en 1962, obtuvo un master en la Universidad de Pennsylvania en 1967. Trabajó en publicidad y como articulista en varias revistas. Como periodista ha viajado por Europa del Este y Rusia y ha sido colaborador habitual de *Esquire* y *The International Herald Tribune*. Ha vivido largas temporadas en Francia, inicialmente ejerciendo como profesor en la Facultad de Letras de la Universidad de Montpellier, y años después en París.

Es bastante más conocido en Estados Unidos que en Europa, a pesar de que él mismo dice tener espíritu europeo. Cultiva el género del espionaje histórico, si bien sus personajes son de ficción. Sus novelas, muy bien documentadas, se desarrollan en el periodo entre las dos Guerras Mundiales y la segunda Guerra Mundial, en especial en Centro Europa.

Su obra *El corresponsal* tiene un gran rigor histórico y realismo, con grandes dosis de intriga y ha sido publicada con extraordinario éxito en Estados Unidos y varios países de Europa.

Notas

[1] El pengo era la antigua moneda de plata y la unidad monetaria de Hungría, equivalente a 100 filler, que fue sustituida por el actual forint en 1946 (*N. de la T.*).

<<